

EDAD DE ORO

X



Este volumen se publica con subvención del CAYCIT
(Ministerio de Educación y Ciencia)

© Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid
EDAD DE ORO. Volumen X
I.S.B.N.: 84-7477-094-7
Depósito Legal: M-40059-1979
Fotocomposición: CADSA, S.A.
Imprime: S.S.A.G., S.A.
Lenguas, 14. Edif. Lunes, 3.ª planta
Villaverde Alto - 28021 Madrid



Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid

La X edición del SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE LITERATURA ESPAÑOLA Y EDAD DE ORO se celebró entre los días 20 y 24 de marzo de 1990 en el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, en la sede de la U.I.M.P. en Cuenca y en la iglesia de San Miguel de la misma ciudad, sobre el tema *América en la literatura áurea*. El Seminario se desarrolló de acuerdo con el programa siguiente:

AMÉRICA EN LA LITERATURA ÁUREA

PROGRAMA

I. SESIÓN DE APERTURA

(Martes 20 a las 10,00)

Pablo JAURALDE (Director)

Josune GARCÍA

Pedro DÍEZ ORZAS

Elena ABÓS

Diez años de "EDAD DE ORO"

II. PUBLICACIONES DE "EDAD DE ORO"

(Martes 20 a las 11,15)

Presentación de "Edad de Oro IX"

Domingo YNDURÁIN (UAM)

Lina RODRÍGUEZ CACHO (Univ. de Salamanca)

Presentación "Actas A.I.S.O."

Marc VITSE (Univ. Toulouse)

Presentación "Manuscr. CAO III"

J. ABAD (Biblioteca Nacional)

Clara GIMÉNEZ (UAM)

III. SESIÓN I

(Martes 20 a las 12,00)

Preside: Agustín REDONDO (Sorbona Nouvelle)
Germán VEGA GARCÍA-LUENGOS (Univ. Valladolid)
Teodosio FERNÁNDEZ (UAM)

IV. SESIÓN II

(Miércoles 21 a las 9,30)
Trinidad BARRERA (Univ. Sevilla)
Francisco FLORIT DURÁN (Univ. Murcia)
Pierre DUVIOLS (Aix-en-Provence)

V. COLOQUIO: "AMÉRICA EN LA LITERATURA ÁUREA"

(Miércoles 21 a las 12,00)
Modera: Teodosio FERNÁNDEZ (UAM)
Pedro Luis BARCIA (Univ. La Plata)
José María MERINO (Novelista)
A. BRYCE ECHENIQUE (Novelista)

VI. SESIÓN III

(Jueves 22 a las 9,30)
J. C. GONZÁLEZ BOIXO (Univ. León)
Georgina SABAT-RIVERS (Stony Brook, N. York)
Lina RODRÍGUEZ CACHO (Univ. de Salamanca)

VII. SESIÓN IV

(Jueves 22 a las 12,00)
Blas MATAMORO (Cuadernos Hispanoamericanos)
María Luisa CERRÓN (UAM)
Rosa PELLICER (Univ. Zaragoza)

VIII. SESIÓN V

(Viernes 23 a las 10,00)
Roland FORGUES (Univ. Grenoble)
Aurora EGIDO (Univ. Zaragoza)
Pedro Luis BARCIA (Univ. La Plata)

IX. SESIÓN VI

(Viernes 23 a las 12,00)
Elide PITARELLO (Univ. Venecia)
Mariano CUESTA (Univ. Complutense)

X. SESIÓN VII

(Viernes 23 a las 16,00)
J. Luis IRÍZAR (Conferencia Episcopal)

XI. SESIÓN DE CLAUSURA

(Viernes 23 a las 19,30)

Isaías LERNER (Graduate Center, New York)

José MONTERO REGUERA (UAM)

Fuencisla LEAL

Pablo JAURALDE (UAM)

COMISIÓN ORGANIZADORA: Elena Abós-Álvarez-Buiza, Antonia Castaño Torrero, Mercedes Cervera Martín-Artajo, Antonio Gago Rodó, M.ª Cruz García-Madrid Sáez, Fuencisla Leal Santiago, Enrique López Díaz, Miguel Marañón Ripoll, Carlos Molina García, Raquel Pinilla Gómez, Tatiana Rivero Sanz.

DIRECCIÓN: Pablo Jauralde Pou y Domingo Ynduráin Muñoz.

PABLO JAURALDE POU

Edad de oro: X aniversario. 9

PEDRO LUIS BARCIA

El "romance" de Luis de Miranda: imagen de la tierra americana.

Poesía e historia. 13

M.^a LUISA CERRÓN PUGA

Fernán Pérez de Oliva traductor de Pedro Mártir de Anglería: la "Historia de la invención de las Yndias". 33

MARIANO CUESTA DOMINGO

La obra de Pedro Simón, de la Parrilla, en la historia y en las letras hispanoamericanas del siglo áureo. 53

AURORA EGIDO

Descubrimientos y humanismo: el almirante aragonés

don Pedro Porter y Casanate. 71

TEODOSIO FERNÁNDEZ

La imaginación americana en el teatro de Tirso de Molina. 87

FRANCISCO FLORIT DURÁN

América en la "Historia General de la Orden de la Merced" de Tirso de Molina. 97

ROLAND FORGUES

Nueva visión hispánica de los mitos americanos: el caso de Viracocha. 105

J. C. GONZÁLEZ BOIXO

El "siglo de Oro en las selvas de Erílife" de Bernardo de Balbuena: su posición en la novelística pastoril hispánica. 117

ISAÍAS LERNER

América y la poesía épica áurea: la versión de Ercilla. 125

ROSA PELLICER

La "maravilla" de las Indias. 141

E. PITARELLO

El nuevo mundo en el discurso nuevo del "libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán". 155

LINA RODRÍGUEZ CACHO

Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas. 167

GEORGINA SABAT-RIVERS

Interpretación americana de tópicos clásicos en Domínguez Camargo: la navegación y la codicia. 187

GERMÁN VEGA-GARCÍA-LUENGOS

Las hazañas araucanas de García Hurtado de Mendoza en una comedia de nueve ingenios. El molde dramático de un memorial. 199

RESEÑAS

De PABLO JAURALDE POU a AURORA EGIDO (coord.), *La escenografía del teatro barroco*, estudios coordinados por Aurora Egido. Salamanca: Universidad-UIMP, 1989. 211

De LOLA LUNA a MARC VITSE, *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII siècle*. France-Iberie Recherche: Université de Toulouse le Mirail, 1988. 215

ÍNDICES 221

EDAD DE ORO: X ANIVERSARIO

“Diez años de mi vida se ha llevado”, comienza uno de los más hermosos y conocidos sonetos de Quevedo, escritor bien tratado por esta revista —amigo lector— que tienes en las manos, como otros muchos de aquel periodo, los siglos XVI y XVII, que constituyen un tiempo inolvidable de nuestro pasado.

Ya van diez años de vuelta hacia atrás, para indagar, considerar y meditar sobre lo que hicieron, dijeron o nos dejaron los españoles de aquel par de siglos. Todavía hay mucha gente —los hispanistas del periodo, los llaman— que creen que esa tarea es una necesidad, quizá tan importante —todavía más, pienso yo, pero bueno— como las que desarrollan nuestros sesudos colegas universitarios en otros campos de la actividad humana. Las autoridades universitarias, académicas y las restantes —sobre todo las restantes, que son las más— no siempre piensan así cuando les da por considerar. No se pueden ustedes hacer ni idea la cantidad de autoridades que han considerado a lo largo de doce años nuestra actividad, y la cantidad de veces que he expuesto mi idea de la cultura y otras lindezas a quienes tenían la posibilidad de ayudarnos y de hacernos la puñeta, casi al mismo tiempo. Y doce años de lucha contra esas líneas quebradas e irregulares —he conocido ocho vicerrectores de “extensión universitaria” en mi universidad, todos muy majos, pero a todos les he tenido que explicar de qué iba la cosa— de la oficialidad me han hecho ser algo escéptico. Y sin embargo *Edad de Oro* ha entrado desde hace aproximadamente unos cinco años por la vía de una actividad que es respaldada, casi sistemáticamente, por mi propio Departamento de Filología Española, por nuestra Facultad de Filosofía y Letras y, a lo lejos, por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la UAM. Pero nuestros mejores valedores han sido las convocatorias del Ministerio de Educación y Ciencia en el BOE para estos acaeceres y el apoyo, tan limpio como efectivo, de un grupo de editoriales (Taurus, Castalia, Cátedra y Crítica) y un consorcio comercial: El Corte Inglés. Yo suelo decir en las inauguraciones de *Edad de Oro* que en España funcionan bien sólo tres

o cuatro cosas: *Los cuarenta principales*, El Corte Inglés, *Edad de Oro*, y poco más. La broma sirve para dar salida a mi desesperación cuando ese orangután burocrático que es, por ejemplo, una universidad española, no puede liquidar sus derechos de autor a *Edad de Oro* o se despereza pagando un recibo en un par de años.

Bien sé que todas estas cosillas no debieran estar aquí, impresas en el aniversario, y que son trapos de otro tendedero; y que en este sólo cabría hablar de las grandezas restantes. Pero mi modo de expresarme deriva de lo que he visto y hecho durante estos diez años precisamente, y de mi lectura de los clásicos. ¡Y quienes tenemos poquita voz y escaso horizonte nos afanamos a las veces con cosas tan del momento!

Edad de Oro ha sido una tarea colectiva: las listas finales de este volumen recogen el nombre de más de un centenar de alumnos, entre diez y quince por año, que han sido los auténticos promotores del Seminario, sin cuya asistencia y entusiasmo nada hubiera sido posible. Y que tenga en cuenta el lector que *Edad de Oro*, además de ser esta revista, es otra más (*Manuscr. Cao*), otros cinco volúmenes de publicaciones, varios grupos de investigación, muchos convenios interuniversitarios, el trasiego de alumnos becarios por todo el mundo —los que nos vienen y los que mandamos—, la gentileza de varios lectorados, doctorados, la oportunidad de llevar y traer profesores visitantes, las tumultuarias reuniones del propio Seminario, con la llegada de la primavera, las escapadas anuales a Cuenca... Para la próxima edición, si Dios quiere y si quienes mandan no leen estas paginillas, empezaremos la aventura de América —la nuestra: su segunda parte se desarrollará en el Darmouth College de Estados Unidos. Y así empezará a andar por otros caminos.

La cultura es lo que consigue que una sociedad no sea lo mismo que un árido bloque de cemento ni se desmorone falta de cohesión; aquel ingrediente mágico e incosciente que hace que el último vicerrector de extensión universitaria —que debe aprobar una ayudita— prefiera el verde para la corbata, tataree el procáz ritmo de Black-Box, o elija montura de carbono para sus gafas. La cultura es la que inclina a nuestro querido rector hacia los colores oscuros y la austeridad, la que recorta la barba de nuestros físicos con perfil cajalano, la que lleva a nuestro Príncipe a la casi tonsura conventual y a algunas de sus compañeras de clase a ese delicioso deambular por tiendas y espejos. Y la cultura aletarga el trasiego numérico de nuestros economistas cuando dubitan entre el programa semiporno de Tele V o el último estreno de Bertolucci. Con su cultura en ristre resuelve el médico que le gusta más Kraus —su madre cantaba zarzuelas— que Plácido Domingo y, en el momento de elegir unas páginas para la intimidad final del día, es su incosciente cultural el que le lleva a preferir, para esa noche sin vísperas de clases o trabajos, la lenta, larga y deleitosa lectura de los *Episodios Nacionales*.

Hemos llegado otra vez a eso que llaman la literatura. Se inventó a lo largo del

siglo XVI y todavía lo creemos, porque es muy importante. Y es muy importante que lo inventaran. Forma parte de nuestra historia, y —las más de las veces— de nuestra propia vida. Es una forma de cultura. No se debe suprimir, no se puede suprimir, luego sólo quedaría el pan y un montón de autómatas sin gafas, libros, músicas, cortes de pelo, modelitos, visión de barbas, corbatas llamativas, dudas pornográficas, deseos cinéfilos, tonadillas de zarzuelas, recuerdos galdosianos, luces de mesita de noche...

A nosotros, a *Edad de Oro*, nos sigue interesando, francamente, la cultura.

PABLO JAURALDE POU
Director de EDAD DE ORO

EL ROMANCE DE LUIS DE MIRANDA: IMAGEN DE LA TIERRA AMERICANA. POESÍA E HISTORIA

I. EL TEXTO

El *Romance* de Luis de Miranda de Villafañe es el primer poema escrito por un español en la región del Plata y se refiere a la conquista de la zona por los hombres de la Península. Es el texto inaugural de una literatura argentina, en un sentido amplio del vocablo (Uruguay, Argentina, Paraguay), tal como lo usarán en los títulos de sus obras Martín Barco de Centenera y Ruy Díaz de Guzmán. El autor del poema que me ocupa fue vecino de Plasencia, en la provincia de Cáceres. Nacido hacia comienzos del siglo XVI, estuvo como soldado en Italia y, después de ordenado clérigo, pasó a las Indias con la armada de Pedro de Mendoza. Después de una trajinada existencia, vivida entre Buenos Aires y Asunción, radicó definitivamente en este poblado donde, al parecer murió con posterioridad a 1575, porque este año lo visitó allí su colega en hábito y letras, Centenera. Miranda se aquerenció en tierra americana, de la que nunca partió — pese a la licencia real concedida para hacerlo— de retorno a “la dulce España” (“Y aunque la dulce España deseaba”, IV, 49, v. 3) como adjetiva a la patria distante el poema del arcediano, a imitación de *La chanson de Roland*. De su pluma se conoce: el *Romance*, en copia no autógrafa, que data de 1569, y que durmió entre papeles de Indias hasta 1881, en que salió a imprenta; una *Carta* al Rey, fechada en Asunción el 25 de marzo de 1545, interesante para establecer relaciones de intertextualidad con su poema; la *Comedia pródiga* (Sevilla, 1554) que, con atendible argumentación, puede atribuírsele, y unas coplas a la muerte de un amigo. Obra exigua la suya, pero su texto poético es fundacional de la literatura sobre asunto americano en el Sur. Para las observaciones que quiero establecer será suficientemente apta mi versión moderna del *Romance* (vid. apéndice)¹.

¹ La copia que en 1569 entregara Ortiz de Vergara a Juan de Ovando, y que fuera adjunta a un expediente que contenía la relación de las personas sobrevivientes en el Río de la Plata, desde Mendoza hasta entonces,

Como podrá observarse, el nombre de “romance” puede aplicársele sólo en relación con el uso que del vocablo hace Diego Sánchez de Badajoz para titular tres piezas suyas, con idéntica combinación métrica y rímica que la de Miranda, incluidas en la *Recopilación en metro* (Sevilla, 1554, mismo lugar y año de la edición de la *Comedia pródiga*)². La crítica ha reiterado, con pereza de verificación, inexistentes emparentamientos con Jorge Manrique. La compulsa de los cancioneros del XV y del XVI muestra una variada gama, con manejo virtuosista, de combinaciones de arte menor con pie quebrado. La combinación adoptada por Miranda y Sánchez es una posible, entre muchas. La tendencia sostenida de pareados rimados, octosílabos y tetrasílabos, se recuerda, por ejemplo, en los *Proverbios* del Marqués de Santillana y en los *Salmos penitenciales* de Pero Guillén de Segovia. El *Romance* muestra sueltos su primero y su último verso. Apoyados en esta ausencia de rima, inicial y final, gran parte de los críticos sostiene el carácter fragmentario del poema. Una vez que sientan este señalamiento, adelantan hipótesis sobre cuál pudo ser la materia sobre la que versaba el poema íntegro. Estimo que no hay tal curioso fragmentarismo, que descabeza y descola el mismo poema. Razones formularias de arranque y de cierre, de trabazón interna, de estructura poética, descartan tal fragmentarismo. El comienzo del *Romance* con fechación indica una popular forma inicial poemática. Puedo aportar ejemplos de esta naturaleza, tomados desde el arte mayor de Micer Francisco Imperial, hasta poemas histórico tradicionales de mi país, de fines del siglo pasado, pasando, en el ejemplario, por el romance anónimo y artístico. No es éste el sitio para abundar en ello. Me limito a recordar un ejemplo, muy cercano en su dicción, al inicio de Miranda:

Año de mil y quinientos veinticinco se decía³.

Año de mil y quinientos que de veinte se decía. (*Romance*).

Este recurso de fechación inicial es típico de romances de materia histórica, desde el XV al XIX. Lo verifico en romances de nuestro folklore literario argentino sobre la muerte de Facundo Quiroga o la del gobernador Cubas, o el terremoto

fue preservada en el *Archivo General de Indias*. Sevilla. Sección 1a. Simancas. Descubrimientos. Perú. Descubrimientos, descripciones y poblaciones pertenecientes a ese Reino. Años 1544 a 1640. Est. 1, cal. 1, leg. 2/29, ramo 14. De dicho manuscrito sacaron copias Juan B. Muñoz (s. XVIII), García Viñas (1913) y José Torre Revello (1935 y 1951). De estas tres copias es que se han generado las ediciones impresas que se han continuado hasta nuestros días. El análisis de la cuestión textual y de transmisión es motivo de un trabajo mío especial, que junto con otros aspectos del *Romance* que estudio constituirán un capítulo de mi proyecto *Literatura argentina. Epoca hispánica (1528-1810)*.

² Diego Sánchez de Badajoz. *Recopilación en metro* (Sevilla, 1554). Reproducción en facsimile por la Academia Española. Madrid, Tipografía de Archivos, 1929. V. la nueva edición de esta obra: Trabajo de Seminario, bajo la dirección de Frida Weber de Kurlat. Universidad de Buenos Aires, Fac. de F. y Letras, Inst. de Filología y Literaturas Hispánicas, 1968. Los tres romances, recogidos en las pp. 537-548, son: “Romance de Nuestra Señora”, “Romance de la Pasión” y “Estando el auctor enfermo de sarna...”

³ Vid. p. ej., el comienzo del “Deçir de los siete planetas” de Imperial. En el romancero español: *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán. (Madrid: BAE, 1945, t. X, i, n° 634, p. 424; n° 638, p. 426; t. XVI, ii, n° 51, p. 993; n° 1.083, p. 99. El citado por mí está en t. XVI, ii, n° 1.141, p. 142: “Francisco I, prisionero, desembarca en Barcelona,” de Martín Albio.

de 1894⁴. Es evidente que los versos iniciales del *Romance* de Miranda son los que inauguran su texto, sin decautación ninguna. Con gesto grato y frecuente en los poetas artísticos de su siglo, se ha apropiado de un recurso formulario de la poesía tradicional.

Se ha discutido la fechación del poema. Hay tres posiciones básicas: quienes lo sitúan poco después de la partida de Mendoza para España (1537), quienes lo sitúan cuando la despoblación de Buenos Aires (1541) y quienes, hacia 1545 o poco después. Me inclino por esta posición debido a que, de los hechos ocurridos en el Plata desde 1516, en que Solís descubrió lo que llamó el Mar Dulce, hasta la llegada del Tercer Adelantado (1575), los acontecimientos que de manera más cierta y emotiva podían recordarle a Miranda la asonada de los comuneros –evocación con que empieza, comparativamente, el poema– fueron los actos de Irala y su bando contra Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Segundo Adelantado, en 1544. No es una mera cuestión erudita ésta de la fechación, pues de ella depende la dimensión interpretativa que se darán a las alusiones y figuraciones del texto. Los que lo fechan desde 1537 hasta 1541, restringen las referencias textuales a la ciudad de Buenos Aires, y no a la conquista de toda la tierra, y a la empresa de su conquista, como se verá al ocuparme de la personificación.

II. EL RÍO DE LA PLATA: IRONÍA NOMINAL

Al Río de Solís, Caboto le cambió el nombre por el promisorio y engañoso de Río de la Plata. El estuario de boca generosa ofrecía al navegante, con invitación irresistible, un fácil acceso a las entrañas de la tierra, una ruta fluida hacia los metales preciados. Su tentación falaz atrajo al veneciano, que se apartó de las reales instrucciones, cebándolo con versiones fabulosas, que los naufragos alimentaban hablándole del río que andaba hacia la Sierra de Plata y el País del Rey Blanco. Los argentinos diríamos –*servata distantia* de la expresión agustiniana– *felix culpa* la de Caboto, pues con sus desvío acentuó la atención sobre el Plata y, con ello, motivó nuevas expediciones.

Las realidades auríferas y argénteas de México y Perú, habilitaron, convalidaron las leyendas del Plata. Lo que fue tercer bautizo del río, fue su anzuelo e imán primero, proyectándose en la literatura peninsular del Siglo de Oro. Recuérdese, por ejemplo, a Lope:

⁴ Vid Olga Fernández Latour. *Cantares históricos de la tradición argentina*. Selección, introducción y notas de... (Buenos Aires: Inst. Nacional de Investigaciones Folklóricas, 1968). El referente a la muerte de Quiroga, entre varias versiones, p. 48; de Cubas, p. 104. "El terremoto de 1894" romance recogido por Ismael Moya. *Romancero*. (Buenos Aires: Inst. de Literatura Argentina, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1941), II, 400.

¿Ni habéis oído al fiero margayates,
Brasil, por otro nombre, donde vierte
sus aguas la corriente oropiana
del Río de la Plata, o Río Parana?⁵

No le pidamos a Lope, que demasiadas cosas sabía —de lo divino y de lo humano— mayores precisiones en geografía. Pasemos. Otro texto suyo, apunta a la creencia generalizada:

Mujer que conozco trata
de irse al Río de la Plata,
para echarse en él de pechos⁶.

No sólo los femeniles pechos, sino los velludos fueron a buscar la engañosa zambullida en metales, en las aguas nada argentinas del río. Hombre más esquinado y desengañado, que Góngora, sueltamente aconseja:

cualquiera que pleitos trata,
aunque sean sin razón,
deje el río Marañón
y entre al Río de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad⁷.

Lope, a la distancia, corregirá la alusión de la letrilla gongorina, esta vez con mayor noción geográfica que su cofrade cordobés:

sigue con aquesta ingrata
la cordobesa canción:
vente del río Marañón,
no del Río de la Plata⁸.

En efecto, el Marañón nace en el Perú y era más segura vía a la Sierra de la Plata, que no nuestro río “de sueñera y de barro”, como dijera Borges.

Pero el espejismo siguió en pie por dos siglos. Curioso fenómeno de refracción imaginativa y geográfica: el imperio del Cuzco y el cerro del Potosí —la verdadera Sierra de la Plata— ya descubiertos, irradiaban hacia el sur. Tras ese reflejo, marcharon Alejo García y Ayolas, volvieron con las manos colmadas y fueron muer-

⁵ V. *El testigo contra sí*, en *Obras*. Madrid, Real Academia Española. Nueva edición por E. Cotarelo y Mori, (1916-1930), t. IX, acto III, p. 713.

⁶ *La burgalesa de Lerma* en *Obras*, ed. cit., t. IV, act. III, p. 63.

⁷ Luis de Góngora y Argote. “Dineros son calidad”, en *Obras completas*. Recopilación, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez e Isabel Millé Giménez (Madrid: Aguilar, 1961), n° 115, p. 322.

⁸ *De cosario a cosario*, en *Obras*, ed. cit., XI, p. 649.

tos por los indios, al borde del río que les daría el regreso. Y hacia allá también rumbearon las ineficaces entradas de Alvar Núñez y las cuatro infructuosas de Irala, sin saber que hacía años que estaban los españoles señores en ese reino que recibía los nombres más diversos: el Dorado, el País del Rey Blanco, el Paitití, la Sierra de la Plata, la Ciudad de los Césares, el País de Mojos. Todos eran mirajes del Perú, ya descubierto y conquistado. De tal manera el Perú irradió leyendas desde sí, que de él salieron expediciones que a él lo buscaban, naturalmente bajo otros alias. Quiero recordar aquí una reflexión lúcida del Capitán Gregorio Ximénez en el texto de una "Relación que se va tomando para el descubrimiento de los Moxos", presentada en Charcas en 1603:

...que lo que se me ofrece acerca del parecer que me pide desta noticia tan pretendida tantos años por descubrir por tantas partes y capitanes, llamada con tantos nombres, por el Paraguay con nombre de Paitití, por el Pirú, con nombre de Mojos, por el Nuevo Reino con nombre del Dorado y según discurso de hombres vaquianos es toda una, porque los del Paraguay la buscan al poniente, los del Pirú al levante, desta ciudad al norte y del Reino, al sur⁹.

La tierra americana se sirvió del imaginario popular para incitar a los hombres a su exploración, conquista y colonización. La fantasía y la codicia aunadas abrieron mundos, gracias al imán errático de esos mirajes que se desplazaban, flotantes, a los cuatro puntos cardinales. El espejismo atrajo la atención de España que fletó hacia el Plata la más completa y nutrida armada que saliera hasta entonces de la Península hacia el Sur a cargo del Primer Adelantado don Pedro de Mendoza, uno de los hombres de mayor linaje que haya comandado una expedición a América. Con él comienza el más lamentable de los capítulos argentinos, el de la frustración y el desengaño, gran tema barroco. La tierra no se ofreció graciosamente, porque se le pidió lo que no podía dar: metales. Por eso la puja por entrarla y senderearla fue dura y de fracasos sumados. La llanura ilímite o la selva fluvial apampaban o enredaban, agotándolas, a las expediciones. La verdadera riqueza de la tierra estaba en su potencia de sementera. Ya lo había declarado, en 1528, un integrante de la expedición de Caboto, Luis Ramírez, en una coda final a una carta suya, en que apunta que esta tierra da dos cosechas al año, "por parecer cosa misteriosa"¹⁰. Irónicamente, las capitulaciones de Mendoza decían que debía reservarse al

⁹ En *Archivo de Indias*, signatura moderna: Charcas, 21. Cit. por Enrique de Gandía en *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. (Buenos Aires: Centro Difusor del Libro, 1946), p. 232.

¹⁰ "...ago saber a v.ra.md. questa tierra donde agora estamos es muy sana y de mucho fruto, porque ago saver a v.m. que se senbraron en esta tierra, para probar si daba trigo, y se senbraron cinquenta granos de trigo y cojeron por cuenta CCLV granos esto en tres meses, de manera que se da dos vezes al año. Escrivole a v.m. por parecer (roto) cosa misteriosa". Luis Ramírez, Puerto de San Salvador, 10 de julio de 1528, editada en Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*. Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes y fundación de las más antiguas ciudades en sus márgenes. Tercera edición. (Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires, 1939). Apéndice 8°, p. 373-396; la cita en p. 396. La primera edición es de 1892.

monarca la sexta parte de “todos los thesoros, oro y plata, piedras y perlas que se houieren”.

La naturaleza americana, la tierra fue para la conquista un impedimento, un obstáculo; nunca un espectáculo. De allí la escasez de paisajes y aun de apuntes sobre animales y plantas en las relaciones. En el canto III de *La Argentina*, Barco Centenera se atarea más en la flora y la fauna fantásticas que en las reales. Se sobrepone el reino de la fantasía a los reinos de la naturaleza.

El *Romance* de Miranda es el primer testimonio poético sobre el descalabro de la empresa de Don Pedro y la desolación en que cayó. La tierra los aterró y aun los enterró. Si la ruta de las Indias se llamaba “el camino de la codicia”, la del Plata fue la vía del hambre y la decepción. Enrique Larreta decía que en el camino de la Especería, en nuestro río, sólo se halló “la especia del desengaño”, que dio mal sabor a los hombres que la probaron. La frustración les dejó a los conquistadores un sabor amargo. Hay ensayos actuales de indagación nacional que pretenden explicar algunas notas típicas de la índole argentina –la tristeza, el desapego, el descreimiento– del hombre de hoy a partir de aquel fundamento que nos legara un conjunto de hombres resentidos contra la tierra que se mostró como una virago, rebelde a la conquista. Los documentos del siglo XVI hablan de “calar y pasar la tierra”. Ésta, en cambio, exigió afincamiento en ella, en tanto los españoles la estimaban sólo como camino de tránsito a reinos de riquezas y metales. Los hombres no venían a colonizar. Cuando las leyendas y fábula evanescieron su bruma mejorativa, su tul de ilusión, quedó la tierra desnuda, baldía pero ofrecida. Hubo que enfrentarse con ella. Lo que correspondería, como clausura del tiempo de las fantasmagorías, era un largo *ubi sunt?* –los metales, los proyectos, el poderío– que encarnara la desilusión¹¹.

III. LA TIERRA, MUJER POR CONQUISTAR

Como el lector advierte, hay un símil sostenido a lo largo del *Romance* que es la figuración de la tierra como mujer por domeñar. ¿A quién alude esta personificación? No se refiere a la ciudad de Buenos Aires (como creen Gandía, Torre Revello, María Rosa Lida y otros); ni se dirige sólo a la ciudad de Asunción, como entendió Fernández Duro, cuando puso por epígrafe a la edición del texto: “Luis de Miranda a la ciudad de Asunción, provincia del Río de la Plata, recientemente fundada”. El referente poético de don Luis es más abarcador: alude a la conquista del Río de la Plata, geografía y proceso histórico, a un tiempo. Lo dice el poema textualmente: “en el Río de la Plata, / conquista la más ingrata / a su señor”, vv. 18-

¹¹ El Marqués de Avilés, Gabriel Avilés del Fierro, virrey del Río de la Plata (1799-1801), decía, en los umbrales del siglo XIX: “Este Río de la Plata es río de congojas y de desabrimientos.”

20. Y lo ratifica, en esta acepción lata, el comienzo del único autógrafo conocido del autor, la *Carta* de 1545: “yo, luys de miranda de villafaña, clerigo, veçino de plascençia que reside en la conquista del Rio de la plata...”¹² Es decir, la región conquistable, esa zona americana, es la verdadera protagonista del poema, frente a la que los conquistadores operan como deuteragonistas en el drama trágico que allí se debate.

La personificación de la tierra argentina, india, americana, como mujer por conquistar –enamorada, doncella, esposa o viuda– es un tópico de la literatura árabe, que penetró con simpatía en España y lo adoptaron los poetas castellanos. Frente a la región-mujer, el enamorado-conquistador le hace propuestas amorosas. Ya aparece el recurso figurativo en un texto de la clerecía tardía, el *Poema de Alfonso Onceno*, donde leemos esta respuesta del rey de Castilla a una embajada mora que le ha venido a pedir que suspenda el asedio de la ciudad:

Non siempre es peligrosa
la muy noble Algesira,
mas doncella muy fermosa
qu'el coraçon sospira¹³.

Así se daba la personificación de ciudades, reinos o comarcas, en figura femenina, que iba acompañada, en algunos casos, con una verdadera ceremonia de esponsales con el gobernante o conquistador. Uno de los textos más conocidos para ejemplificar este topos es el “Romance de Abenámár”, al cabo del cual dialogan el rey Juan I y la ciudad. El monarca hace su proposición:

"-Si tú quisieras, Granada darete en aras y dote "-Casada soy, rey don Juan, el moro que a mí me tiene	contigo me casaría; a Córdoba y a Sevilla". casada soy, que no viuda; muy grande bien me quería" ¹⁴ .
---	---

Don Ramón Menéndez Pidal, al anotar este romance en su *Flor nueva de romances viejos* (1976, 201-2), dice: “Los poetas árabes llaman frecuentemente ‘esposo’ de una región al señor de ella, y de aquí el romance tomó su imagen de la ciudad vista como novia a cuya mano aspira el sitiador. Esta imagen no se halla en ninguna literatura medieval sino en la castellana. Sólo después, cuando los soldados españoles llevan consigo el Romancero a Alemania y Países Bajos, vemos sur-

¹² Editada por Enrique de Gandía. *Luis de Miranda, primer poeta del Río de la Plata*. (Buenos Aires: Librería y Editorial “La Facultad”, 1936), p. 131-132.

¹³ Edición crítica por Yo Ten Cate. Amsterdam, 1942; hay una segunda edición de Madrid, CSIC, 1956. La citada es la copla 2.406.

¹⁴ Ramón Menéndez Pidal. *Flor nueva de romances viejos*. (Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina, 1967) (16ª ed.); Colección Austral, 100, pp. 200-202.

gir la concepción de la ciudad sitiada como novia ya refiriéndose a Magdeburgo y a su sitiador Wallentein (1629), ora a otras muchas ciudades holandesas, danesas y suecas". Fue en boca de Luis de Miranda que arribó a orillas del Plata dicha imagen, actualizada para presentar a la región como hembra difícil de enseñorear. La situación es semejante a la arábica: el conquistador que llega a una tierra-mujer que desea seducir-conquerir. Así como en la poesía española hallamos para la región el tratamiento de doncella, novia, casada y viuda, la del Plata se mostrará: ingrata a su señor, desleal, enemiga de marido, manceba, señora y viuda. Hay aquí mayor abundancia de estados y matizaciones. A ello se suma la sucesión de maridos que han aspirado a ser sus dueños, infelizmente. A un buen enlace apunta el deseo final del poema: "Múdenos tan triste suerte, / dando Dios un buen marido, / sabio, fuerte y atrevido / a la Viuda", vv. 133-136.

María Rosa Lida insiste —demasiado, en mi estimación— en favor de la ascendencia bíblica de la imagen por sobre la tradición árabe¹⁵. Es cierto que en las Sagradas Escrituras es frecuente ver una ciudad (Jerusalén) o un pueblo (Israel) como mujer casada, adúltera, infiel o ramera, siempre con una fuerte carga moral en cada condición femenina. Los profetas manejan esa imagen para indicar los cambios en la fidelidad a la promesa, a la alianza con Dios, apostrofando a la Ciudad Santa o a Israel, en figura de prostituta que, en lenguaje simbólico veterotestamentario, equivale a "idólatra" (Os. 1, 2 y ss; Ez. 16, 6 y 2, 21; Is. 5, etc.). Las censuras más amplias con prevaricación son las de Jeremías (2, 20-24 y 3, 11 y ss.) y todo el capítulo 16 de Ezequiel, que es una *amplificatio* de la imagen de base. La vociferación profética de las ciudades pecadoras como ramera condenable deja huella indeleble en el lector. Creo que si bien ambas fuentes —bíblica y poético arábigo-castellana— pueden haberse asociado confluentes, en la imaginación de Miranda, lo que falta en el texto bíblico, y sí está en los poemas castellanos y árabes, es la empresa de la conquista, que es la experiencia vital del poeta placentino, a partir de la cual se asocian los símiles de la tradición. Miranda es un español que ha vivido su juventud en un reino contaminado fructuosamente por lo arábigo, en el que la evocación de las acciones de lucha por consolidar las tierras conquistadas fue tema cotidiano. Y ahora, el autor está en tierra americana en lance de conquista. Su situación real tiene más relación con la tradición árabe que con la bíblica; se aproxima más a la del romancero, por su misma profesión poética. Por otro lado, está claro que, como clérigo, Miranda no podía ignorar el Antiguo Testamento y sus exégesis. Lo importante es que, a mediados del siglo XVI, en las remotas latitudes inhóspitas australes, el poeta español, inspirado por la Musa Antártica —la que alienta en las tierras del Sur— y motivado por la tierra esquiva, actualiza, referido a la conquista indina del Plata, un tópico semítico —árabe y bíblico— aso-

¹⁵ María Rosa Lida de Malkiel. *Jerusalén. El tema literario de su cerco y destrucción por los romanos*. (Buenos Aires: UBA, F. de F. y Letras, Inst. de Filología y Literaturas Hispánicas, 1973); vid "Ecos en la literatura española de ultramar", pp. 158-189.

ciando una tradición poética oriental, trasvasada a España, para expresar una realidad del Nuevo Mundo. Pero hay más aún. El apropiamiento actualizado del tópico es puesto al servicio, no sólo de una realidad histórica definida y descriptible, sino de una actitud denunciante, de fuerte señalamiento contra los desaciertos de las autoridades, los maridos de la mujer fuerte. Luis de Miranda llega al uso político, banderizo, de la imagen tópica, como mostraré.

La tierra americana, argentina, es vista como una primitiva doña Bárbara, el personaje simbólico de Rómulo Gallegos, esto es, una devoradora de hombres. La imagen de la conquista de la tierra como hembra fatal, que Miranda desarrolla en su figuración, expresa con eficacia una primera etapa del contacto del hombre europeo con la región austral del Nuevo Mundo.

IV. EL TÓPICO DEL HAMBRE DE JERUSALÉN

Quisiera traer a cuento un romance anónimo español del XVI, que sirve de articulación entre dos tópicos concertados de este poema: la imagen de la ciudad o región como mujer y el sitio y hambre de Jerusalén, como medio comparativo del cerco indígena y hambre de Buenos Aires, a partir de junio de 1536. El romance a que aludo es “La presa de Jerusalén por Tito”, y comienza así:

La señora de las gentes
porqu'el emperador Tito

lloraba fuerte y plañía
de crudo fuego l'ardía

Las madres, de pura hambre,

los propios hijos comían¹⁶.

En este romance se habla de Jerusalén como “la señora de las gentes”, llorante y plañidera. Así se acerca, parcialmente, al tópico comentado. A ello le sigue la descripción del cerco y hambruna de la ciudad, hasta el detalle sobrecogedor de la madre filicida. Por esa escena se articula al poema de Miranda: “allegó la cosa a tanto / que, como en Jerusalén, / la carne de hombre también / la comieron. / Las cosas que allí se vieron / no se han visto en escritura: / comer la propia asadura / de su hermano”, vv. 81-88. Los dos episodios de antropofagia en el real de Buenos Aires, están apenas aludidos por Miranda —y que se corresponden con el filicidio judío—, cuya sobriedad se aproxima al espíritu del romancero tradicional, más lacónico y alusivo, que no detallista. En cambio, contrasta con ambos textos, el romance artístico de Juan de la Cueva: “Crueldad de una madre en el sitio de Jerusalén por Tito” que desde el título señala la escena de antropofagia como eje de su relato. De la Cueva suprime la imagen ciudad-mujer inicial y se demora en un difuso detallismo de mal gusto, alargando por ochenta versos lo que se apuntó

¹⁶ Durán, A., ob. cit., X, t. i., n° 454, p. 300.

en dos líneas del romance tradicional. El detalle de los precarios alimentos en la situación famélica, lo aproxima a de la Cueva al *Derrotero* de Ulrico Schmidl, más que a Miranda, y todavía más, a Centenera cuando comenta, amplificadamente, el hambre de Buenos Aires (Canto IV, est. 24-32). Dice en el *Coro febeo*, de la Cueva:

Combatida de tal suerte
que vinieron a tal hambre
que comían por regalo,
todos los perros y gatos
las suelas de los zapatos
las pajas del muladar
Llegó a tanto la miseria,
y así contaré un ejemplo

con un cerco tan prolijo,
los miserables judíos,
después de haberse comido
y las bestias de servicio,
y el cuero en agua cocido,
dentro del estiercol podrido.
que pasó de lo que digo,
con que se prueba lo dicho¹⁷...

Y pasa a la descripción enfática y prolija de la escena filicida. Apenas se registra alguna coincidencia: “allegó la cosa a tanto” (Miranda) y “Llegó a tanto la miseria” (Cueva).

Pretender rastrear el origen de la mención del hambre y cerco de Jerusalén en las orillas del Plata es tarea vana. Primero digamos que, posiblemente previo al poema de Miranda, he registrado un documento en el que aparece la mención, pero en contexto nada relevante. En la época inicial de la América hispánica es difícil establecer con certeza qué libros se trajinaban y cuáles alcanzaron el estuario del Plata. Más que afirmar categórica, e infundadamente, cuál ha sido la vía del trasiego de tal o cual materia literaria para los escritores asentados en la zona, lo atinado es señalar las posibles vías. Miranda era clérigo, pero no sabemos el nivel de sus humanidades. Pudo haber leído las *Guerras judías* de Flavio Josefo, o alcanzar el episodio a través del teatro (*Auto de la destrucción de Jerusalén*), o del romancero popular o artístico, o de libros misceláneos (*Silva de varia lección* de Pero de Mexía), u oírla múltiples veces en la predicación. También es inconducente querer filiar las menciones al cuadro jerosolimitano, tomando como inicial el texto de Miranda y suponiendo una concatenación falaz: Isabel de Guevara y Francisco de Villalta en sus cartas, el *Derrotero* de Schmidl, *La Argentina* de Centenera, *La Argentina* historial de Ruy Díaz y luego, la serie —ésta sí encadenada— de los historiadores jesuitas... Para el siglo XVI, la alusión al sitio y hambre de Jerusalén era ya un tópico, una situación paradigmática de referencia inmediata, tal como la condenación y castigo de Sodoma, la confusión de Babilonia, o, en plano personal, la belleza de Helena, la astucia de Ulises, la artería de las Sirenas, y tantas otras monedas culturales corrientes. Hallo una prueba de lo que digo, de la asociación espontánea entre cualquier situación famélica seria y la histórica de la Ciudad

¹⁷ Durán, ob. cit., X, t. i., n° 455, pp. 300-301.

Santa, en el maestro Covarrubias, que dice en el asiento *Hambre*: “Ha avido en cercos grandes miserias, como se lee que las huvo en el cerco de Jerusalén, y en otros donde las madres se comían los hijos¹⁸”. Entonces la asociación ya estaba lexicalizada, podría decirse.

A otros escritores de Indias —desde Colón en adelante— se les puede señalar con verdad que no tuvieron visión directa de lo americano, sino refleja, a través de figuraciones literarias. Los ojos no recibían sino que proyectaban imágenes, sobreponiendo las tradiciones figurativas al mundo desconocido que enfrentaban. En Miranda no es así: el autor usa formas tópicas para mostrar mejor una realidad concreta bien percibida y vivida. Hemos visto una primera figuración: la conquista como mujer de difícil maridaje. Pero podemos subrayar dos vías comparativas, ambas tomadas de hechos históricos, no de imágenes fabulares. Uno de esos medios comparativos que maneja la mención “*como* en Jerusalén...”, tomada de la tópica histórica remota. La otra comparanza que usa también es histórica, pero de hechos recientes, aún frescas las heridas que generó: la revuelta comunera: “*semejante* al mal que lloro ./ cual fue la comunidad...” Dos episodios ciertos, uno antiquísimo (siglo I) y otro contemporáneo, le sirven para ilustrar la índole de lo que *ahora* está viviendo en “el argentino reino”, como señalamiento de la reiteración de situaciones humanas, más allá del tiempo y del espacio. Consideraré la alusión histórica coetánea en el siguiente capitulillo.

V. LA INTENCIÓN POLÍTICA

Repasemos el comienzo del texto del *Romance*. Las doce líneas iniciales están destinadas al medio comparativo al que recurre para iluminar la realidad platense: las guerras de las Comunidades de Castilla. Esa fue “la gran porfía” que “a todos inficionó” —no como dicen algunas lecturas “aficionó”— pues “inficionar” es “corromper con mal olor el ayre, o otra cosa” —como dice Covarrubias— lo que viene a pelo para la condena de lo comunero, como cosa infecta, como enfermedad contagiosa que a todos contaminó. Esta es la imagen que subyace en el verbo elegido por Miranda. El comienzo del poema consigna una clara definición de opinión política, expresa en la contraposición que establece en la adjetivación de los partidos en lucha: malos comuneros / buenos caballeros. El uso neto de la primera persona: “digo yo”, vale tanto como “esta es mi opinión, que suscribo”. Su juicio es condenatorio del movimiento que agitó y conmovió políticamente la Península entre 1519 y 1523. Máxime cuando usa —en el seno de su comparación, otra semejanza— un *símil* prestigiante para los leales al monarca: los caballeros, como el oro en el crisol, probaron en la lucha la pureza de su calidad. Los adjetivos “afi-

¹⁸ Sebastián Covarrubias. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Edición preparada por don Martín de Riquer. (Barcelona: S.A., Horta, 1943), p. 675a.

nados” y “acendados” aluden a procesos de depuración y limpieza del metal noble. Nobleza de metal y nobleza de origen se identifican en los leales.

Pues bien, aquella Comunidad española, ha tenido su reactivación, digamos, del otro lado del océano en las Indias australes: “cual fue la Comunidad, / tuvimos otra, en verdad, subsecuente, / en las partes del poniente, / en el Río de la Plata,” 14-18. Se refiere, sin duda, a los hechos vividos en Asunción, a partir de 1544, entre los bandos de Irala, los “comuneros”, y los de Alvar Núñez, los “leales”, que evocaban en la memoria de Miranda la revuelta comunera peninsular. El mismo Adelantado había luchado en favor del Rey en Villalar, y ahora se veía víctima de una asonada del común que le arrebatava el mando legalmente ejercido por él. Para mayor infamación, Irala lo enviaría encadenado a España, a bordo de una nave que el mismo Alvar Núñez mandara construir, pero quien le puso nombre al barco asunceno fue el ex oscuro remero y ahora vigoroso caudillo, Irala, lo bautizó: “Comuneros”. Era como una firma de actitud política asumida por el jefe de la sedición. Miranda, que había adherido, desde el principio, a la autoridad delegada en el Adelantado, tomó parte en los conflictos y entredichos, manifestando su censura a los alzados. Don Luis, que no fue sólo hombre de sotana y de cruz sino también de manto y espada, baraja y enamorada, conspiró y agitó los ánimos en favor de su postura, hasta dar en la cárcel por estos cargos y el de incendiario frustrado, pues pensaba rescatar a su caudillo noble, en medio de la revuelta que el fuego levantaría. Hay duras probanzas de todo esto en la causa que se formó en su contra¹⁹. Miranda cree volver a ver en las Indias una nueva confrontación de las facciones de leales y tumultuarios. Por eso asocia el ayer con su hoy de Asunción en el *Romance*. La misma contraposición que exhibe el poema se advierte en pasajes de la *Carta* (1545), coincidentes verso y prosa epistolar trazados por la misma mano²⁰. Advierte situaciones homólogas en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Al trasmundarse los hombres trayeron consigo sus concepciones y posturas. Miranda toma partido y juega opinión en su poema, a favor de un bando y en contra del otro. Canta opinando, como dirá después de sí la gauchesca. El *Romance*, además de ser el primer texto poético escrito en el Plata, es la primera manifestación de literatura comprometida políticamente de la región. La literatura en nuestra zona nace con un signo de responsabilidad política. Además, el texto es un señalamiento, una denuncia del desgobernio que se ha padecido desde la llegada de don Pedro de Mendoza. Porque si la tierra ha sido una virago para sus postulantes maridos es porque éstos no han sabido pasar del poder escrito al mando real. Es necesario decirlo: el único

¹⁹ Trae toda la documentación sobre el proceso Gandía, 1936, apéndices.

²⁰ Dice Miranda en su *Carta* (25-III-1545), en algunos pasajes en que contrapone los leales a Alvar Núñez y la gente de Irala: “todos los que allí yvan Respondian: lybertad, lybertad y otras palabras de gran comunidad y alboroto” y más adelante: “syguiose luego (...) alborotos continos; paz, ninguna; libertad, qual la querían; pecados públicos, como en bervería; los buenos, temerosos; los malos, mandando; a los leales llaman amotinadores; a los malhechores, leales; de tal manera que esto no puede durar mucho”, en Gandía, 1936, p. 132. El subrayado es mío.

hombre de poder real, que domoñó la tierra de la conquista, fue ese oscuro remero con pasta de caudillo que se llamó Domingo Martínez de Irala, aunque no tuviera la adhesión de Miranda. Cabe advertir que la opinión política de éste no se cierra en reconocer ciegamente a quienes detentan la capitulación o la orden regia en su mano, sino que los considera a la luz del ejercicio de la autoridad. Mendoza es el Adelantado legal, pero el poeta le enrostra los desajustes e injusticias que cometió, comenzando por el asesinato de Juan Osorio, acto que signó de sombríos presagios toda la empresa (vv. 39-46). Miranda apunta los destratos padecidos por los hombres: “Por los malos tratamientos / muchos buenos acabaron”, vv. 61-62. Registra, incluso en su poema, en discurso directo, la protesta popular contra el noble que no los supo acaudillar: “Los que quedaban, gritando / decían: “Nuestro general / ha causado aqueste mal, / que no ha sabido / gobernarse y ha venido / aquesta necesidad”, vv. 121-126. Miranda asienta su denuncia y le hace sitio a la voz de la protesta del común, pese a su condena de los comuneros y que tiende a mitigar la responsabilidad de Mendoza (vv. 127-132). Por esta actitud directa de denuncia y de opinión facciosa, de enjuiciamiento de las autoridades y censura de sus acciones, el *Romance* se aproxima a un sector de la poesía concioneril: la *satírica*.

Poesía, historia y política van juntas en el *Romance*, poema de limitado relieve artístico —aunque mayor del que se le ha reconocido— pero significativo como síntoma y comienzo de una línea de la poesía, de la literatura argentina.

Se equivoca Ezequiel Martínez Estrada²¹ —y tantos otros con él— cuando afirman que los españoles sólo fantasearon en las costas del Plata y que la realidad está ausente de nuestra literatura inicial. Por el contrario, la realidad está en la base de nuestros orígenes literarios. Miranda no fantasea ni estiliza. Muestra lo que padeció y tuvo frente a los ojos, una realidad desdichada y dolorosa: hambre, incendios, muerte, antropofagia, desolación, desgobierno, extravío, luchas facciosas. Si en otros sitios de América —y en la zona platense lo cumplió, parcialmente, el bávaro Schmidl— se fabulaba y alegendaba la tierra cubriéndola de imagerías y mitificaciones, no fue ésta la actitud absoluta en el Plata, ni inicial de su literatura. Frente al entusiasta espejismo de Caboto, un miembro de su tripulación, Luis Ramírez, a quien ya he citado, no se obnubilaba con los díceres legendarios, y ante las fabulaciones flotantes mantiene una reserva y una sensatez ejemplares. Así, dice que los querandíes les hicieron: “muy buena Relacion de la Syerra y del Rey Blanco, y de otras muchas jeneraciones disformes de nra. naturaleza, lo qual no escribo por parecer cosa de fabula, asta que plazca a dios nro. señor lo quente yo como cosa de vista y no de oydas”²². Ramírez invierte el verso del romancero, que parece haber sido la pauta de la visión de América —que en muchos fue “audición” de América— que decía: “de oídas que no de vista”. Este sesudo español es

²¹ “Cepa de la literatura rioplatense”, en *Para una revisión de las letras argentinas*. (Buenos Aires, Losada, 1967), 25-53.

²² Madero, ob. cit., p. 396.

de laya realista, pues sólo hablaba de aquello que podía ver “con los ojos de la cara”. Miranda continuará la misma línea verista. De modo que en el Plata, frente a la tendencia fabuladora en la visión de América, podemos proponer, con los textos en la mano, una corriente realista, que pisa y muestra tierra concreta²³.

Se ha denominado, y considerado, al *Romance* como “simple crónica rimada” o “crónica rimada sin mayores atisbos de arte” (Torre Revello), “más que elegía, el poema es una crónica rimada” (Canal Feijoo) y así parecidamente. Y han arreciado los señalamientos en su inhabilidad poética, prosaísmo, tosquedad, sintaxis confusa y jadeante. No cabe duda de que el poema es un testimonio realista de un padeciente de los hechos que comenta con sobriedad y, por este flanco, se afirma en lo cronístico. Pero no es lo narrativo ni lo descriptivo lo esencial del *Romance*, ambas modalidades están al servicio de una actitud lírica compleja, como se advierte si no nos dejamos arrastrar por el episodio del hambre que, aunque se lleve la parte del león en el número de versos y pueda, incluso, acaparar nuestra atención focalizándola sólo en él, no es, en la voluntad de Miranda su objetivo. El mismo episodio famélico está al servicio de otra intención, es una “ilustración” de lo que denuncia y señala, y contra lo que protesta. Claro que el trance del hambre es aspirante en el curso lectivo, porque, además, contiene esquiciadas otras escenas menores, que nos señalan los deícticos: allí, unos, otros...

Ricardo Rojas es el primero que, al calificar al poema, lo situó en una especie literaria: lo llamó “Romance elegíaco”, y también “su memorable elegía”. El arranque del texto y la tonalidad inicial del mismo vira hacia lo narrativo y lo descriptivo. Pero, no es ajeno a las elegías que ellas cuenten y describan lo que fue para luego contrastarlo —nueva descripción y relato— con lo que es, y de esta compa-

²³ Miranda expresó durante una etapa de su vida en el Plata, una visión optimista y entusiasta de la tierra, que vino a cercenar la decisión de Irala de despoblar Buenos Aires en 1541, con lo cual tuvo una segunda experiencia de frustración, después de la de 1536 con el hambre mortal. Lo sabemos por sus declaraciones para el informe que levantara Alvar Núñez a su llegada, sobre los sucesos ocurridos en esta conquista previos a su arribo. Vemos que, superada la angustia del hambre, los hombres se aplicaron a la labranza de la tierra, apartándose, en Buenos Aires, de los delirios del metal. Dice don Luis sobre las etapas de gobierno previas a Irala:

“fue tan continuo el trabajo de la gente e la diligencia del dicho capitán francisco ruiz galán que fue creçiendo el aumento de las dichas roças e disminuyendo la necesidad de tal manera que cada año abia e ovo más abundancia e fertilidad en la tierra” (Gandía, 1936, p. 86).

Y durante el gobierno del reemplazante de Ruiz Galán, Juan Romero:

“se reformó el dicho puerto de buenos ayres de tantas roças bastimentos ortalizas ganado de puercos que la gente que en dicho puerto estava bibia tan a su contento e con tanta salud e abundancia como si estuviera en un pueblo muy abundoso de los despaña”. (Gandía, 1936, p. 86).

Si se despoblaba Buenos Aires, opinó Miranda —y se opuso en su momento a la decisión de Irala, otro motivo de enfrentamiento— que se volvería al doloroso pasado:

“se avian de perder e morir todos de hanbre como lo avian visto por espiriencia que a don pedro de mendoça se le murió e le mataron los yndios e por falta de bastimentos las dos partes de la gente que truxo a desta cabsa”. (Gandía, 1936, p. 87).

Y en su *Carta*, posterior a estas declaraciones, pues es de 1545, señala dónde residía el desajuste de esta conquista en el Plata:

“que tengo conocido a diez años desta mal trillada y peor senbrada tierra que por esto no nos ha dado dios su abundante fruto”. (Gandía, 1936, p. 133).

ración es que nace el canto lírico y doliente por el bien perdido. Miranda llora por lo sucedido: “semejante al mal que lloro”, v. 13. El poema es una lamentación por los acontecimientos que han desbaratado la conquista que se prometía exitosa y contiene —más allá del yo del poeta, está el “nosotros”— el llanto y lamento de sus compañeros todos: “apenando; / unos, continuo llorando, / por las calles derribados; / otros, lamentando echados / tras los fuegos”, vv. 108-112.

Es interesante verificar cómo este poemita cumple con las notas características que, en sus planteos arquetípicos de las formas literarias, propone Northrop Frye²⁴ para la elegía: En relación con las cuatro fases del mito solar, la tercera es: Fase del día: ocaso. Fase del año: otoño. Fase de la vida: muerte. En el plano de la acción mítica: caída, muerte violenta, sacrificio, alejamiento. En el plano de los personajes: traidor, mujer seductora y mala. Arquetipo literario: elegía. Tragedia. Adviértase cómo se relacionan con nuestro *Romance* los términos: muerte, caída, alejamiento, mujer seductora fatal y elegía. Si el mito central de la literatura es la búsqueda del héroe y su lucha contra las adversidades encarnadas en un malvado, hasta su triunfo final, en el *Romance* asistimos a un instante negativo de la empresa heroica, a una disgregación momentánea del esfuerzo y el fracaso de la aventura. La instancia en que la mujer malvada, la viuda, la desleal y aleve domina la situación. La visión paradigmática se trasluce en el texto.

Frente al Paraíso, que creyó hallar Colón, el Infierno en que dio Mendoza. La tierra americana —en el poema de Miranda— es el ámbito de la caída, de la catábasis violenta. Hay una suerte de castigo por contracanto —a la manera del *Infierno* de Dante, obviamente sólo en este aspecto, manteniendo distancias y proporciones inmensurables— que equilibra pecado y pena impuesta. Al encumbriamiento que supone la soberbia, le corresponde en el *Romance* una humillación arrasante:

A todos nos derribaste
la soberbia, de tal modo
que era nuestra cara y lodo,
todo uno. vv. 93-96

Catagórica y ultrajante denigración para el primer pecado humano: se revuelve su persona con la tierra, que era y a la que habrá de retornar: “cara y lodo, todo uno”. La imagen de Miranda pervivió por lo vívida en versos de su sucesor Centenera: “Las carnes consumidas y deshechas, / los rostros de color de puro lodo” (IX, 23). A su vez, a la avariciosa codicia, la *libido accopiandi*, le corresponderá el total despojamiento, la más absoluta miseria y privación. Quienes vinieron a tomar sin esfuerzo los metales y las piedras preciosas —a cuenta de las que gastaban— están ahora sin bocado que los alimente. Más aún, el poema muestra una

²⁴ Northrop Frye. *Anatomía de la crítica*. Caracas, Monte Ávila, 1972.

calibrada degradación en las viandas, que aproxima a los hombres a la animalización: harina y bizcochos racionados, luego cardos, después el estiércol y las heces, al límite, la carne humana y, por fin, la carne del propio hermano. La antropofagia tuvo dos maneras en esta conquista: una, figurada, la de codicia del mando que llevó a los hombres a devorarse en procura del poder. Ambición más que insensata porque lo heredado era la tierra vacua. Y la otra, la de los episodios horribles del sitio bonaerense por el cerco indio. Los españoles, que habían visto con paralizante horror, impotentes, desde la borda de sus naves, cómo los charrúas devoraban a Solís ante sus ojos; a quienes la palabra “caníbal” erizaba de terror, serán llevados a “comer la propia asadura / de su hermano”. Civilización y barbarie hermanadas. Europa mutada en Indias. El hecho es simbólico y, al tiempo, una advertencia de muchas puntas.

No hay espacio para análisis textual minucioso, sólo retomo el apunte del contracanto mencionado: “Más tullido, el que más fuerte; / el más sabio, más perdido; / el más valiente, caído / y hambriento”, vv. 101-104.

Northrop Frye hablaba de caída, precipitación. Éste es el registro que se acusa en el episodio del hambre: “a todos nos derribaste”, “el más valiente, caído”, “unos (...) por las calles derribados; / otros, lamentando echados / tras los fuegos”. La acumulación adjetiva sobre el final es agobiante en la expresión de este *aterramiento* de lo humano, de la empresa de la conquista del Plata: ciegos, flacos, descoloridos, desfallecidos, tartamudos, mudos. Aterramiento vale como “humillación, derribamiento”, y, cabe observarlo, como “bajar al suelo, a la tierra”. Y una vez más, la tierra aparece abatiendo a los soberbiosos y sometiéndolos a sí. La mujer fatal de la figuración de Miranda.

El texto es, básicamente, una elegía, no una crónica. Pero no se agota en ello. Es, además: un testimonio histórico realista, una denuncia, una protesta, una toma de posición política y una deprecación.

Hay una toma de conciencia de que las desgracias que sobrevinieron las han generado, primero, los hombres mismos de la conquista, por cinco factores: 1) el crimen de Osorio, que constituyó una suerte de extralimitación que puso en movimiento un engranaje indetenible de hechos calamitosos; 2) la falta de autoridad y firmeza de los gobernantes, 3) el mal trato a los subordinados, 4) la tendencia comunera de los hombres y 5) la soberbia y la ambición. Esas cinco causales residen en los hombres de España que llegan al Plata. Las otras dos causas son la tierra y el indio. Éste está sólo mencionado, como en secundario lugar, pues más pesantes se muestran los errores de los españoles mismos. En cuanto a la tierra, vimos que está personalizada, pero casi pareciera una entidad vengadora de los desafueros. La Viuda no es indomeñable, sino que los maridos han sido impropios. De allí el ruego final: “Múdenos tan triste suerte, / denos Dios un buen marido, / sabio, fuerte y atrevido / a la Viuda”.

El hecho de que el *Romance* tenga cabida en una propuesta arquetípica de la

literatura como la de Frye, nos certifica en la idea de que su significación no puede agotarse en las circunstancias históricas y geográficas que lo motivaron. Son señalables, por lo menos, tres niveles de significación concertados en el texto: uno, histórico, el de la realidad concreta vivida hacia junio de 1536 en el Río de la Plata; un segundo nivel, que llamaría invariante, porque se asocia a cierta continuidad iterativa que se da en nuestra literatura, como una constante, lo durativo diacrónico y un tercer plano, el humano universal, que alude a situaciones que se dan en distintos tiempos y espacios. La imagen de la tierra como mujer por conquistar se da en las tres dimensiones. Cabría ratificarlo con un dato de este tiempo. En la Argentina, en la última campaña de las elecciones presidenciales (1989) uno de los partidos basó su propaganda en la imagen televisiva de una mujer, con aspecto desolado y como expectante, en tanto una voz en *off* comentaba que esa mujer ha tenido muchos maridos que la han maltratado, que no la han comprendido y que aguarda el varón ejemplar que la despose, naturalmente: el candidato propuesto, ya que la mujer era nuestra patria.

La imagen política actual modifica la imagen tradicional: esta mujer es sufrida víctima de los malos gobernantes, a diferencia de la varona fuerte del *Romance*. Pero la figuración de la tierra en imagen femenina y el hombre aspirando a mariarse bien con ella, ha mostrado arraigada pervivencia en nuestra realidad desde que, a mediados del siglo XVI, actualizó el tópico, de remota matriz semítica, en estas costas el primer poeta del Río de la Plata, don Luis de Miranda, que supo cifrar en una personificación su imagen inicial de la tierra americana.

PEDRO LUIS BARCIA
Universidad de la Plata. Argentina

ROMANCE de Luis de Miranda

	Año de mil y quinientos		cual fue la Comunidad,
	que de veinte se decía,	15	tuvimos otra, en verdad
	cuando fue la gran porfía		subsecuente,
	en Castilla,		en las partes del poniente,
5	sin quedar ciudad ni villa,		en el Río de la Plata:
	que a todas inficionó,		conquista la más ingrata
	por los malos —digo yo—	20	a su señor,
	comuneros,		desleal y sin temor,
	que los buenos caballeros		enemiga de marido,
10	quedaron tan señalados		que manceba siempre ha sido,
	afinados y acendrados		que no alabo.
	como el oro.	25	Cual los principios, el cabo,
	Semejante al mal que lloro,		aquesto ha tenido cierto:

- que seis maridos ha muerto
la Señora.
- 30 Y comenzó la traidora
tan a ciegas y siniestro,
que luego mata al maestro
que tenía,
- 35 Juan Osorio se decía
el valiente capitán.
Juan de Ayolas y Luján
y Medrano,
Salazar, por cuya mano
tanto mal nos sucedió:
- 40 Dios haya quien los mandó,
tan sin tiento,
tan sin ley y fundamento,
con tan sobrado rencor
y cobardía.
- 45 En punto, desde aquel día,
todo fue de mal en mal:
la gente y el general
y capitanes.
- 50 Trabajos, hambres y afanes
nunca nos faltó en la tierra,
y así nos hizo la guerra
la crüel.
- 55 Frontero de San Gabriel,
a do se hizo el asiento,
allí fue el enterramiento
de la armada.
Cosa jamás no pensada,
que cuando no nos catamos,
de dos mil, aun no quedamos
60 en doscientos.
- Por los malos tratamientos
muchos buenos acabaron
y otros, los indios mataron,
en un punto.
- 65 Y lo que más que esto junto
nos causó ruina tamaña
fue el hambre más extraña
que se vio.
- 70 La ración que allí se dio
de harina y de bizcocho
fueron seis onzas u ocho,
mal pesadas.
Las viandas más usadas
75 eran cardos que buscaban
- 75 y aun éstos no los hallaban
todas veces.
El estiércol y las heces,
que algunos no digerían,
muchos tristes lo comían
80 que era espanto.
Allegó la cosa a tanto
que, como en Jerusalén,
la carne de hombre también
la comieron.
- 85 Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura:
comer la propia asadura
de su hermano.
- 90 ¡Oh, Juicio Soberano
que notó nuestra avaricia
y vio la recta justicia
que allí obraste!
A todos nos derribaste
95 la soberbia por tal modo
que era nuestra cara y lodo
todo uno.
- Pocos fueron, o ninguno,
que no se viese citado,
sentenciado y emplazado
100 de la muerte.
Más tullido, el que más fuerte;
el más sabio, más perdido;
el más valiente, caído
y hambriento.
- 105 Almas puestas en tormento
era vernos, cierto, a todos,
de mil maneras y modos
y apenado.
- 110 Unos, continuo llorando,
por las calles derribados;
otros, lamentando echados
tras los fuegos,
del humo y ceniza ciegos
y flacos, descoloridos;
115 otros, de desfallecidos,
tartamudos;
otros, del todo ya mudos,
que huelgo echar no podían,
así los tristes morían
120 rabiando.
- Los que quedaban, gritando

	decían: “Nuestro general	130	no viniéramos a puntos
	ha causado aqueste mal.		de vernos así tan juntos
	No ha sabido		de la muerte.
125	gobernar y ha venido		Múdenos tan triste suerte,
	aquesta necesidad”.		dando Dios un buen marido,
	También por su enfermedad,	135	sabio, fuerte y atrevido
	que si tuviera		a la Viuda.
	más fuerzas y más pudiera,		

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA TRADUCTOR DE PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA: LA HISTORIA DE LA INVENCION DE LAS YNDIAS

Contra Fernán Pérez de Oliva ha jugado el mejor aliado del Santo Oficio: el silencio. Un silencio de siglo y medio que cayó sobre sus *Obras* en 1632 para ser levantado sólo en 1789¹ y que, fruto de incógnitas sospechas o de inconfesables delaciones, le ha hecho un daño irreparable. La obra de la que voy a ocuparme, la *Historia de la invención de las Yndias*, no llegó a figurar en el *Índice* porque había quedado inédita y sólo ha visto la luz en 1965², pero me resisto a pensar que a su postergación no haya contribuido decisivamente el veredicto cautelar, y que éste no siga surtiendo efecto, dado que la crítica persiste en ignorarla aun tratándose del primer texto castellano, escrito desde España, sobre el descubrimiento de América³.

La obra, fruto de un encargo hecho por Fernando Colón en 1525, le fue entregada a éste por su autor en 1528⁴; de su manuscrito se ha perdido la pista, y el que hoy se conoce tiene todas las trazas de ser la copia preparada en 1583 por su sobrino, Ambrosio de Morales, que por entonces proyectaba editar las *Obras* de Pérez

¹ Sus *Obras*, (Córdoba: Gabriel Ramos Bejarano, 1586) fueron incluidas en el *Index Universalis. Tam plenioris catalogi*, (Sevilla: Francisco de Lyra, 1632) con la anotación "Fernán Pérez de la Oliva, hasta que se enmiende" (fol. 398, col. 1). Es una cuestión que analicé al editar el *Diálogo de la dignidad del hombre*, (Madrid: Editora Nacional, 1982), pp. 45-51.

² La edición es de José Juan Arrom, (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1965); vid. la recensión de Francisco Rico en *MLN*, LXXXII (1967), 658-659. La noticia del descubrimiento del manuscrito, subastado por la Sotheby's de Londres en 1928 y donado a la Universidad de Yale en 1943, la había dado Leo S. Olschki: "Hernán Pérez de Oliva's *Ystoria de Colón*", *HAHR*, XXIII (1943), 167-196.

³ Desde América se le había adelantado Gonzalo Fernández de Oviedo con su *Historia general y natural de las Indias*, acabada en 1526.

⁴ Así consta en el famoso *Registrum B* de la biblioteca de Hernando Colón, que anota ambas entrevistas. En la primera, Pérez de Oliva le regaló su traducción del *Anfitrión* de Plauto: "Es en 4º y dióme-

de Oliva⁵. Según este códice, al texto que comentaremos le seguía una *Conquista de la Nueva España*, obra incompleta de la que sí existe un manuscrito autógrafo que se custodia en la Biblioteca del Escorial⁶. Ambos textos son traducciones de Pedro Mártir de Anglería.

Esta faceta historiográfica del humanista cordobés no fue, sin embargo, recogida en las *Obras* publicadas en 1586, hecho que da qué pensar si se considera lo temprano del testimonio y la profesión de Ambrosio de Morales, cronista oficial desde 1563. Tal omisión, me temo, sólo puede ser explicada con hipótesis: Morales, tras el traslado de los papeles de su tío desde Salamanca a Córdoba⁷, podía haber cambiado de opinión dejando inédita la copia ya preparada, bien porque no le cupiera en un volumen en el que quiso incluir sus propios discursos⁸, bien porque, desde un punto de vista estrictamente historiográfico, las obras de su tío no le convenciesen.

La segunda hipótesis, aunque arriesgada, me parece la más fructífera porque nos obliga a considerar cómo entendían la Historia tío y sobrino, un punto éste en el que la divergencia es significativa. Mientras Morales es el primer historiador español que concibe su materia de trabajo como una ciencia más que literaria⁹, Pérez de Oliva la escribe aún bajo presupuestos humanistas, es decir, dando mayor

lo el autor en Sevilla, a 27 de noviembre de 1525". En la segunda, que tuvo lugar entre octubre y noviembre de 1528, dice: "Ferdinandi Perez de Oliva tractatus, manu et hispano sermone scriptus, de vita et gestis Don Chrystofori Colon primi Indiarum Almirantis et mari Oceani dominatori. Dividitur in novem enarrationes, siue capitula, quorum prim. Inc *Christoual Colon ginovez, nonum et ultimum, D. los otros destos las oyan. Deo gratias. Está en qt.*" Apud Archer M. Huntington, *Catalogue of the Library of Ferdinand Columbus*, (New York: The Hispanic Society of America, 1905), nº 4.148 y 4.180 respectivamente.

⁵ Cfr. F. Rico, op. cit., 658. Arrom, cotejando el manuscrito con la somera descripción que da Fernando Colón del suyo, había concluido que eran dos testimonios diferentes.

⁶ Sigue desconociéndose el paradero de esta parte del códice, que fue subastado en la misma ocasión (vid. la nota 2). Del autógrafo, catalogado como *Algunas cosas de Hernán Cortés y México*, existen dos ediciones: la de William Atkinson, que va como apéndice de "Hernán Pérez de Oliva, a biographical and critical study", *R. Hi.*, LXXI (1927), 450-475; y la de J. Ramírez Cabañas, que la incluyó en la *Conquista de México* de Bartolomé Leonardo de Argensola, (México: 1940). El texto ha sido estudiado por Roberta Bonturi, *L'Umanesimo di fronte alla Conquista dell'America: il caso di Pérez de Oliva*, Tesi di Laurea, Università di Pisa, 1988.

⁷ Las *Obras* empezaron a imprimirse en Salamanca y se terminaron en Córdoba. Arrom (ed. cit., 19) relaciona este traslado con unos "serios contratiempos" rayanos con la censura inquisitorial, pero creo haber demostrado suficientemente que se debió únicamente a motivos prácticos y que el Santo Oficio entraría en escena sólo años más tarde (vid. mi ed. del *Diálogo de la dignidad del hombre*, pp. 32-39 y 45-51).

⁸ Que la copia estaba preparada para la imprenta se deduce de la aprobación, firmada en junio de 1583, que figuraba en el manuscrito perdido de la *Conquista de la Nueva España* (vid. nota 5, y cfr. Arrom, ed. cit., pp. 17 y 19). Tras las *Obras* de Pérez de Oliva, Morales manda imprimir *Quince discursos* suyos, una *Tabla de Cebes* traducida por él del griego, la *Devota para el Señor don Juan de Austria* y un *Discurso* del licenciado Pedro de Vallés.

⁹ Morales sucedió en el cargo de cronista a Florián de Ocampo siendo su metodología bien diversa pues se opuso, por principio, a la utilización de fuentes inventadas; tal iniciativa no tuvo fortuna entre sus seguidores. Su mérito principal, según Eduard Fueter, es el de haber sido el primer español que uti-

peso a lo literario y a lo moral que no a lo específicamente histórico¹⁰, supeditando lo acaecido a la demostración, retóricamente irreproachable, de una tesis implícita. Así las cosas, cabe preguntarse si no sería el contenido ideológico que rezuman estas historias americanas, y su superponerse a los sucesos históricos realmente acaecidos, lo que obligase a Ambrosio de Morales a retirarlas de la circulación porque resultasen anacrónicas, ambiguas o incómodas en 1586, fecha de publicación de las *Obras* del Maestro¹¹. La idea no es tan descabellada si se piensa en la fortuna editorial de Pedro Mártir de Anglería, muy pronto olvidado por las prensas españolas¹², y da pie para adentrarse en el comentario de la versión llevada a cabo por Pérez de Oliva para analizar el contenido ideológico del que hablaba más arriba.

La *Historia de la invención de las Yndias* es una traducción libre y concisa de la primera de las *De Orbe Novo Decades* del humanista italiano afincado en España Pedro Mártir de Anglería; la *Década* I, escrita en forma epistolar entre 1493 y 1500, fue reelaborada por su propio autor en 1510, publicándose en Sevilla en 1511 a instancias de Lucio Marineo Sículo y al cuidado de Nebrija, y después en Alcalá en 1516 y 1530¹³. La obra de Mártir de Anglería estaba escrita, como

lizó junto con los “autores”, testimonios epigráficos, numismáticos y notariales. Vid. *Storia della Storiografia moderna*, ed. corregida y aumentada trad. A. Spinelli (Milano-Napoli: R. Ricciardi, 1970), pp. 288-299; y G. Girot, *Etudes sur l'historiographie espagnole. Les histoires générales entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, (Bordeaux: Féret et Fils, 1904). Sobre Morales en particular, vid. del mismo Girot, “De auctoribus ab Ambrosio de Morales adhibitibus ad scribendam historiam”, *Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla*, (1930), II, 135 ss; y Cobo Sampedro, *Ambrosio de Morales. Apuntes biográficos*, (Córdoba: El Diario, 1879); y Enrique Redel, *Ambrosio de Morales. Estudios biográficos*, (Córdoba: El Diario, 1909).

¹⁰ Dice Fueter de los historiadores humanistas: “Invece di riferire gli avvenimenti importanti per l'esistenza di interi gruppi di uomini, gli storici, volendo operare sugli animi, si attenero piuttosto al destino dei singoli individui; ogni volta che fu possibile, disposero il loro lavoro come se la narrazione dovesse servire da soggetto di una grande opera drammatica. Se poi lo storico fosse in grado di comprendere i problemi storici, e di sapere interpretare rettamente le fonti, era cosa che si prendeva appena in considerazione”. (Op. cit., p. 13). El paso me parece apropiadísimo para el caso de Pérez de Oliva. Olschki (art. cit., 195) da una interpretación similar a ésta de lo que es la historia para nuestro humanista.

¹¹ Si esto es así, el escollo tan oportunamente avistado por F. Rico se salvaría sin necesidad de acudir a razones de gusto: “Cabe achacarlo también —pero se me hace más cuesta arriba, dada la generosidad con que Morales colecciona los retazos del Maestro— a los escasísimos quilates de ambas obrillas”, op. cit., 659.

¹² Las *De Orbe Novo Decades* conocen el éxito en España sólo hasta 1530, luego se imprimirán en Basilea, (1533) Colonia (1574) y París (1587). E. Lunardi llega a sospechar una amargura tal en el autor, nacida de la ilegalidad reinante en los asuntos americanos, que entre 1501 y 1513 “le prohíben” escribir; la afirmación, sin embargo, no está documentada. En cuanto a sus famosísimas *Epístolas*, dice, “fueron intenzionalmente fatte dimenticare” apenas soplaron vientos contrarreformistas, *La scoperta del Nuovo Mondo negli scritti di Pietro Martire d'Anghiera*, (Roma: Instituto Poligrafico e Zecca dello Stato, 1988), pp. 437 y 5.

¹³ La edición de 1511, con privilegio de la reina Juana, fue desautorizada por el propio P. Mártir; va precedida por la *Legatio Babylonica* y por su poesía. La edición de 1516, también al cuidado de Nebrija e impresa en casa de Juan de Brocar, comprende las *Décadas* I-III. La de 1530, impresa por Miguel de Eguía, reúne las VIII *Décadas* y ha sido reproducida en facsímil (Graz, 1966). Dos son las traducciones modernas al español: una, la de Joaquín Torres Asensio, *Fuentes sobre Colón y América* (Madrid,

correspondía a una crónica oficial destinada a un público extranjero, en latín¹⁴, y con su traslado al castellano Pérez de Oliva demuestra, una vez más, su invencible confianza en la lengua vernácula que escribe “a conferencia de la invención de las lenguas clásicas”¹⁵. Es esta una actitud muy renacentista, a lo menos en España donde el peso del cambio ideológico y científico operado en el siglo XVI recae más en el castellano que no en el latín¹⁶; pero no es sólo el paso al castellano, con su consiguiente ampliación de público¹⁷, lo que interesa destacar ahora sino, más específicamente, el modo de hacerlo pues es ahí donde radica la verdadera *originalidad* —si así podemos llamarla— de Oliva, cuya traducción acaba convirtiéndose en una *interpretación* de la historia narrada por Pedro Mártir.

Las *Décadas* estaban escritas originalmente en forma epistolar, a modo de relaciones que fueran satisfaciendo la sed de noticias despertada en ciertos ambientes por el descubrimiento o *novum inventum* de lo que el milanés bautiza *Orbe Nuevo*. Al decir de Menéndez Pelayo, Mártir de Anglería es una especie de periodista¹⁸ que escribe con un latín flexible e innovador, en verdad poco ciceroniano, un relato vivo y colorista en el que abundan las digresiones de todo tipo, especialmente las citas de los clásicos que poblaban la literatura de viajes y que, con su autoridad,

1892), reeditada como *Décadas del Nuevo Mundo* (Buenos Aires, 1944) y (Madrid: Polifemo, 1989); la segunda es la de Agustín Millares Carlo, *Décadas del Nuevo Mundo* (México: FCE, 1964). Cito por la ed. de Ramón Alba (Madrid: Polifemo, 1989) por ser la más asequible, aunque no anota ni corrige ciertas lecturas dudosas que hacía Torres Asensio (vid. la nota 40) e ignora que Pérez de Oliva tradujera a Pedro Mártir. Los números romanos indican el libro —capítulo, en la trad.—, y los arábigos la página.

¹⁴ Vid. Fueter, Op. cit. p. 29, y recuérdese que en latín, y sobre el modelo de Hernando del Pulgar, compuso Nebrija su *Rerum a Ferdinando V et Elisabe gestarum Decades II*, (1545); y Sepúlveda sobre el de Fernández de Oviedo su *De rebus gestis Caroli V libri XXX*, (1780), y *De rebus gestis Philippi II*, (1556-1564). Cfr. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, (Madrid: CSIC, 1951), III, 231; y R. B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, (Madrid: Gredos, 1970).

¹⁵ Cfr. su *Muestra de la lengua castellana en el nascimiento de Hércules ó comedia de Anfitrión*, escrita “no solamente a imitación de aquellos autores, pero a conferencia de su invención y lenguas, porque tengo yo en nuestra castellana confianza que no se dexará vencer”. *Teatro*, ed. C.G. Peale, (Córdoba: Real Academia, 1976), p. 4. Esta es la obra que el Maestro le entrega al hijo de Colón como aval estilístico.

¹⁶ Domingo Ynduráin ha analizado de manera esclarecedora la importancia de este hecho en “La invención de una lengua clásica. (Literatura vulgar y Renacimiento en España)”, *Edad de Oro*, I (1982), 13-34.

¹⁷ Ampliación muy necesaria a Fernando Colón ya que andaba reclamando una fabulosa herencia. El propio Pérez de Oliva enuncia la función didáctica del castellano: “Vuestras mercedes han visto si sé hablar en Romance, que no estimo yo por pequeña parte en el que ha de hacer en el pueblo fruto con sus disciplinas, y también si sé latín para las escuelas, do las ciencias se discuten.” *Razonamiento que hizo el día de la lición de oposición*, en *Obras*, (1586), fol. 147 r.

¹⁸ El retrato trazado por Menéndez Pelayo es todavía moneda de curso legal —pero inconfesable— entre la crítica. Vid. “Los historiadores de Colón”, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, en *Obras completas*, (Santander: Aldus, 1941-1951) VII, 81-84. Ahora pueden consultarse J. Torre Revello, “Pedro Mártir de Anglería y su obra *De orbe novo*”, *Thesaurus*, XII (1957), 133-153; M^a Nieves Olmedillas, *Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exotocista*, (Madrid: Gredos, 1974; y las *Atti del III Convegno Internazionale di Studi Colombiani*, (Génova: Civico Instituto Colombiano, 1972).

avalaban las maravillas recién descubiertas. El empleo de la forma epistolar le permitía acopiar una gran cantidad de datos sin necesidad de seguir otro proceso de ordenación artística que no fuera el temporal y, al ser una obra siempre *in fieri*, la inevitable falta de perspectiva igualaba acontecimientos y personajes, impidiendo que el interés se centrara sólo en uno de ellos. El propio Mártir de Anglería era consciente de la necesidad de dotar de un marco apropiado a sus epístolas americanas y, tras decidirse a darlas a la estampa como corpus unitario, eligió el modelo de las décadas de Tito Livio¹⁹ con el propósito de paliar lo que él mismo llamaba el “desaliño” de su escritura²⁰. Esta conversión de las epístolas en un relato histórico, máxime cuando esas iban escritas en tercera persona, hizo que se redujera aún más la tenue distancia que separa al ensayo de este híbrido entre epístola y libro que son las *Décadas* de Mártir de Anglería.

De otra manera concibe Pérez de Oliva su traducción. Generalmente, alterando la práctica de Pedro Mártir —que gusta de adelantar acontecimientos— expone los hechos en orden cronológico, lo que puede llevarle a ciertas lecturas apresuradas y erróneas como la de la fecha del primer viaje de Colón, que Oliva cree fue septiembre de 1493²¹. Aparte de estos descuidos, puede afirmarse que la traducción está hecha siguiendo un criterio preciso, el de la abreviación, volcado a descartar todo aquello que interese poco o que disturbe el carácter de historia moral perseguida por nuestro autor.

Las primeras víctimas de la censura del Maestro son las citas literarias que constelan el texto latino, y es asunto de cierta importancia. Sabido es que los intelectuales europeos, como si no tuvieran ojos para ver sino para leer, necesitan explicarse lo recién descubierto con ayuda de la tradición escrita; hay estudiosos que juzgan ácremente tal actitud, como Elliott²², mientras otros, como Pagden,

¹⁹ En la edición definitiva de la *Década* I, añade un libro X dedicado al Conde de Tendilla diciéndole: “Sin embargo he aquí otro que completa la Década acerca de las supersticiones vanas de la Isla Española. Si no es una década de Tito Livio, la causa es que éste tu Mártir no ha recibido el espíritu de Livio, según lo entiende Pitágoras. Si dan algo más estos montes que están de parto, lo sabrás.” (X, 80).

²⁰ “Grandes alabanzas merece en estos nuestros tiempos España, que tantos millares de antípodas ocultos hasta estos días ha dado a nuestra gente, y a los que tienen ingenio ha suministrado amplia materia de escribir, a los cuales yo les he abierto camino, coleccionando estas cosas sin aliño, como ves, ya porque yo no sé adornar cosa alguna con más elegantes vestidos, ya también porque nunca tomé la pluma para escribir históricamente, sino para dar gusto, con cartas escritas deprisa, a personas cuyos mandatos no podía pasar por alto.” (X, 89).

²¹ Pérez de Oliva lee la fecha al final del lib. I, sin darse cuenta de que está anunciado ya el segundo viaje, y lo mismo le pasa en la narración IV, donde confunde *San Miguel* con *San Nicolás*; quizá sea variante debida a la consulta de más testimonios, y no error, el que en el 2º viaje las 14 carabelas que navegan 21 días sean 15 y tarden 22, (p. 53); también hay espacios dejados en blanco para completar nombres: *Melchor de...* (p. 45), la toponimia de las islas, (p. 62); y simples errores de copia: *Guoualan* por *Corvalán* o *Gorvalán* (p. 66), y las islas *Laten* y *Nayle* por *Yache* y *Naiva*, (p. 68). A Leo Olschki (art. cit.) estos errores le parecían inexplicables, y se preguntaba si la obra no sería apócrifa, cosa que sería verosímil a condición de que el falso autor escribiera con el terso estilo de Pérez de Oliva. Estas lecturas apresuradas indican, simplemente, que no hubo una corrección final.

²² J. H. Elliott, en el primer estudio de su magistral *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650*, llega a afirmar: “El Renacimiento suponía, en algunos aspectos, al menos en su primera etapa, una cerrazón

insisten en la imposibilidad de trascender los propios márgenes conceptuales²³. Aquí no podemos entrar en tal discusión, pero yo querría romper una lanza en favor de Oliva el cual, aunque sea uno de esos humanistas cegatos y aquejado de superioridad que quiere Elliott²⁴, muestra poseer un cierto espíritu científico²⁵.

Pedro Mártir, por el contrario, acumulaba todo tipo de información sin preocuparse excesivamente de que fuera fantástica o no, y así, haciéndose eco de las lecturas bíblicas que tanto apasionaban a Colón, dice que han sido encontradas las islas de Ofir y de Antilla (I, 11), o las minas del rey Salomón (IV, 46); parece creer en la Edad de Oro (II, 23); o bien trae a colocación a Virgilio (VI, 64), Aristóteles, Plinio y Séneca (I, 13); sin olvidarse de comparar a las indias con romanas (II, 24) y a los caribes, en su anual viaje de cumplimiento a las amazonas, con robustos tracios (II, 19). Precisamente son las amazonas los únicos personajes literarios que salva nuestro traductor, muy a pesar de la incredulidad socarrona demostrada, en este caso, por Pedro Mártir²⁶, y lo hace por puro afán de verosimilitud, sin darles tal nombre y sin querer mirar debajo del carcaj: en el relato de Oliva, la presencia de estas mujeres guerreras cumple la función de garantizar la reproducción de los canibales y de explicar cómo es posible que el episodio siguiente (II, 58) los españoles sean atacados por caribes —varones y hembras— al mando de una mujer.

Pérez de Oliva no concede nada a las fantasías literarias²⁷ y, consecuentemente, su relato pierde en vivacidad y colorismo²⁸. Grave es el tono por él elegido, como

más que una apertura del pensamiento. La veneración por la Antigüedad se hizo más servil: la autoridad adquirió nuevas fuerzas frente a la experiencia.” Trad. R. Sánchez Montero (1970; Madrid: Alianza, 1970), p. 29. Sobre el mundo como imagen mental vid. el ya clásico estudio de Leo S. Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, (Firenze: Olschki, 1937).

²³ Vid. Anthony Pagden, *La caduta dell'uomo naturale. L'indiano d'America e le origini della etnologia comparata*, trad. it. corregida y aumentada de Igor Legati, (1982; Torino: Einaudi, 1989), pp. XI-XII.

²⁴ Elliott, uno de los poquísimos estudiosos que cita a Pérez de Oliva (Op. cit. p. 28) elige una frase cardinal del texto: Colón organiza su 2º viaje para “mezclar el mundo y dar a aquellas tierras extrañas la forma de la nuestra”. La cita, en mi opinión, distorsiona el sentido general de la obra, que parece quedar enmarcada en el grupo de las utopías añorantes de la Edad de Oro cuando, en realidad, Pérez de Oliva no menciona tan siquiera este tema ocupándose única y exclusivamente del presente; todo lo idealista, soñadora o clásicamente que se quiera, pero del presente, nunca del pasado.

²⁵ Nótese que elimina, por ejemplo, todas las referencias geográficas librescas —abundantes en el texto de Pedro Mártir— referidas a la India, y no por necesidad de mantener en secreto la ruta de Colón sino porque eran falsas y él lo sabía; así lo demuestra su *Cosmografía nueva*, editada por C. Flórez, P. García Castillo, J. C. Fuertes y C. Sandoval, (Salamanca: Universidad y Excma. Diputación, 1985), quienes reivindican un Pérez de Oliva científico y no filólogo. Oliva introduce breves comentarios sobre las navegaciones de Colón en las pp. 44, 51 y 54; y se extiende en la descripción de un gigantesco electro o piedra imán (p. 84) haciéndose eco de su *De Magnete* (ed. Atkinson, art. cit., *R. H.*, LXXI, (1927), 446-449), tratado que ha sido considerado como un atisbo del teléfono.

²⁶ Que concluía su relato con un “Así me lo cuentan, así te lo digo” (II, 19).

²⁷ Fantasías que son, en ocasiones, la aplicación de un esquema literario. Por ejemplo, el enfrentamiento entre corte y aldea aplicado por P. Mártir a los indios (IV, 45); la aparición de una india “cortés, y chistosa, y prudentísima” (V, 56), o de un indio enamorado que “anda como loco” buscando a su mujer (VI, 67).

²⁸ Las descripciones de Pedro Mártir son mucho más brillantes: es capaz de ver islas bruñidas como metales o piedras preciosas, de oler los bosques y de deleitarse con el canto de los pájaros (los pájaros, en el momento del primer desembarco, aluden al Paraíso). En el texto de Pérez de Oliva, por el contra-

lo es la materia, y no puede permitirse guiños de ojos al lector del género del picante relato de las fiestas en casa de Bequío Anacaucoa —que Mártir de Anglería describe con todo lujo de detalles²⁹—, o de florituras paganizantes al comparar las idolatrías indígenas con la mitología clásica³⁰. Todos estos pasajes son ignorados, como lo son todos los referentes a la libresca identificación de las tierras descubiertas con las Indias³¹.

La traducción castellana convierte los diez libros de la *Década* I en nueve narraciones relatadas por un autor que, contrariamente a Mártir de Anglería, no interviene nunca como testigo directo³² aunque sí deja oír su voz en reflexiones propias, ajenas al texto latino o, indirectamente, a través de los discursos intercalados. Las ocho primeras narraciones siguen el hilo argumental trazado por Mártir de Anglería —la nona es, en ambos textos, una descripción adicional de la religión de los indios³³—, pero modifican su sentido al ir eliminando o amplificando ciertos pasos y al ir tejendo una trama de oposiciones y contrastes que no estaba en el ori-

rio, hay una sola referencia sensitiva: “Y una mañana, sintiendo olor suavísimo de las arboledas, que en tierra avía, mandó afirmar las naves.” (p. 100). Por otra parte, Oliva suele ordenar algunas enumeraciones un tanto caóticas de P. Mártir, como la descripción de las costumbres de los indígenas (p. 48), o de los nuevos cultivos (pp. 66-67).

²⁹ Oliva traduce, no sin embarazo, la descripción de las treinta mujeres del cacique y la de sus doncellas, pero deja sin traducir algún detalle: “Dicen los nuestros que sus rostros, pechos, senos, manos y demás partes son muy hermosas y de blanquísimo color. Les pareció que veían driadadas hermosísimas o ninfas salidas de las aguas de que hablan las fábulas antiguas. Danzando con los manojos de palmas que llevaban en las diestras y cantando a coro, se las daban todas al Adelantado, doblando las rodillas.” (V, 49).

³⁰ Cfr. la narración IX con el libro IX de Mártir. En este punto, casi vemos al Pérez de Oliva personaje del *Scholastico* de Villalón que, como recuerda Luis Gil (*Panorama social del Humanismo español. 1500-1800*) (Madrid: Alhambra, 1981), p. 485, condena la lectura de ciertos clásicos porque enseñan lujurias y paganismos.

³¹ Pedro Mártir dice de la isla de Cuba: “La llamó Juana, y al principio de ella le puso el nombre de Alfa y Omega porque juzgaba que en ella estaba el fin de nuestro Oriente, poniéndose allí el sol, y el del Occidente, saliendo. Pues consta que el principio de la India ultra-gangética está por el Occidente y su término último por Levante y no es del todo extraño cuando los cosmógrafos han dejado indeterminados los límites de la India gangética, y no falta quien crea que las costas de la India no distan mucho de las playas españolas.” (III, 32). Oliva, por su parte, sabe que Cuba es una isla (p. 73), y que Colón se equivocaba: “pensaron que fuesse aquel el final de Asia” (p. 44).

³² Pedro Mártir, además de saludar y despedirse en primera persona, como es natural en una epístola, se presenta a veces como testigo ocular —y algo hiperbólico—: ha visto pepitas de oro gordas como la cabeza de un niño (III, 31), y ha temblado de miedo, en Medina del Campo, ante la visión de un caníbal (II, 21); cuando adelanta acontecimientos para llamar la atención del autor también emplea la primera persona.

³³ Se trata de un informe sobre los “ritos de los insulares” que Pedro Mártir copia de fray Ramón Pané; Pérez de Oliva lo traduce bastante fielmente. El texto de Pané, dividido en 26 breves capítulos, se ha conservado en la biografía escrita por Fernando Colón, *Historie della vita, e de' fatti dell' ammiraglio D. Christoforo Colombo suo padre* (Venetia: Francesco dei Franceschi, 1571), cap. LXI. De esta obra nos ha llegado sólo la traducción de Alfonso de Ulloa, noto plagario de Pérez de Oliva (vid. mi ed. del *Diálogo de la dignidad del hombre*, cit. pp. 42-43), y recientemente ha sido vertida al español por Luis Arranz (Madrid: Historia 16, 1985³). Acerca de la confusión creada por la crítica con los mss. de las historias colombinas escritas por Pérez de Oliva y Fernando Colón, cuestión completamente superada ya, vid. Arrom, ed. cit., 11-15.

ginal. El aspecto más llamativo de este procedimiento —y el más predecible, dado que la obra era un encargo del hijo del descubridor— es el protagonismo adquirido por Colón en la *Historia de la invención de las Yndias*. Efectivamente, de los diez libros de la *Década* I³⁴, Pérez de Oliva traduce sólo los que se ocupan de sus viajes, eliminando todo lo referente a las navegaciones de Pedro Alonso Niño (VIII) y de Vicente Yáñez Pinzón (IX), a la exploración de Cuba (X), o a la descripción de las Canarias (I). Alrededor de Colón gira pues toda la traducción de Oliva, quien, doblando los libros II y III en las narraciones II, III y IV, cuenta la *invención* de América escalonada en los tres primeros viajes deteniéndose, contra toda verosimilitud histórica, en 1498 —ápice de la rueda de la fortuna de Colón—, mientras el Almirante firma una *pax romana* con los caciques que se habían rebelado contra las iniquidades de Roldán Jimenez³⁵. De la caída en desgracia posterior, más que conocida cuando Pérez de Oliva escribe su traducción, entre 1525 y 1528, nada se dice.

La omisión es patente y lo resulta aún más si se compara la obra con otras versiones del texto de Mártir de Anglería que, resumiendo asimismo el original³⁶, no lo convierten en una biografía de Colón; por ejemplo, la traducción italiana que se publicó como *Summario*, de forma anónima y en Venecia, en 1534³⁷, una obra que bien pudiera haber sido compilada teniendo en cuenta el texto de Pérez de Oliva³⁸. Esta omisión podría explicar, en otro orden de cosas, la insatisfacción con la que Fernando Colón parece haber recibido el texto pues lo deja inédito³⁹.

³⁴ Los dos primeros, dedicados a Ascanio Sforza y fechados el 13-XI-1493 y el 29-IV-1494 respectivamente, narran los viajes primero y segundo. En los libros III-VII, dedicados al cardenal Luis de Aragón, se abarcan los años 1494-1498: continúa con el segundo viaje y relata después el tercero, que concluye con las empresas de Bartolomé Colón, la rebelión de Roldán Jiménez y la destitución del Almirante y de su hermano, el Adelantado, que vuelven a España encadenados. Los libros VIII y IX llegan hasta 1500, y se ocupan del viaje de Pedro Alfonso Niño a las costas de Paria y del de Vicente Yáñez Pinzón al Brasil, acabando con el informe sobre la religión de los indios. El libro X es un añadido de 1510, y sirve para completar la década dando nuevas noticias hasta esa fecha, especialmente acerca de Cuba y sobre la existencia ilegal del esclavismo; está dedicado al conde de Tendilla.

³⁵ Pedro Mártir, en este punto, abandona al Almirante diciendo "lo que haya de suceder lo descubriré el tiempo, juez prudentísimo de todas las cosas. Vale" (VIII, 68), y continúa con su narración.

³⁶ En 1511, de la *Década* I "già circolavano testi più o meno ridotti e modificati in Europa"; el primero lo escribe Angelo Trevisan en 1501, *Libretto de tutta la navigazione de re de Spagna de le isole e terreni nuovamente trovati*, que se publica en Venecia en 1504, se reedita en el cap. IV de *Paesi novamenti ritrovati et Novo Mondo di Americo Vesputio, fiorentino*, obra de Francasio da Montalbodo (1507), y se traduce al latín en 1508. (Apud E. Lunardi, *La scoperta del Nuovo Mondo*, Op. cit., p. 436).

³⁷ *Summario de la generale historia de l'Indie Occidentali cavato dal signor don Prieto Martire del Consiglio delle Indie della Maestà de l'Imperatore et da molte altre particolari relationi* (In Vinegia, Del mese d'Ottobre, 1534). Va seguida de la obra de Fernández de Oviedo.

³⁸ La filiación, que no me es posible desarrollar aquí, podría argumentarse comparando las hs 2r-25r con el texto de Pérez de Oliva.

³⁹ Así parece indicarlo el que se decida a escribir sus propias *Historie* en cuyo "Proemio" se lamenta de que aún no se haya escrito una buena biografía de su padre: "Leggendo io adunque le sue opere, vi trovai quello, che nella maggior parte de gli historici suole avvenire cioè, che aggrandiscono alcunecose, le diminuiscono, ò taciono quello, che giustamente dovevano scrivere con molta particolarità. Però io mi deliberai di mettermi all'impresa e fatica di questa opera". (Venetia: Apollonio Zamboni, 1685), fol. 48 v.

A decir verdad, nuestro traductor empieza a *interpretar* la historia contada por Pedro Mártir ya desde el principio de la misma. El italiano antepone a sus *Décadas* un breve preámbulo en el que profesa admiración por los descubridores y reverencia hacia los reyes que les permitieron “traducir en acto su pensamiento”, pero la narración propiamente dicha se abre al compás de un “Christoforus Colonus *quidam*”:

Un tal Cristóbal Colón, natural de la Liguria, propuso y persuadió a los Reyes Católicos Fernando e Isabel de que por nuestro Occidente descubriría pronto las islas limítrofes de la India [...así] la religión cristiana podría fácilmente aumentarse y obtenerse una inaudita abundancia de perlas, aromas y oro⁴⁰.

El arranque de Pérez de Oliva es de tono más elevado y providencialista:

Cristóval Colón, genovés, natural de Saona, fue ombre de alto ánimo, escogido de Dios para que diesse passada a su santa ley, por el mar Océano, a otras gentes que nunca la conocieron o la tenían ya olvidada. (p. 41).

La empresa propuesta a “don Fernando Sexto⁴¹ y doña Ysabel” le está reservada a España, con explícita exclusión de Portugal⁴², porque Oliva transforma su índole comercial —perlas, aromas, oro— en una misión predestinada, de carácter imperialista:

prometiéndoles crecimiento de la fe y verdad cristiana, de cuya prosperidad los conocía muy desseosos, y juntamente grandes señoríos y ornamentos de sus reynos (p. 43).

Pérez de Oliva, parece claro, se hace eco de la naciente idea imperial española

⁴⁰ J. Torres Navarro traduce *quidam* como “*cierto día, Cristóbal Colón*” pero hay que corregirlo con el indefinido porque la calificación se repite en una *Epístola* de 1493 a Giovanni Borromeo (la n.º 130), aunque más adelante, cuando empiece a vanagloriarse de haberlo conocido personalmente, la transforme en *Proefectus marinus*. Vid. P. M. de Anglería, *Epistolario*, trad. de J. López de Toro, “DIHE”(Madrid, 1953-1957) IX-XII; en versión compendiada pueden consultarse ahora las *Cartas sobre el Nuevo Mundo*, trad. de Julio Bauzano, (Madrid: Polifemo, 1990), p. 25. En lo que se sigue, y salvo indicación contraria, los subrayados de los textos citados son míos. En el texto de Pérez de Oliva se regulariza el uso de u/v.

⁴¹ El llamar Fernando sexto al rey Católico, más que un error por Fernando V —como quieren Arrom o Rico— me parece un tributo al aragonés don Fernando de Antequera, regente durante la minoría de edad de Juan II (1406-1454). Como padre de Alfonso el Magnánimo, el mecenas de Nápoles, los humanistas italianos se desataron en alabanzas de su persona; véase si no la *Historia de don Fernando I* de Lorenzo Valla, cuyo cómputo podría estar siguiendo Pérez de Oliva.

⁴² Cfr.: “Para esto no tentó la voluntad del rey de Portugal, que todas sus naves entonces ocupava en navegación de Guinea, que poco antes por su mandado se avía descubierto, sino requirió con ésta su demanda a los Reyes de Castilla, don Fernando Sexto y doña Isabel» (p. 42). Como es bien sabido, Colón sí que intentó, entre 1484 y 1485, y luego en 1488, que Juan II le financiase la empresa; así lo reconocen su propio hijo y el Padre Las Casas, entre otros, pero Oliva hace oídos sordos. Vid. también el principio de la narración IV, donde elimina toda una parte del lib. III de M. de Anglería dedicada a las “pretensiones de los portugueses” en la que disertaba sobre las islas de Cabo Verde —las Hespérides, según él— y comentaba el Tratado de Tordesillas.

—recordemos que estamos en los años 20 del siglo—, y no duda en callar la evidencia de lo que había sido el móvil del Descubrimiento. De esta manera, el proceso de idealización de la historia queda aviado.

El retrato del Almirante, más acabado y literario, es todo innovación de nuestro autor: Colón, conocedor de ciertos mapas se diría que por inspiración divina⁴³, llega hasta las Azores intentando avistar las tierras occidentales guiado por un impulso paralelo al del fantástico protagonista de la *Historia verdadera* de Luciano⁴⁴:

Pero en esta consideración, puesto en el fin del mundo que entonces era, cobró desseo de ver qué avía en el Occidente y esperança de descubrir cosas nuevas, si fuese allá. (p. 42).

Su papel es el de un solitario en lucha con las fuerzas adversas cuyo carácter perseverante, destacado desde el principio de la *Historia*, se mantiene hasta el final⁴⁵. En este punto encontramos otra de las novedades del texto de Pérez de Oliva: la amplificación retórica de lo dicho por Pedro Mártir en un apunte rápido y desinteresado. Así sucede cuando en el primer viaje, tras treinta días de navegación, ronda el fantasma del amotinamiento; en Pedro Mártir hay odio hacia el extranjero y diplomacia por parte del genovés, quien recuerda a sus tripulantes que un motín sería una traición a la Corona, mientras Pérez de Oliva agranda el papel de Colón hasta la altura de lo profético:

porque tan grande empresa no la cumpliesse sino quien por grande ánimo la mereciesse, cual era el de Colón, que, ynjurado de sus compañeros, fue templado, y entre sus amenazas que de muerte le hazían, *les osó prometer que el día siguiente verían tierra. El cual venido, les descubrió montes de lexos en la nueva tierra que desseavan.* (p. 44)⁴⁶.

⁴³ Cfr. "Este, con espíritu de Dios, que ya lo regía, poco exercitado en letras y mucho en el arte de navegar, vino a Portugal, do un su hermano pintava las imágenes del mundo que los marineros usan, y aprendió dél lo que por la pintura se puede enseñar" (I, 41). Es alusión, obviamente, a los misteriosos y controvertidos mapas que habrían llevado a Colón hasta América.

⁴⁴ Cfr. "Inicié mi navegación un día desde las columnas de Heracles, rumbo al Océano de Occidente, con viento favorable. El motivo y el propósito de mi viaje eran mi gran actividad intelectual, mi afán por los descubrimientos y el deseo de averiguar qué era el fin del Océano." *Relatos verídicos*, trad. Alsina, (Madrid: Gredos, 1981), pp. 180-181. El recuerdo —que no está en el texto latino— parece simplemente una reminiscencia erudita sin contenido ideológico ya que la tal historia lo era de mentiras declaradas —y Anglería alude a ello en IX, 80—, mientras la nuestra no lo es, y sorprende porque Oliva suele eliminar toda alusión literaria.

⁴⁵ Cfr.: "Colón, que esto mirava, no desamparava su requesta, antes tanto más ahincava quanto tenía más estorvos, menospreciando las covardías de viles ombres que le amenazavan con peligro, y las opiniones de rudos, que le ponían ympedimentos, y el escarnio de muchos, que lo tenían por vano". (pp. 42-43). Y más adelante: "Empero, estos peligros y otros muchos en el mar menospreció el Almirante, que nadie osó después menospreciar, aviendo ya ofrecido su vida al cumplimiento de la empresa que avía tomado." (p. 77).

Pedro Mártir, que no osaba tanto, describe el avistamiento de América de manera muy sencilla, sin ruido alguno: “Finalmente llegaron *alegres* a vista de tierra” (I, 11); mientras el Maestro nos hace oír y ver esa alegría de los marineros, y se emociona con el augurio de lo que el encuentro o “gran conversación” puede deparar:

Entonces los compañeros de Colón mudaron la tristeza en alegría, y el miedo en esperanza, y las injurias en alabanzas de Colón maravillosas, que osó pasar los mares que nunca ojos de ombres avían antes visto, y avía dado principio a tan gran conversación de gentes como de ay adelante esperavan que sería. (pp. 44-45).

Si la misión providencial que Colón tenía que cumplir había quedado perfectamente definida en las primeras palabras: “dar passada a la santa ley por el mar Océano”, al iniciarse el segundo viaje Oliva es aún más elocuente: “partió de España [...] a *mezclar el mundo y a dar a aquellas tierras estrañas forma de la nuestra*.” (pp. 53-54)⁴⁷. Ninguna de estas dos formulaciones estaba en Pedro Mártir quien, a la hora de dar una justificación transcendente a la empresa, prefiere lo religioso a secas; pero en este punto la divergencia entre los textos es tal, que merece observarse con cierto detenimiento. A Mártir de Anglería le gusta insistir en el celo cristiano que mueve a los monarcas⁴⁸ y que conmueve a los indios quienes, pensando que los españoles son enviados del cielo, y quizá por eso, asisten atentísimos y de rodillas a misas concelebradas hasta por 13 sacerdotes⁴⁹. Pérez de Oliva corrige y gradúa esta excesiva ingenuidad de los indígenas⁵⁰, al tiempo que omite escrupu-

⁴⁶ Nótese que, llevado por la euforia, el traductor olvida que faltaban aún tres días de navegación. Cfr. con el *Summario* cit.: “tre giorni avanti che scoprissero terra, dormendo Colombo, gli apparve una mirabil visione, tale che destatosi pieno di allegrezza chiamati a se li compagni disse loro, che in breve tempo vedrebbero terra, & una mattina...” (h. 3r). Otras versiones del argumento pueden consultarse en Juan Manzano, *Los motines en el primer viaje colombino* (Valladolid: Universidad, 1971).

⁴⁷ Este “conformar las nuevas tierras” es una idea que tiene eco en la narración III, p. 68, cuando habla de cultivar las tierras vírgenes: “y assí no esperan aver vino ni pan, por la mucha holganza de la tierra, hasta que domada y con muchos frutos algo enxuta, *sea la natura más concertada*”. La observación no está en P. Mártir, quien se limita a decir que “algunos dicen que, en general, no lleva bien el trigo”, y concuerda, en otro orden de cosas, con la explicación que daría Juan de Cárdenas: no hay buenas cosechas “debido a la imperfección de los tiempos”. *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, (Madrid: Alianza, 1968), pp. 61-62.

⁴⁸ Cfr.: “Nuestro Rey y nuestra Reina, cuyos pensamientos, aun quando duermen, no son otros que el aumento de nuestra religión, esperando con anhelo que fácilmente podrán ser atraídos al culto cristiano tantas naciones y gentes sencillas, se conmueven al oír estas cosas.” (II, 14). El Maestro elimina el paso.

⁴⁹ Cfr. el final del lib. II de Anglería, donde se celebra la fundación de una ciudad con dicha Misa, con la narración III de Oliva (p. 65), que no dice nada al respecto; o la Misa que tan devotamente oía Colón (III, 37) y que el traductor borra (p. 78).

⁵⁰ Pedro Mártir insiste en esta creencia: “y piensan que son gente enviada del cielo” (I, 11); “y preguntaban con admiración y afecto al intérprete si aquella gente bajaba del cielo” (III, 35). Pérez de Oliva retrasa a este segundo episodio la consideración, incluyéndola sólo después de haber hecho pronunciar un discurso acerca del bien y del mal al anciano que los recibe y tras haber sido pronunciado, por parte de Colón, un ofrecimiento de paz y amistad. Se hablará más adelante de ello.

losamente la mayoría de las referencias a la religión de manera que se tiene la impresión de estar ante un texto animado por un espíritu más laico que el de Mártir de Anglería; sólo una observación de la narración nona, desgajada argumentalmente del todo, nos recuerda la misión sagrada del viaje:

Desta manera escarnecían los demonios enemigos del género umano a aquellas simples gentes; los cuales, huyendo de la religión cristiana, desaparecieron de la ysla, y sus estatuas, lugar de sus engaños, fueron traydas a España. (p. 120).

El testimonio es incomparable con la importancia dada por Pedro Mártir al asunto, e incluso con el celo que demostrará el propio Pérez de Oliva en su *Conquista de la Nueva España*, donde la expansión del cristianismo constituirá el motor del relato⁵¹. No cabe duda de que aquí, en la *Historia de la invención de las Yndias*, nuestro autor tiende a olvidarse de la función religiosa que cumple Colón⁵² poniendo de relieve, a cambio, la función colonizadora entendida a la manera clásica. La *santa ley* que Colón pasa a Ultramar, dicho con otras palabras, es más romana que santa. Y aquí radica la clave ideológica del texto traducido, en la consideración de la empresa americana como una empresa análoga, y por tanto comparable, a la romana.

A esta conclusión se llega tras analizar los discursos —debidos casi en su integridad a la mano de Pérez de Oliva— de la *Historia de la invención de las Yndias*⁵³. Colón es un enviado de los Reyes de España que busca la paz y la amistad de los habitantes del Nuevo Mundo, futuros súbditos de la Corona. Él ostenta la facultad de dictar leyes, pero se equivoca al dividir el poder⁵⁴ lo que provoca, a la larga, el desmonoramiento de las frágiles instituciones.

Alguna gente que el Almirante de España llevó, viéndose suelta del temor de las leyes, que por división de los principales no se podían guardar, empleaban su poderío todo en cumplimiento de sus vicios, matando, robando y forçando por toda la tierra, con tanta perseverancia y crecimiento de maldad, que los moradores de la

⁵¹ He tratado del argumento en "Sobre la dignidad del indio en Fernán Pérez de Oliva", *Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Brown University, 1990. (En prensa).

⁵² Función exaltada desde, por lo menos, el P. Las Casas quien relacionaba su nombre con el *Christus ferens*. Vid. Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español* (Valladolid: Casa Museo Colón y Universidad, 1983); y Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, (Madrid: Alianza, 1989), que interpreta el mesianismo de Colón en clave judía.

⁵³ Análisis que he llevado a cabo en "La presencia de Tito Livio en Fernán Pérez de Oliva", de próxima aparición en el *Homenaje a D. Luis Gil*, Universidad Complutense de Madrid.

⁵⁴ Al partir del Cibao, tierra del oro, deja a su hermano Bartolomé y a Pedro Margarita como gobernadores, "a los cuales dio leyes ciertas que guardassen mientras fuesse él ausente" (p. 71). Más tarde tendrá que lamentarse: "Roldán Ximénez, ombre que el Almirante avía llevado de España en el número de sus más viles ombres, y después de muchas maneras onrado, hallando aparejo en la voluntad de otros como él, hacía penar al Adelantado el pecado que en darle autoridad él y su hermano avían hecho." (p. 103).

ysla, desesperados ya de todos los placeres de la vida, otro desseo no tenían sino de morir vengados. (p. 81).

El hilo del razonamiento que sigue Pedro Mártir es distinto porque él se pone el problema desde un punto de vista social, no ético: los desmanes se deben a la baja cuna de los descubridores a los que, nótese, hace gracia de los asesinatos que mencionaba Oliva convirtiéndolos, por el contrario, en víctimas:

Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navegación, en su mayor parte indómita, vaga, y que, *como no era de valor, no quería más que libertad para sí de cualquier modo que fuera*, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares a la vista de sus padres, hermanos y esposos, dados a estupro y rapiñas, habían perturbado los ánimos de los indígenas. *Por lo cual en muchas partes los indígenas, a cuantos de los nuestros se encontraban descuidados, los asesinaban con rabia y como si ofrecieran sacrificios a sus dioses.* (IV, 41-42).

Así las cosas, no tiene necesidad de preguntarse más acerca del pésimo comportamiento demostrado por esos españoles, y puede conformarse con consignar la enemistad declarada entre Roldán, el caudillo de los violentos⁵⁵, y Colón, contraponiendo a los argumentos del Almirante los del propio Roldán, quien no se queda corto en sus acusaciones contra él y su hermano (VI, 63). El Maestro, en este punto, le quita la palabra a Roldán, signo inequívoco de que está de la parte del Almirante.

Pérez de Oliva vertebra toda su narración intentando resolver, o justificar, esta actuación negativa de un grupo de españoles que, movidos por la codicia, olvidan los preceptos de la ley que les había sido encomendado llevar a las nuevas tierras. Por supuesto, quien salva la situación es el propio Colón, a quien Oliva inmortaliza en la pacificación final, como indicando un modelo de comportamiento para el futuro. Pero esta aparente resolución final no basta para enmascarar la dura crítica hecha contra la codicia como móvil de la conquista.

El tema se suscita ya desde la primera narración cuando los españoles, tras haber encallado, descubren a los primeros indígenas que, generosamente, les ayudan⁵⁶. El pago lo subraya Pérez de Oliva con una adversativa:

Mas los nuestros, mostrando pobres mercadurías de bien parecer, descubrían el oro que en la ysla avía [...]. *Desta manera aquellas simples gentes mostraron abundancia de oro tanta, que la sed de la avaricia tornaron en ravia que después los destruyó* (p. 47).

⁵⁵ P. Mártir especifica su extracción social y sus oficios, cosa que Oliva no hace: "cierto Roldán Jiménez, facineroso a quien el Almirante de criado suyo había hecho capataz de los ministros y taladores, y después presidente de justicia". (V, 53).

⁵⁶ Cfr.: "vinieron todos a contratar con los nuestros, y les hazer parte de sus bienes, y ayudarlos a salvar lo que pudiessen de la nave perdida" (p. 47).

La reflexión es del traductor, no de Mártir, quien describía a los indios medrosos como liebres “arrodillándose y adorando la Cruz” (I, 12), y ayudando a los españoles por temor. El italiano se alargaba luego en la enumeración de las costumbres “que *los nuestros* investigaban”, mientras Oliva transforma el plural en un singular, Colón, cosa que distingue netamente los procederes: “En este trato ocupados los compañeros, *Colón* considerava diligentemente la manera de aquellas gentes lo mejor que podía” (p. 47). Este su carácter, ajeno a la codicia pero ávido de conocimientos, cual nuevo Alejandro, es puesto de relieve por Pérez de Oliva en otras ocasiones⁵⁷, siendo claro indicio de la voluntad propagandística de la traducción ya que se sabe de sobra que el oro era una obsesión para Colón.

A Pérez de Oliva no se le oculta que el apetito de oro es el acicate de los descubridores⁵⁸, y tampoco que la Corona ponía sus esperanzas en su consecución, cosa que queda bien patente en la narración VI cuando toca, con toda cautela, el espinoso tema de los trabajos forzados o, por llamarlo con su verdadero nombre, la esclavitud de los indígenas, un tema que ve con los romanos ojos del tributo⁵⁹. Pero Pérez de Oliva tiende a olvidar este factor y, mientras Pedro Mártir habla sin ambages de ello⁶⁰, nuestro autor prefiere decantarse por la condena delpreciado metal, una vía muy cara —aunque no exclusivamente— al pensamiento humanista⁶¹, minimizando la importancia de sus aspectos positivos, desde la orfebrería hasta el desarrollo de la economía que Pedro Mártir, por el contrario, enfatizaba.

⁵⁷ Tras haber encontrado una costa llena de perlas, Colón sigue adelante “menospreciando la riqueza por la gloria de mostrarla a otros, yendo adelante” (p. 77). La razón que daba P. Mártir es distinta: “mas no por eso se detuvo, pues entonces su intento no era otro que recorrer cuantos mares pudiera, según se lo habían mandado sus Reyes”. (III, 87). En el siguiente paso, Oliva hace renunciar a Colón a una riqueza que, en P. Mártir, es comercio diferido; dice éste: “Mas por cuanto el trigo que llevaba a la Española ya casi se corrompía del mareo, determinó diferir aquel comercio para tiempo más oportuno.” (VI, 59), y Pérez de Oliva traduce: “Esta ynformación avida, aunque la mucha riqueza combidava al Almirante con tardança, el amor de sus hermanos y compañeros, para quien llevaba provisión, pudo más.” (p. 101).

⁵⁸ Cfr.: “Assí crecía en todos la codicia de manifestar aquellas tierras, cual era menester para que menospreciassen los muchos trabajos que en tal empresa avían de padecer” (p. 66). La reflexión es un añadido al texto de Pedro Mártir, como lo es la interrogación retórica de un poco más adelante: “el cual [valle] fenecía en montes que nadie antes avía passado. Pero ¿qué montes avrá que estorven a los que van a buscar oro?” (p. 69).

⁵⁹ Cfr.: “Mas el Adelantado, que no buscava fiestas, puso leyes a Bequio Anacaucoa en la manera de pagar su tributo” (p. 93); y cfr. también: “el capitán dellas, de parte del Rey, dixo al Adelantado que la población que estava al Norte passase a Mediodía, do estaría más cerca de las minas de oro”. Parece claro que la población son los indígenas, y la finalidad del traslado el que trabajen en las mismas.

⁶⁰ El paso de P. Mártir correspondiente al que transcribo reza: “habiendo aconsejado al rey que en adelante sembrara más algodón en las orillas de las aguas para que más facilmente pagara el tributo”. (V, 50). El italiano, además, habla de esclavos en su lib. X aunque, señala, el Rey “no consiente que sean tenidos por tales” (X, 90).

⁶¹ Cfr. Juan Luis Vives: “que ciertamente la moneda es una conocida servidumbre de ídolos, cuando por ella menospreciamos la piedad, la religión y lo que es santo y bueno”, *Introducción a la sabiduría*, (Madrid: BAE, 1953), LXV, 241.

Que Oliva está escandalizado por la codicia de sus compatriotas se advierte en el tono de reproche utilizado cuando cuenta cómo fueron dejados diez hombres “a beneficio de un perro cazador” (p. 90) tras haberse interrumpido la construcción del castillo del oro a causa del hambre. El “hambre de viandas les hizo perder la que de oro tenían” (p. 90), comenta Oliva saliéndose del texto latino y haciendo referencia, con esta nueva variante, a aquella sed de oro que había denunciado en el primer encuentro. Pero hay más aún: atendiendo a los efectos de crueldad que desata, esta sed de oro podría ser comparable a la sed de sangre que alimenta a los caníbales, aquellos esquivos “ombres muy malos, valientes, robadores y matadores que se mantenían de carne umana” (p. 50), una descripción paralela a la de los de Roldán en la narración VIII:

eran ombres [...] que se avían ydo, huyendo de las leyes que castigan a los malos a Xaraguá, región de amigos donde corrompidos de vícios y ablandados [...], en sus pasatiempos usavan provar sus fuerças en cortar de un golpe la cabeça al ombre de la tierra que más cercano hallavan” (p. 106).

Desde luego, los españoles no llegan al canibalismo, pero esta virtud de nada sirve si se considera que los caribes lo son por hambre y por venganza, es decir, por necesidad y por ignorancia de la ley divina⁶² en tanto ellos, que sí saben la ley, al contravenirla por puro pasatiempo se hacen tan indignos como lo son estos caníbales, “diferentes de las bestias sólamente en ser a los de su naturaleza más crueles” (p. 55)⁶³.

Codicia e injusticia van juntas en uno de los juicios del Maestro más contundentes de toda la traducción: los caníbales, llamados por Colón —quien quería

⁶² Los indios caribes parecen serlo por falta de proteínas —en este punto Oliva anuncia las modernas teorías de Harris—; pues tenían “por pan y panizo alguno, pescado en abundancia, y *carne poca, la qual falta hizo caer a mucha de aquella gente en vicio de comer hombres*” (p. 50); mientras los de San Juan lo son por venganza —o autodefensa—: “Son estos grandes enemigos de los caribes, de quienes son muy perseguidos; mas si son alguna vez vencedores, *toman dellos conforme vengança* a la injuria que reciben: mátanlos uno a uno, y cómenlos, siendo los otros presentes, porque en vida vean lo que dellos ha de ser después de muertos. *Y assí todas aquellas gentes de Occidente, o por hambre o por venganza, no aborrecen la carne humana*” (59). Hambre y venganza son las explicaciones canónicas del canibalismo; cfr. Francisco Vitoria, “De la Templanza”, *Relecciones Teológicas*, ed. P. Luis Alonso Getino, (Madrid: La Rafa, 1935), p. 188-192.

⁶³ “Assí que en los cuerpos de los hombres han mantenimiento y armas aquellas gentes, que se apacientan en la representación de su muerte.” (loc. cit.) Cfr. con las palabras de Aurelio en el *Diálogo de la dignidad del hombre*: “el hombre bive de sangre, hecho sepultura de los otros animales”, (ed. cit., p. 82). Cfr. ahora Juan Cárdenas hablando de los Chichimecas: “su vientre es sepulcro de carne humana”, (*Problemas*, cit.), y el Padre Vitoria en la *Relección* citada, comentando el *Génesis*, 9: “Os servirá de comida todo lo que se mueve y vive; os he dado todas las cosas, como plantas verdes; pero no comeréis la carne con sangre”. Parece que aquí se vea el comer carne humana, según lo que sigue luego: “*pediré cuenta de la sangre de vuestra alma a todas las bestias*, y pediré cuenta del alma del hombre al hombre, al varón y a su hermano. Si alguno derramara la sangre de otro hombre, que sea derramada también la suya”. Parece, pues, que el primer texto se entiende de la comida de carne humana. Así lo dicen Nicolás y el Burguense” (p. 188).

mostrarles su *humanidad y munificencia*—, se acercan hasta los españoles, pero huyen

conociendo bien que a todo el género umano tienen merecido odio y desseo de vengança. *Aunque, si abundancia tenían de oro, todas sus culpas se podían redimir.* (p. 56).

Puede ser una casualidad, pero la palabra *redención* no vuelve a pronunciarse en todo el texto; se diría que estos indios, que no conocían o habían olvidado la ley de Dios, más que de la Redención de la Cruz tuvieran necesidad de ser vengados: de quienes les hacían mal, en esta parte de la historia, y de sí mismos en la *Conquista de la Nueva España*⁶⁴.

El tema se formula en la narración III cuando, al volver con el segundo viaje, los españoles se encuentran el Fuerte de Navidad arrasado y que los 38 hombres allí dejados han sido muertos. En este punto Pérez de Oliva “cose” dos libros de Pedro Mártir, el II y el III, para exponer los hechos de manera ordenada y, sobre todo, para dar una explicación de los mismos, cosa que el italiano no hacía⁶⁵. Guacanarilo, rey de Xamaná, como ya había tenido tiempo de conocer a los españoles, recibe a Colón y a los suyos con dos imágenes de oro y con una serie de mentiras que son correspondidas, cortésmente, por otras tantas de los ofendidos. Unos y otros saben lo que ha sucedido y todos, por interés, hacen como si no lo supieran. Algunos españoles, relata Pedro Mártir, pidieron venganza a Colón, “pero el Prefecto, juzgando que no era tiempo de irritar los ánimos de los indígenas, los dejó ir” (II, 243). Pérez de Oliva personaliza el deseo de venganza en un tal Melchior⁶⁶, y hace que Colón se comporte de igual modo, pero inmediatamente, y esto es lo notable, vuelve del revés la situación explicándonos la verdadera causa de la matanza por medio de un discurso indirecto que, al no haber intérpretes⁶⁷, resulta inverosímil:

Y siendo preguntados los naturales de la muerte de los compañeros, dixeron que aquellos ombres, con la libertad en que los dexaron y menosprecio de aquellas gentes, se avían corrompido de cuantos vicios allí podían usar, contando que robaban las casas, que les forçavan en su presencia las mugeres, que les dezían siempre palabras feas y, con amenazas de muerte, les mandavan cosas que eran duras de obede-

⁶⁴ Cfr. las palabras de Moctezuma explicando el origen de su pueblo: “de oriente vinieron muchas gentes en obediencia de un señor. Este los dexó aquí y llevó a su fe y prometimiento que siempre los hallaría aparejados a su voluntad; mas tornando ni lo obedescieron ni lo acataron como avían prometido. *El los amenazó para todos los siglos venideros, y nosotros siempre avemos temido su venganza; la cual creo ciertamente que tu veniste a tomar, según el camino que truxiste y el poderío que nos cuentas del señor que te embía, principalmente que tan apartado nadie podría de nosotros tener conocimiento y memoria sino quien fuese ofendido*”, ed. Atkinson, H. R., LXXI (1927), 460, cfr. también 461.

⁶⁵ En Pérez de Oliva nos enteramos del luctuoso suceso después de haber presenciado la llegada —alegre— de los españoles y el recibimiento —triste— de Guanacarlí; P. Mártir, por el contrario, advertía lo que habría de suceder antes de relatarlo.

⁶⁶ El apellido lo deja en blanco por ignorancia, vid. nota 21.

⁶⁷ Su ausencia es muy significativa porque Pérez de Oliva señala siempre muy cuidadosamente su presencia o ausencia; cfr. pp. 47, 50, 51, 54, 57, etc.

cer. Por lo cual, ayuntados todos los de aquella comarca, los mataron, queriendo más ponerse al peligro de la vengança que a la costumbre de sus injurias. (p. 64).

Pedro Mártir no había escrito nada parecido a este ajusticiamiento a lo Fuenteovejuna, contentándose con intercalar, quizá como manera indirecta de justificar el desastre por medio del contraste entre dos mundos tan distintos, una extemporánea y famosa digresión sobre la Edad de Oro⁶⁸ que Pérez de Oliva elimina ya que no le sirve para el desarrollo de su tesis. La venganza, clamada por los españoles y fatalmente esperada por los indios, sería injusta en este caso pues Colón ha sido enviado como justo juez:

“En mis naves traygo peligro para los malos y reposo para los buenos. Soy embiado de los Reyes de España, señores muy poderosos, que con zelo de iusticia me mandaron destruyr los caribes y los otros ombres dañosos que estas tierras perturban, y que a los otros favoreciesse y ayuntasse en su amistad. De parte de los cuales hos amonesto me digáys si alguna gente hos haze ynjurja, porque, cumpliendo su mandado, yo luego hos daré vengança”. (p. 79).

Esto dice Colón en la narración IV, siguiendo el texto de Mártir de Anglería, pero matizándolo y reorganizando los hechos de manera que confluyan aquí todas las líneas conceptuales que recorren el texto de Oliva. Después de haber conocido a los indios más perversos, los caníbales, —en cuya descripción nos ahorra la carnicería exhibida por el texto latino⁶⁹—, el Almirante entra en contacto con indígenas pacíficos pudiendo así explicitar su misión: hacer de estos sus amigos —a la romana, súbditos—, y de aquellos sus enemigos. Si los unos eran peores que bestias, y por toda ley guardaban el abstenerse de comer mujeres⁷⁰, los otros alguna ley natural tienen, puesto que oímos a un anciano decirle a Colón:

⁶⁸ A propósito de la cual hay que decir que se cita con demasiada frecuencia sin advertir que lo de que no hay “*ni mío ni tuyo*” entre los indios hay que matizarlo leyendo otros pasos en los que es un poco menos optimista; por ejemplo, el lib. III, 23: “Sin embargo les arruina la ambición del mando y se arruinan mutuamente con guerras, de la cual peste no creo que se viera inmune de modo alguno la edad de oro, sin que en aquel tiempo anduvieran los mortales con el *dame y no te doy*.” Cfr. la *Carta III* de Amerigo Vespucci, que se admira igualmente de que haya guerras entre ellos cuando nada tienen y desconocen la codicia, *Cartas de viaje*, ed. L. Formisano, (Madrid: Alianza, 1986), p. 78.

⁶⁹ Cfr. I, 12, descripción que recuerda bastante la hecha por Amerigo Vespucci (loc. cit.). En II, 18, P. Mártir explica que los huesos humanos sirven para hacer armas, porque no conocen el hierro, y concluye: “Los demás huesos, cuando se han comido la carne, los tiran. Hallaron también la cabeza de un joven recién matado colgado de un palo, con la sangre aún húmeda”; la conclusión de Oliva es, por el contrario, la reflexión comentada en la nota 63.

⁷⁰ “Estos nombraban caribes, que aunque eran codiciosos de la carne umana, no comían las mugeres: tanto es poderosa la ley de natura que encomienda las mugeres en amparo de los varones, que aún aquellas fieras gentes, *que otra ley ninguna guardan, ésta no quisieron quebrar*.” (p. 50). P. Mártir no lo formula así, indicando sólo que es “ilícito y obsceno” y añadiendo que tratan a las mujeres como si fueran ovejas o gallinas (I, 12).

“Tus naves y tu poderío, que mostraste por esta costa, y tu gran atrevimiento de venir de tierras de do nunca otros hemos visto, pusieron miedo a todas estas gentes, el cual espero yo que tu bondad les quitará si has sabido cómo tienen dos caminos las ánimas de los ombres después que de los cuerpos se apartan: el uno deleytable, por do aquellas van que ayuntadas con sus cuerpos amaron la paz y el bien de las gentes, el otro oscuro y terrible, por donde van los malos a pagar el deleyte que en hazer mal, biviendo, recibieren. Assi que, si es tu desseo de haver la mayor gloria que pudieres, debes emplear el poderío en ganar merecimiento para la otra vida a ningunas gentes negando paz y amistad, principalmente a nosotros, que con ella te rogamos agora”. (pp. 78-79).

El discurso es traducción del de Pedro Mártir, quien hacía contestar a Colón:

Que sabía muy bien todo lo que le había dicho de los varios caminos y premios de las almas cuando salen del cuerpo, y *que había estado en la creencia de que él y los demás habitantes de aquellas provincias ignoraban esas cosas hasta el presente, viviendo, como viven, solamente a lo natural*. (III, 38).

Pérez de Oliva da otra respuesta más sorprendida: “*Lo que tú me dices de dos caminos que hay después desta vida, vengo yo a enseñar*” (p. 79). La declaración es clave porque pone al indio a la misma altura moral del europeo, marcando así la frontera entre la dignidad y la indignidad humana no en virtud de que se sea un civilizado o un salvaje, sino de la conducta de cada cual, buena o mala, dentro de los propios márgenes culturales.

Y serán precisamente los españoles “suelos de las leyes” quienes, a partir de este momento, se harán indignos cometiendo las tropelías en las que tanto insiste Oliva; ellos provocarán el “desplazer” de los indios pacíficos —y del propio Colón— razón por la cual los indígenas preferirán morir “vengados” (p. 81) o la “fortuna de la guerra” (p. 93), o sea, la rebelión contra los invasores que sólo será frenada cuando Colón, en el final soñado por Pérez de Oliva, detenga la rueda de la Fortuna:

«Justa cosa será que fenezca nuestra enemistad, pues son ya acabadas las batallas en las cuales merecimos la vitoria, porque vosotros queríades nuestra muerte y nosotros vuestra amistad. Agora, pues avéys visto qué tales enemigos somos, devéys provarnos por amigos. En lo qual hallaréys mudamiento grande de fortuna, porque se hos tomará el cautiverio en libertad, el sobresalto en sosiego y la pobreza en abundancia. Por lo qual hos amonesto que tales nos hallaréys siempre bien aparejados cual nos quisiéredes tener.» (p. 110).

En Pedro Mártir no había tanta simetría y, sobre todo, faltaba este final feliz que cancela, con una elegancia aprendida en Livio, el lacerante problema de la conquista. Y lo más grave es que, lo quiera Pérez de Oliva o no, está hablando de la licitud de la conquista y todas las críticas vertidas contra la codicia no sirven para desauto-

rizarla. Porque, a partir de esta *pax romana* de Colón, la responsabilidad de los desastres que pudieran suceder ya no es de los dominadores, dado que ha triunfado la justicia, sino de los dominados. Como discurso imperialista parece impecable.

Pérez de Oliva, al igual que Pedro Mártir de Anglería, hace propaganda: la suya, al aunar castigos y alabanzas, es de naturaleza más sutil pero también menos eficaz porque tergiversa, en aras de un decurso ideal, los eventos. A cambio, su traducción nos deja un claro testimonio de la vigencia del ideal político romano en la España de Carlos V.

M^a LUISA CERRÓN PUGA
Universidad Autónoma de Madrid

LA OBRA DE PEDRO SIMÓN, DE LA PARRILLA, EN LA HISTORIA Y LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS DEL SIGLO ÁUREO

Pedro Simón fue un conquense (de San Lorenzo de la Parrilla) que devino en franciscano y acabó en historiador y cronista de Indias. Como franciscano ha merecido la mejor consideración por parte de los historiadores de la Orden; como historiador ha sido justamente valorado por cuantos se han acercado a su obra como insustituible fuente, que es, para el conocimiento de gran parte de la región americana que hoy constituyen los Estados de Colombia y Venezuela y durante la época prehispánica y colonial fue, en buena medida, un “área marginal”.

Puede afirmarse que el franciscano parrillense estaba imbuido por la mentalidad de una época; era un tiempo en que todo parecía encaminado hacia el mejor conocimiento de la realidad ultramarina. No por simple divertimento ni por puro prurito de erudición ni siquiera por interés intelectual sino con el objetivo pragmático que, desde el ya lejano origen de la Casa de la Contratación, se dio a la realidad indiana (geográfica, histórica y antropológica) en las coordenadas de conocimiento de cada etapa.

Cuando nació Simón había transcurrido poco más de un año desde que fuera sancionada una Real Cédula¹ (16 agosto, 1572) que el propio fraile parrillense incluye como fundamento de su dedicación al comienzo de sus *Noticias historiales*:

“Deseando que la memoria de los hechos y cosas acaecidas en esas partes se conserve y que en nuestro Consejo de Indias haya la noticia que debe haber de ellas y de las otras cosas de esas partes que son dignas de saberse, habemos proveído personas a cuyo cargo sea recopilarlas y hacer HISTORIA de ellas; por lo cual

¹ Archivo General de Indias, *Indiferente general*, pp. 427, 30, 233 y ss.

Es una exigencia acorde con la idea que, después plasmó Campanella (p. 3-6) sobre la grandeza, providencialismo, oportunidad de la Monarquía hispánica y la necesidad de supervivencia.

os encargamos os hagais luego informar de cualquier persona que hubiera escrito... o tuviere en su poder alguna HISTORIA, COMENTARIOS O RELACIONES de alguno de los descubrimientos y conquistas... religión, gobierno, ritos y costumbres que los indios han tenido y tienen y de la descripción de la tierra, haciendo asimismo buscar... en los ARCHIVOS, OFICIOS Y ESCRITORIOS de escribanos de gobernación... y lo que se hallare originalmente, si ser pudiere, y sino la copia de ello dareis orden como se nos envíe”.

Ese interés oficial juntamente con la mentalidad y experiencia del cronista darán su fruto en una obra extensa, por encima de los simples hechos, más allá de la alta misión que llevaba a Indias, como hicieran tantos frailes cronistas, cartógrafos e, incluso, descubridores.

1. BIOGRAFÍA DEL PARRILLENSE: DE BISOÑO A “BAQUIANO”

Es obvio que si la obra puede llegar a ser más importante que su autor habrá de aceptarse que la carencia de datos fidedignos sobre el alfa y omega del franciscano conense y colombiano no son claves que sustenten sus hechos.

La búsqueda de esos datos y los demás de su trayectoria biográfica ha sido laboriosa; varios investigadores notables² han prestado su atención a tratar de dilucidar las fechas de nacimiento y muerte del cronista así como de otros hitos destacables en la vida de Simón. Hay que afirmar sin embargo que, en ocasiones, no han sabido percibir lo que se hallaba ante sus ojos. Así Pedro Simón deja constancia³, y reitera, que “fue entrado el año de mil y quinientos y setenta y cuatro en el que yo nací”; es de tal magnitud la obra y acumula tal cantidad de datos que éste, más interesante que importante, había pasado desapercibido. El otro extremo de la vida del franciscano se sitúa entorno a los años 1627 o 1628, tras la tardía espera de Mesguer⁴ y los buenos trabajos de Mantilla⁵ y Friede⁶.

Una existencia relativamente corta —54 años— incluso para fechas en que las expectativas de vida no eran altas; una vida que es susceptible de ser analizada en dos desiguales mitades únicamente análogas en su magnitud. La primera parte

² Entre ellos ARCILA ROBLEDO (*Estudio preliminar*, 13-14) inserta una partida de bautismo —sin duda perteneciente a un homónimo e incluso, probablemente pariente de nuestro cronista— (basada en el historiador Masanza) que reza: “Pedro, de Pedro Simón Ordoño y María de Belmar: sábado XVIII días de agosto, año de 1565, yo Pedro Simón Ordoño y María de Belmar legítima mujer, que lo dijo Pedro su compadre de pila Alonso Collado y la comadre *La de Tudela*. En fe de verdad lo firmé de mi nombre. Pedro de Arriba, clérigo”.

³ *Noticias históricas*, III.ª parte, noticia VII, capítulo 28.

⁴ *Fray Pedro Simón*, p. 226. Fray Juan esperaba que algún investigador pudiera ofrecer esa fecha precisamente en los momentos que los autores anteriormente citados la daban a conocer.

⁵ *Fray Pedro Simón y su vocabulario*, p. 30.

⁶ *Fray Pedro Simón*, p. 24.



Primera edición de las *Noticias* de Simón (B.N.M.)

TABLA PARA LA INTELIGENCIA DE algunos vocablos desta His- toria.

PARECIOME al principio de los libros
ponen una declaracion por modo de Abecedario
de algunos vocablos, que solo se usan en estas
partes de las Indias Occidentales que se han tomado
de algunas naciones de los Indios, que se han ydo paci-
ficando; y para mejor poder entenderse los Españoles
con ellos en sus tratos, los han usado tan de ordinario
que ya los han hecho tan Españolizados, que no nos po-
demos entender aca sin ellos, ni declararnos en las histo-
rias sin introducirlos: y assi para que esta no tenga ne-
cesidad de yrlos declarando en todas las partes donde
los tocaremos, que seria estropear con enfado trasca-
da hoja, y el lector los halle declarados juntos si en la histo-
ria no los entendiere, por ser para el desusados, me
parecio seria a proposito esta diligencia.

Pero a se de advertir, que no todos son comunes en
su origen a todas las tierras de donde escriuo, por auer-
se tomado de diversas partes dellas, y llenandose de u-
nas a otras, en especial de la isla de Santo Domingo,
que como fue la primera tierra que se descubrio, toma-
ron alli muchas los Castellanos y los llenaron, y intro-
duxeron en otras, que se fueron descubriendo: pero ya
(como he dicho) se han hecho comunes a Indios, y Espa-
ñoles.

A.

A Dorote se haze de dos cercos
de palos flexibles gruesos co-
mo tres dedos hazen, el cerco

aobido, de poco mas de una vara
de largo, y ancho de tres quartas
hechanle por medio una mala re-
decilla

X x 4

Primera página de la *Tabla* o vocabulario de P. Simón

—29 años— podría ser considerada como una etapa formativa o denominada sencillamente “española”. La segunda —de 25 años— es el periodo de esplendor o etapa “americana”.

El primer lapso está lleno de lagunas documentales o, quizá, no había objeto la existencia de fuentes más nutridas. La etapa formativa no es la más brillante; es la de génesis no la de producción. Las aportaciones de Meseguer⁷ y la simple lógica hacen pensar que tuvo su educación básica en su villa natal de La Parrilla⁸ (Cuenca); subrayamos ya el sentido recuerdo de Simón al lugar de nacimiento, a la tierra a la que pertenecía y a la ciudad franciscana en que comenzó su andadura eclesiástica⁹ en la portada de su obra histórica. En 1590¹⁰ vistió el hábito franciscano y al año siguiente inició sus estudios de formación para el sacerdocio que concluyeron cuando el nuevo siglo iniciaba su andadura (1600). Un año después comenzaba el ejercicio docente de su cátedra de artes.

Y residió en la Cartagena¹¹ española (donde se familiarizó con la mar y aprendió algunos términos de la *parla marinera*)¹² —y donde estudió Humanidades¹³— hasta que el año de 1604 arribó a la otra bellísima Cartagena¹⁴, la americana para completar lo que sería su segunda etapa vital; la de actividad trepidante, la de aportación literaria, la de producción historiográfica.

Desde 1605 desarrolló una actividad docente —*artes*— en el convento de la Purificación de Santa Fe de Bogotá; en palabras de Mantilla, “inaugurando de ese modo los estudios superiores en la Provincia”¹⁵. En 1607 fue elegido *Definidor provincial*¹⁶, —aunque además se preocupó de otros asuntos más o menos secundarios cual eran las obras, pleitos y enriquecimiento del arte y la arquitectura—; el cargo concluyó en 1610. Es la época en que se familiarizó con el espacio colombiano-venezolano. Inmediatamente fue elegido Guardián del convento de la Recolectión de San Diego de Bogotá. Es verosímil que en 1612 fuera visitador de

⁷ *Fray Pedro Simón*, p. 225.

⁸ San Lorenzo de la Parrilla, donde llegó a conocer “con mis discípulos el ABC” (obviamente se trata de condiscípulos). *P. Simón. Prólogo al lector*.

⁹ Así lo hace resaltar en la portada de sus *Noticias historiales*: “de la provincia de Cartagena de Castilla, natural de La Parrilla, obispado de Cuenca”. Lugares que enlazaba con el espacio en que desempeñó su misión “Provincial de la Seráfica Orden de San Francisco del Nuevo Reyno de Granada en las Indias”.

¹⁰ Este Congreso tiene lugar en el año que conmemora el IV Centenario de la recepción del hábito franciscano por Pedro Simón.

¹¹ Convento franciscano de San Ginés de Jara, a tres leguas del centro de la ciudad.

¹² RAMOS. *Estudio preliminar*, p. XXXVIII.

¹³ ACOSTA. *Noticias sobre el padre*, I.

¹⁴ El 6 de abril de 1604 se despachó a fray Luis de Mejorda, O.F.M., comisario de los doce religiosos enviados a Nueva Granada; entre los nombres está el de “fray Pedro Simón, de San Clemente”. Archivo General de Indias, *Contratación*, 5.538, 2.º, p. 83.

¹⁵ *Fray Pedro Simón*, p. 32.

¹⁶ Archivo Nacional de Bogotá, *Conventos*, 59, 182. r.º *Apud* MANTILLA. *Fray Pedro Simón*, p. 32.

la provincia de Caracas¹⁷; y sin duda supo aprovechar su actividad andariega, misional, para algo más que su labor estrictamente religiosa: para la observación de la naturaleza —impresionante y magnífica—, para el conocimiento de costumbres y cultura material de grupos indígenas, para aprender términos de las lenguas amerindias y utilizarlos con soltura y precisión, legándolos a la posteridad.

Desde 1613 hasta 1617 prosiguió su labor docente. Fue este último año en que recibió, por elección, el cargo de Guardián del convento máximo de la Purificación de Santa Fe, cargo que mantuvo hasta 1620. Continuó su actividad profesoral —enseñanza de teología— hasta 1623¹⁸ en que alcanza el grado de lector jubilado.

Con la modestia con que lo subraya el propio Simón¹⁹ fue elegido Provincial, como él mismo indica, por unanimidad: “Vino, a su tiempo, de la provincia de Quito el padre fray Pedro Becerra, padre perpetuo de ella, a visitar ésta, y habiendo concluido con la visita y juntado a Capítulo los padres de ella en este convento, en 3 de junio de 1623, *me eligieron Provincial*, con todos los votos del capítulo, aunque sin méritos; que se sirva el Señor dárme los y fuerzas para que pueda cumplir con mis obligaciones”.

Su labor de Provincial estuvo encaminada a potenciar las actividades de la enseñanza; a tal efecto, más que esperar en la preparación que pudieran adquirir los autóctonos en su medio procuró la llegada de otros eclesiásticos procedentes de la Península²⁰. Dispuesto el capítulo (28 agosto, 1626) en el convento de Guaduas; allí se encontraba Pedro Simón a la espera de la elección de su sucesor (a la sazón sería Francisco Evangelista).

Es la última fecha en que hay constancia que el franciscano parrillense estaba vivo; la próxima que hace referencia a Pedro Simón fue el 7 de mayo de 1628 y su nombre aparece piadosamente recordado: “que sea en gloria”²¹.

¹⁷ Sobre sus movimientos por Colombia y Venezuela el prof. Ramos (*Estudio preliminar*, XLVII y ss.) hace una descripción y croquis: Santa Fe, Tunja, Tota (indios *iracas*), Santa Fe y fue enviado —lo que él cumplió en santa obediencia— “a visitar la Provincia de la gobernación de Venezuela, laguna de Maracaibo, Caracas, Cumaná, Punta de Araya donde está la famosa salida que hoy está tan fortificada y defendida de la mano española, Cubagua, la Margarita, Puerto Rico, isla e ciudad de Santo Domingo, volvía a Coro y, acabada la visita, a esta de Santa Fe”. SIMÓN. *Noticias históricas*, prólogo al lector, de la primera parte.

¹⁸ “En este capítulo que celebró esta provincia de Santa Fe a los 7 del mes de junio de 1623... fue electo... fray Pedro Simón en lector jubilado.” Biblioteca Nacional. *Sección de libros raros y curiosos*, manuscrito 133, 15 v°. *Apud*. MANTILLA. Fray Pedro Simón, p. 35.

¹⁹ Parte IIª, Noticia VII, capítulo 13.

²⁰ “Se trató una de las cosas más importantes que tiene a la sazón la Provincia es de que se traigan hasta una docena de religiosos de los Reinos de España... hombres graves y doctos y en especial que los seis de ellos sean doctores de teología, o que la puedan leer a lo menos seis de ellos, y los demás buenos predicadores... que si acaso Su Majestad denegase el hacer la costa... se obligase a la Provincia a traer a su costa y pagar la que se hiciere”. *Acta definitiva* de 25, agosto, 1623. Biblioteca Nacional de Bogotá, *Sección de libros raros y curiosos*, manuscrito 133, pp. 28-31. *Apud*. MANTILLA. Fray Pedro Simón, 37.

²¹ *Ibidem*.

2. LAS NOTICIAS HISTORIALES

Como eclesiástico del siglo XVII en la referida región ultramarina, Simón se halla fuera de las coordenadas cronológicas de la “conquista”. Los fragores del combate, el protagonismo activo del actor de la primera época han quedado atrás. Existe una perspectiva —como la del cronista oficial Antonio de Herrera²²— fruto de ese distanciamiento, pero también se da una proximidad geográfica ausente en el cuellarano²³ y carente en otros (Gómara, Acosta, etc.) a quien se lo achaca: “he podido informarme y hacerme capaz de las cosas por acá por vista de ojos... sin lo cual no pienso me atrevería a tomar entre manos este trabajo”²⁴. La actividad eclesiástica, por otra parte, se hallaba enfocada en una doble misión: la puramente doctrinal y aculturadora (sobre los asentamientos establecidos y espacios controlados) y la misional y de ampliación de horizontes geográficos (sobre regiones periféricas, marginales).

Pero Simón, como conocedor del teatro de operaciones ya que no de la acción, va más allá de la *Historia de los hechos* (que hiciera Herrera) y, aunque no presta gran —sí alguna— atención a la *Historia de las cosas* (como Sahagún) y sí fija su interés en lo que podríamos denominar *Historia natural*, más que en una *Historia moral*.

Fray Pedro se preocupa, pues, del medio y del hombre pero también, y mucho, de la historia fáctica propiamente dicha: “para que no se olviden (tales hechos) se encomiendan a la historia”, por encima de la propia concepción del escritor, con la intencionalidad de que el pasado será enseñanza del porvenir, tanto por su bondad y grandeza como, incluso, por su perniciosidad (canibalismo, idolatría y otros pecados nefandos). El franciscano trataba de lograr una superación de los escritos anteriormente hechos: *Los ratos de ruesa* de Jiménez de Quesada, la obra de los padres Medrano, Aguado y Castellanos, Solórzano, Herrera.

Simón no es un historiador en cuanto investigador que pretenda una comprensión y valoración de los hechos desde sus propias raíces; es, sobre todo, un narrador, descriptivo, que suele limitarse a incluir algunos calificativos personales desde su propia situación en el círculo cultural al que pertenece; no se compromete con los contenidos de su narrativa si exceptuamos algunas expresiones relativas al trato al indio, tan propias de su posición eclesiástica y consecuentes al conocimien-

²² Cuya obra conoce y utiliza con profusión para corregir sus contenidos o para apoyar sus escritos en los de Herrera.

²³ Que por otra parte trató una temática mucho más amplia en tiempo, espacio y protagonismo: HERRE-RA. *Historia general de los hechos...*

²⁴ *Noticias históricas*, parte I^a, noticia I^a, capítulo 1.º. El padre Simón afirma en el prólogo a la tercera parte que “fuera poco apropiado que las historias de estas Indias no las escribiera sino quien ha estado en ellas y ha visto y enterado...” pero no tiene inconveniente en utilizar textos de aquellos a quienes tilda de inexpertos.

to que tiene, mayor o menor, de la obra lascasiana, según él mismo expresa poseer “de su propia (de Las Casas) letra y firma”.

Los objetivos autoimpuestos por Simón se enmarcan en una unidad geográfica bien definida y consisten nada más y nada menos que en “hacer historia *de todo el distrito y jurisdicción que tiene esta Real Cancillería de Santa Fé*” a impulsos de los intereses de la Corona²⁵.

El propio Pedro Simón considera inicialmente “que no es de religiosos escribir historias ni *monarquías indianas* —en referencia a Solórzano—, sino cuando mucho, casos que les hayan sucedido en la conversión de los indios” pero en una considerable autoestima afirma, de inmediato: “como si los mejores ingenios del mundo y los más acendrados no estuvieran encerrados en los claustros y paredes de los conventos... por estar desocupados de los bullicios y cencerajes del mundo”. Más aún, se siente obligado a realizar empresa de tanto porte; porque, como el propio franciscano dice²⁶, percibe que son escasos los manuscritos relativos a la historia de este territorio por más que conozca algunos escritos de Jiménez de Quesada; también es sabedor que lo han intentado el franciscano Francisco Medrano “y murió en la demanda” y Juan de Castellanos y “todo esto se ha quedado en embrión, y todo se está sepultando con los deseos de los curiosos que quisieran saber de estas cosas, en especial los que han nacido y habitan estas tierras, están atormentados, no hallando camino por donde cumplirlos, y saber las cosas de sus antepasados, de quien ellos descienden. Este pues, pretendo abrir para todos, poniendo diligencia en buscar memoriales (que no me ha costado poco) y la mano a la pluma después de los años que he gastado en estas tierras”.

CONTENIDO

Una obra de tanta magnitud es fruto de un laborioso acopio de materiales y de una cansada y trabajosa dedicación; pero constante sin duda como se evidencia por la abultada presencia de la obra. Por similar razonamiento puede llegarse al corolario de que las fuentes en que el autor bebió, con independencia de su vivencia americana, fueron múltiples, a pesar de que el espacio estudiado fuera bien determinado. Conoció los escritos, insistimos, de Acosta, Herrera, Castellanos, Torquemada, Aguado, Garcilaso y, entre otros, del propio Bartolomé de las Casas. Y los suyos fueron posteriormente utilizados durante el propio SIGLO DE ORO y después hasta nuestros días.

Sus contenidos —de gran variedad y riqueza, acorde con el volumen de la obra— se estructuran de la siguiente manera:

²⁵ WAGNER. *Prólogo*, IX.

²⁶ Y recoge Acosta, p. II.

PARTE	NOTICIA	CAPÍTULOS
I ^a	I ^a	I-XV
	II ^a	I-XXXI
	III ^a	I-XXX
	IV ^a	I-XXVII
	V ^a	I-XXV
	VI ^a	I-LII
	VII ^a	I-XXX
II ^a	I ^a	I-XXXIV
	II ^a	I-XL
	III ^a	I-IX
	IV ^a	I-XVIII
	V ^a	I-XXIX
	VI ^a	I-XLIV
	VII ^a	I-LVI
III ^a	I ^a	I-XXXIV
	II ^a	I-XXVI
	III ^a	I-XXI
	IV ^a	I-XXX
	V ^a	I-XXXVI
	VI ^a	I-XIX
	VII ^a	I-LXIII

Son apreciables las descripciones de descubrimientos y conquistas con una toponimia y cronología no siempre fidedignas, dependiendo de la fuente de referencia; sobresalen las narraciones de las conquistas de Fernández de Lugo, Jiménez de Quesada y la empresa de los “marañones”, así como la puesta en contacto con los YARIGUIES, PANCHES, COLIMAS, MUZOS, etc. Explicando el origen de algunos topónimos, como LA GRITA (“por la mucha que les daban desde las cumbres”), valle de los BAILADORES (“porque los naturales cuando peleaban con los españoles andaban saltando de una parte a otra sin detenerse en ningún punto”), etc. Refiriendo la fundación y traslado de asentamientos: TOCAIMA, PAMPLONA, IBAGUE, MÉRIDA, TRINIDAD DE LOS MUZOS, GIBRALTAR, PEDRAZA, REMEDIOS, SAN SEBASTIÁN, LEIVA, etc. Y efectuando descripciones detenidas incluso de lo que pudiera parecer trivial, con una actitud y aptitud que le hacen merecer la consideración de precientífico: plantas

(turmas²⁷), animales (oso hormiguero²⁸, topos²⁹, hormigas³⁰, costumbres de los pájaros³¹), geología (reventazón del volcán de Tolima), geografía, etc.

* * *

ASPECTOS ETNOGRÁFICOS EN LA OBRA DE SIMÓN

Con los aspectos de historia fáctica, son apreciables en las *Noticias historiales* numerosas descripciones de interés etnográfico en cuya fuente han bebido con insistencia (aunque aún pueden extraerse mayores frutos), los antropólogos que han trabajado sobre el espacio que se denominó Nueva Granada y actualmente forma parte de las repúblicas de Colombia y Venezuela. No es el momento de hacer un análisis pormenorizado de las aportaciones de referencia pero sí es oportuno traer a colación alguna de las recordadas por el clérigo.

Así en los aspectos organizativos, sociales, hace referencia a los cacicazgos en cuanto que ordenación política del territorio, carente de un nombre general para todo el conjunto³²; parcialidades cuyo poder se transmitía por vía sororal porque así “asegurarían la conservación de la sangre noble”³³. Asimismo hace mención a los ritos de iniciación y su previa preparación. Del mismo modo describe la forma de vida de los caciques, servicios a que tienen derecho de sus gentes; los castigos que se imponían y los actos por los que se hacían merecedores de ellos. También las fiestas y gastos suntuarios; trabajos, laboreo de minas y obtención de esmeraldas.

En contraposición realiza ricas descripciones de la forma de organización y vida del resto de la sociedad. Lo relativo a sus ritos iniciáticos, casamiento (mediante la ayuda de intermediarios, por compra, etc.) así como la disolución de esta unión³⁴. Igualmente se obtienen datos sobre el nacimiento: la mujer en soledad, baños, fiestas, deformación craneana (entre los *pijaos*³⁵) e, incluso, infanticidio femenino (provincia de Cartagena). En el otro extremo de la existencia humana, la muerte de los aborígenes también es reseñada por Simón: enterramientos, ajuar funerario, ritos y ceremonias; la guerra por la conquista hispana pero también la manera de guerrear entre nativos, defensa del territorio, armas, formas de lucha, etc.

²⁷ Parte 2.ª, noticia 1.ª, capítulo 24.

²⁸ Parte 2.ª, noticia 1.ª, capítulo 24.

²⁹ Parte 2.ª, noticia 2.ª, capítulo 24.

³⁰ Parte 2.ª, noticia 2.ª, capítulo 20.

³¹ Parte 3.ª, noticia 7.ª, capítulo 51.

³² Parte 2.ª, noticia 2.ª, capítulo 50.

³³ Parte 2.ª, noticia 2.ª, capítulo 10.

³⁴ Parte 3.ª, noticia 7.ª, capítulo 21.

³⁵ Mediante el uso de tablillas situadas “una en la frente y otra en el colodrillo, con que quedan chatos por ambas partes y la cabeza levantada y deforme”. Parte 3.ª, noticia 2.ª, capítulo 24.

Entre los otros datos notables son apreciables las descripciones geográficas como la de la red Magdalena y Cauca, movimientos sísmicos (La Grita, 1599), erupción volcánica (1595), incorporación de animales domésticos europeos (cerdo, gallina, etc.); apreciaciones poblacionales generíacas ("hervían los naturales") y cuantificando de forma global (habría en 1623 un millón y medio)³⁶, caída demográfica, etc.

* * *

El año de 1637 era publicada en esta ciudad que nos acoge, en Cuenca, las *Noticias historiales* de Pedro Simón en una edición incompleta³⁷. Habría que esperar al IV Centenario del Descubrimiento –1892– para que la obra completa quedara impresa. Era la edición preparada por el benemérito Medardo Rivas tras un notable esfuerzo, la primera íntegra³⁸; y, como primera, con apreciables deficiencias que Ramos³⁹ y Friede⁴⁰ detectaron y subsanaron⁴¹. Sin embargo, la obra de Simón era conocida, leída y utilizada en su estado de manuscrito, original o copia, como ha demostrado Mantilla⁴² y se indica en el apartado bibliográfico final.

VOCABULARIO

Cita especial ha de hacerse del *vocabulario* o "tabla". Como se ha indicado, desde la edición príncipe –parcial– conquense (1637) ninguna publicación de las *Noticias historiales* incluye la "tabla para la inteligencia de algunos vocablos" de Pedro Simón. Es improbable que no fuera conocido puesto que la obra ha sido consultada por los investigadores, estudiosos y editores. El propio Arcila Robledo sabía de su existencia como bien deduce Mantilla⁴³, y el mismo Arcila explicita: "este vocabulario que, como se ve, es cierto que escribió el padre Simón, y cuyo paradero no conocemos ni sospechamos, era de tema importantísimo y de inapreciable utilidad, pues allí –por lo que insinúa el autor– se estudiaba el castellano americano, y por tanto se ha de buscar y averiguar con sumo empeño"⁴⁴ y que

³⁶ ARCILA ROBLEDO. *Estudio preliminar*, p. 40.

³⁷ Pero íntegra en la parte que se daba a la imprenta, es decir, incluido el *vocabulario* que las demás ediciones no recoge.

³⁸ A excepción de la "tabla para la inteligencia de algunos vocablos", que ninguna edición completa recoge, nadie sabe por qué.

El cronista fray Pedro Simón.

⁴⁰ *Fray Pedro Simón.*

⁴¹ No la notable ausencia del vocabulario, por ingenuo que pudiera parecer.

⁴² *Fray Pedro Simón*, p. 25; como consecuencia de sus investigaciones en el Archivo de la Provincia Franciscana de Colombia, V, p. 459.

⁴³ *Fray Pedro Simón*, p. 17.

⁴⁴ *Provincia Franciscana de Colombia*, p. 67.

—continúa Arcila— "hasta ahora nadie sabía de esta segunda e interesante obra⁴⁵ del fundador de los altos estudios en nuestra Provincia". Hubo que esperar a 1986 para que Mantilla lo reeditara por vez primera en un buen trabajo.

Esta *tabla* más conocida por vocabulario es fruto de las características y cualidades perceptoras del autor⁴⁶; de un ajustado empleo del término acorde con su significado, que le han hecho merecedor —a ojos de algún colombiano⁴⁷— del título de "primer vocabulario de americanismos".

Una *tabla* o vocabulario que va precedido de un interesante preámbulo explicativo ilustrador de la oportunidad, intencionalidad y objetivos del autor seráfico; cuyo contenido muestra algunos rasgos de la misma ingenuidad o esquematismo ante materias en las que era *lego*.

Así, es apreciable la presencia en Indias de un lenguaje tan mestizado como lo era la cultura y la sociedad; se utilizaban términos que no sólo entendía el indígena sino "para mejor entenderse los españoles... que ya los han hecho tan españolizados que no nos podemos entender acá sin ellos, ni declararnos en las historias sin introducirlos".

Del mismo modo, es perceptible lo, por otra parte, obvio: que los *castellanos* o españoles se constituyeron en agentes difusores de un inapreciable instrumento por todo el Nuevo Mundo: el establecimiento de un idioma franco, enriquecido con palabras aborígenes, para un macroespacio anteriormente incomunicado por la fragmentación cultural y por el polilingüismo previamente existente.

Ese enriquecimiento lingüístico, como lo percibe y no oculta Pedro Simón, tiene una inevitable, e históricamente explicable, carga mayoritaria de vocablos caribeños; dice Simón: "Ase de advertir que no todos son comunes en su origen a todas las tierras de donde escribo por haberse tomado de diversas partes de ellas y llevándose de unas a otras, en especial de la isla de Santo Domingo que, como fue la primera tierra que se descubrió...".

Finalmente es preciso subrayar que Pedro Simón, compuso su *tabla* cuando permanecía residiendo en América durante más de dos décadas continuadas. Ello equivale a comprender que algunas voces castellanas podían haber sido olvidadas o, quizá, nunca utilizadas ni tan siquiera conocidas; por otra parte, por análogas razones, había otros términos que eran tan usuales en Indias que ya no precisaban ser incluidas en su vocabulario de americanismos. Entre los primeros —por exceso—

⁴⁵ Arcila carecía de la perspectiva o, mejor, de los elementos para verificar que no se trata de otra obra, sino de parte de las mismas *Noticias*. Es obvio que el ejemplar que él consultó no tenía este anexo y que él lo conoció en una copia aparte.

⁴⁶ "He podido informarme y hacerme capaz de las cosas de por acá por vista de ojos sino lo cual no pienso me atreviera a tomar entre manos este trabajo, por no ponerme en el peligro de risa que otros se han puesto, no hablando con propiedad ni en la geografía ni en los vocablos de las tierras de donde escriben, por no haberlas visto ni estar bien informados y fiarse de relaciones". SIMÓN. *Noticias historiales*, prólogo.

⁴⁷ MANTILLA. *Fray Pedro Simón*, p. 46.

podríamos indicar *almofrex*, *balsa*, *b(v)olcan*, *ciénaga*, *criollo*, *estero*, *machete*, si tomamos las explicaciones de Moliner o Corominas. No es particularmente grave; primero porque la *tabla* no es lo fundamental y segundo porque ilustra sobre el significado preciso en determinada región hispanoamericana en una fecha concreta. También podría cuestionarse la ausencia de otras voces en la *tabla* –pecado por defecto– pero lo justificamos por tan frecuente uso que Simón juzgó innecesario, (por ejemplo, *topo* o “tupu”⁴⁸); no deja de ser una información interesante.

El franciscano parrillense –en aseveración de Arcila Robledo⁴⁹– dio a entender que conocía varias lenguas indígenas, sin embargo no disponemos de suficientes indicios para poderlo afirmar. Un vocabulario americanista como el que seleccionó y la lectura de su obra histórica no justifica esa creencia. La “tabla” está compuesta por *ciento cincuenta y seis* voces ordenadas por el abecedario según la ortografía del autor.

* * *

VALORACIÓN GLOBAL

Fray Pedro Simón ha sido considerado un genuino ejemplar literario del Siglo de Oro de España y, de serlo, también lo sería de Hispanoamérica. Se está hablando de un buen docente, de un estimable humanista y de un hombre erudito; de un conquisado que arribó a comienzos del siglo XVII a lo que hoy es Colombia, ya formado; con un bagaje lingüístico apreciable –que se enriqueció con nuevas voces– y un estilo suficientemente estructurado. Estilo que ha recibido los calificativos de sencillez y hasta ingenuidad⁵⁰ y despreocupación por la técnica literaria⁵¹, de estilo desenfadado y agudo sentido de la observación, candoroso y exento de tecnicismos; pero también ha sido ponderada su riqueza, de fácil expresión y lectura amena aunque no alcance los niveles de otros brillantes autores del “siglo áureo”; pero sí con capacidad para dotar a su obra del atractivo de la crónica de campaña incluso con cierta crudeza, en ocasiones⁵², a pesar de, como se ha mencionado, hallarse el autor lejos de los hechos.

⁴⁸ Que sin embargo es descrito por SIMÓN. *Noticias históricas*, II, II, 2.º.

⁴⁹ *Estudio preliminar*, p. 20; por él sabemos que el autor desconoció la *tabla* o *vocabulario* de Pedro Simón. Él mismo extrajo algunos ejemplos lingüísticos de las *Noticias históricas*: “Los colimas que llegaban y sentaban sus ranchos en un puesto donde había árboles –que nosotros llamamos, no sé en qué lengua, *guamos*– que son los que tenemos dichos en nuestro vocabulario, que en su lengua llaman *curí*, juntando este vocablo con otro que es *paes*, que quiere decir morados, vecino, les nombran *curipáes*, aquellos que habitan tomando por habitación la tierra donde había estos árboles.

Otros que acertaron a llegar y poblarse en país donde había hormigas a quien llaman *carrapas*, se llamaron *carrapiés*”.

⁵⁰ WAGNER. *Prólogo*, XIII.

⁵¹ RAMOS. *El cronista*, CXLV.

⁵² Como cuando refiere las acciones punitivas de Añasco y la Gaitana.

Efectivamente, se le cita como un nombre con dominio de la lengua, rico en giros y fraseología, con expresiones llenas de color:

“A la noble sangre todo lo posible es poco”, “con nuevos adalides parece les fue menos molesto (el viaje)”, “a los nuestros metieron tan en pretina... que fue menester renovar los bríos”, “cebados de las ricas esperanzas que se prometían las naves”, “arrojándose por aquellas laderas, ligeros como venados, a ruin el postrero, como dicen”, “se volvieron a conformar con su antiguo deudo y amistad”, “desocupados de los bullicios y cencerajes del mundo”⁵³, etc.

Friede⁵⁴ hace un excesivo énfasis en una eventual inclinación nacionalista, metropolitana que perduró a lo largo de su vida y que le hicieron ganar aprecio en las esferas oficiales neogranadinas y en su propio Orden. Objetivamente puede apreciarse un recuerdo a su tierra que ya ha sido subrayado, como el que guarda cualquier emigrante en tierras tan distantes y tan distintas; y también es perceptible un recuerdo a sus centros formativos de los que sabe pueden llegarle gentes preparadas en las condiciones que él bien conoce y con un nivel por encima al que allí podía alcanzarse, por más que él se empeñara en cultivar la docencia. Más que un nacionalismo, extemporáneo por otra parte, hay que percibir un deseo exacerbado en dotar de los mejores profesores posibles los centros neogranadinos, provinieran los maestros de donde fuera y él bien sabía el origen de los que deseaba.

Hay que aceptar –disculpen la insistencia– que fue un hombre preparado, docente estimable, con don de gentes para dirigir a las comunidades de su religión y hasta pudo obtener un episcopado⁵⁵. Pero, resulta indudable que al cabo de cuatrocenturias es menos recordado por su magnífica actividad docente y su excelente labor religiosa que por su actividad “investigadora”⁵⁶, histórica, a través de esa

⁵³ ARCILA ROBLEDÓ. *Estudio preliminar*, pp. 53-54: *Noticias historiales*, parte 3.ª, noticia 6.ª.

⁵⁴ *Fray Pedro Simón*, I, p. 25.

⁵⁵ “Señor:

En diferentes ocasiones ha propuesto esta Audiencia a Vuestra Majestad a los padres fray Gabriel Ximénez y maestro fray Leandro de Garfías, de la Orden de Santo Domingo, y a los padres maestros fray Bartolomé Barba y fray Lorenzo Rufas, de la Orden de San Agustín, y fray Pedro Simón, fray Mateo de Molina de la Orden de San Francisco, por sujetos beneméritos, para que Vuestra Majestad les haga merced de presentarles a las vacantes de obispados de estos reinos, como constará por nuestras cartas de junio XIV, mayo y julio de XV, junio de XVI y XVII. Y asimismo hemos propuesto en las mismas cartas para dignidades y prebendas eclesiásticas a don Juan Vázquez de Cisneros, oidor más antiguo de esta Real Audiencia, y al licenciado Miguel Jerónimo de la Cerda, provisor y vicario general que fue de este arzobispado.

Y porque los dichos religiosos y los demás eclesiásticos han conservado hasta hoy el mismo buen nombre, partes y méritos que hemos referido, continuando sus ejercicios y ministerios, suplicamos a Vuestra Majestad les haga merced y honra que hemos consultado.

Guarde Dios la católica persona de Vuestra Majestad para bien de la cristiandad.

Santa Fe y junio XX de mil DCXIX.

Juan de Borja, doctor Villabona Zubiaurre, licenciado Campuzano, doctor Lesmes de Espinosa Sarabia, licenciado Antonio de Villaroel y Leiva, licenciado Cuadrado Solanilla”.

Archivo General de Indias, *Audiencia de Santafé*, 19, 92.

⁵⁶ Utilizando este término en su más amplia acepción.

monumental, interesante, valiosa e importante obra⁵⁷: NOTICIAS HISTORIALES DE LAS CONQUISTAS DE TIERRA FIRME EN LAS INDIAS OCCIDENTALES. Obra que ya en su momento fue suficientemente encomiada: Luis Tribaldos de Toledo, Cronista Mayor de Indias, al aprobar las *Noticias históricas* de Simón expresa su satisfacción: “he visto por mandado del Consejo Real... con cuidado y particular gusto, y hallo que trae consigo esta obra la recomendación que basta para hacerla célebre...; su método, estilo y diligencia en investigar la verdad, son singulares y no temen competencia, por tener todas las buenas cualidades que en esto se requieren; y así con justicia...”⁵⁸.

En otro aspecto no menos interesante es preciso recordar, por otra parte, que Simón tuvo una considerable participación en actividades artísticas culturales, musicales y de obra civil —se hizo referencia al efecto— cual se documenta sobre su personal participación en la traída de aguas, construcción de un acueducto, la fábrica de una sillería del coro, saneamiento y fortalecimiento de la obra de un claustro así como un rico retablo⁵⁹.

A modo de conclusión podemos aceptar que fray Pedro Simón fue un humanista, un profesor y un hombre pragmático; un historiador⁶⁰ estimado y un hombre de letras aceptable⁶¹ que perfectamente puede quedar encuadrado en la literatura del *Siglo de Oro*, a la mayor gloria de su Orden seráfica y de las tierras natal y de adopción.

MARIANO CUESTA

Universidad Complutense de Madrid

⁵⁷ Cuya edición aquí, en Cuenca, donde fue la príncipe, en versión íntegra y en versión para la difusión general, sería oportuno monumento conmemorativo del inminente Vº CENTENARIO.

⁵⁸ *Aprobación*, en las *Noticias históricas*. La última edición, la de Friede, tiene alguna errata al respecto.

⁵⁹ ARCILA. *El acueducto*...

⁶⁰ Cuya intencionalidad estaba acorde no sólo con la ortodoxia científica de su tiempo sino, incluso, con la sabiduría de refranero cuando afirma “la historia ni calle verdad ni diga falsedad”; y cuya minuciosidad y hasta proligidad no hacen caer a Simón en lo que se temía Platón cuando afirmaba: “después de los embustes, el mayor vicio de una obra histórica es el estar llena de minuciosidad”.

⁶¹ Como historiador y hombre de letras deja traslucir sus creencias, sus conceptos fundamentales, su escala de valores, su providencialismo, la responsabilidad del hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, J. "Noticia sobre el Padre Simón". *P. Simón. Noticias históricas...* Bogotá 1882.
- . *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*. París 1848.
- ANTONIO, N. *Biblioteca hispana nova sive hispanorum scriptorum qui ab anno MD. ad MDCXXXIV. floruerunt notitia*, II. Roma 1672-1696.
- ARCILA ROBLEDO, G. "El acueducto, órgano y la sillería de San Francisco de Bogotá". *Voz franciscana*, 125 y 126. Bogotá 1936.
- . *Provincia franciscana de Colombia. Las cuatro fuentes de su historia*. Bogotá 1950.
- . "Estudio preliminar". *P. Simón. Noticias Históricas...*, Bogotá 1953.
- CARROCERA, C. "Labor literaria y cultural de la Orden Franciscana en Venezuela". *Bol. Academia Nacional de la Historia*, 172. Caracas 1960.
- CEPEDA ADÁN, J. "El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos". *Arbor*, noviembre. Madrid 1950.
- CIVEZA, M. *Saggio di bibliografia geografica, storica, etnografica sanfrancescana*. Prato 1879.
- COROMINAS, J. *Diccionario crítico etimológico*. Madrid 1954.
- CUESTA DOMINGO, M. "Antonio de Herrera y su obra". A. HERRERA. *Historia general...* Madrid 1990.
- . "Coherencia e incoherencia en la utopía y realidad indiana. Perspectiva histórica a través de Herrera". *Symposium sobre Utopía y realidad en Indias*. Salamanca 1989 (1990).
- CUESTA DOMINGO, M. y M. Muriel. *Atlas toponímico extremeño-americano* (3.ª ed.). Madrid 1986.
- FORERO, M. J. "Prólogo". *P. Simón. Noticias históricas...*, Bogotá 1953.
- FRIEDE, J. "Fray Pedro Simón, su época y su obra". *P. Simón. Noticias históricas...*, I, Bogotá 1981.
- . "La censura española y la recopilación historial de fray Pedro Aguado". *Bol. cultural y bibliográfico*, VI, 2.º Bogotá 1963.
- . "Los franciscanos en el Nuevo Reino de Granada y el movimiento indigenista del siglo XVI". *Bulletin Hispanic*, IX, 1.º Burdeos 1958.
- GROOT, J. M. *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Bogotá 1869.
- HERRERA, A. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de la mar oceana*. Edic. de M. CUESTA DOMINGO. Madrid 1990.
- LEÓN PINELO, A. *Epítome de la biblioteca oriental y occidental*, II. Madrid 1738.
- LÓPEZ, A. "Historiadores franciscanos de Venezuela y Colombia: fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón". *Archivo Ibero-Americano*, XIV. Madrid 1920.
- MANTILLA RUIZ, L.C. *Fray Pedro Simón y su vocabulario de americanismos*. Bogotá 1986.
- . "Sobre la muerte del cronista fray Pedro Simón". *Boletín de Historia y Antigüedades*.
- MESEGUER, J. "Fray Pedro Simón, misionero e historiador. Su vida en España". *Archivo Ibero-Americano*, 169-170. Madrid 1983.
- MOLINER, M. *Diccionario del uso del español*. Madrid 1962.
- MONTERO DÍAZ, S. "La doctrina de la Historia en los tratadistas españoles del Siglo de Oro". *Rev. Hispania*, IV. Madrid 1941.
- PARRA, C. "Libros de la conquista. La historia del padre Aguado". *Bol. Biblioteca Nacional de Venezuela*, 2.ª, 41. Caracas 1936.
- RAMOS, D. "El cronista fray Pedro Simón en el ambiente historiográfico de principios del siglo XVII; estudio preliminar". *P. SIMÓN. Noticias históricas de Venezuela*, I, XI-CCXLVII. Caracas 1963.
- . "La institución del Cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón". *Anuario de Historia de Colombia*, I. Bogotá 1963.
- RIVAS, M. "Prólogo". *P. Simón. Noticias históricas...*, Bogotá 1882.
- SIMÓN, P. *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Cuenca. (1627).
- . "Primera noticia historial de las conquistas de Tierra Firme". *Continuación del Almacén de frutos literarios o Semanario de obras inéditas*, V, 34 y ss. Madrid 1819.
- . "Segunda noticia historial de la conquista de Tierra Firme". *Almacén de frutos literarios...*, VI, 106 y ss. Madrid 1819.

-
- , *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá 1882.
—, *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá 1953.
—, *Tercera noticia histórica de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Madrid 1961.
—, *Noticias históricas de Venezuela*. 2 vols. Caracas 1963.
—, *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 7 vols. Bogotá.
WAGNER, O. "Prólogo" a la tercera parte de las *Noticias Históricas* de P. Simón, Madrid 1961.

DESCUBRIMIENTOS Y HUMANISMO: EL ALMIRANTE ARAGONÉS DON PEDRO PORTER Y CASANATE

Sabido es que si, por un lado, Cristóbal Colón podía presumir de su precoz inicio en el arte de navegar cuando afirmaba: “de muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado fasta oy”; por otro, no olvidaba su empeño “en ver de todas escrituras cosmografía, ystorias y filosofía, y de otras artes”. El ámbito en el que convergen la cosmografía y las letras, Colón y Nebrija, como ha señalado Francisco Rico, no es otro que el del Renacimiento. Ello significaba inquirir, averiguar, imaginar, pensar cosas nuevas. Un sentido diferente de la historia, con la filología como instrumento de análisis de la realidad: esa era la esencia del humanismo. Y hacia esa meta se encaminaban los *studia humanitatis*, alejándose del esoterismo escolástico y de la barbarie de los siglos oscuros. El enfoque lingüístico y literario de la educación no sólo proporcionaba una cultura, sino una forma de civilización y hasta de conducta pública que tenía siempre como base la lectura y exégesis de los clásicos grecolatinos.

A Eugenio Garín debemos esta elocuente imagen que proyecta la empresa del descubrimiento americano desde una perspectiva filológica y los hallazgos de Colón como fruto no de la casualidad o de la audacia, sino de los estudios humanísticos:

Sicuramente la Niña, la Pinta e la Santa María furono comandate de Cristoforo Colombo. Ma una parte del legno con cui quelle caravelle furono costruite era stato tagliato... da Rusticio Elpidio, da Heiric di Auxerre, da Francesco Petrarca.

Esa conjunción de ciencia, arte y humanismo propia de las empresas renacentistas, cualesquiera que fuesen, es visible no sólo en el descubrimiento americano en el campo de la navegación a lo largo del Renacimiento y en siglos posteriores –según han explicado Giuseppe Billanovich, José María López Piñero,

Robert Tate y el propio Rico—, sino en el de la historia natural, tan íntimamente ligado a los hallazgos de la lexicografía. Y es en esa línea de proyección humanística de clara raíz filológica, donde creemos se sitúa la empresa americana del almirante aragonés don Pedro Porter de Casanate (Zaragoza, 1611-Concepción de Chile, 1662).

Que el mecenas oscense amigo de Gracián, don Vincencio Juan de Lastanosa, mencione a este ilustre navegante “conocido por sus Escritos y Haçañas en ambos mares” en su *Museo de las medallas desconocidas españolas* (Huesca, 1645), “agora gloriosamente ocupado en el descubrimiento de California, Isla en el Mar del Sur, mui abundante de perlas”, no es sino un dato más de esa proyección humanística de la empresa del explorador zaragozano. Lastanosa, seguidor del eminente *anticuario* Antonio Agustín, y parejo en sus labores eruditas a los arqueólogos modernos como Páez de Castro, Argote de Molina y Rodrigo Caro, podía unir en su libro la numismática con las letras e ilustrar las monedas antiguas con el certificado de los poetas clásicos y modernos. Mencionar a Porter no era sino acrisolar una página más para la Historia, dar fe de un hecho que se había gestado, como veremos, para ser crónica. La alusión certifica además el interés de Porter por las monedas antiguas, ya que le había regalado a Lastanosa la medalla número cuarenta y dos de su rico *Museo*.

Los escritores del Barroco estaban muy guiados por los estudios cosmográficos, como demuestran Lope de Vega, Lupercio Leonardo de Argensola y Calderón o por citar a otro aragonés, el poeta de Tarazona, Martín Miguel Navarro, autor de un *Tratado de la Cosmographia. Los trabajos de Persiles y Sigismunda* de Miguel de Cervantes son, tal vez, el ejemplo más ilustrativo de los conocimientos de geografía y cosmografía puestos al servicio de la ficción novelesca. También Gracián los desplegó ampliamente en su alegoría de *El Criticón*. Pero en la otra ladera de esta vertiente literaria, un tanto a la retaguardia de los progresos científicos, la cosmografía estaba, por tradición clásica, impregnada de no pocas fuentes literarias que la ilustraban y avalaban. Quiere esto decir que una buena parte, por no decir todos los estudios cosmográficos estaban plagados de referentes artísticos y literarios, básicamente anclados en la tradición clásica. También la patrística se ofrecía como canal propicio de fusión. La idea de que el estudio del mundo y la naturaleza era un camino perfecto para llegar a Dios fue, desde San Agustín, repetida hasta la saciedad en los tratados cosmográficos y en las polianteas. En la niñez de Porter se publicó en Zaragoza, en 1619, un opúsculo titulado *Libro de la cosmografía universal del mundo*, de Josepe de Sessé, que patentaba su discurso geográfico con la garante de que el descubrimiento de las partes del mundo mostraba las maravillas de Dios y levantaba el espíritu hacia la contemplación. El gran libro del mundo se abría a la consideración de los estudiosos como la gran obra de Dios que lo había creado en un acto de afirmación artística. Pasearse por él, analizarlo y estudiarlo significaba leerlo y admirar en él el arte divino.

Porter es así uno de tantos hombres de mar que concibiendo la navegación como un arte, sintieron la necesidad de sustentar el edificio de sus empresas navales y de sus estudios sobre los pilares de la cultura humanística. El cultivo por su parte del género renacentista de la carta sería una de sus constantes; y no sólo como vehículo de comunicación personal, sino como ejercicio de conocimiento y transmisión de saberes. Las epístolas de Porter son el testimonio constante de sus trabajos, de sus amistades y de su proyección como explorador —él se decía descubridor— al servicio de la monarquía española. Las cartas cruzadas con el cronista aragonés Juan Francisco Andrés de Uztarroz, presidente de la Academia zaragozana de los Anhelantes, o con el sevillano Rodrigo Caro, entre otros, así lo confirman. De otro lado, quedan sus cartas de navegación, además de los tratados y discursos mencionados por Uztarroz y por Latassa, y que no han llegado a nuestros días. Su labor como navegante y soldado quedó constatada en sus *Memoriales* al rey y en sus *relaciones*, pero sobre todo en el opúsculo *Reparo a errores de la navegación española* (Zaragoza, María de la Torre, 1634) que le granjeó una gran estimación más allá del círculo de los especialistas en el arte de navegar.

De todos sus desvelos humanísticos, el más elocuente es, sin duda, el *Diccionario náutico* que Porter fue elaborando a lo largo de varios años y que para él era complemento indispensable de sus empresas de ultramar. La rareza de trabajos de este tipo en España con anterioridad al *Diccionario de Autoridades*, si la comparamos con la labor lexicográfica llevada a cabo en los ámbitos académicos de otras naciones, hace más relevante el esfuerzo del almirante aragonés, conectado como estaba con la mencionada Academia de los Anhelantes de Zaragoza. Por desgracia, el *Diccionario* de Porter no llegó a publicarse y ni siquiera hemos conservado testimonio alguno de él, aparte de las menciones que se desprenden de su correspondencia con Uztarroz y otras leves noticias propiciadas por el autor. Así lo confirma una carta de seis de febrero de 1642 en la que comunica al citado cronista su proyecto de elaborarlo, sirviéndose para ello del vocabulario publicado por el maestro de Alcañiz Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579), sobre el que afirma:

Es grande poeta latino, y a escrito cosas mui buenas porque es famoso humanista, y también noticioso de historias. Aiúdame al *Diccionario Náutico*, dándome voces latinas. Si tuviera noticia de alguna, me avise dónde. Ya he visto *Nomenclatura* de Junii Medici y otros.

Palmireno, seguidor de Erasmo, y sobre todo de Vives, en las escuelas universitarias de Alcañiz, Valencia y Zaragoza, era partidario del método de enseñanza con cartapacios de apuntes, ordenados por temas, con sus vocabularios correspondientes. El *Vocabulario del humanista* (Valentiae, Ex typographia Petri a Huete, 1569), con otros repertorios léxicos palmirenianos, proporcionaría al almirante Porter una importante base léxica a este respecto, junto con otros textos de autores

diversos como la *Nomenclatura* citada que utilizó. En el *Vocabulario* de Palmireno encontraría una silva de términos relativos a los peces, conchas y artículos para la pesca. En otras polianteas, el instrumental lexicográfico de la navegación.

Lexicografía y arte de navegar se unían en una común empresa en los proyectos del almirante que gozaba, al parecer, de cierto predicamento no sólo en los ambientes culturales aragoneses, sino en las escuelas de Alcalá y en los círculos cortesanos. La correspondencia entre Uztarroz y Tomás Tamayo de Vargas, residente en Madrid, así lo demuestra. Este último menciona a Porter como "Capitán de Carrera de Indias" en enero de 1638, y posteriormente como "mozo de lindas partes y notorias" que "va al descubrimiento de California, empresa intentada de tantos i de ninguno perseguida... Lleva intento de poner a lo que descubriere nombre de Nuevo Aragón". Esas cartas entre los dos eruditos dibujan la figura de Porter entre referentes a la patria de San Laurencio, asunto en el que Uztarroz se había ocupado largos años, pero también entre noticias de impresores y libreros y alusiones al difícil y controvertido Pellicer de Ossau y Tovar. Este comentarista de Góngora y farragoso historiador había mantenido una dura polémica con Uztarroz y su nombre se filtra en las cartas en torno a Porter que, al parecer, medió para acallar afrentas y frenar discordias.

Precisamente fue el propio Uztarroz quien en el *Panegírico Sepulcral a la memoria póstuma de don Thomás Tamayo de Vargas* (Zaragoza, Pedro Vergés, 1642) dedicaba a Porter una dedicatoria, considerando su mecenazgo, su afición a las letras y sus trabajos y méritos en repetidas navegaciones, particularmente en los mares del sur. Su alternancia de la espada con la pluma, son sus palabras, se confirmaba además con estas otras que el cronista dispuso en el citado *Panegírico* como certificado de

tantos i tan importantes libros como son los AVISOS A LA NAVEGACIÓN que dio a la estampa, i el DICCIONARIO NÁUTICO, que tiene perfecto, obra tan deseada de todos los Sabios en el Arte de la marinería por las breves i cortas noticias que della hasta agora se ha tenido, callo otras muchas obras que esperan la última mano, por no ofender su modestia.

Uztarroz le proporcionaba voces latinas y Porter seguía consultando los vocabularios de Palmireno y hasta se llegó a apartar del bullicio como él mismo le cuenta en otra carta, para escribir ese *Diccionario náutico* que en marzo de 1642 no debía estar tan *perfecto* como predicara Uztarroz, ya que se retiraba su autor a las afueras de Madrid buscando el sosiego necesario para su elaboración. Pero volviendo al panegírico por Tamayo de Vargas, encontramos en él no sólo la lógica elegía hiperbólica a la desaparición del cronista mayor de Su Majestad en los reinos de Castilla y de Indias, como reza la portada de la edición publicada por Pedro Vergés en Zaragoza, sino otro dato que ilustra el ámbito de las relaciones literarias

de Porter. Me refiero a que en el opúsculo aparece también un poema latino, concretamente una *Oda sáfica* del canónigo de Tarazona Martín Miguel Navarro que amplía así el círculo de los escritores conocidos por el almirante. Tamayo de Vargas contribuiría al conocimiento que Porter tenía de la historia de América y es un rasgo más de sus relaciones con los cronistas de Indias. Como veremos más adelante, el peso de la tradición historiográfica de éstos se deja ver en el grueso de las cartas y relaciones enviadas por el almirante desde tierras americanas. Sin duda, él se documentó con amplias lecturas antes de partir a su expedición californiana. Para él debió ser un honor indudable el que el *Panegyrico* a Tamayo de Vargas tuviese en los preliminares un elogio tan extendido como el que Uztarroz le dedicaba, cuando apenas había superado la veintena de años. De esas "muchas obras que esperan la última mano", como decía Uztarroz, no sabemos nada. Tal vez ellas constituyesen un argumento de peso para esos elogios con los que el cronista regaló a Porter.

El almirante daba noticias desde Madrid a Uztarroz del bibliófilo y humanista Lorenzo Ramírez de Prado y parece que en la corte se dedicó a difundir las obras del cronista aragonés y de la cultura aragonesa en general, tan rica en academias y certámenes poéticos durante la vida de Porter. La nutrida correspondencia dirigida a Uztarroz por el almirante entre 1641 y 1649 sobre todo, da cuenta de sus afanes cara a la exploración de California, de sus noticias de campaña y de sus amistades con Lastanosa. Menciona a Antonio de León Pinelo, cronista de Indias, a quien Porter hizo llegar precisamente la *Defensa de la patria del invencible mártir San Laurencio* (Zaragoza, 1638) de Juan Francisco Andrés de Uztarroz y las *Coronaciones de los Serenísimos Reyes de Aragón* de Jerónimo de Blancas, publicadas por el mismo Uztarroz (Zaragoza, 1641).

Todos mostraban un interés compartido por la historia, en su sentido más amplio, y sobre todo por esa historia presente que se iba haciendo día a día en América. Porter habla a Uztarroz en 1641 de la *Crónica de San Agustín del Pirú* de fray Antonio La Colancha. Las cartas más interesantes a este propósito son aquellas en las que el almirante da noticia al cronista zaragozano de su viaje ultramarino, desde su salida de Cádiz y Cartagena, en junio y agosto, respectivamente, de 1643. Porter quiere cumplir con la empresa que desde Hernán Cortés (1535) a otros expedicionarios posteriores, como Tapia, Vázquez Coronado y otros, había quedado inconclusa. A partir de ese momento, las epístolas de Porter confirman su obsesión no sólo porque Uztarroz sea el cronista puntual de sus futuras hazañas, sino porque éstas sean historia, y historia pública.

Ya el dos de febrero de 1642 le había pedido Porter a Uztarroz que hiciese ese papel de receptor inmediato de la relación diaria de sus servicios y con anterioridad se había interesado por un antepasado suyo, Bernardo Porter, que había sido camarero mayor de Jaime el Conquistador, y embajador del reino de Aragón en Babilonia para el que había consultado las obras de Tornamira, Carbonell y Zurita.

El almirante buscaba en sus ancestros las raíces de nobleza y valentía que ahora él pretendía encarnar en su empresa californiana. En ese sentido, Porter, artífice diario de su propia historia, buscaba la fama como lo hicieran antes muchos otros conquistadores y cronistas, aunque su perspectiva difiera de la de aquellos que sólo trataban de proyectar su gloria en el linaje familiar, ya que el almirante tenía deseos más universales. Recordemos, por ejemplo, cómo Bernal Díaz del Castillo dibujaba el futuro de sus trabajos y fatigas en tierras de América:

Para que digan en los tiempos venideros: ESTO HIZO BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO; para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos... como agora vemos las famas y blasones que hay de tiempos pasados de valerosos capitanes, y aun de muchos caballeros y señores de vasallos.

De otra parte, el almirante zaragozano, como muchos otros exploradores y cronistas, había mostrado su afinidad con los humanistas de su tiempo. Letras y exploración andaban unidas, en la mayor parte de los casos. Si tomamos por caso la *Historia General de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, vemos además cómo éste tuvo que solicitar para ella el auxilio de los gramáticos que traducían al historiador el lenguaje en pintura de los nativos. El Padre las Casas es otro claro ejemplo de buen conocedor de la literatura clásica y cristiana, además de responsabilidad ante los indios, cosa que deja traslucir Porter. A ello cabría añadir su sentido del curso de la historia, como han demostrado para las Casas estudiosos de su obra como Juan Pérez de Tudela o Lewis Hanke. Respecto a ese orgullo por la hidalguía que Porter desprende de su búsqueda de antecedentes familiares gloriosos, hay que tener en cuenta que era rasgo común de los cronistas en general, como demuestra, por ejemplo, el orgullo con el que Pero Mexía hablaba de sus antepasados.

En el proyecto californiano de Porter se cruza también la amistad con el prestigioso humanista y anticuario, ya mencionado, Rodrigo Caro al que nombra en una carta previa a su viaje a Sevilla. El almirante sirvió de intermediario entre él y Andrés de Uztarroz, llevando libros y otros envíos. Esa amistad con el erudito sevillano, muy conectado con los círculos literarios de Zaragoza y Huesca, sería probablemente de gran utilidad a Porter quien, como luego veremos, continuó su amistad durante su estancia en América.

También conviene tener en cuenta el papel difusor que Porter tuvo en Madrid de la poesía aragonesa. Sabemos, por ejemplo, que gracias a él llegó a la capital el cartel del *Certamen poético de Nuestra Señora de Cogullada* que se celebró en Zaragoza en 1643 y sería publicado un año después por el propio Uztarroz. También difundió otro certamen promovido por el mismo cronista y publicado igualmente en la capital aragonesa en 1644. Se trataba, en este caso, del certamen dedicado a Santo Domingo de Val que como el anterior, recogía un amplio muestrero de poesía aragonesa, particularmente afín a la poética gongorina. Porter hizo

además de intermediario entre Uztarroz y el historiador portugués Jerónimo Mascareñas que en 1643 estaba escribiendo la *Historia Eclesiástica de Portugal*.

Estas y otras calas que pudieran hacerse en su correspondencia y en sus escritos nos muestran la faz de hombre de letras y amigo de la arqueología y de la historia. Es más que probable que siendo como era amigo de Uztarroz conociese a la totalidad de los académicos Anhelantes, así como a muchos de esos poetas que integraban la palestra poética de los certámenes citados. Entre ellos, cabe mencionar a Juan Nadal, Jerónimo de Cáncer y Velasco, y Juan Lorenzo Ibáñez de Aoiz.

Sus esperanzas de pasar a la posteridad con el viaje americano están claramente expuestas en una carta a Uztarroz de 1 de diciembre de 1643 cuando fía en Dios para que el ingenio del historiador traslade los éxitos de su jornada californiana en la que espera "avrà materia bastante para correr la pluma". Y añade: "i de todo mandaré ajustadas relaciones, que por su gran novedad, precediendo su lima, serán bien recibidas".

Otros rasgos curiosos preceden la salida del almirante para California, pues Porter bautiza dos de sus embarcaciones con los nombres de la Virgen del Pilar y de San Lorenzo y espera dar nombre y memoria de su patria y de sus amigos aragoneses a cuanto descubra. Como de un hijo del reino de Aragón quiere que se consignen sus hazañas presentes y futuras; y así lo expresa continuamente en todas sus cartas. Al llegar a México entablará relación con don Juan de Palafox y Mendoza, de abolengo aragonés, arzobispo de Puebla de los Ángeles. Allí servirá también de mediador entre él y Uztarroz, solicitando del cronista viese de publicar en Zaragoza las obras del arzobispo. Es dato de interés, ya que Palafox inició también amistad con Gracián. Éste lo alabaría en *El Discreto* y en la *Agudeza y arte de ingenio*. Es muy probable que el opúsculo de Palafox *Virtudes del indio* fuese leído por Porter quien parece mostrar sus huellas en la perspectiva con la que trata el tema de los indígenas en sus relaciones y cartas.

La amistad con Rodrigo Caro continuó, según dijimos, estableciendo éste un puente en Sevilla para enviar a Uztarroz cartas y noticias de Porter camino de las Californias que él ya denominaba "este nuevo Reyno de Aragón", solicitando a través del autor de los *Días geniales y lúdricos* que Uztarroz le enviase un manto de la Virgen del Pilar para la primera Iglesia que edificase. El 14 de febrero de 1645 Porter certificaba la preparación de un discurso de los aragoneses que habían pasado a las Indias con el fin de corregir silencios y menosprecios por la labor de los hijos de Aragón en el Nuevo Mundo que habían cometido Antonio de Herrera y otros historiadores.

El sentimiento de la vida como proeza fue connatural a muchos soldados y cronistas de Indias. Basten como ejemplo las *Cartas de relación de la conquista de Chile* de Pedro de Valdivia. La singularidad de Porter estriba en que él, sin tratar de desviarse un punto, sino todo lo contrario, de los servicios a la corona española, pretende que su viaje lleve la marca de las gestas aragonesas. Ni que decir tiene

que Porter confía a Uztarroz únicamente la crónica de sus hazañas escrita por él mismo, sin que interviniesen plumas ajenas que desvirtuasen sus trabajos y fatigas. Procurará en todo momento dar la apariencia de un hombre pertinaz, generoso y lleno de cautelas y previsiones. Tal vez el rasgo más destacado es su afán por demostrar que fue explorador por exclusiva gracia real a él concedida sin limitación de tiempo ni leguas, pero que los costos de sus navegaciones no sólo corrían a su cargo, sino que sistemáticamente desdeñaba las embarcaciones de la Corona, para ser él quien costeara a su cargo esa empresa que deseaba adjudicar en todo momento al capítulo de los descubridores aragoneses en tierras americanas.

Aunque Porter mandó las oportunas relaciones al Rey, fue Andrés de Uztarroz quien se alzaba día a día como destinatario oficial de sus cartas y "el coronista desta jornada" californiana, recibiendo puntual descripción de las tierras y de lo acontecido, con despliegue de detalles relativos a los medios prevenidos y a los objetivos hallados. La *Relación* de sus servicios (Ms. 2336 de la Biblioteca Nacional de Madrid) da cuenta de largos años de trabajos y fatigas, bien que dulcificados por una pluma que tiende la objetividad sin excesos. Es su última carta al cronista, el 13 de abril de 1649, Porter dice haber explorado el Nuevo Reino de Aragón dando a las islas encontradas nombres de santos aragoneses y bautizando al golfo de California como golfo de San Lorenzo, en "memoria de nuestro Reyno, pues un hijo dél a su costa y con tan grandes gastos y riesgos gobierna con orden de su Magestad la empresa". Descubrir para ser parte de la Historia, ese era el afán constante de don Pedro Porter que quería ver inmediatamente publicada la relación de su viaje, aunque no llegase a conseguir que así fuese. En este punto es interesante señalar la importancia que la imprenta tuvo en la difusión de las cartas colombinas del descubrimiento y de toda la literatura posterior referida a los viajes y empresas ultramarinas. La novedad de la imprenta se completaba con la del hallazgo del Nuevo Mundo, facilitando cumplida noticia de los hechos con una inmediatez y amplitud a leguas de distancia de la que prevenía la sola difusión manuscrita. Y aunque ésta fuese fundamental, es evidente que la proliferación de libros, cartas y otros opúsculos impresos sobre las nuevas tierras y los viajes emprendidos es fundamental a la hora de analizar la historia de América.

La literatura de viajes se vio incrementada a partir del *Diario de a bordo* y de las *Cartas del descubrimiento* a los Reyes Católicos de Cristóbal Colón. Una visión idílica, irreal de América, se iniciaba así bajo el paradigma del buen salvaje que ilustraría la iconografía y las imágenes hasta la saciedad. Con él y con Cortés se impulsó el género de los diarios de navegación y las cartas que propiciaban unos esquemas mítico-poéticos en los que priva el tema del viaje y de la búsqueda. El conquistador se convierte en leyenda. La historia se hace literatura y surgen en el período colonial los consabidos mitos americanos que tardarían siglos en desaparecer.

La *Carta Relación* de Pedro Porter a Uztarroz en la que cuenta los avatares

sufridos es una muestra de precisión y detalle. Prosista puntual que cuida al mínimo la versión de unos hechos que justifican su empresa y la agrandan sin exageraciones, pero que tiene también su vertiente lírica, sus toques de costumbrismo y sus afanes de aparecer como un hombre justo que pagaba a los indios cada sábado y mantenía con ellos una relación civilizada, justamente correspondida. Contrasta la “bárbara ley” de los indígenas con la buena acogida que él recibiera de ellos en el Cabo de San Lucas, donde se asombra de la “humana tarazea” formada por los cuerpos teñidos de los indios y sus cabezas adornadas con plumas. Destaca su hospitalidad y su singularidad, tratando de ofrecer, a pesar de los pesares, una visión de mutua cordialidad entre españoles e indígenas. El retrato no puede ser más apaciguador, muestra veraz probablemente de una línea de comportamiento que él probaría al final de su vida y con no pocos quebrantos, tratando de establecer la paz en tierras de Chile. Aunque aquí y allá deje entrever también las traiciones o los problemas con los indios, pesa más la apariencia de concordia que el enfrentamiento.

Porter describe con afanes líricos las anchas orillas del río Santiago, las aguas rojizas de los mares californianos o las conversaciones con los indios:

Continuos asistieron en este puerto más de tres mil indios conversando con los nuestros, entendiéndose algunas razones por lo poco aprehendido de los pasados viajes.

Los detalles lingüísticos abundan en sus cartas y relaciones al rey. En la fechada en Sinaloa a 13 de abril de 1649 (y que publicara Gascón de Gotor), Porter señala una vez más sus afanes léxicos: “hize de su lengua dictionario”. O en otra de 8 de agosto de 1651 (también publicada por el mismo) apunta la conveniencia de poblar California por ser los indios gente apacible “y hauer alcançado de su lengua más de ochoçientas boçes las más necesarias para el tratto y comerzio ordinario”. En otras cartas (publicadas por Ricardo del Arco) Porter da cuenta de las bondades de los indios, animado, tal vez, por la solicitud de cuantos trabajaron a su servicio como buzos en la extracción de perlas que sirvieron para subvencionar sus expediciones:

Su lengua la pronunciaban con facilidad, y ellos con mayor la nuestra. Con cuidado se notaron y escribieron algunas voces y nombres para la importancia de la misma inteligencia.

Alaba la generosidad de los indios del cabo de San Lucas que al ver que no iba mujer alguna con ellos en el navío, “ofrecieron traerlas con buena voluntad”. Destaca además su asistencia diaria a misa y su piedad:

No se reconoció género de idolatría en estos indios, no son ladrones, cautelosos, no usan la mentira y borrachera, toman el tabaco con frecuencia en humo, tiénenle con mucha abundancia, y el mismo nombre que nosotros le dieron.

La afición de los cronistas de Indias por las relaciones y memorias es bien conocida. Los ejemplos de Hernán Cortés, Bartolomé de las Casas y Fernández de Oviedo son de todos conocidos. El Renacimiento propició un género como el que ya he señalado de los libros de viajes y, por tanto, la labor escrituraria de Porter a mediados del siglo XVII gozaba de numerosos precedentes y modelos. Hubo en él una tendencia a contar lo que en términos erasmistas constituía, como dice el título de Bernal Díaz del Castillo, la *Historia verdadera*. Aunque esa verdad dependiese en cada caso del punto de mira elegido por el cronista en cuestión.

El arte descriptivista de Porter corresponde a una tendencia compartida por todos los cronistas de Indias. Como ha señalado Alejandro Cioranescu, al principio las relaciones siguen el principio de autoridad y la pauta de los modelos, pero pronto la novedad real de lo visto y lo vivido se plasma también en una nueva retórica que rompe con los moldes tradicionales de la *descriptio*. Marco Polo y los exploradores medievales en general tienden a ver lo ya visto e interponen entre la realidad y sus ojos la presencia de lo previamente conocido. Pero esa perspectiva cambia radicalmente con los cronistas de Indias. Aunque es de todos sabido que la novela de caballerías, el refranero y todo el peso de las lecturas hechas por los primeros relatores de la experiencia americana servían como aditamento de sus descripciones y vivencias, forzándolas en muchos casos, no es menos evidente que ya desde el mismo Cristóbal Colón se nota una tentativa de desprenderse de las amarras medievales para contar lo nuevo. Fernández de Oviedo, las Casas y tantos más anexionaron a su bagaje los americanismos y con ello todo lo que se ofrecía como novedad ante sus ojos. Dicha tendencia es, desde luego evidente en la visión que Porter tiene a despecho de mistificaciones e hipérboles. Él sabe dar justa cuenta de todo cuanto de diferente se le ofrece en todos los ámbitos, desde el lenguaje y la religión a la vida y costumbres de los indios.

El arte descriptivo había avanzado extraordinariamente desde los primeros cronistas a la época de Porter, superando el tono numerativo y la retórica medieval para ir tendiendo a la síntesis y a la individualización de los objetos. Otro rasgo característico de su estilo tiene también numerosos precedentes. Me refiero a la búsqueda de una prosa que muestra un gran espíritu de observación que se extiende a las cosas más humildes e intrascendentes.

No es éste lugar para hacer constancia de su obra como gobernador de Sinaloa o sus ejercicios hasta la campaña de Chile donde llegó a ser gobernador y donde murió. Tarea ésta en la que se han ocupado los historiadores. De mayor interés para todo lo referido a su formación es la influencia que en la vida del almirante pudo tener el hecho de que su hermano Juan José Porter y Casanate fuese, como ha estudiado Enrique Solano Camón, cronista de Aragón en un momento en el que primaban las presiones de la monarquía para que la censura previniese o frenase cuanto los escritores aragoneses fuesen haciendo constar de los sucesos inmedia-

tos. Juan José Porter, supeditado ya el reino a los designios de Castilla, se mostraría como el cronista oficial de la corona, con una tendencia realista que también hemos podido entrever en el historial de su hermano el explorador de los mares del Sur. Los estudios en la Universidad de Salamanca y en la de Zaragoza llevados a cabo por Juan José Porter, su interés por la historia, ayudan a entrever facetas de su hermano Pedro. Ambos pertenecían a un linaje aragonés de cierto prestigio y muy vinculado, como señalamos, a los intereses de la corona que no sólo apoyó las iniciativas de Pedro Porter, sino el puesto de cronista de su hermano. Los *Anales del Reino de Aragón* de Juan José Porter y Casanate no se limitaron a lo aragonés, sino que se extendieron a la relación de los hechos acontecidos durante el reinado de Felipe IV, justificando las causas que provocaron la guerra de Cataluña. Otro hermano del almirante, Sebastián Marcos, fue doctor en Leyes y llegó a ser rector de la Universidad de Zaragoza y Canónigo de la Seo.

Téngase en cuenta, además, que el padre del almirante fue Asesor de Justicia y Fiscal, gozando de una posición relevante y una economía que permitió a don Pedro recibir diversas ayudas en las exploraciones californianas, como los historiadores han señalado. El ámbito familiar pesaría sin duda en su formación, aunque entró muy pronto al servicio de la Armada, sentando plaza como soldado en la compañía de Gaspar de Carassa en 1627. También su vida militar rezuma noticias relativas a su formación humanística. A este propósito podemos recordar el dato recogido por Gracia Rivas del *Aviso a errores de la navegación* en el que Porter cuenta cómo se valió de sus conocimientos de la lengua latina para conversar con los ingleses prisioneros en las islas de San Cristóbal y de las Nieves supliendo con ella, como él dice, “la falta que en mí hacía la Inglesa”.

En la empresa ultramarina de este cosmógrafo y matemático aragonés hay una clara proyección humanística que precedió a sus intentos de formar parte de una crónica aragonesa en el Nuevo Mundo que él no quería ver silenciada. El resultado final de su expedición a California parece marcado por el desengaño y por los lastres de la enfermedad. Su posterior viaje a Chile, tras el abandono de California, y con las pertinentes ayudas económicas familiares, tuvo también no pocos sinsabores. Al lado de algún triunfo ocasional y del brillo de sus victorias de campaña, el final estuvo cargado de problemas, muriendo en Concepción, el 27 de febrero de 1662.

La vertiente marcada por su opúsculo mencionado *Reparo a errores de la navegación* es parcela que excede a nuestra competencia. Pero creo vale la pena señalar su interés porque a los pilotos se les debía exigir examen de cosmografía y estudios suficientes para la práctica marítima. Hasta propuso que hubiese en los puertos en los que la armada estuviese de asiento o invernada cátedras de navegación, a cargo de los matemáticos embarcados con tal propósito.

Él presumía en su hoja de servicios de ser considerado eminente matemático por el Colegio Imperial de Madrid y cosmógrafo capacitado, por los pilotos mayores de la Contratación de Indias.

Su alto sentido práctico, más allá de la pura especulación, es comparable al que derrochó otro ilustre cosmógrafo zaragozano del siglo XVI, cuyo *Breve compendio de la Sphera y de la Arte de navegar* (Sevilla, 1551) gozó de gran predicamento entre los navegantes de su tiempo, incluido los de la Royal Navy. Porter aportó su grano de arena a la ampliación de los estudios geográficos que fueron objetivo fundamental ya desde los primeros historiadores de Indias. Muñoz Pérez ha señalado además la importancia que tuvo en este sentido la labor de los jesuitas quienes impulsaron el resurgimiento de la geografía humana. En Porter abundan en sus relaciones el tópico de las ansias evangelizadoras y de la extensión de la cristianidad en el Nuevo Mundo. Constantemente hace referencia a la rápida conversión de los Indios o al mimetismo con el que, por ejemplo, copiaban las costumbres de los españoles pescando como ellos al rezo del Ave María.

Lo nuevo y diferente se repite en sus relatos, siguiendo las pautas rastreables en cronistas como Fernández de Oviedo y Cervantes de Salazar. También se ve en sus descripciones la relación que existía entre el indio y el medio en que vivía, palpable en crónicas precedentes, como la de López de Gómara. El almirante aragonés, aunque en escala menos cuantiosa y rica que la de los grandes historiadores de Indias, contribuyó a establecer la geografía como descripción y como explicación, ensanchando, de paso, los conocimientos de botánica y anticipándose a veces a la moderna geografía de la ciudad.

Su labor, en éste y en otros campos, incluido el de la filología, no debe, sin embargo, ser sobreestimada. Porter no fue un cronista *strictu sensu* ni en pureza un hombre dedicado únicamente al cultivo de las letras. Su nombre no ha pasado al panteón de las grandes figuras de la aventura americana y sus escritos no alcanzan más que el lógico lugar en el que se proyecta la figura de un hombre de acción que quiere dejar constancia de sus actos. En ellos hay campo abierto para los lugares comunes propios de los grandes cronistas, como es lógico. El tiempo dedicado a la acción fue mayor en él que el proporcionado a los escritos y a los estudios, pero es evidente que éstos se integraban en una misma voluntad y son inseparables de su vida de almirante.

De Porter no se conserva obra alguna que permita parangonarlo siquiera levemente con los escritores de su tiempo. Lo que se conserva de él es poco y abunda, como hemos apuntado, en géneros epistolares y cronísticos o en obras de carácter científico práctico, pero es evidente que gozaba de una formación humanística y que su interés por las letras se evidencia a lo largo de una vida marcada por el arte de la navegación y por el sentido de la historia. Tuvo vetas de anticuario, en el sentido renacentista del término, coleccionó medallas como Lastanosa, Caro o Uztarroz y se mostró interesado por la poesía y por la lexicografía. Las matemáticas, la cosmografía, las artes liberales parecen formar parte de un mismo interés humanístico en el que se integran los viajes y descubrimientos, no como algo desgajado, sino connatural, es decir, como parte de una misma empresa que se hace

historia. Los cronistas anteriores gozaron de una formación humanística que en muchos casos era mayor que la del Almirante, cuyos oficios se decantaron más del lado de la acción aunque también imperase en él el oficio de relator para que luego fuese un cronista de oficio, es decir Andrés de Uztarroz, quien vertiese todos aquellos datos en una prosa final.

Su *Reparo a errores de la navegación* contenía unos dísticos latinos presumiblemente suyos (“Commendat opus Haeroicum Carmen, Heroi maximo”) y su agudeza no debía ser poca, a juzgar por la que Gracián recoge en la suya, a propósito de la sentenciosidad:

Cuando la sentencia es útil, se eterniza en la memoria. El no menos ingenioso que valiente zaragozano, el almirante don Pedro Porter y Casanate, suele decir que para valer, méritos y medios.

Apunte agudo, si los hay, valga la tautología, para definir en tres palabras el perfil pragmático del que el almirante hizo gala a lo largo de su vida militar.

Gracián era amigo de los amigos de Porter, como Antonio de León Pinelo al que también mencionó en la *Agudeza*, y el arzobispo Palafox, también elogiado en ella y en *El Discreto*. Lastanosa es, tal vez, el punto de unión más evidente entre ambos, aunque no hay que olvidar el interés de Porter hacia los trabajos del poeta e historiador fray Jerónimo de San José, así como por los poetas zaragozanos y aragoneses en general de su tiempo. Dado que la familia de Porter tenía asiento en Tarazona, es muy probable que se relacionase también con el poeta Martín Miguel Navarro. Creo interesante además aportar otro dato curioso que no ha sido tenido en cuenta por los biógrafos de Porter. Me refiero a la mención elogiosa que de los Porter hace el poeta aragonés Juan de Moncayo y Gurrea, Marqués de San Felices, en su farragoso *Poema trágico de Atalanta e Hipomenes* (Zaragoza, 1656), entroncándola con otros ilustres linajes del reino (“Porteres, Sánchez, Agredas, Copones/Cabras, Ramos, Ariños, Betriones”). La fábula mitológica de Moncayo esconde una suerte de *Aganipe* de poetas aragoneses y de figuras de relieve entre las que aparece también el almirante Porter en dos octavas que despliegan la artillería hiperbólica de las glorias épicas, en un estilo fuertemente guiado por la poesía de don Luis de Góngora, como es bien evidente:

Este varón, que en todo fin segundo
Será de España otro Colón primero,
Crédito de Aragón, pasmo del mundo,
Ilustre de sus glorias verdadero:
Es don Pedro Porter, cuyo profundo
Genio la fama mereció luzero,
Sin voces aplaudió la lisonjera,
Quando en él la lisonja verdad fuera.

Árbitro de los Mares, y los vientos,
Gloria de España, y de Aragón primera,
Por dueño de tan altos pensamientos,
Que el sol ejecutarlos no pudiera:
Del Bóreas contrapuesto a los alientos,
Y a prozelosos piélagos, que altera,
Conseguirá con sus hechos singulares,
Romper los vientos y oprimir los mares.

El tiempo, como decía Borges a propósito de las épicas que terminan en escoria y olvido, convierte en mención fría y ocasional lo que en un momento pudo considerarse propio de páginas gloriosas. Y si hoy puede parecer desmesurada la imagen de Porter dibujada por el Marqués de San Felices como la de “otro Colón”, no es menos cierto que el rasgo del almirante como acreditado hombre de Aragón fue uno de sus más claros empeños en su peregrinar por el mundo. Él tuvo una pretensión que, como señalara Stephen Gilman, ya asomaba en la obra de Bernal Díaz del Castillo, empeñado en “el hecho de que el cronista se nos muestre como un personaje de su propia crónica”, dirigiendo continuamente el curso de los acontecimientos.

Su *Reparo a errores de la navegación* ensalzaba los valores de la observación y la experiencia. En él se unía una parte dedicada a la teoría (aritmética, geometría y astrología) con otra dedicada a la práctica (marinaje y arte de pilotar), como en el resto de sus empresas. En los preliminares dedicados a don Fadrique Osorio, Porter se guía por el principio de utilidad mostrando así su propuesta para mejorar la ciencia náutica española, cuya preeminencia fue indiscutible durante los siglos XVI y XVII, gracias a Pedro de Medina, a Rodrigo Zamorano y al aragonés ya mencionado Martín Cortés, como ha señalado W. Michael Mathes. En esa obra Porter se nos muestra con una clara propensión a la claridad y a la síntesis, con ciertos ribetes de esa agudeza que en él encomiara Gracián. Ya desde los preliminares perfila una actitud en la que aflora su natural pragmatismo, al combinar los tópicos afanes de expansión de la cristiandad que se derivan del arte de navegar con otros resultados de orden material:

Siendo cosa tan forçosa la Navegación, tan importante al aumento de la Religión Christiana, defensa de los Reynos, y conservación de ellos, por medio de los tratos, comercios y intereses.

El almirante consultó, como señalamos, los repertorios léxicos de Palmireno y de otros humanistas para su *Diccionario náutico*, pero lejos de conformarse con el acarreo de entradas léxicas recogidas de los repertorios antiguos, tuvo a bien combinar el traslado de los modelos con la consulta directa a dos mil marinos para elaborar el suyo. La figura de don Pedro Porter y Casanate se nos dibuja a lo largo de

su medio siglo de vida como la del típico exponente del hombre universal proyectado por el Renacimiento que adelanta en su actitud muchos de los presupuestos que luego afloraron en el Siglo de las Luces. Combinó las armas con las letras, los saberes científicos con los humanísticos e hizo de la filología como del arte de navegar y las exploraciones una misma empresa histórica entendida como servicio a la corona, pero en la que no olvidaba ni su propio protagonismo, ni menos la constancia de que era aragonés.

AURORA EGIDO
Universidad de Zaragoza

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ANDRÉS DE UZTARROZ, Juan Francisco: *Panegírico Sepulcral a la memoria posthuma de don Thomas Tamayo de Vargas*, Zaragoza, Pedro Verges, 1642.
- ARCO Y GARAY, Ricardo del: *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Madrid, 1934.
- , “El almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del golfo de California”, *Revista de Indias*, VIII, oct- dic. 1947, pp. 783-844.
- , *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, Madrid, CSIC, 1950, 2 vols.
- ARMILLAS VICENTE, José A.: “Pedro Porter y Casanate (1611-1662), explorador de California”, *Aragón en el mundo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1988, pp. 249-256.
- BILLANOVICH, Giuseppe: “Dall'antica Ravenna alle biblioteche umanistiche”, *Annuario a. a. 1955-57*, Università Cattolica del S. Cuore, Milán, 1958, pp. 71-107.
- CIORANESCU, Alejandro: *Colón humanista*, Madrid, Prensa Española, 1967.
- EGIDO, Aurora: “Numismática y Literatura. De los *Diálogos* de Antonio Agustín Agustín al *Museo de Lastanosa*”, *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje a F. Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 211-227.
- , “De las academias a la Academia”, *The Fairest Flower. The Emergence of Linguistic National Consciousness in Renaissance Europe*, Firenze, Accademia della Crusca, 1985, p. 92.
- GALLEGO BARNÉS, Andrés: *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579). Un humanista aragonés en el Studi General de Valencia*, Zaragoza, 1982.
- GARÍN, Eugenio: *La cultura filosófica del Rinascimento italiano*, Firenze, 1979, pp. 330-1.
- GASCÓN DE GOTOR, Anselmo: *Aragón en América*, Zaragoza, Imprenta Estilo, 1950.
- GILMAN, Stephen: “Bernal Díaz del Castillo and *Amadís de Gaula*”, *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1961, II, pp. 99-113.
- GRACIA RIVAS, Manuel: “Pedro Porter y Casanate, almirante de la Mar del Sur”, *Ponencia presentada al II Congreso de Historia Militar, celebrado en Zaragoza en mayo de 1988*, Academia General Militar de Zaragoza. Cátedra Miguel de Cervantes (copia mecanografiada).
- GRACIÁN, Baltasar: *Agudeza y Arte de ingenio*, ed. de Evaristo Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1981, 2 vols.
- GRUPO NONO-ART: *Los aragoneses y el Nuevo Mundo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1986.
- JIMÉNEZ CATALÁN, Manuel: *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVII*, Zaragoza, 1925.
- LASTANOSA, Vincencio Juan de: *Museo de las medallas desconocidas españolas*, Huesca, 1645.
- LATASSA, Félix de: *Biblioteca Antigua y Nueva de escritores aragoneses*, ed. por M. Gómez Uriel, Zaragoza, 1884-6, 3 vols.
- LÓPEZ PINERO, José María: *El arte de navegar en la España del Renacimiento*, Barcelona, Labor, 1979.

- MONCAYO Y GURREA, Juan de, Marqués de San Felices, *Poema trágico de Atalanta e Hipomenes*, Zaragoza, 1656.
- MONTOTO, Santiago: "Rodrigo Caro. Estudio biográfico crítico", *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla. Epistolario*, Sevilla, 1915.
- MUÑOZ PÉREZ, José: "Literatura y ciencia en el XVII español. Los historiadores de primitivos de Indias y el conocimiento geográfico", *Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al prof. Emilio Orozco Díaz*, Universidad de Granada, 1979, vol. II, pp. 495-519.
- PALMIRENO, Juan Lorenzo: *Vocabulario del humanista*, Valentiae, Ex Typographia Petri a Huete, 1656.
- PORTER DE CASANATE, Pedro: *Reparo a errores de la navegación española*. Con licencia. En Zaragoza. Por María de la Torre. Año 1634. Véase la ed. facsímil de W. Michael Mathes, con introducción en la que se describen los mss. relativos a Porter, Madrid, Porrúa, 1970.
- PORTILLO, Álvaro del: *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California, 1532-1650*, Madrid, 1982.
- RICO, Francisco: "Il Nuovo Mondo di Nebrija e Colombo. Note sulla geografia umanistica in Spagna e sul contesto intellettuale della scoperta dell'America", *Vestigia. Studi in honore di Giuseppe Billanovich*, a cura di Rino Avesani et al., Roma, Ed. di Storia e Letteratura, 1984, pp. 575-607, reimpreso en *Academia Literaria Renacentista* 3, Universidad de Salamanca, 1983, pp. 207-222.
- SOLANO CAMÓN, Enrique: "Juan José Porter y Casanate. Un cronista aragonés del siglo XVII y sus *Anales del Reino de Aragón*", *Estudios 178*, Universidad de Zaragoza. Departamento de Historia Moderna, 1978, pp. 189-211.
- SOLANO COSTA, Fernando: "Aragón en América", *Libro de Aragón*, Madrid, 1976, pp. 443-9.
- TATE, Robert B.: "La geografía humanística y los historiadores españoles del siglo XV" P. S. N. Russell-Gebbett y otros, *Belfast Spanish and Portugues Papers*, The Queen's University of Belfast, Belfast, 1979, pp. 237-242.

LA IMAGINACIÓN AMERICANA EN EL TEATRO DE TIRSO DE MOLINA

Si se prescinde de las crónicas de Indias, que obviamente hablan de América, y de las manifestaciones de la épica culta, que en buen número también se ocuparon de los descubrimientos y conquistas, quizá no es demasiado lo que queda de aquellos acontecimientos en la literatura peninsular de la Edad de Oro. Y eso a pesar de que fueron varios los escritores destacados que, sin verse por ello privados de su adscripción a la literatura española —otro fue el caso de Bernardo de Balbuena, de Diego de Hojeda o de Juan del Valle Caviedes, por citar algunas de las personalidades hoy consideradas relevantes en la literatura colonial—, se trasladaron al Nuevo Mundo durante algún período de su vida: entre estos se contaron, como es bien sabido, Juan de la Cueva, Gutierre de Cetina, Luis de Belmonte y Bermúdez, Luis de Ribera, Mateo Alemán y Tirso de Molina¹. El notable y ya antiguo esfuerzo de Ángel Franco concretó en *El tema de América en los autores del Siglo de Oro* —al parecer más de una década de lecturas y de trabajo— paradójicamente demuestra que casi siempre esa presencia se agota en referencias numerosas a las nuevas tierras y a sus habitantes, dispersas en la novela, en la poesía y en el teatro de la época. De esas referencias, aunque en alguna ocasión “lo indígena se convierte en lo arcádico”², se deduce sobre todo que América es una tierra próxima y remota a la vez, ámbito extraño donde se puede iniciar una nueva vida y acceder a la riqueza y la gloria, y también ocasión para celebrar la grandeza de la Corona, de España y de los españoles.

Aunque el Nuevo Mundo, “al cabo del primer siglo del descubrimiento, formaba parte de la atmósfera vital de España”³, las obras de tema americano son esca-

¹ Sobre la mayoría de los citados, véase Mario Méndez Bejarano, *Poetas españoles que vivieron en América*, Recopilación de artículos biográfico-críticos (Madrid: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929).

² *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro* (Madrid: Nueva Imprenta Radio, 1954), p. 26.

³ Véase Marcos A. Morínigo, *América en el Teatro de Lope de Vega* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946), p. 6.

sas, y de relevancia casi siempre discutible. Fue en el teatro donde especialmente se manifestó esa inspiración, y eso gracias sobre todo a Lope de Vega: a él se deben la “tragicomedia famosa” *Arauco domado* (por el Exmo. Señor don García Hurtado de Mendoza), *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, *El Brasil restituído* y el auto sacramental *La Araucana*⁴. Tal vez merece destacarse el interés que también para el teatro ofreció la conquista de Chile, de la que se ocuparon Gaspar de Ávila, quien en *El gobernador prudente* volvió sobre las hazañas de García Hurtado de Mendoza, y Gonzalo Fernández de Busto, autor de *Los españoles en Chile*. Ese fue también el tema de la comedia *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza*, en cuya confección, junto a Luis de Belmonte y Bermúdez, colaboraron Mira de Amescua, Ruiz de Alarcón, Guillén de Castro, Vélez de Guevara, Suárez de Figueroa, Diego de Villegas, Fernando de Lureña y Francisco de Herrera. Como puede advertirse, los dramaturgos se mostraron especialmente atentos a la exaltación de ciertas personalidades, y caso señalado fue el de Hernán Cortés, cuyas hazañas encontraron eco frecuente en romances, en la épica culta, en la prosa no histórica y en el teatro⁵. América se convierte en una referencia histórica y geográfica obligada, pero en estos casos lo que importa es el héroe, y lo que él representa para la mayor grandeza de España y de la cristiandad. Menor interés americanista ofrece aún la religiosidad milagrosa de Agustín Moreto en *Santa Rosa del Perú*, de Gaspar de Aguilar en *San Luis Beltrán*, o de Calderón en *La Aurora de Copacabana*.

El mayor atractivo lo ofrece quizá Tirso de Molina, en cuyas obras dramáticas las referencias a América son abundantes⁶. Como es sabido, fray Gabriel Téllez pasó algún tiempo en Santo Domingo, aunque eso no parece decisivo ni siquiera para sus creaciones más relacionables con el Nuevo Mundo, que son, desde luego, las comedias que constituyen la trilogía sobre los Pizarros. Tirso nunca estuvo en el Perú, escenario de las luchas civiles que trató de recrear en su teatro cuando la amistad con los descendientes del conquistador de aquellas tierras lo llevó a vindicar su memoria y la de sus hermanos⁷. Por lo demás, la primera de ellas, *Todo es dar en una cosa*, sólo se ocupa de las mocedades de Francisco Pizarro, con el pro-

⁴ De tema americano puede considerarse también el poema épico *La Dragontea*, donde Lope se ocupó de las correrías de Francis Drake y de John Hawkins, los temidos piratas ingleses.

⁵ Véase Winston A. Reynolds, *Romancero de Hernán Cortés (estudio y textos de los siglos XVI y XVII)* (Madrid: Ediciones Alcalá, Colección Aula Magna, 1967) y *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro* (Madrid: Editora Nacional, 1979).

⁶ En *Presencia de América en el teatro de Tirso de Molina* (Madrid: Revista “Estudios”, 1969), Ángela D. Dellepiane comprobó que esas referencias aparecen con carácter incidental en treinta y siete obras, con algún relieve en *Quien calla, otorga*, *El Amor, médico*, *La celosa de sí misma*, *Marta la piadosa* y *La huerta de Juan Fernández*, y con presencia particularmente acusada en *La villana de Vallecas* y las tres partes de *La Santa Juana*. Al respecto, véase también Alfonso Uriaga, *El indiano en la dramática de Tirso de Molina* (Madrid: Revista “Estudios”, 1965).

⁷ La trilogía fue escrita para conmemorar la creación del título de Marqués de la Conquista, que en 1631 recayó sobre Juan Hernando Pizarro. Véase Otis Howard Green, “Notes on the Pizarro Trilogy of Tirso de Molina”, *Hispanic Review*, IV (julio 1936), 201-225.

pósito fundamental de darle un origen hidalgo que la historia desmiente: el futuro héroe no fue hijo ilegítimo de Beatriz Cabezas, madre que Tirso le adjudicó, sino de Francisca González Mateos. Desde luego, con ninguna de las dos se casó Gonzalo Pizarro “el Largo”, de modo que en la ficción y en la realidad su vástago padeció la condición de hijo natural que tan atractiva se ha juzgado para el dramaturgo. Asumido ese origen bastardo, Francisco Pizarro es ante todo hijo de sí mismo y de sus obras, y su juventud se encarga de predecir un futuro glorioso.

Mayor raigambre americana tienen *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*, las otras obras que componen la trilogía. Como es sabido, se ocupan de las guerras civiles que ensangrentaron el Perú desde que estalló la rivalidad entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, en una disputa cuyas razones fueron el poder y la riqueza y cuyo origen se remontaba a las capitulaciones para la conquista de aquellas tierras, de 1529. En 1537 los partidarios de uno y otro se enfrentaron por la posesión del Cuzco, y la discordia se resolvió momentáneamente en 1538, al ser ajusticiado Almagro tras su derrota en la batalla de las Salinas. Sería vengado en 1541, cuando los almagristas asesinaron a Francisco Pizarro, mientras su hermano Gonzalo se ocupaba de explorar el País de la Canela, en una expedición famosa sobre todo porque dio lugar a que Francisco de Orellana navegase el Amazonas hasta su desembocadura. Pero esa muerte no puso fin a las discordias, y los desórdenes renacerían con mayor violencia años después, cuando la aplicación intransigente de las Leyes Nuevas por el Virrey Blasco Núñez Vela amenazó los privilegios de los españoles establecidos en tierras del Perú. La anarquía y la indisciplina, que habían sido desde los comienzos de la colonización el riesgo evidente del individualismo que caracterizó a la empresa española en las Indias —la autoridad recayó con frecuencia en conquistadores poco interesados en aceptar la dependencia del Estado y dispuestos a hacer valer sus propias razones cuando surgieron disputas sobre la legitimidad o los límites de sus posesiones—, tal vez nunca habían ido demasiado lejos hasta ese momento: hasta entonces los levantamientos habían pretendido del Rey un reconocimiento de méritos que debía traducirse en reconocimiento de una autoridad personal, distinta de aquella contra la que se habían levantado. En principio, la rebelión de Gonzalo Pizarro no parecía ir más lejos: su objetivo fue la suplicación de las Nuevas Leyes y la suspensión temporal de su aplicación, supeditada a una nueva decisión real. Pero el alcance de los disturbios pareció ir más lejos cuando se suspendió la ejecución de las ordenanzas sin que Gonzalo Pizarro se sometiese a la autoridad de Pedro de la Gasca. Con su negativa a deponer las armas, el rebelde “dejaba de encabezar un movimiento cuyo contenido ideológico podía ser integrado sin ruptura dentro del orden establecido, y pasaba a dirigir una rebelión cuyo carácter decididamente subversivo amenazaba el pilar central del orden social y político representado por el rey”⁸. De hecho,

⁸ Beatriz Pastor, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (Hanover, NH.: Ediciones del Norte, 1988), p. 262

Gonzalo Pizarro murió decapitado en 1548, culpable de “auer cometido crimen *lesae magestatis* contra la Corona rreal de España en todos los grados e cabsas en derecho contenidas”⁹. Otros episodios sangrientos mostrarían después que la protesta contra las ordenanzas de 1542 había sido consecuencia de un descontento cada vez más extendido entre los españoles, y cuya manifestación por excelencia había de ser la rebelión de Lope de Aguirre y los Marañoses, contra Pedro de Ursúa primero, y finalmente contra Felipe II.

La trilogía de Tirso responde, como es sabido, a la pretensión fundamental de restituir la honra a los Pizarro, o —lo que es lo mismo— de vindicar su fidelidad a la corona. *La lealtad frente a la envidia* se centra en la figura de Hernando Pizarro, don Fernando en la obra: inicialmente se muestra al héroe en Medina del Campo, cuando se trasladó a España con el quinto real para el emperador; después, mientras lucha por el Cuzco frente a Manco Inca y frente a Almagro —entonces murió su hermano Juan, en 1536—, y por último encarcelado en el castillo de la Mota, víctima de las intrigas de los almagristas. Los parlamentos, largos a veces, permiten dar cuenta minuciosa de los hechos relativos a la conquista del Perú y a las luchas civiles posteriores, incluida la discutida actuación final de Gonzalo Pizarro. En éste se centra luego la atención de Tirso, al escribir *Amazonas en las Indias*, y conviene advertir que nada preocupa más al dramaturgo que los comportamientos relacionables con lo que Beatriz Pastor ha considerado como cancelación de los objetivos míticos y del proyecto épico de la conquista, traducida en rebeliones que pusieron en entredicho la autoridad del monarca¹⁰. Por boca de la amazona Martesia sabemos de Francisco Pizarro y de “la lealtad para sus reyes / y que a sus plantas les postra / mil leguas, todas de plata, / y un océano de aljófár”, y de que en España “la envidia / bárbaramente aprisiona / al inclito don Fernando”¹¹. Más aún: si Gonzalo no acepta el amor y el reino que Menalipe le ofrece, es por mantenerse leal a su propio soberano. Tirso no ignoró que más de una vez las rebeliones habían planteado objetivos políticos de signo claramente secesionista, y, decidido a lavar la honra de los Pizarro, desvió esa responsabilidad hacia sus enemigos: hacia Diego de Almagro cuando se alió con Manco Inca, hacia Almagro el Mozo cuando éste —aspirante al “solio occidental”, a “monarca de los Andes”— se negó a someterse al gobernador Vaca de Castro, y por último hacia Francisco de Carvajal, responsable de la supuesta pretensión pizarrista de convertir el Perú en un reino independiente. En boca de los dos últimos pone Tirso el “César o nada” de Lope de Aguirre que pocos años más tarde se convertiría en lema de la rebeldía separatista,

⁹ Véase Guillermo Lohmann Villena, *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro* (Valladolid: Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1977), p. 87.

¹⁰ Véase *op. cit.*, pp. 257-345.

¹¹ Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de los Ríos, 2ª edición (Madrid: Aguilar, 1962), Tomo III, p. 706. Para evitar notas innecesarias, en adelante anotaré tras las citas de Tirso la página correspondiente de esa edición.

desde que se divulgaron las noticias sobre la sangrienta expedición de Ursúa a Omagua y el Dorado. Así la problemática actuación de Gonzalo Pizarro podía quedar encuadrada entre las muchas que, desde que Hernán Cortés desconoció la autoridad de Diego Velázquez, habían cuestionado la actuación de los representantes del rey, y no la autoridad del monarca. Si se había alzado contra Blasco Núñez de Vela, fue forzado por los abusos, por la severidad en la aplicación de unas ordenanzas injustas y en defensa de su derecho al gobierno del Perú, concedido a Francisco Pizarro “por dos vidas”; y sobre todo —no le quedaba otra salida— en defensa de su honor y el de su sobrina Francisca, amenazados cuando ella fue retenida por orden del virrey. Las convenciones del teatro de la época ayudaban así a diluir el alcance de la rebelión pizarrista.

Por otra parte —el título es suficientemente significativo—, *Amazonas en las Indias* es una muestra infrecuente y casi insólita de aprovechamiento literario de las fantasías que se desarrollaron en torno al descubrimiento y a la conquista. Entre ellas destaca la que tuvo que ver con las Amazonas, que la Edad Media —con contribuciones hispánicas notables, como la que puede encontrarse en la *Grande e general estoria*— había imaginado “como una lejana realidad, propia de pueblos bárbaros y paganos, confinada en los extremos de Asia”¹², en tierras de fabulosas riquezas. Colón, que en el relato de Marco Polo había encontrado noticias sobre las islas Varón y Mujer —esas islas figuran en el mapa del globo de Martín Behaim, de 1492—, las identificó como Carib y Matinino a su llegada a las Antillas, según hizo constar en el diario de su primer viaje. La leyenda de las Amazonas perviviría por mucho tiempo entre los exploradores y conquistadores, y probablemente, como Beatriz Pastor ha señalado, “la extraordinaria vitalidad y continuidad de la presencia del mito, relatada en relaciones y noticias de descubrimientos de todo tipo, aparece determinada de forma primordial por su valor como elemento identificador de regiones extraordinariamente ricas”¹³. Entre sus muchas formulaciones americanas, sin duda la más destacada es la que consta en la *Relación que escribió fray Gaspar de Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*. Es bien sabido que Orellana y los suyos habían tomado parte en la expedición capitaneada por Gonzalo Pizarro, que en 1541 salió de Quito con la intención de llegar a la provincia de la Canela. Pizarro llegó a pisar esa tierra, a juzgar por algunos testimonios, pero la realidad defraudó sus sueños, y eso lo obligó a seguir adelante. Las dificultades para el aprovisionamiento hicieron que Orellana se adelantase en busca de víveres, para no volver. Tras mil penalidades, Pizarro consiguió regresar a Quito, mientras la expedición de Orellana se acercaba al país de los Omaguas, otra representación imaginaria para una tierra de

¹² Véase Enrique de Gandía, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929), p. 63.

¹³ *Op. cit.*, p. 262.

riquezas fabulosas, y al reino de las Amazonas, que se dejaron ver en uno de los combates más encarnizados que los expedicionarios españoles libraron con los indios. “Quiero que sepan cuál fue la cabsa por que estos indios se defendían de tal manera —explica fray Gaspar de Carvajal—. Han de saber que ellos son sujetos y tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios, como por capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la cabsa por donde se defendían tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andaban desnudas en cueros tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad hubo mujer de éstas que metiera un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín”¹⁴.

El combate sólo concluyó tras la muerte de siete u ocho de esas feroces guerreras. Luego los expedicionarios sabrían que esas mujeres vivían tierra adentro, en no menos de setenta pueblos con casas de piedra, que sólo se juntaban con los hombres para la procreación de los hijos, que después del parto mataban a los varones y criaban a las hembras, que las gobernaba un tal Coñori, en cuya “cabecera y principal” ciudad había cinco grandes adoratorios dedicados al sol, y que vestían de lana muy fina y ceñían sus cabezas de largos cabellos con coronas de oro. En su tierra abundaba el oro y la plata, y se extraía sal de dos lagunas de agua salada. En resumidas cuentas: en torno a las amazonas del Maraón se desarrolla otra visión fantástica de un reino de abundancia, que recuerda el que se forjó en torno al Incario, con el que tienen que ver no pocos ingredientes del relato de Carvajal: sus mujeres guerreras recuerdan a veces a las vírgenes del Sol, y en sus tierras hay “muchas ovejas como las del Perú”, y tal vez eran llamas lo que el cronista creyó camellos al escuchar al informante indígena. La condición “americana” del mito se reforzaría con interferencias de otros mitos de la conquista: la leyenda del Dorado parece encontrar algún eco en la referencia a las dos lagunas saladas, o tal vez el Dorado se identifica con los ricos y poderosos señores de las tierras próximas, que tampoco carecen de significativas lagunas.

De tales aspectos deriva una versión del mito cuya originalidad en alguna ocasión se ha exagerado¹⁵. Desde luego, en las numerosas referencias a mujeres guerreras que registran las crónicas, con frecuencia parece perderse la relación de las amazonas americanas con las leyendas de la antigüedad, evidente en los testimo-

¹⁴ Gaspar de Carvajal, Pedrarias de Almesto y Alonso de Rojas, *La aventura del Amazonas*, ed. de Rafael Díaz (Madrid: Historia 16, 1986), pp. 80-81.

¹⁵ Véase Enrique de Gandía, *op. cit.*, p. 76: “...con el viaje de Orellana y los descubrimientos realizados en todo el continente Sud Americano, la nueva leyenda de las Amazonas, que idéntica y casi simultáneamente surge en distintos y apartados lugares, encierra un fondo desconocido, completamente original, que es el reflejo de una realidad palpada por los indios y que fue desapareciendo a medida que avanzaban los descubrimientos”.

nios de Colón, de Pigaffeta o de Pedro Mártir de Anglería. Eso no quiere decir que en el relato de Carvajal no se puedan encontrar reminiscencias clásicas: a esa herencia se debe probablemente la diferencia física que se marca entre las mujeres guerreras y los pueblos vecinos —eran “muy blancas y altas”, como se habrá advertido—, y tal vez no es inútil precisar que poco después los expedicionarios tienen noticia de un gran señor llamado Tinamostón, en cuyos dominios “comen carne humana, la cual no comen en toda la demás tierra que hasta aquí hemos andado”¹⁶. Aún parece viva la convicción de que las Amazonas se hallaban próximas a los caníbales, convicción que Colón proyectó sobre las tierras de América cuando imaginó próximas las islas de Carib y Matinino.

Desde luego, eso no altera esencialmente la formulación americana del mito. Otro es el caso de Tirso, quien, siempre atento a la gloria de Gonzalo Pizarro, Tirso relaciona con él y no con Orellana el episodio de las mujeres guerreras. Aunque encajaba en sus propósitos, el error pudo no ser intencionado, ya que por entonces se creía que fray Garpar de Carvajal no había acompañado a Orellana en el descenso del Marañón¹⁷. Tirso, que parece manejar sobre todo la información proporcionada por los descendientes de sus héroes —Otis H. Green asegura que su fuente fundamental era *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, que Francisco Pizarro y Orellana publicó en 1631—, se inclinó por la versión que acusaba a Orellana de haberse alzado con los bergantines, difundida por Gonzalo Pizarro incluso en carta al rey, y mostró a Carvajal abandonado por los rebeldes y recogido por Pizarro. Cuando éste intenta regresar al Perú es cuando irrumpen las enamoradizas Amazonas, de belleza más peligrosa que sus armas, aunque no lo suficiente como para ganar definitivamente el corazón de los gallardos españoles. Para imaginarlas, Tirso tal vez no necesitó del relato de Carvajal ni de crónica indiana alguna.

Para redactar *Las mujeres sin hombres*, a Lope de Vega quizá le había bastado con el relato de Diodoro Sículo sobre las Amazonas “scíticas”, pues “éstas fueron las que mataron a sus maridos, y que jamás fueran vencidas de Hércules si Antiopía, en Temiscira, no se enamorase de Teseo; claro estaba que el valor de mujeres determinadas sólo con la blandura del amor podía ser vencido”¹⁸. Este es el tema de la comedia de Lope, quien reúne en la misma aventura a los protagonis-

¹⁶ Carvajal, *op. cit.*, p. 98.

¹⁷ Es lo que se asegura en la biografía del fraile incluida en *Tesoros verdaderos de las Indias* (Roma, 1681, Tomo I), de fray Juan Meléndez. Véase Enrique de Gandía, *op. cit.*, p. 84, nota 18. Aunque otros cronistas la habían aprovechado, su relación permanecía inédita, y quizás es significativo que en la copia conservada en la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid se perdiese la parte que desmiente la supuesta traición de Orellana. Véase Jorge Hernández Millares, “Introducción” a fray Gaspar de Carvajal, *Relación del descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955), p. 28.

¹⁸ En su dedicatoria “a la sr. Marcia Leonarda”, advierte que “hubo antiguamente muchas, y en diferentes partes”, y otras “tan cerca de nuestra edad que en el viaje de Magallanes fueron vistas, si no mienten las relaciones de Sebastián del Cano y de Gonzalo de Oviedo”. Véase el vol. 188 de B. A. E., *Obras de Lope de Vega. XIII. Comedias pastoriles y mitológicas*, ed. de Marcelino Menéndez y Pelayo (Madrid: Ediciones Atlas, 1965), p. 277.

tas de otros episodios de la lucha contra las mujeres guerreras, como Hércules y Jasón, en el único escenario de la tierra y ciudad de Temiscira. Fray Gabriel Téllez probablemente utilizó las mismas fuentes y alguna más, como *Las mujeres sin hombres* —Lope la publicó en 1621, en la *Décimasexta parte* de sus comedias—, de donde bien podría provenir el nombre reiterado de Menalipe. Sus Amazonas son también las originarias “de las Scitias remotas, / la asiática y la europea”, de las tierras bañadas por el Tanais y el Termodonte, de la Temiscira de los testimonios de la antigüedad (p. 704). Puesto que se limita a narrarlos, Tirso pudo distinguir episodios diversos, y de labios de Martesia —un nombre de larga tradición amazónica— Gonzalo Pizarro llega a saber que trescientos siglos antes los varones de un pueblo poderoso se lanzaron a la conquista de Asia, pero cuando regresaron en busca de sus mujeres fueron abatidos por éstas, “viudas por sus manos mismas”. Desde entonces prohibieron la presencia del varón entre ellas, y extendieron su poder hasta ser derrotadas por Teseo en Atenas. Cuando trataron de tomarse la revancha, sus barcos fueron destrozados por el mar, salvo algunos que derivaron por incógnitos rumbos hasta el monstruoso río en que se instalaron trescientas leguas aguas arriba, y fundaron república y reino, donde habían de permanecer ese momento en que los encantos de los españoles parecían de obligarlas a renunciar a sus costumbres y leyes.

En la fantasía amazónica de Tirso están presentes las especias, el oro y la plata, las perlas y las esmeraldas: los sueños de riquezas que desde Colón aparecían asociados en América a la existencia de las mujeres guerreras. Pero tal vez lo más interesante es que esas Amazonas vuelven a ser, por filiación clara y directa, las del pasado antiguo, “y, lo que es más, teniendo conciencia de ese parentesco”¹⁹. Por esa vía se inscribe la leyenda en un espacio reconocible y aséptico, cuyos rasgos se completan cuando las Amazonas se ajustan a los gustos del público que podía ver la comedia. Esos rasgos son fácilmente reconocibles, y tal vez conviene destacar la asociación de Martesia con la brujería, con las artes de adivinación y en suma con las convenciones sobre lo maravilloso que caracterizan al teatro de la época. Ellas bastan para explicar el conocimiento que las Amazonas tienen del idioma castellano y de cuanto ha ocurrido y ocurre de Noruega a Etiopía, incluidas las hazañas de los Pizarro. Así pueden predecir la muerte del desdenguado Carvajal en el cadalso, y la de Gonzalo Pizarro, o saber que ya los almagristas han dado muerte a Francisco. Era también un recurso —sin duda de excepcional interés, pues es relacionable con la actitud que a menudo adoptaron quienes por entonces escribieron sobre América— para explicar desde las convenciones culturales propias una realidad desconocida, e incluso puede considerarse que esa fantástica explicación es la que conviene a la preocupación que Tirso sentía por la reacción del público ante sus comedias. “Esta consideración psicológica del espectador —ha señalado Francisco Florit Durán— llevó al Mercedario a rodear sus ficciones dramáticas de

¹⁹ Carlos Alonso de Real, *Realidad y leyenda de las Amazonas* (Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, 1967), p. 66.

todo tipo de precauciones, con el fin de que no pasaran por inverosímiles”²⁰. No es difícil encontrar ejemplos de esa actitud, como cuando en *La lealtad contra la envidia* Guaica debe explicar a Castillo su dominio del español. El razonamiento es simple: “Ya yo sé / tu lengua porque serví / a un español más de un año”, asegura la india (p. 766). Más imaginativa es la explicación que exigen unas amazonas americanas que saben de Alcides y de Atlante, y cómo no, de las glorias de Gonzalo Pizarro. Martesia se la ofrece minuciosa a Francisco Caravajal:

MARTESIA: Dudas discreto; pero no te espantes
que tal divinidad mi pecho encierra
que oráculo soy, pasmo de esta tierra.
(...)
¿Espantárate agora,
si esto te certifica la experiencia,
que quien registra cuanto su luz dora
tenga noticia de cualquiera ciencia,
y hablando en todas lenguas, tus vocablos
pronuncie? (pp. 701-702)

Esa magia resuelve todos los problemas relacionados con la verosimilitud de los personajes presentados en escena: Martesia puede justificar el traje de española con que irrumpe de pronto, y las dos amazonas pueden volar por el patio, con el gracioso Trigueros cogido de una oreja. Pero tampoco ha de olvidarse que en *En la lealtad frente a la envidia*, cuando los Pizarros luchan por la posesión del Cuzco, “baja de una nube sobre un caballo blanco Santiago, armado como le pintan, y húyenle los indios”, y luego “Nuestra Señora, con una limeta de agua, se aparece rociando las llamas y volando por encima de los muros” (p. 164). Tirso también se hacía eco ahora de noticias fidedignas, recogidas por diversos cronistas. Magia y milagros se muestran así como manifestaciones de poderes opuestos pero igualmente reconocibles: eran manifestaciones de una batalla constante entre el bien y el mal, entre el cristianismo y los secuaces de Luzbel. La imaginación sobre América se diluía de ese modo en las convecciones que regían el teatro hispánico, capaces de asfixiar cualquier fantasía extraña. O quizá, puesto que Tirso decidió ignorar tanto la traición de Gonzalo Pizarro como el fracaso de su expedición al País de la Canela —asegura que la encontró “en montes inmensos”, en árboles tales que cada uno pudiera “sazonar cuantas cocinas / tiene la gula en España” (p. 713)—, se recuperaba el mito por vía literaria, la única posible, y a la vez la visión heroica de la conquista.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

²⁰ Tirso de Molina ante la comedia nueva. *Aproximación a una poética* (Madrid: Revista “Estudios”, 1986), p. 74.

AMÉRICA EN LA *HISTORIA GENERAL DE LA ORDEN DE LA MERCED* DE TIRSO DE MOLINA

En un reciente trabajo el profesor Ruiz Ramón señalaba con acierto lo siguiente: “A la deslumbrante riqueza de las *Relaciones* y *Crónicas* de Indias corresponden inversamente la increíble pobreza, cuantitativa y cualitativamente a la vez, del tema americano en el teatro clásico español. Pobreza igualmente visible en los otros géneros literarios. No hay un Romancero de América, ni una novela de América ni un teatro de América de envergadura producidos por los autores españoles.

Lo que sí abundan en todos los géneros, y muy especialmente en el teatro del XVII, son las alusiones a América o, más exactamente, a las Indias o al Nuevo Mundo, pues el vocablo América es muchísimo menos frecuente, por no decir inexistente, a lo menos en el teatro. Son referencias que llegan a convertirse en estereotipos de la visión colectiva que la sociedad española de los siglos XVI y XVII tiene del Nuevo Mundo”¹. Efectivamente es así tal y como apunta el profesor Ruiz Ramón. En el teatro de Tirso de Molina, por ejemplo, es frecuente encontrar alusiones y referencias al Nuevo Mundo que fueron hace años inventariadas por Alfonso Urtiaga y Angela B. Dellepiane²: geografía, fauna y flora, vocabulario, el hombre (indio y conquistador), el tópico de las riquezas, lo exótico del nuevo continente, en suma el conjunto de motivos encontrable en la mayoría de escritores áureos. Pero no es menos cierto que, a diferencia de otros creadores, Tirso dejó escritas tres comedias, conocidas bajo el rótulo general de *Trilogía de los Pizarros*,

¹ Francisco Ruiz Ramón, *Celebración y catarsis (Leer el teatro español)*, (Murcia: Universidad, 1988), pp. 69-70. Ver también del mismo autor “El héroe americano en Lope y Tirso: de la guerra de los hombres a la guerra de los dioses”, *El mundo del teatro español en su Siglo de Oro: ensayos dedicados a John E. Varey* (Ottawa: Dovehouse Editions Canada, 1989), pp. 229-248.

² Alfonso Urtiaga, *El indiano en la dramática de Tirso de Molina* (Madrid: Revista Estudios, 1965). Angela B. Dellepiane, *Presencia de América en la obra de Tirso de Molina* (Madrid: Revista Estudios, 1968).

en las que plantea directamente el tema americano con la clara voluntad de conmemorar la creación en 1631 del título en el que se resucitaba el de marqués de las Indias, que en vida poseyó Francisco Pizarro, pero que dejó de existir con su muerte. Se trata, por consiguiente, de una trilogía con un marcado carácter ocasional, circunstancial en la que la presencia del Nuevo Mundo se ve reflejada a través del paisaje, de las míticas amazonas, de los conquistadores, de la grandeza y el valor de los indios³.

Más allá, sin embargo, del hecho de que Tirso cuente entre su producción dramática con una trilogía de asunto americano, lo que singulariza a nuestro escritor, lo que le distingue de otros muchos ingenios del XVII es su conocimiento directo de las tierras del Nuevo Mundo. Cierto. El 10 de abril de 1616 la nao o fragata *Nuestra Señora del Rosario* salió de San Lúcar de Barrameda, bajo el mando de Cristóbal García de Avila, rumbo a Puerto Rico y con destino a Santo Domingo. En ella iban fray Gabriel Téllez y otros cinco mercedarios. Formaban un grupo de frailes escogidos y selectos a quienes se le había encomendado la misión general de reformar los monasterios, impartir lecciones de teología, contribuir a la evangelización de los “idólatras”, pero, sobre todo, el propósito principal era el de propagar la doctrina de la Inmaculada Concepción de María, doctrina discutida en España durante el Siglo de Oro y que no llegó a ser dogma, como se sabe, hasta la bula de Pío X promulgada el 8 de diciembre de 1854⁴. Algo de ello nos cuenta el propio Tirso en su *Historia General de la Orden de la Merced*

Asentáronse estudios, que oy día permanecen, con lucimiento extraño de sus naturales, sin necesitar ya de lectores extranjeros, porque aquel clima influye ingenios capacísimos, puesto que perezosos, y, en fin, los que antes los tenían lástima, después la convirtieron en imbidia, de manera que no fueron las persecuciones pocas —siendo yo testigo— que se padecieron por algunos de la más aplaudida religión, que no quisieran fueran nuestras mejoras tantas.

Especialmente, se introduxo en aquella ciudad y ysla la devoción de la limpieza preservada de la Concepción purísima de nuestra Madre y Reyna, cossa casi incógnita en los habitantes de aquel pedazo de mundo descubierto. Tan a puerta cerrada tenían los aplaudidos lo contrario⁵.

³ Las tres comedias llevan los siguientes títulos: *Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*. Puede encontrarlas el curioso lector en Tirso de Molina: *Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de los Ríos (Madrid: Aguilar, 1968), tomo III. Entre los recientes estudios sobre esta trilogía, además de los trabajos de Ruiz Ramón ya citados, debe tenerse en cuenta: Luis Vázquez, “Los Pizarros, la Merced, el convento de Trujillo (Cáceres) y Tirso”, *Revista Estudios*, 146-147 (1984), pp. 203-427.

⁴ Sobre este aspecto en concreto resulta útil el trabajo de Henry W. Sullivan, “La misión evangélica de Tirso en el Nuevo Mundo: la Inmaculada Concepción de María y la fundación de los Mercedarios”, *El mundo del teatro español en su Siglo de Oro*, op. cit., pp. 249-266.

⁵ *Historia General de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes*, ed. de M. Penedo Rey (Madrid: *Revista Estudios*, 1973-1974), II, 357. De ahora en adelante indicaré al final de la cita el tomo y la página.

Nótese, por un lado, el tono de exaltación mariana, lógico en un fraile mercedario, pero por otro, la reiterada crítica y censura a miembros de otras órdenes religiosas, ingrediente que se encontrará siempre presente en la *Historia General*. Debe tenerse en cuenta, asimismo, el hecho de que en el relato que hace Tirso de la expedición mercedaria a La Española el propio autor se pone como testigo de los acontecimientos narrados, así se afirma en algún momento de la historia: “diciéndoles yo un día...”, y antes se la leído: “siendo yo testigo”. Fray Gabriel Téllez, en fin, permanece cerca de dos años en la isla de Santo Domingo entregado a tareas religiosas. Acaso como premio por sus trabajos y esfuerzos recibe su primer cargo importante: Definidor General de la Provincia mercedaria de Santo Domingo⁶. A su vuelta a España continuará su ejercicio como dramaturgo alcanzando grandes éxitos en los corrales de comedias.

Pero en septiembre de 1632 el Capítulo General de la Orden reunido en Barcelona nombra a fray Gabriel Cronista General de la Orden con el encargo de que redacte la tercera parte de la *Historia General de la Orden* (1574-1632); las otras dos partes ya habían sido escritas por Alonso Remón, muerto el 23 de junio de ese mismo año. No cabe duda de que Tirso debió de recibir el mandato con honda alegría dada la importancia que tenía el cargo de Cronista dentro de la orden mercedaria. En seguida se entrega a la empresa y en el capítulo de Murcia (1636) presenta tal tercera parte, siéndole concedido por dicha labor el título de maestro.

Pero un día del primer trimestre de 1637 Tirso decide cambiar de proyecto y abordar la historia desde el principio, desde la fundación de la orden. Se ha discutido mucho acerca de cuáles pudieron ser los motivos que le llevaron a tomar semejante decisión que disgustó seriamente a la jerarquía mercedaria y que le acarrearón bastantes problemas. Quien mejor ha sabido interpretar la decisión de fray Gabriel ha sido el mercedario Ernesto González Castro⁷. En su artículo señala que los motivos del cambio no están en la posible inquina de Tirso hacia Alonso Remón, sino que guardan relación con la propia concepción que nuestro autor tenía de la finalidad de todo producto literario. Tirso, en opinión de González Castro, consideraba que la historia de Alonso Remón quería ser una historia para enseñanza moral y púlpito, demasiado aburrida, que en modo alguno inclinaba el ánimo a su lectura. Frente a esta concepción marcadamente didáctica de la historia, Tirso, como escritor de teatro y, en consecuencia, perfecto conocedor del problema de la recepción del producto artístico siempre procuró que sus escritos no cansaran o aburrieran al posible espectador o lector. Por ello en la introducción de la *Historia* llega a decir:

⁶ El Definidor General era un consejero con derecho de asistencia a los Capítulos Generales de la Orden.

⁷ E. González Castro, “La *Historia General*, de Gabriel Téllez, en el conjunto de la historiografía mercedaria del siglo XVII”, *Homenaje a Tirso de Molina* (Madrid: *Revista Estudios*, 1981), pp. 537-574.

Començaré, pues, desde nuestros primeros fundamentos y proseguiré ni tan difuso que fastidie, ni tan conciso que obscurezca, antes hechando(sic) por en medio, sin dexas cosa sustancial, escusaré doctrinas propias de púlpitos y libros morales, y reprehensiones prolijas contra vicios, con las sutilezas de autoridades de la Escritura y Santos, porque ni es materia que pertenezca a las historias, ni los sucesos de ésta necesitan de ellas, pues su misma narración predicará tácitamente exemplos para los virtuosos y escarmientos para los no tales, sin cansarlo (I, 2).

Por ese motivo tampoco puede sorprender que critique el método de trabajo de fray Alonso Remón: “¿Qué maravilla, pues, si aunque digno de estimación por primero en dar a nuestra España esta crónica en su idioma, no la adornan las circunstancias requisitas, que aprovechan y entretienen?” (I, 2).

Ocurre, por consiguiente, que a Téllez no se le olvida, a pesar de estar escribiendo una historia de su orden religiosa, que toda obra literaria debe respetar el principio horaciano de mezclar lo provechoso con lo deleitable. Tampoco se le oculta que este eclecticismo ha de ser especialmente observado en aquellas obras en las que la materia se acerca al terreno de los asuntos religiosos. Tirso, perfecto conocedor de la pasta de la que está hecho el ser humano, sabe que los relatos hagiográficos, los religiosos en general, si no están sazonados con un estilo ameno, si no cuentan con elementos capaces de seducir al lector, éste no los lee, con lo que se pierde lo provechoso y útil de tales relatos. Y en este sentido, la historia de la huella mercedaria en el Nuevo Mundo está poblada de ingredientes capaces de maravillar, asombrar y conmover a los lectores de tal historia, sin perder por ello el carácter ejemplificador de sus hazañas. Lo que quiero señalar es que para un escritor como Tirso, que considera básica la vertiente deleitosa del arte literario, la materia americana y, en concreto, la evangelización llevada a cabo por los mercedarios es una empresa que puede contarse de un modo entretenido, sin perder por ello el valor didáctico. Pero es que además tiene la fuerza de lo verdadero, de lo histórico, no de lo que pudo ser, sino de lo que fue, es decir, por seguir a Aristóteles, no de la poesía, sino de la historia. En todo momento Tirso hace hincapié en que lo que está contando es verdad y está documentado. Podemos leer en numerosas ocasiones frases del siguiente tenor: “Ay información auténtica de este celestial suceso” (II, 109); “Consta todo esto de la información que trujo a España, acerca de estos servicios y otros muchos de Nuestra Orden en aquellas partes, el padre maestro fray Melchor Prieto, general vicario, entonces, de el Pirú” (II, 348); “Todo esto consta de una información que el padre maestro fray Melchor Prieto, vicario general entonces de el Pirú, mandó hacer en la ciudad de Panamá, con autoridad de la Real Audiencia, cuyo escribano se firma Alonso Vivero, su fecha en 26 del mes de marzo de 1616” (II, 378); “No diré de él cosa, por mínima que sea, que no la aya trasladado de la información auténtica” (II, 456); “Hablo de experiencia, porque, aunque indigno, merecí cerca de dos años vivir en el dicho monasterio, y me sucedió no pocas veces en su presencia favorable lo que afirmo y dicen cassi todos los que la frecuentan” (II, 620); “Algunos casos milagrosos se

refieren de este venerable viejo, que por no tener más fundamento que el que sus devotos quieren darle, determiné dejarlos a su crédito y no al de este libro" (II, 243). Tirso, por consiguiente, actúa como un historiador serio y riguroso sirviéndose únicamente de aquellos materiales debidamente contrastados y autenticados, es decir, obra como historiador y no como poeta.

Habida cuenta de ello, para el autor de la *Historia General* lo verdaderamente importante y precioso por lo que respecta al Nuevo Mundo no es tanto la empresa humana, la de los conquistadores, como la divina, la de los frailes mercedarios. Es muy significativo, a este respecto, las siguientes palabras de nuestro historiador:

Todo lo admirable y prodigioso con que aquel ginovés grande, don Cristóbal Colón, se adquirió la inmortalidad, que le heredó su fama por medio de el valor, de la industria y de el atrevimiento, sobre los hombros de su próspera fortuna; todas las alabanzas, que celebran a los dos primos hermanos, polos de las dos conquistas mayores y con menores armas que vio la admiración de el mundo antiguo e otro mundo nuevo —los marqueses, digo, Pizarros y Corteses—, todo esto se le deve con la misma acción y méritos a nuestra Orden y aun se les adelanta quanto lleva de ventajoso lo humano a lo divino, porque si el primer Almirante de el Océano indio franqueó a los mortales todo un orbe nuevo, con preñeces en sus cerros tan inagotables de oro y plata, los Colones de la fe en aquellos ignorados climas, fueron solos los frayles mercenarios (I, 445).

A partir de este momento, y a lo largo de toda su historia, Tirso concederá mucha más importancia a la conquista espiritual que a la material, ponderando por encima de todo la heroica labor de sus compañeros de Orden, de *los Colones de la fe*. En los capítulos titulados generalmente *Siervos de Dios* y *Varones célebres de nuestra religión* Tirso da cuenta detallada de los conquistadores a lo divino, de los capitanes del cielo. Especialmente curioso es el caso de fray Diego de Porras, comendador del monasterio de Santa Cruz de la Sierra, de quien Tirso cuenta el siguiente suceso:

Murieron los más, hechos pedaços, huyeron los menos por entre aquellos riscos, no empero nuestro fray Diego insigne, antes atando una sábana en el extremo de una pica y encajando sobre el yerro un deboto Crucifijo, solo y sin más armas que su fe y sus oraciones —pero ¿qué mejores que éstas?—, acometió a los bárbaros que, festivos y gozosos, dividían la pressa, repartían los cautibos, para hacer banquetes de sus carnes, cantaban la victoria y vituperaban nuestra gente, y acercándose a ellos les decía a voces: *Fugite, partes adversae, vicit Leo de tribu Iuda, radix Davidi, vicit Maria de Mercede, vicit Apostolus, protector Hispaniarum*.

Volvieron a estas voces las cabeças y mofando de aquel, a su juicio, desatinado estratagema, determinaron atravesar al Cristo y a quien le conducía. Dispararon, luego, con bestiales algarazas, una tempestad sin número de flechas, pero volviendo Dios por sí mismo y por su alférez hizo que, retrocediendo el ímpetu contra quien las arrojaba, causase en ellos mortandades prodigiosas; huyeron al asombro de tan célebre milagro, dejándose la pressa (II, 108-109).

En otra ocasión fray Gabriel relata un hecho semejante del que fue protagonista fray Diego Martínez: “A estos, pues, nuestro capitán del cielo se atrevió a vencer, no con la violencia que imbuó la discordia, para agotar los hombres, sino con la palabra divina, que afirma el apóstol penetra más que espada de dos filos”(II, 174). Todo un ejército espiritual es el que recorre las páginas de esta historia, armado solamente con la fuerza de la palabra y de la fe. Tirso no se cansa de repetir que vale más una plática de los frailes que muchas batallas y asaltos de los conquistadores.

Buena parte, por consiguiente, de la materia americana en la *Historia General de la Orden* se configura como un conjunto de relatos muy cercanos por su tono y por su tema a cualquier *Flos sanctorum* del Siglo de Oro o incluso a cualquier comedia hagiográfica. Se trata de narraciones en las que se cuentan los milagros, las virtudes, los éxtasis, las profecías, en suma las manifestaciones de santidad de no pocos de los evangelizadores mercedarios que pasaron al Nuevo Mundo. Es normalmente en estos relatos donde Tirso mezcla con fortuna el empeño moralizante y parenético con una manera narrativa amena, acrisolada durante sus años de escritor profano⁸.

Ahora bien, no se puede olvidar que Tirso tenía un conocimiento directo de las tierras americanas, de las costumbres de los indios, de su paisaje. Conocimiento que sin lugar a dudas amplió en virtud de su relación, de su amistad, con otros frailes mercedarios que volvían a España tras pasar largos años en las misiones. Lo que le contaron está presente una y otra vez en su historia. Aunque en el cuerpo de su obra no encontramos de un modo pormenorizado la descripción de los usos y costumbres de las diferentes tribus americanas, siempre se hace, por otra parte, mención a lo mismo: idolatría, canibalismo, lascivia, ferocidad, hay un pasaje que, en mi opinión, constituye una verdadera pieza maestra de antropología. Es aquél en el que Téllez describe las costumbres peregrinas de los indios de la provincia de

⁸ Muy interesante, a este respecto, es la historia de fray Alonso de Arequipa; de un tenor cercano al de cualquier comedia hagiográfica o al de un *Flos Sanctorum*. En el relato de la vida de este lego Tirso hace especial hincapié en su gran humildad, sus virtudes (austeridad, caridad, contemplación), sus éxtasis frecuentes, en suma sus manifestaciones de santidad. He aquí un fragmento del relato tirsiano:

Su cama era un tablón grosero y mal cepillado y su modo de dormir —porque dormir lo pongo en duda— asentarse sobre él, arrimándose a la pared cercana; no bebió vino aun en sus ancianos días, ni el cotidiano manjar era de suerte que a rebeldías de el apetito pudiese dar materia, pues aun para suplir el umedo vital no tenía fuerzas. Con tales prevenções ¿qué sugeto podían hallar atrevimientos de la inferior substancia? ¿Qué las aparentes tropelías con que el mundo representa dignidades y aventuras, sombras de el humo que sin sustancia burlan nuestra vista? ¿Qué, en fin, estratagemas de la infernal embidia, que siempre nos combate? Triunfaba incontrastable siempre de este peligroso triunvirato, tan conocidas en Arequipa sus cándidas costumbres que, la vez que le merecían sus calles, hombres y mugeres, nobles y plebeyos le seguían desalados y se le postraban codiciosos de que sus labios medrasen la dicha de sus plantas y nuestro fray Alonso salía de estos traspiés con que la vanagloria estudiaba derribarle, tan ayroso que a un grado de aplausos populares añadiendo infinitos de menosprecios de sí mismo, si se ajustaran quantas siempre alcanzaran los gastos al recibo (II, 37).

Veragua. Paso a paso narra con maestría el vivir cotidiano de estos indios, muy alejado de los hábitos de la España áurea, en donde son frecuentes situaciones como la que sigue:

No respetan en sus acometimientos vélicos puerizia ni vegez, mugeres ni impedidos, porque todo ha de morir al punto. Sus más codiciados despojos son las caveças de los que mataron, cociéndolas asta limpiarlas de la carne y haciendo de sus calaberas vassos que, en sus convites, ponen en las messas, llenos de aquel su idolatrado vino, bebiendo en ellas asta caher hombres y mugeres. Tienen como por de fe, que se les passan las fuerças de los dueños de estos cascos a los cuerpos de sus matadores y parientes, si en tales convites y con tales taças se enbriagan (II, 376).

Las armas que exercitan son lanças, sin usso de flechas, singularidad también considerable a todo género de indios. Hácenlas de una durísima madera negra, que llaman pugibay y puesto que tan vidriosa que, en torciéndola, salta luego en pedazos, como acometen derechamente y con industria, passarán un coselete; arrójanlas a fuer de dardos, con aciertos temerosos, porque suelen desde lejos pasar de parte a parte a un yndio (II, 375).

Andan ellos y ellas en las carnes vivas, si bien algunas, ablandando los cortezones de unos árboles a puros palos, los dejan casi como pergamino, y de éstos forman cierto género de faldas, que desde la cintura avajo las honesta, pero son pocas las que ussan de estas travajosas galas; algunas se adornan de joyuelas de oro vajo y quando no de cobre, como son savandijas mal formadas, águilas y otros animalillos toscamente vaciados, a los cuellos, y todas llevan sartas de caracoles, piedreçuelas y mariscos. Mugeres y varones, los cavellos sueltos, rebujados y esparcidos, aunque tal vez se los atan sobre las mollereras. Tíñense todos, principalmente en sus guerras, con un género de betún muy colorado, que ellos llaman bija, mesclado con caraña, más pegadiza que la goma; quedan espantables y feos de manera que el demonio mismo puede abominarlos (II, 376).

H[[e aquí una pequeña muestra de este interesante relato de las costumbres “peregrinas” de los indios, en el que también se hace mención de los alimentos, la religión, la vivienda, etc.

Quisiera señalar, por último, que no obstante el orgullo que expresa una y otra vez Tirso por la empresa acometida, sobre todo, por la labor americana de la Orden de la Merced, este legítimo orgullo no le impide a nuestro escritor el manifestar en varias ocasiones su rechazo a ciertas conductas de los conquistadores o de las otras órdenes religiosas. Esto no quiere decir, claro está, que en la *Historia General* Tirso exprese una conciencia de culpa, en modo alguno, lo que ocurre es que como hombre católico no puede admitir los comportamientos brutales de algunos de los conquistadores. Véase el siguiente texto:

Los gobernadores, pues, de aquella tierra ynformados de la multitud de yndios que se les avían passado a la vanda de el norte, despacharon algunos de sus capitanes

para que, reduciéndolos, saliessen de la brutalidad de su vida y ydolatrías, persuadiéndolos a que poblassen la tierra llana y apacible, la cultivassen y conociessen al verdadero y solo Dios, permitiendo doctrinarse. Hiciéronlo los españoles, pero más como soldados que como católicos, porque los trataban como a míseros esclavos y no como a súbditos, sin permitirles una hora de descanso ni el uso de sus míseras alhajas, ni aun de sus mugeres, robándoselas con los hijos y repartiéndolas entre sí mismos para sus servicios o para venderlos a los navegantes, a regiones apartadas, a cuya causa, levantándose los indios muchas veces, mataban a sus perseguidores o, quando esto no podían, se enrriscaban entre aquellas comunicables aspereças, escogiendo las descomodidades de la vida por mejores que la tirana esclavitud que padecían (II, 374).

No solo la brutalidad de los conquistadores es censurada por Téllez, sino también el desmesurado afán de riquezas que tenían los soldados y los cargos públicos. Es, sin lugar a dudas, el aspecto más veces criticado en la obra con el propósito de enfrentarlo al desinterés material de los frailes mercedarios:

Y se averigua por ella no aver interesado estos tres referidos religiosos, en las conversiones dichas, cossa que valiesse un real, ni aun para comprar un hábito, por ser gente poórrissima la de esta región, que a poseher la riqueza que los otros, ya se hubieran aprovechado de los sudores nuestros los que, quando ven el camino sin estorbos, se entran por lo conquistado a costa de la industria y celo de nuestros religiosos, y disfrutan lo que ellos sembraron para el cielo, porque es sabrosa comodidad llegar a mesa puesta (II, p. 378).

De este modo perseveran nuestros religiosos en las dos conquistas espirituales y temporales de aquellos nuevos orbes, a quienes se les deven sus primicias, mientras los demás, sin riesgos gozan sus esquilmos (II, 349).

Así pues, fray Gabriel Téllez cuando redacta su *Historia General de la Orden de la Merced* incluye numerosos pasajes referidos a la presencia en América de sus compañeros de religión, contándonos la empresa evangelizadora que llevaron a cabo, y lo hace apoyándose, por un lado en su propia experiencia americana y, por otro, en los testimonios que pudo oír de boca de los misioneros mercedarios. Lo que le interesa por encima de todo es contar la conquista espiritual con el fin de que sirva de ejemplo digno de imitación. Es una obra, pues, hecha con miras claramente religiosas, sin descuidar, es verdad, el aspecto deleitoso de la creación literaria. No se olvide que hacia 1639, fecha de publicación de la *Historia*, Tirso anda ya con el rostro dirigido hacia las cosas eternas, olvidados los aplausos recibidos en los corrales de comedias de la España áurea.

FRANCISCO FLORIT DURÁN
Universidad de Murcia

NUEVA VISIÓN HISPÁNICA DE LOS MITOS AMERICANOS: EL CASO DE VIRACOCCHA

En un estudio publicado en 1977, Pierre Duviols se interrogaba sobre la caracterización de Viracocha como “Dios Creador” en las fuentes coloniales referentes a la conquista de América. “Los evangelizadores europeos —escribía—, a cualquier país de América que llegasen para propagar la fe cristiana, querían, a la fuerza, encontrar ‘el dios creador’ de los indígenas, mayormente cuando se trataba de pueblos de elevado nivel político y cultural, tales como el Perú y México”. Semejante actitud se debía fundamentalmente a la formación teológica de la época. “Pues los misioneros de los siglos XVI y XVII llegaron a considerar a los no-cristianos americanos de la misma manera que San Agustín, en la *Ciudad de Dios* consideraba a los paganos —o gentiles— del mundo post romano”. Según el historiador francés, el punto esencial de la vieja tesis agustiniana muy difundida en América por los dominicos y los jesuitas era el siguiente: “Todos los pueblos que habían alcanzado cierto nivel intelectual tenían que llegar *forzosamente* a concebir la idea de la existencia de un ser supremo, más inteligente y poderoso que los seres creados y que éste, necesariamente, era el autor, el creador de todo lo existente en el mundo”.

Y Pierre Duviols preguntaba: “¿Por qué tenían tanto interés los misioneros en utilizar aquella tesis? Es que 1) La afirmación de la existencia de un dios creador, forzosamente único, universal y todopoderoso, constituía un excelente argumento para luchar contra el politeísmo, es decir en el caso del Perú, contra las numerosas *huacas* andinas. 2) Esta tesis era la mejor justificación de su empresa: si los indios del Perú por medio de la *sola lógica* humana habían descubierto la necesidad de una Primera Causa del universo, es que habían hecho ya la mitad del camino (gra-

¹ Pierre Duviols. *Los nombres quechua de Viracocha, supuesto “Dios Creador” de los evangelizadores*, pp. 53-54.

cias a la Providencia) hacia el conocimiento del *verdadero* Dios, por supuesto único, universal y todopoderoso. Y a ellos les tocaba, también providencialmente, la honrosa tarea de aportar a aquellos espíritus inquietos la *revelación* de aquel Dios creador”².

Y analizando los principales epítetos, en especial *pachayachachi* y *ticsi*, aplicados a Viracocha en las fuentes escritas coloniales, Pierre Duviols concluía que se había llegado a la idea de un “Dios Creador” a partir de una verdadera falsificación de la traducción y proponía las equivalencias siguientes: *pachayachachi*, el maestro que sabe concebir y organizar el mundo; *ticsi*, fundador de linaje, padre de los ayllus de la etnia; “lo cual —comenta el investigador— resulta tenerlo por 'cimientito' de la fracción de la humanidad que lo tiene por dios, y resulta también tenerlo, desde luego, por origen y principio”³.

Lo que me propongo en la presente ponencia es mostrar que las equivalencias propuestas por Pierre Duviols a partir de un análisis semántico pormenorizado encuentran su plena confirmación si examinamos las características del mito dadas por los mismos cronistas y la manera como perciben la figura de dios los propios indígenas.

I. VIRACOCHA Y LOS HERMANOS AYAR

Simplificando la versión del mito del “Dios Creador” o del “Hacedor” dada por los cronistas —y en especial por Juan de Betanzos y Pedro Sarmiento de Gamboa⁴— se pueden destacar los siguientes elementos constitutivos: Viracocha salió de las aguas del lago Titicaca para crear el cielo y la tierra. Pero, como todavía no había creado la luz, los hombres que el Dios había instalado en la tierra se rebelaron y Viracocha los castigó transformándolos en piedras. Luego de permanecer algún tiempo en las aguas del lago, Viracocha salió de nuevo para crear el sol y la luna y otra especie de seres humanos menos rebeldes a quienes mandó poblar la región mientras él mismo se dirigía hacia el Cuzco.

En las relaciones sobre la fundación del Cuzco y del imperio incaico, consignadas en las fuentes coloniales, podemos observar que el mito de Viracocha referente a la civilización de Tiahuanaco que se desarrolló en la zona del lago Titicaca y que, según los especialistas, alcanzó su apogeo en el siglo IX de nuestra era, se

² *Ibid.*, p. 54.

³ *Ibid.*, p. 59.

⁴ Juan de Betanzos. *Suma y narración de los Incas*. Véase el Cap. I “Que trata del Con Tici Viracocha, que ellos tienen que fue el Hacedor, e de cómo hizo el cielo e tierra e las gentes indios destas provincias del Perú”; y el Cap. II “En que se trata cómo salieron las gentes desta tierra por mandato de Viracocha e asimesmo de aquellos sus viracochas que para ello enviaba; y cómo el Con Tici Viracocha asimesmo se partió, e los dos que le quedaron a hacer la mesma obra, y cómo se juntó al fin de haber esto acabado, con los suyos, y se metió por el mar, donde nunca más lo vieron”.

mezcla con la leyenda de los hermanos Ayar, cuyos nombres varían sensiblemente entre los relatos de los distintos cronistas que se han ocupado preferentemente de ella (Cieza de León, Juan de Betanzos, Martín de Morúa, Sarmiento de Gamboa, Bernabé Cobo, Garcilaso de la Vega, Cabello de Balboa, Montesinos y Santacruz Pachacuti).

La versión de la leyenda recogida detalladamente por Betanzos, Cieza de León y Sarmiento de Gamboa, relata que a cinco leguas del Cuzco, en un pueblo llamado Pacaritambo, por la ventana de una cueva salieron de la tierra cuatro hermanos, con sus cuatro hermanas que, al mismo tiempo, eran sus esposas o *coyas*. Nuestros héroes se pusieron a andar en busca de tierras fértiles donde establecerse. Su caminata duró casi dos años y en cada alto que hacían para descansar fundaban una ciudad. Pero sólo llegó al Cuzco Ayar Manco, el futuro Manco Cápac, quien logró deshacerse de sus tres hermanos y de sus esposas convirtiéndolos en piedras que serían adoradas luego como *huacas*, esto es: objetos sagrados.

Garcilaso de la Vega transcribe en parte esta misma versión agregándole otra al relatar que Manco Cápac salió de las aguas del lago Titicaca, en compañía de su hermana y esposa Mama Ocllo, con una vara de oro en la mano que arrojaba de vez en cuando delante de él para averiguar la fertilidad de la tierra. Al llegar al Cuzco nuestro héroe, la vara se hundió profundamente en el suelo y allí Manco Cápac decidió fundar una ciudad que llegaría a ser la capital del imperio⁵.

A veces las versiones se entrecruzan, como en el mismo Garcilaso quien narra que, pasado el Diluvio, apareció un hombre en Tiahuanuco; éste separó el mundo en cuatro partes y las dio a cuatro hombres a los que llamó reyes: el primero se llamaba Manco Cápac, el segundo Colla, el tercero Tocay y el cuarto Pinahua⁶.

Lo mismo sucede en la relación de Cobo donde se puede leer lo siguiente: "Otro desvarío es cuando el Criador del mundo (que en su lengua llaman de dos maneras, conviene saber, *Ticciviracocha* y *Pachayachachic*) formó todas las cosas en Tiaguanuco, donde fingen que residía, mandó al sol, luna y estrellas irse a la isla de Titicaca, que está en la laguna deste nombre, y que desde allí se subiesen al cielo; y que al tiempo que se quería partir el sol en figura de un hombre muy resplandeciente, llamó a los Incas, y a Manco Cápac, como a hermano mayor habló desta manera: 'Tú y tus descendientes habéis de sujetar muchas tierras y gentes y ser grandes señores; siempre me tened por padre, preciándoos de ser hijos míos, sin jamás olvidaros de reverenciarme como a tal'; y que acabando de decir esto, le dio las insignias de rey, que desde entonces usó él y sus sucesores, y que subió

Pedro Sarmiento de Gamboa. *Historia Indica*. Véase el Cap. 6 "Fábula del origen de estos bárbaros indios del Perú según sus opiniones ciegas"; y el Cap. 7 "Fábula de la segunda edad y creación de esos bárbaros indios, según ellos lo tienen".

⁵ Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales de los Incas*. Véase el Cap. XV "El origen de los Incas, reyes del Perú"; y el Cap. XVI "La fundación del Cuzco, ciudad imperial".

⁶ *Ibid.* Cap. XVII "De fábulas historiales del origen de los Incas".

luego al cielo con la luna y las estrellas a ponerse cada cual en el lugar que tienen; y que luego incontinenti, por mandado del Hacedor, se sumieron debajo de tierra los hermanos Incas, y fueron a salir a la dicha cueva de Pacatictampu”⁷.

Sea lo que fuere todas las versiones de la leyenda tienen que ver con el mito de Viracocha; la transformación de los seres humanos en piedras simboliza evidentemente un período de unificación, y el surgimiento de la segunda humanidad un período de expansión. Vale decir que siendo inseparable el mito de Viracocha de la leyenda de los hermanos Ayar, la función del dios de Tiahuanaco acaba siendo la misma que la del héroe civilizador de Pacaritambo. Lo atestiguan además los distintos calificativos que le aplican los cronistas. Calificativos que sugieren un conjunto de gestos que difícilmente pueden reducirse a la sola función de “Hacedor” o de “Creador”.

Y desde este punto de vista no me parece nada absurdo considerar, como ha sugerido Henrique Urbano, que el mito de Viracocha y la leyenda de los hermanos Ayar hayan podido constituir dos ciclos míticos que existieron simultáneamente en el sur andino precolombino, abarcando la región de Cuzco la segunda y una zona de territorio más vasto el primero. En este caso el modelo del ciclo mítico de Viracocha, vendría a constituir simplemente la faz latente del ciclo mítico de los hermanos Ayar⁸. Lo cual nos explicaría la multiplicidad de las versiones recogidas en las que, como hemos visto, se cruzan a veces los nombres y gestos de Viracocha y Ayar.

II. VIRACOKHA Y VIRACOKHAS

La confusión entre la función de “Creador Universal” y la de “Gran Ordenador”, atribuida a Viracocha, perfectamente explicable en los predicadores cristianos de los siglos XVI y XVII, ha sobrevivido curiosamente hasta nuestros días en la mayoría de los estudiosos del imperio de los incas, incluso en investigadores pro-indígenas como Luis Valcárcel que se han esforzado por destacar los valores propios de la civilización del Tahuantinsuyo⁹. Y lo más sorprendente de todo es que esta confusión contradictoriamente haya corrido pareja a la creencia en el carácter divino de esos hombres barbudos que el mar había traído desde un mundo desconocido que fueron considerados como *viracochas* por los indígenas.

⁷ Bernabé Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*, pp. 62-63.

⁸ Véase: Rosina Valcárcel. *Mitos, dominación y resistencia andina*, pp. 80-82.

⁹ Dice Luis Valcárcel: “Los Incas adoptaron como dios supremo al Sol, vieja y universal deidad, aunque más tarde, con la Reforma Religiosa de Pachacuti, un dios antiguo volvió a ocupar su puesto por encima del astro; era el Apu Kon Titi Wira Kocho, Supremo Señor del Fuego, de la Tierra y del Agua, creador del mundo y del hombre desde su residencia en Tiahuanaco, a orillas del Lago Titikaka, la gran fuente de origen (*Paqarina*) de todo lo que existe. Este era un dios trascendente, no ubicable en el espacio ambiguo (ni macho ni hembra), representado en el altar mayor de Coricancha por un óvalo y

Que los conquistadores españoles que desembarcaron en las playas del Nuevo Mundo fueran inmediatamente asimilados a *viracochas*, esto significa obviamente que para los indígenas Viracocha no representaba la imagen del “Creador Universal”, sino la del fundador de la nueva humanidad que, según la concepción cíclica y milenarista que tenían del tiempo y de la Historia, debía sustituir la suya propia al acabarse el milenio que estaban viviendo.

No olvidemos que, en la concepción cíclica y milenarista del tiempo y de la Historia de los antiguos quechuas, la unidad temporal estaba formada por un ciclo de cuatro mil años que se dividía en cuatro períodos de mil años cada uno. Cada mil años se daba una ruptura cuantitativa y cualitativa en la historia; ésta se veía afectada por disturbios profundos al empezar el nuevo milenio. Al finalizar el ciclo de cuatro mil años se producía un cataclismo cósmico, llamado *Pachacuti*, que trastornaba por completo el universo para dar origen a un nuevo ciclo y a un mundo totalmente distinto al que acababa de ser destruido.

Así es como la Conquista española pudo ser interpretada en América como un verdadero *Pachacuti*, como fin de un mundo y de una humanidad, pero también como renacer de un nuevo orden y de una nueva vida. Analizando el fenómeno, Marco Curatolo señala acertadamente que el concepto de *Pachacuti* supera los límites del espacio y del tiempo para comprender también el “no-tiempo” y el “no-espacio”. Y agrega: “Es un universo total que se mueve entre los dos polos del orden y del caos; y caos no es sólo 'des-orden' (el prefijo griego 'dus' indica oposición, contrariedad) sino que es también y sobre todo 'an-orden' (dando al *an* el valor de 'alfa' *privativum* griego) es decir anulación completa de toda cosa ordenada. Todo esto nos reconduce al significado originario de caos, entendido como espacio cosmogónico vacío, nada absoluto, 'no-esencia' de las cosas. *Pachacuti* mas allá del significado literal y figurado de la palabra, representa la problemática de la existencia misma del universo y del hombre: es, usando el lenguaje más abstracto posible, el pasaje del 'ser' al 'no-ser' y 'viceversa'. El 'no-ser', en el sistema clasificatorio quechua, es asociado al mundo subterráneo, a la luna, a la noche, a un mundo de no identificación de las cosas”¹⁰.

Según Guamán Poma de Ayala la historia de la humanidad andina constaba de cuatro edades: la de los Uariviracocha runa, la de los Uariruna, la de los Purun runa y por fin la de los Auca runa. Tras la edad de los Auca runa, vino las de los Incas que los sometieron¹¹.

en su propio templo de Cacha por un ser humano con barba y vestido de un hábito talar. Wirakocha crea al hombre hecho de piedra y lo anima al imponerle un nombre y llamarlo. Tiene dos ayudantes que cooperan con él en la creación de los animales y plantas: son Tokapu Wirakocha e Imaymana Wirakocha, con quienes se dirige de sur a norte, cada uno por rutas paralelas hasta terminar su recorrido en la costa septentrional, a la altura de Puerto Viejo, donde se pierden en el horizonte marino, caminando sobre las aguas”. *Historia del Perú Antiguo*, T.I, pp. 55-56. El autor se contenta con reproducir aquí la versión del mito recogida por Sarmiento de Gamboa.

¹⁰ Marco Curatolo. *Mito y milenarismo en los Andes: del Taky Onqoy a Inkarrí*, p. 75.

¹¹ Felipe Guamán Poma de Ayala. *El primer nueva corónica i buen gobierno*. 1ª parte, pp. 18-26.

Aunque no se deba tomar al pie de la letra todo lo que nos dice Guamán Poma de Ayala por la fuerte influencia que el autor de *El nueva corónica i buen gobierno* recibió de la religión cristiana, parece no obstante que la idea del milenio incaico que se destaca de su obra estuviera bien anclada en el momento de la Conquista tanto en la mente de los españoles como en la de las élites indígenas.

Recordemos que según Sarmiento de Gamboa, Cuzco hubiera sido fundada por Manco Cápac en 565¹². Es cierto que entonces el período de mil años no correspondería exactamente al comienzo de la Conquista, ni tampoco a la ejecución de Atahualpa, el último emperador inca ejecutado por Pizarro en la Plaza de Armas de Cajamarca en 1533, sino a una fecha posterior: 1565. Pero no se debe perder de vista que en la sierra de Vilcabamba, un estado inca independiente siguió resistiendo a la Corona española hasta 1572 y que precisamente en 1565 se expandió a partir de Jauja y Huamanga por todo el Perú un inmenso movimiento milenarista: el *Taki Onkoy* —que sería seguido alrededor de 1590 por otro, el *Muru Onkoy*—, según el cual un combate a muerte estallaría rápidamente entre indios y españoles; éstos serían derrotados y así un nuevo imperio renacería.

Conviene señalar también que en la misma versión del mito de Viracocha recogida por Sarmiento de Gamboa y que el cronista califica de “fábula ridícula que tienen estos bárbaros de su creación y afirmanla y créenla, como si realmente así la vieran ser y pasar”¹³, se puede advertir que si se pudo dar en un principio la confusión entre los españoles y la nueva humanidad que debía surgir después del milenio, fue precisamente porque los quechuas consideraban a Viracocha no como a un “Dios Creador Universal”, sino como al “Gran Ordenador”.

No carece de interés al respecto recordar el siguiente fragmento donde el autor de la *Historia indica* escribe entre otras cosas: “Tornando, pues, al propósito de la fábula, Viracocha prosiguió su camino, haciendo sus obras e instruyendo las gentes criadas. Y de esta manera llegó a las comarcas donde es ahora Puerto Viejo y Manta, en la línea equinoccial, adonde se juntó con sus criados. Y queriendo dejar la tierra del Perú, hizo una habla a los que había criado, avisándoles de cosas que les habían de suceder. Les dijo que vendrían gentes algunas que dijese que ellos eran el Viracocha, su criador, y que no los creyesen, y que él en los tiempos venideros les enviaría sus mensajeros, para que los amparasen y enseñasen. Y esto dicho, se metió con sus dos criados por la mar, e iban caminando sobre las aguas, como por la tierra sin hundirse. Porque iban caminando sobre las aguas como espuma, le llamaron Viracocha, que es lo mismo que decir grasa o espuma del mar. Y al cabo de algunos años que el Viracocha se fue, dicen que vino el Taguapaca, que Viracocha mandó echar en la laguna de Titicaca del Collao, como se dijo arriba, y que empezó con otros a predicar que él era el Viracocha. Mas aunque al prin-

¹² *Op. Cit.* pp. 218-220.

¹³ *Ibid.*, p. 210.

cipio tuvieron suspensas las gentes, fueron conocidos al fin por falsos, y se burlaron de ellos”¹⁴.

La lucha entre indígenas y españoles está aquí claramente evocada, así como la desmitificación de los falsos *viracochas* que vomitaron en las playas del Tahuantinsuyo las naves de Pizarro. Estamos en 1572. Don Pedro de Gamboa está en el Perú desde 1570, donde es el hombre de confianza del virrey Toledo a quien ayuda, en especial, en la captura de Túpac Amaru que será decapitado en agosto de ese mismo año de 1572 en la plaza principal del Cuzco por orden del virrey Toledo. Es lo que ha dado en llamarse “la segunda muerte del Inca”. Y la figura de Viracocha ya tiene cierta analogía con la figura mítica post-hispánica de Inkarrí.

III. VIRACOCHA E INKARRÍ

En efecto, creo que a partir de los primeros movimientos mesiánicos que fueron el *Taky Onkoy* y el *Muru Onkoy*, asistimos, de hecho, a la reencarnación del mito precolombino de Viracocha en el mito post-hispánico de Inkarrí. Así que, para decirlo con palabras de Marco Curatolo, *en los nuevos significantes quedan intactos los viejos significados*. “El discurso mítico presente en el *Taky Onkoy* que inaugura la así llamada visión de los vencidos —escribe—, se encuentra inalterado en la saga de *Inkarrí*. El pasaje de la historia al mito sucede sin rupturas, más bien en el mito la realidad parece reconstituirse en aquella unidad que se había desintegrado con la llegada de los europeos”, concluyendo: “El estudio del milenarismo andino se reduce así al análisis de aquel trabajoso proceso de reintegración a través del cual los quechuas han logrado definir y aceptar su nueva situación de pueblo subalterno, sin perder su identidad cultural”¹⁵.

Y si bien es cierto que, por influencia de los evangelizadores, la figura de Inkarrí viene a poseer algunos de los atributos del “Dios Creador” cristiano que los cronistas atribuyeron a Viracocha, se debe reconocer también que cuando no se ha dado esa influencia, Inkarrí guarda todas las características del héroe civilizador de Tiahuanaco, como atestiguan meridianamente las versiones del mito recogidas en Puquio y en Quinua por una parte, y por otra en Q’ero.

El mito recogido en la ciudad de Puquio donde la población, aunque predominantemente monolingüe quechua, estaba mezclada con cierto número de *mistis* (blancos) y de mestizos de habla castellana o bilingües explica, según José María Arguedas quien lo ha analizado detenidamente, el origen y destino de la étnicamente dividida sociedad peruana a partir de la Conquista española:

Los Wamanis (montañas) son el segundo dios. Ellos protegen al ser humano. De ellos brota el agua que hace posible la vida. Los Wachoq que horadaron las montañas

¹⁴ *Ibid*, p. 210.

¹⁵ *Op. Cit.*, p. 85.

y señalaron el término de cada uno de los cuatro ayllus de Puquio, establecieron las reglas del culto a los Wamanis. El primer dios es Inkarrí. Fue hijo del sol en una mujer salvaje. *Él hizo cuanto existe sobre la tierra. Amarró al sol y encerró al viento para concluir su obra de creación.* Luego decidió fundar una ciudad y lanzó una barreta desde la cima de una montaña. Donde cayera la barreta se fundaría el Cuzco. (...) *Cuando Inkarrí creó cuanto existe y al ser humano y dictó leyes para que los hombres vivieran en sociedad,* llegó el rey español y lo apresó. Inkarrí fue martirizado y decapitado. La cabeza del dios fue llevada al Cuzco. Pero la cabeza de Inkarrí está viva y el cuerpo del dios se está reconstituyendo hacia abajo. Cuando el cuerpo de Inkarrí esté completo, él volverá. Y este día *hará el juicio final.* La prueba de que Inkarrí está en el Cuzco es que los pájaros de la costa cantan: 'En el Cuzco el Rey', 'Al Cuzco id'¹⁶.

Como se puede observar, hay en esta versión del mito una curiosa confusión entre la caracterización de Inkarrí como “Dios Creador” y su función civilizadora, y más precisamente en este caso, su función rectificadora de la Historia.

En la versión del mito recogida en Q'ero, una comunidad de hacienda en la provincia cusqueña de Paucartambo, una comunidad a dos días de camino de la capital de la provincia y que vive en un estado de casi total aislamiento con respecto a las comunidades vecinas y a los centros urbanos más próximos, la función de Inkarrí es tan sólo la de un héroe civilizador:

Primero fueron los *ñawpa* (antiguos). No se dice quien los creó. Los *ñawpa* vivieron en la penumbra, bajo la luz de la luna, y tenían una fuerza descomunal. Podían convertir las montañas en llanuras con tiros de honda. El dios Roal los secó y los convirtió en *soqa* (momia) mediante la ardiente luz del Sol. Así el Sol no es presentado como dios sino como instrumento de un dios, Roal, para extinguir a los *ñawpa*. Inkarrí y Qollarí, hombre y mujer creados por el dios Roal, son los padres, los creadores, de la actual humanidad india. Luego de una aventura infausta, Inkarrí se retira al Collao, vuelve hacia el Norte y lanza una barreta de oro desde una montaña. Funda el Cuzco donde la barreta se hunde; puebla después el mundo con una humanidad sabia. Los q'eros son descendientes del hijo primogénito de Inkarrí. El héroe, y no dios, Inkarrí visita Q'ero al final de su paso por la tierra y desaparece internándose en la gran selva, considerada hoy por las canciones folklóricas de la zona como la región de la muerte¹⁷.

Este mito, comenta Arguedas, “no hace referencia alguna a la llegada de los españoles ni a los dioses cristianos. Proclama la pura ascendencia divina de los q'eros e, integrado con elementos locales, guarda el mito pre-hispánico de la aparición de los fundadores del imperio incaico”. Y Arguedas concluye: “El singular aislamiento en que vivieron siempre los q'eros puede explicar en parte esta incontami-

¹⁶ José María Arguedas. *El mestizaje en la literatura oral*, pp. 271-272 (Los subrayados son míos).

¹⁷ José María Arguedas. *Mitos post-hispánicos*, pp. 14-15.

nación hispánica del mito y la muy específica y circunscrita función a la que parece estuvo destinado”¹⁸.

Pero esta versión del mito de Inkarrí, en la que figuran varios elementos constitutivos del mito de Viracocha, en especial la presencia de las dos humanidades, es una confirmación *a posteriori* de que en el imaginario de los indígenas del Perú, Viracocha no era percibido como el “Gran Hacedor”, sino como el “Gran Ordenador” o el “Gran civilizador”.

En la versión del mito recogida en Quinua, pequeña población predominantemente mestiza, ubicada en la provincia de Ayacucho, Inkarrí se ve además claramente identificado con Atahualpa y Túpac Amaru. El dios, en efecto, tiene a la vez rasgos de ambos Incas asesinados cuyas historias parecen confundirse en una sola:

Inkarrí creó las montañas, el agua, este mundo. Hizo al hombre. Amarraba al sol en una piedra si deseaba que el día durara más tiempo. Las grandes piedras le obedecían. Era, como el de Puquio, *munayniyoq*; es decir, que tenía la potencia de desear y crear lo que deseaba, ‘igual que Dios’ (...) No se sabe de quién fue hijo. El Sol no es sino la fuente de la luz que Inkarrí puede detener a voluntad. No construyó el Cuzco ni ninguna otra ciudad. Fue Dios (el católico) quien ordenó a las tropas del rey-estado la captura y decapitación de Inkarrí. No fue el rey español quien lo derrotó y le hizo cortar la cabeza. Hubo entre los dos dioses un intercambio previo de mensajes mutuamente incomprensibles. La cabeza de Inkarrí está en el Palacio de Lima y permanece viva. Pero no tiene poder alguno porque está separada del cuerpo. En tanto se mantenga la posibilidad de la reintegración del cuerpo del dios, la humanidad por él creada (los indios) quedará subyugada. Si la cabeza del dios queda en libertad y se reintegra con el cuerpo podrá enfrentarse nuevamente al dios católico y competir con él. Pero si no logra reconstituirse y recobrar su potencia sobrenatural, quizá moriremos todos (los indios)¹⁹.

Como ha apuntado José María Arguedas, esta versión del mito presenta mayores elementos de “aculturación” que la de Puquio a través de la referencia al Dios católico y a las tropas del rey-estado²⁰.

¹⁸ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 16.

²⁰ En otra versión del mito recogida por Alejandro Ortiz Rescanière en Ayacucho aparece más neta-mente aún la dicotomía entre conquistados, encarnados en Inkarrí, y conquistadores, representados por Españañrri: “El padre Sol tuvo otro hijo llamado Españañrri. ‘¿Por qué mi hermano es tan inmensamente poderoso y puede hacer de todo? A mí deben respetarme, no a él que tiene sus pies ensangrentados. Soy más hermoso y mi sexo es más grande’. Así dicen que habló (Inkarrí), con odio, y las montañas temblaron. Españañrri fue a buscarlo y le dejó una carta. Cuando llegó Inkarrí encontró el mensaje, enojado gritó: ‘¿Qué ave, qué animal ha manchado con sus patas este papel tan blanco?’. Pero Inkarrí sabía de su hermano, por eso le dejó unos quipus que dicen que eran de hilo. ‘Esos harapos, esas hilachas ¿de qué mísero hombre serán?’. Pero la Luna y el Sol se juntaron, el toro y el Amaru. El mundo avanzó. La Tierra tembló y la cabeza de Inkarrí la escondió su hermano. Desde entonces surgieron los degolladores”. *De Adaneva a Inkarrí*, p. 139.

Pero, como en el caso de Puquio, se da concretamente en ella una reinterpretación de la historia precolombina a la luz de la Conquista y de la colonización.

Si el “intercambio de mensajes mutuamente incomprensibles entre los dioses” remite probablemente al encuentro de Cajamarca entre el Obispo Fray Vicente Valverde y el Inca Atahualpa cuando se le pide a éste que adjure sus creencias para convertirse al catolicismo, como es narrado por varios cronistas²¹, no puede dejar de remitir también, a mi entender, a los emisarios que el virrey Toledo le envió sin éxito a Túpac Amaru para que éste abandonara su reducto de Vilcabamba, antes de verse capturado y decapitado como se cuenta en el mito.

En realidad, con la creación del mito de Inkarrí, los indígenas del Perú, muestran que, a imagen y semejanza de Atahualpa en Cajamarca y de Túpac Amaru en Vilcabamba, continúan siendo fieles en su imaginación a los conceptos fundamentales de su cultura, de su religión y de sus creencias que descansan en una organización tripartita del espacio. Escribe al respecto Luis Valcárcel: “el mundo está dividido en tres sectores: alto, medio y bajo o interior, que respectivamente se denominan en quechua: *Janan Pacha*, *Cay Pacha* y *Ukju Pacha*; (...) el Mundo Alto es la residencia de los dioses, todos son dioses que viven en el cielo; el Mundo del Medio es la residencia del hombre, los animales y las plantas; el Mundo Bajo o de Adentro (*Ukju*), es la residencia de los muertos y de los gérmenes; cada uno de estos mundos está comunicado con el que le sigue: el cielo y la tierra se anudan en el Inca, que es Hijo del Sol, pero que ha nacido en este suelo; la superficie y el subterráneo se relacionan, tienen como vía de enlace a la *Pakarina* (literalmente: 'donde amanecer'), que puede ser una cueva, un lago, las nacientes de un río, un manantial, en fin, cualquier oquedad que penetra en el subsuelo”²².

Pues, según esta concepción mítico-religiosa del mundo, el cuerpo de Inkarrí que se está reconstituyendo debajo de la tierra vendría a ser tan simplemente la semilla que crece y pronto dará nacimiento a la nueva humanidad. “La sangre de Inkarrí —le dice a Alejandro Ortiz Rescanière su informante ayacuchana en otra versión del mito— está viva en el fondo de nuestra Madre Tierra. Se afirma que llegará el día en que su cabeza, su sangre, su cuerpo habrán de juntarse. Ese día amanecerá en el anochecer, los reptiles volarán. Se secará la laguna de Parinacochas, entonces el hermoso y gran pueblo que nuestro Inkarrí no pudo concluir será de nuevo visible”²³.

²¹ Véase en especial: Agustín de Zárate. *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Cap. V “Cómo se dio la batalla contra Atabaliba, y cómo fue preso”.

²² Luis Valcárcel. *Ruta cultural del Perú*, p. 146.

²³ *Op. Cit.*, p. 139. Escribe Luis Valcárcel: “Así como todo lo bueno viene de arriba, los poderes ambiguos de la fecundidad y de la putrefacción, de la vida y de la muerte, emergen de las tinieblas del Mundo Subterráneo (*Ukju Pacha*); el surgimiento de las aguas de la fuente, la misteriosa inmovilidad lacustre, sin visibles muestras de las venas alimentadores, el brote de las plantas, las profundas raíces de los árboles, las concavidades de los peñascos, las cavernas, los escondrijos de reptiles y alimañas influyeron en la concepción del tenebroso mundo; y el hecho cultural de enterrar la semilla y de inhumar el

De modo que no me parece excesivo afirmar, para concluir, que si bien es cierto que la idea de hacer de Viracocha el “Dios Creador Universal” precolombino nació en el Perú de los siglos XVI y XVII de una doble consideración: política y pastoral; como justificación por un lado del derecho de la Corona española a administrar los territorios americanos para sacarlos de la “barbarie primitiva”, y de otro como prueba de que el hombre americano había caído en la idolatría como consecuencia de sus pecados y que les tocaba, por consiguiente, a los misioneros españoles volverlos a traer al seno de la Madre Iglesia; si dicha idea pudo llegar a cuajar en algunas élites descendientes del Incario de las que son un claro ejemplo Guamán Poma de Ayala y Santa Cruz Pachacuti, nunca llegó a penetrar realmente en la imaginación de las masas indígenas que, según parece, siguieron fieles a los patrones culturales precolombinos²⁴.

ROLAND FORGUES
Universidad de Grenoble, Francia

cadáver completaron la dicotomía. El grano colocado bajo el suelo origina la planta, da la vida, es el germen. ¿Por qué no sería el cuerpo del hombre también puesto bajo la capa terrestre, otro germen, otra semilla?”. *Ruta cultural del Perú*, pp. 150-151.

²⁴ Si puede parecer curioso y paradójico a la vez que dos de los más destacados “Cronistas indios” se hagan los cómplices y defensores de la evangelización y de la nueva ética cristiana, creo que debería buscarse las razones de ello en lo que Rosina Valcárcel llama la “trágica interrelación entre mito-dominación-resistencia-dominación”. *Mito, dominación y resistencia andina*, p. 58.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de: *Historia Natural y Moral de las Indias*. B.A.E. Tomo LXXIII.
- ARGUEDAS, José María: *El mestizaje en la literatura oral*. REVISTA HISTÓRICA, Tomo XXVIII, Lima, 1965, pp. 271-275.
- : *Mitos post-hispánicos*. AMARU, N° 3, Lima, 1967, pp. 14-18.
- BETANZOS, Juan de: *Suma y narración de los incas*. B.A.E. Tomo CCIX.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro: *Crónica del Perú*. B.A.E. Tomo CXXVI.
- : *El señorío de los Incas*. I.E.P., Lima, 1967.
- COBO, Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo*. B.A.E. Tomo XCII.
- CURATOLO, Marco: *Mito y milenarismo en los Andes: del Taky Onqoy a Inkarrí*. ALLPANCHIS, Vol. X, Cuzco, 1977, pp. 65-92.
- DUVIOLS, Pierre: *Los nombres quechua de Viracocha, supuesto "Dios Creador" de los evangelizados*. ALLPANCHIS, Vol. X, Cuzco, 1977, pp. 53-63.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca: *Comentarios reales*. B.A.E. Tomos CXXXII-CXXXIII-CXXXIV-CXXXV.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe: *El primer nueva corónica i buen gobierno*. Edición de Luis Bustíos Gálvez, Lima, 1956, 3 tomos (1ª, 2ª, 3ª partes).
- MORÚA, Martín de: *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas*. Biblioteca Vetus, Madrid, 2 tomos.
- ORTIZ RESCANIERE, Alejandro: *De Adaneva a Inkarrí (una visión indígena del Perú)*. Ed. Retablo de papel, Lima, 1973.
- SANTACRUZ PACHACUTI, Juan de: *Relación de Antigüedades deste Reino del Perú*. B.A.E. Tomo CCIX.
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro: *Historia Indica*. B.A.E. Tomo CXXXV (V tomo de los *Comentarios reales* de Garcilaso).
- VALCÁRCEL, Luis: *Historia de la cultura antigua del Perú*. Ed. Juan Mejía Baca, Lima, 1964, 6 tomos.
- , Luis: *Ruta cultural del Perú*. Ed. Nuevo Mundo, Lima, 1964.
- VALCÁRCEL, Rosina: *Mitos, dominación y resistencia andina*. Ed. U.N.M.N.S.M., Lima, 1988.
- ZÁRATE, Agustín de: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. B.A.E. Tomo XXVI.

“EL SIGLO DE ORO EN LAS SELVAS DE ERÍFILE DE BERNARDO DE BALBUENA: SU POSICIÓN EN LA NOVELÍSTICA PASTORIL HISPÁNICA”

La vida de Bernardo de Balbuena (Valdepeñas 1562 - Puerto Rico, 1627) transcurrió prácticamente en América, donde desarrolló una carrera eclesiástica que culminó al conseguir el obispado de Puerto Rico. Su cultura y erudición quedan patentes en las tres obras que publicó: *Grandeza Mexicana* (1604), poema descriptivo de la ciudad de México, editado conjuntamente con otros textos de carácter poético y erudito; *Siglo de Oro en las selvas de Erífile* (1608), novela pastoril; y *El Bernardo, o la Victoria de Roncesvalles* (1624), largo poema (40.000 versos) que sigue el modelo de la épica culta del *Orlando furioso* de Ariosto. Las tres obras ocupan un lugar muy destacado en sus respectivos géneros literarios, aunque el *Siglo de Oro* (abreviatura que emplearé a partir de ahora) sigue siendo un texto poco conocido —más allá del limitado círculo de especialistas— que, sin embargo, merece una especial consideración en el ámbito de la novela pastoril¹.

La publicación en 1608 del *Siglo de Oro* coincide con la decadencia del género, motivo por sí solo suficiente para explicar el escaso éxito que entre los lectores de su época tuvo. La nueva estética realista en el género narrativo arrinconaba definitivamente las obras idealistas renacentistas en favor de otras muestras narrativas cuyo exponente más significativo era la novela picaresca. Si en este aspecto el *Siglo de Oro* aparecía como una obra anacrónica, aún más lo sería si tenemos en cuenta que, rompiendo con la tradición novelística española proveniente de la *Diana* de Montemayor, se inscribe en la línea de la *Arcadia* (1504) de Sannazaro.

Balbuena, al tomar como modelo directo la *Arcadia* de Sannazaro, dota a su novela de unas características que se oponen a las que presenta la tradición de la novela pastoril española, que sigue los esquemas renovadores de la *Diana* de

¹ El *Siglo de Oro* no volvió a ser editado hasta 1821 (Madrid: R.A.E.) y ha habido que esperar hasta nuestros días para contar con otra edición (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1989).

Montemayor. Tanto Balbuena como Montemayor parten de Sannazaro: Balbuena permanecerá fiel al estatismo del autor italiano, sin tener en cuenta la evolución que se ha producido en España a partir de Montemayor. Éste, sin embargo, rompe con el estatismo de la *Arcadia* e introduce un elemento presente en otros géneros narrativos del Renacimiento (en la novela de caballerías, griega y sentimental): la acción, de la que se deriva un desarrollo temporal de un nudo temático y su solución, sea ésta definitiva o abierta a continuación en otras novelas. En cambio, Balbuena rechaza la acción como hilo conductor de la novela, suplantándola por lo que se podría denominar "situación", es decir, lo que le interesa a Balbuena es presentar un mundo eglógico donde los personajes no cuentan como individuos sino como un conjunto determinado por unas características comunes. Por eso, el *Siglo de Oro* narra momentos aislados de la vida de los pastores protagonistas, sin que en el transcurso de la novela se muestre, excepto en unos pocos casos, el desarrollo de la problemática con que en un cierto momento son presentados. La novela se convierte entonces en una serie de cuadros aislados, generalmente en correspondencia con las distintas églogas en que ésta se divide, aunque no siempre, porque en ocasiones una escena abarca más de una égloga (significativamente Balbuena divide su novela en "églogas" y no en "capítulos"), cuya unión viene dada por la presencia de un narrador en primera persona que, si bien en determinados momentos se convierte en protagonista de una escena, funciona como un miembro más del grupo de pastores que aparecen en la novela, observador y relator de aquel mundo pastoril. Por otro lado, los nexos temporales entre las distintas églogas responden exclusivamente al tópico de que éstas comiencen con el amanecer y finalicen con la llegada de la noche, pues las referencias concretas del paso de un día a otro no tienen continuidad en lo que afecta al relato. De tal manera esto es así que la mayor parte de las églogas del *Siglo de Oro* podrían intercambiarse entre sí, sin que afectase a la estructura de la novela. Es más, la novela finaliza, no porque se llegue a una conclusión, sino porque se ha producido la suficiente saturación de los temas tratados como para seguir insistiendo en ellos.

Teniendo en cuenta que el *Siglo de Oro* es una novela escasamente leída me ha parecido oportuno realizar un comentario lineal de la misma (deteniéndome sólo en las primeras églogas por razones de espacio), no para establecer su línea argumental sino buscando los núcleos temáticos. De esta manera, el lector, que tiene en mente los referentes de Montemayor o Gil Polo, podrá apreciar los rasgos tan diferentes que separan la obra de Balbuena del resto de las novelas pastoriles españolas (incluso respecto a otros autores italianizantes como Juan Arze Solórzano, Cristóbal Suárez Figueroa y Gonzalo de Saavedra).

Comienza la égloga I con una larga descripción de un "locus amoenus", cuyo centro es la fuente de Erifile. La belleza del lugar, el mes de abril en que se sitúan los hechos narrados, crean el marco adecuado para la presentación de unos pastores que, sin necesidad de ocuparse de sus rebaños, dedican su tiempo al canto y la

conversación. Desde el primer momento las notas ambientales tratan de mostrar un mundo que quiere ser reflejo de un tiempo ya pasado y feliz: la edad o siglo de oro, de referencias clásicas, cuya armonía y paz tratan de imitar estos nuevos pastores en el reducto de sus selvas.

Creado el marco, aparecen los pastores presentados a través de uno de ellos que lleva el hilo narrativo en primera persona. La escena, tal como se describe en esta égloga primera, va a resultar modélica de lo que es la característica general del resto de las églogas: el lector observará que un número amplio de pastores va tomando la palabra en un escenario que se caracteriza por su estatismo; de hecho, en esta égloga intervendrán ocho pastores, de los que sólo uno está asociado a la acción, Melancio, que aparece y desaparece del escenario donde el resto de los pastores se encuentran.

Esta estructura se reproduce asimismo en cada una de las églogas, en las que no se narra una única historia sino un mosaico de situaciones que no conducen a una acción determinada sino a la presentación de ciertos temas. Así, en esta primera égloga serán dos los temas principalmente tratados por los pastores: la defensa del canto pastoril frente a otras formas literarias consideradas más elevadas, algo de lo que se encarga Beraldo, y la expresión amorosa como situación íntimamente ligada a la personalidad del pastor, tema expuesto por Melancio, Beraldo y Rosanio. Todo esto se expone sin que exista una unidad de acción, como puede observarse analizando los momentos más significativos de esta primera égloga. Beraldo, en su primer canto, señala, con quejas petrarquistas, que su amor a Cintia está a punto de llevarle a la muerte. Sin embargo, el narrador alude a que “su cantar había alegrado las nuevas flores del campo”, es decir, su canto es recibido por los pastores no como la situación real en la que se encuentra el pastor sino como el alarde de cantar un tema literario de valor general. Inmediatamente después aparece Melancio que sí encarna personalmente esas penas de amor: los tópicos con que aparece, “desganado y aborrecido de sí mismo”, muestran al amante desesperado, lo que confirman su canto y las palabras que dirige al resto de los pastores. En este momento de la narración parece que la acción se encauza en una dirección, pero no es así. Los pastores reaccionan a sus penas con un tópico más, las lágrimas —“ninguno hubo que con piadosas lágrimas no le ayudase”—, y lo que es importante señalar, combatiendo la pasión amorosa por medio del razonamiento y de la exposición de una filosofía de carácter estoico basada en que el tiempo todo lo puede y, por lo tanto, también olvidar ese amor que hace sufrir al pastor. Pero, una vez presentada la problemática de Melancio, éste desaparece, con lo que la situación vuelve al estatismo inicial. El canto amebeo con que finaliza la égloga muestra a un Beraldo que, en compañía de Rosanio, ensalza la belleza de su pastora amada, que ahora ya no se llama Cintia sino Belisa, aspecto que indica el grado de generalización que tienen estos cantos pastoriles y el desinterés por desarrollar una trama particular, como se evidencia además por el abandono del tono trágico del anterior

canto de Beraldo, sustituido por la alegría que le proporciona la propia descripción de la amada.

La escena inicial de la égloga II presenta continuidad con lo narrado en la anterior. Sólo que excepto Florenio ninguno de los personajes que allí han aparecido lo harán ahora. El único lazo de unión se establece a través del narrador que sigue describiendo las actividades del grupo de pastores, verdadero protagonista en su conjunto de esta novela pastoril. La existencia de ese colectivo pastoril forma la base en que se asienta la estructura del libro, que en un tejer y destejer, irá mostrando diversos episodios cuyo sentido sólo se alcanza desde la perspectiva contemplativa que caracteriza al grupo de pastores como conjunto. Bien es cierto que este sistema narrativo resulta monótono hasta en una obra en la que la acción tiene un interés secundario. Por eso, este método narrativo se combina con otro en el que el narrador pasa a hablar de sí mismo (como ocurre en la égloga sexta al relatarnos su sueño) o, lo que es más frecuente, al desplazarse en solitario, se encuentra con otros pastores, lo que da lugar a que los cantos y relatos de éstos se efectúen fuera del marco colectivo pastoril. Se crea, de esta forma, una variante narrativa que, por ligera que sea, rompe la inevitable monotonía de la temática uniforme de este libro pastoril.

En la égloga II están presentes estas dos formas narrativas. En su primera parte es el grupo de pastores quien descubre a Leucipo que, lo mismo que Melancio, aunque en un tono menor, se lamenta de sus penas de amor en clave petrarquista. En efecto, cuando al final de su canto Leucipo señala que “Y otra Filis habrá quizás sin ésta”, está proclamando que la armonía, criterio específico del Renacimiento, es el fundamento de la vida pastoril, aspecto que recalca el narrador cuando, refiriéndose a Leucipo, señala: “Viendo pues el pastor tan gran frescura, no pudo ser su pena tal que el sitio no la venciese con gana de pasar en él la siesta”. Una segunda parte en la égloga se inicia cuando el narrador, dando por finalizada la que hasta este momento ha sido única escena, sitúa al lector en el día siguiente. Se adopta ahora la segunda posibilidad narrativa: el narrador cuenta sus encuentros con otros pastores fuera de la presencia de la colectividad pastoril. Primero aparecerá Ursanio, lo que da motivo a una escena de alegre comicidad, tema que se suscitará repetidamente a lo largo del libro, reflejando la felicidad del mundo pastoril como nota determinante. Luego el narrador se encontrará con Florenio, quien, una vez más, cantará penas de amor. Por último, la llegada de Liranio da origen a un largo canto, en el que interviene también Florenio, centrado en alabar el feliz estado que proporciona la vida campestre; canto de resonancias virgilianas (*Geórgicas*) donde confluyen temas tales como el “siglo de oro”, “menosprecio de corte y alabanza de aldea” y que, en definitiva, defiende la vida en contacto con la Naturaleza frente a la “artificiosidad” de la vida ciudadana. Un elemento, por último, merece ser destacado en esta égloga, la minuciosidad en la descripción de objetos bellos, aspecto que es una constante a lo largo del *Siglo de*

Oro, y que, en este caso, se centra en el bastón de Ursanio y en la cuchara de tea del narrador.

La égloga III comienza con uno de los tópicos más frecuentes en este tipo de libros: llega la noche (estableciéndose relación con el tiempo cronológico en que se sitúa el final de la égloga precedente) e inmediatamente se describe el amanecer del día siguiente según los cánones establecidos en Sannazaro y otros bucólicos clásicos, empleando lo que la crítica ha denominado “amanecer mitológico”.

Dada la unidad temática que caracteriza a la novela pastoril, el autor se encuentra en la necesidad de hallar variantes atractivas para el lector, algo en lo que Balbuena es maestro. Así, una vez más, habrá cantos de amor: dos sonetos, uno que canta el propio narrador, que entre los pastores es conocido como Serrano, y otro que recita Arcisio. En ambos se tratan temas de gran tradición poética, en el primero se canta a los ojos verdes de la amada y en el segundo a sus cabellos rubios. También ambos pastores están retratados conforme a los cánones del pastor amante. Sin embargo, hay un elemento nuevo —y aquí hay que englobar también el primer poema de la égloga, en el que Gracildo hace una bella descripción de un amanecer— consistente en el carácter artificioso, con elementos barrocos, que afecta a los tres poemas.

La llegada de Melancio pone fin a la escena anterior. La referencia a su estado de ánimo, “no con más alegría ni menos pena que antes”, es una de las pocas a lo largo del *Siglo de Oro* que establece un nexo de unión con episodios relatados con anterioridad, sin que ello suponga un mayor conocimiento de la “historia” del pastor. La escena, tanto en su parte en prosa como en la parte en verso, se centra en las soluciones que Arcisio muestra a Melancio para combatir su sufrimiento amoroso, soluciones, una vez más, dictadas por criterios racionales y que, en la parte en verso, se centran en la conveniencia de una vida en contacto con la Naturaleza, sin que falte la oposición ciudad-campo, con las características ya conocidas.

A través de las tres primeras églogas puede apreciarse la técnica que emplea Balbuena en el conjunto de la novela; por eso, me limitaré a continuación a señalar los aspectos más destacables del resto de las églogas.

En la égloga IV Delicio es el primer pastor que narra con cierto detenimiento una historia concreta al “sorprender” al resto de los pastores con su disfraz de árbol, lo que origina la necesidad de contar el porqué de su presencia en tal estado. Esta “sorpresa” puede ser considerada desde varias perspectivas: 1) presenta una novedad en relación con las historias impersonales relatadas hasta el momento; 2) es un motivo más de alegría para los pastores y responde a la concepción del mundo feliz encarnado por el mito pastoril; 3) al explicar los motivos del disfraz, Delicio tiene ocasión de presentar un tema hasta ahora no tratado, el de la caza como actividad del pastor, tema clásico en la bucólica pastoril y por ello presente en Sannazaro, pero de escasa resonancia a partir del modelo impuesto por Montemayor.

En la égloga V, la aparición de un nuevo pastor, Felicio, orienta la temática una vez más a las cuestiones amorosas. Lo que interesa destacar, sin embargo, son la serie de temas secundarios del relato de Felicio y que más adelante se desarrollarán extensamente: la fiesta religiosa, las ofrendas, los juegos deportivos. Como en el caso de la égloga anterior con la caza, son temas fundamentales en la bucólica clásica y en Sannazaro, pero apenas desarrollados a partir de Montemayor. Una vez más se ve de manifiesto la adscripción de Balbuena a los modelos clásicos frente a los renovadores de Montemayor. Por otro lado, hay dos elementos también importantes: 1) la lectura de la carta de Felicio supone la aparición en la obra de Balbuena de una muestra epistolar, género constante en otras novelas pastoriles; 2) los consejos que Aristeo da a Felicio para vencer sus penas de amor combinan, de manera aparentemente contradictoria, soluciones racionales y estoicas junto a conjuros mágicos, invocaciones a seres divinos, brebajes con poderes sobrenaturales o ritos relacionados con el ocultismo. Tengamos en cuenta, sin embargo, que esta temática esotérica es una constante en la novela pastoril (con eco especial en la *Arcadia* de Lope de Vega) y que Balbuena no hace más que seguir a Sannazaro, pretendiendo que su *Siglo de Oro* sea una "suma" de los tópicos pastoriles, algo que elimina cualquier contradicción temática ya que su novela, al carecer de acción, no está supeditada a un proceso evolutivo. Una vez más puede apreciarse la distancia que existe entre la obra de Balbuena y las novelas que siguen los esquemas de Montemayor.

Las églogas VI y VII se centran en el "sueño" del narrador, motivo que Balbuena toma nuevamente de Sannazaro. Como aspecto curioso hay que señalar que es en ese "sueño" donde aparecen las únicas referencias reales del *Siglo de Oro*: su descripción de la ciudad de México.

Aunque las églogas VIII y IX siguen presentando aspectos interesantes no me detendré en ellas. Me referiré, ya por último, a las églogas X, XI y XII, unidas por el mismo tema, la celebración del aniversario de la muerte de la pastora Augusta. La colectividad pastoril está presente como en otras ocasiones pero el lector tiene la impresión de asistir a una reunión especial con un número mayor de pastores del habitual. En efecto, la solemnidad de la celebración, su duración, las ofrendas a las divinidades pastoriles y los juegos deportivos crean un ambiente propicio para poner el punto final a una obra que por carecer de una acción concreta presenta una estructura abierta a la incorporación de nuevos episodios. Si comparamos el final de la obra de Balbuena con el de la *Arcadia* de Sannazaro (la celebración de los funerales de Massilia ocupa las partes X y XI de su libro) nos damos cuenta del acierto del primero al hacer coincidir ese punto final con el episodio culminante de la obra².

Creo que los aspectos indicados establecen con claridad las diferencias que separan a Balbuena del resto de la novelística pastoril inspirada en Montemayor. Al introducir éste la acción en el marco narrativo se acercaba a posiciones renova-

doras tal como ocurría en la novela picaresca; sin embargo, al mismo tiempo era un proyecto narrativo condenado al fracaso: al limitar prácticamente la novela pastoril al tema amoroso desde una perspectiva neoplatónica los pastores quedaban convertidos en "tipos" sin posible evolución psicológica. Si Balbuena fue consciente de esta problemática es algo que no sabemos, pero lo que sí es cierto es que al volver al modelo inicial de Sannazaro reinstauraba lo más característico de la bucólica pastoril, es decir, su tono lírico, y consecuentemente, la lectura reposada, el deleitarse en cada uno de los episodios. El *Siglo de Oro*, pues, no supone un retroceso en el panorama de la novelística pastoril, como algunos críticos han señalado, sino la vuelta al clasicismo del género.

JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO
Universidad de León

² Conviene recordar que Balbuena siguió el esquema de la *Arcadia* de Sannazaro al dividir su obra en doce églogas (doce prosas más las églogas correspondientes en la *Arcadia*), pero al igual que Montemayor mezcla prosa y verso, aunque conserva la finalización en verso como el autor italiano.

BIBLIOGRAFÍA

- BALBUENA, Bernardo de: *Siglo de Oro en las selvas de Erífile*. Edición, introducción y notas de José Carlos González Boixo, Colección Clásicos Mexicanos, 2, Xalapa (Veracruz, México): Universidad Veracruzana, 1989, 342 pp.
- FUCILLA, J. G.: "Bernardo de Balbuena's *Siglo de Oro* and its sources", *Hispanic Review*, vol. XV, n.º 1 (1947) 101-119. Traducido al español en su libro *Relaciones hispanoitalianas* (Madrid: C.S.I.C., 1953), pp. 77-79.
- GONZÁLEZ BOIXO, José Carlos: "La influencia italiana en el *Siglo de Oro en las selvas de Erífile*, de Bernardo de Balbuena", *Quaderni di Letterature Iberiche e Iberoamericana*, 6 (1987), pp. 5-22.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco: "Un libro pastoril mexicano: *Siglo de Oro* de Bernardo de Balbuena", *Anuario de Estudios Americanos*, XXVII (1970), pp. 787-813.
- RENNERT, Hugo A.: "The Golden Age by Balbuena", en su *The Spanish Pastoral Romances* (1912). (New York: Biblo and Tanneu, 1968), pp. 162-170.
- WELLINGTON, Marie A.: *Sannazaro's Influence on the Spanish Pastoral Novel*. Tesis doctoral inédita de Northwestern University (Evanston, Illinois, 1951). Sobre *Siglo de Oro*, pp. 119-148.

AMÉRICA Y LA POESÍA ÉPICA ÁUREA: LA VERSIÓN DE ERCILLA

A la memoria de Marcos A. Morínigo

De los casi doscientos poemas épicos escritos entre 1550 y 1700, la materia de América generó una veintena de textos a lo largo de los dos siglos áureos¹.

Ciertamente en América también se publicaron poemas épicos de tema religioso e histórico, pero no son de interés para el tema que nos ocupa². Las razones por las que los hechos de la realidad histórica se convierten en inmediata materia digna de ser narrada son complejas y difíciles de individualizar o jerarquizar. Las sociedades y sus escritores objetivan su propia contemporaneidad, meditan acerca de ella, de manera muy distinta a como se la observa desde la distancia histórica. Vivir y contar lo vivido, ya se sabe, son actividades que entran en conflicto y contradicción por naturaleza, porque decidir lo que se va a contar es, irremediablemente, inventar el pasado. A este respecto, el descubrimiento del continente americano por los españoles y la ocupación de una gigantesca parte de su territorio, más o menos completada para 1545³, recibió un tratamiento literario singular en el que, en mi opinión, dos géneros se destacan por la jerarquía de sus textos: el discurso histórico y el discurso épico.

Que ambos se puedan mencionar unidos y se puedan ver hoy como variedades que también caben en la historia literaria, tiene más que ver con nuestra lectura

¹ Cf. F. Pierce "La poesía épica española del Siglo de Oro" en *Edad de Oro* IV (1985) 87-106, espec. 88-90. Ver también P. Piñero Ramírez "La épica hispanoamericana colonial" en L. Íñigo Madrigal, coord. *Historia de la literatura Hispanoamericana*, Madrid: Cátedra, I, 161-188, espec. 183-184.

² Cf. los apéndices bibliográficos en F. Pierce, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid: Gredos, 1968, 327-375 y la correspondiente en el artículo de Piñero Ramírez citado en la nota anterior.

³ Cf. Ch. Gibson, *Spain in America*, N. Y. Harper, 1967, 24-35; R. Konetzke, *América Latina II. La época colonial*, Madrid: Siglo XXI, 1972, pp. 34 y ss.

actual que con las características con que se los dotó en el momento de su producción⁴.

En el caso de Ercilla, la identificación de épica e historia fue durante mucho tiempo suficientemente intensa como para que se considerara a *La Araucana*, desde su publicación, como fuente documental imprescindible.

El propio Ercilla se ocupó de que ello fuera así, a lo largo del texto y aun antes del texto mismo. En efecto, en su *Aprobación*, el capitán Juan Gómez, al final de la edición princeps de la Primera Parte, Madrid, Pierres Cossin, 1569, sostiene que “en lo que toca a la verdad de la historia, yo no hallo cosa que se pueda emendar por ser, como es, tan verdadera, así en el discurso de la guerra y batallas y cosas notables como en la descripción y sitios de la tierra y costumbres de los indios; y esto puedo decir como hombre que ha estado en ella más de 27 años, siendo de los primeros que entraron a conquistarla y me hallé en lo más dello y vi a don Alonso de Ercilla servir a su Majestad en aquella guerra donde públicamente escribió este libro”⁵.

En la Dedicatoria a Felipe II al frente del texto Ercilla le recuerda que “entre las mismas armas, en el poco tiempo que dieron lugar a ello, escribí este libro” y en el *Prólogo* de la misma edición advierte a los lectores que el poco tiempo libre que tuvo durante la campaña “le gasté en este libro, el cual porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, que no me costó poco trabajo juntarlos”.

Este valor testimonial ha terminado por teñir todo el texto de *La Araucana* a pesar de que recién en la Segunda Parte, XVI, 21 se funden finalmente narrador y actor para dar intenso sesgo autobiográfico al poema⁶. Pero *La Araucana*, precisamente por la autoridad que le confería esta sensación de inmediatez, alimentada por el propio Ercilla, terminó por convertirse en documento histórico y se ha tenido en cuenta para el estudio de las crónicas posteriores de Alonso de Góngora Marmolejo y de Pedro Mariño de Lobera, así como también de la contemporánea de Gerónimo de Vivar⁷. En efecto, junto con las *Cartas* de Valdivia y la obra de Vivar (recientemente descubierta, pero ya citada en el siglo XVII por Antonio de

⁴ Para precisiones metodológicas y características textuales del material historiográfico colonial, v. Walter Mignolo, “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista” en L. Íñigo Madrigal, coord. o.c., pp. 57 y ss.

⁵ Para este capitán, v. José Medina “Juan Gómez de Almagro, el que aprobó *La Araucana*” en *Revista Chilena de Historia y Geografía* XX, 24 (1916), 5-42.

⁶ Cf. J. B. Avalle-Arce “El poeta en su poema (El caso Ercilla)” *Revista de Occidente*, XCV (1971), 152-169, especialmente p. 159, en donde retrotrae la experiencia personal de Ercilla a la octava 69 del Canto XII de la Primera Parte.

⁷ Cf. el excelente estudio de José Durand “Caupolicán, clave historial y épica de *La Araucana*” *Revue de Littérature Comparée* LII (1978), 367-389. Para la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* de Gerónimo de Bibar o Vivar, v. ahora la pulcra edición de Leopoldo Sáez-Godoy, Berlín: Colloquium Verlag, 1979.

León Pinelo)⁸, *La Araucana* ha pasado a ser la fuente documental básica para el conocimiento de la conquista de Chile y de sus primitivos habitantes. En general, los hechos bélicos, las referencias geográficas y culturales de lo que es hoy el territorio de Chile y de sus pobladores, no han sido desmentidos por las otras fuentes documentales. El poema, en cambio, debe verse, en mi opinión, como la compleja fusión de sucesos históricos referidos y hechos personales, narrados ambos dentro de las convenciones de un género y filtrados a través de una postura ideológica, es decir, dentro del marco de ideales políticos y principios éticos, que se identificaba con el poder imperial. *La Araucana* es, en uno de sus niveles de significación más importantes que aquí será tratado tangencialmente, un texto panegírico y también apoloético, es decir, político.

Es también, si se exceptúan cuatro poemas menores sin mayor importancia, la única obra literaria de don Alonso de Ercilla⁹.

América es, pues, en cierto modo, la fuente única de su inspiración; los casi dos años de su vida en Chile y los casi ocho en América desde 1555 a 1563, marcan el origen de su actividad de creación literaria que se extenderá con esta única obra, por lo menos hasta 1590, es decir, unas dos terceras partes de su vida.

Pero si la experiencia americana moldea la vida del escritor, el mundo americano del texto va cambiando también a lo largo de las tres Partes que se van publicando en 1569, 1578 y 1589 y aún póstumamente, en la versión completa de 1597. La evolución de Ercilla como poeta, como pensador, como testigo y juez de la empresa americana, se reflejará inevitablemente en el lento proceso de elaboración de este texto abierto, como lo requiere su voluntad histórica.

Así, pues, el momento de la escritura no puede restringirse, como hemos visto que Ercilla y su camarada Juan Gómez pretendían, a la inmediata cercanía de los hechos. Sin embargo, este pormenor hiperbólico generado para aumentar la “historicidad” textual, tuvo temprana aceptación literal y ya un buen lector de Ercilla como lo era el jesuita Joseph de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590) reconstruyó algo ecológicamente el comentario, como ejemplo paradigmático. Así, escribiendo acerca del plátano y de sus virtudes afirma, después de mencionar las bondades del fruto: “Todavía las hojas secas sirvieron a don Alonso de Ercilla (como él dice) para escribir en Chile algunos pedazos de *La Araucana*; y a falta de papel no es mal remedio, pues será la hoja del ancho de un pliego de papel¹⁰...”

⁸ Cf. *Tratado de Confirmaciones Reales*. Parte I, cap. VII, fol. 34 v., ed. facsímil de 1630 en Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos I, Buenos Aires, 1922 y *Eptome*, título IX “Historias del Reino de Chile” fol. 85, ed. facsímil de 1629, Washington, 1958.

⁹ Las otras obras son una temprana Glosa publicada por López de Sedano en el *Parnaso español* en 1770; un romance sobre la acción naval frente a las Azores en 1582 y dos sonetos a él atribuidos. Cf. José T. Medina, *Vida de Ercilla*. México: FCE, 1948, pp. 31, 132, 138-139 y 400.

¹⁰ Libro IV, c. XXI, p. 116a, BAE, t. LXXIII.

La América que refleja *La Araucana*, sin embargo, llegará a sus lectores a través de la experiencia cortesana de su autor, pues la Primera Parte se imprimió casi seis años después de la vuelta de Ercilla a España y de varios viajes dentro y fuera de España.

La decisión de dedicarla a Felipe II y hacerlo su narratario, su mejor lector, habrá puesto en acción una compleja tarea de selección, reordenamiento y pulimiento del material recogido en Chile, cualquiera haya sido el momento en que Ercilla decidió tal dedicatoria y tal interlocutor¹¹.

El poema se habría de convertir en un texto exaltador del imperio. La conquista de Chile se transforma así en parte de un diseño y un designio más general y adquiere otra perspectiva. No se trata de las aventuras guerreras de un puñado de soldados en el extremo sur de un continente nuevo y desconocido sino de hechos centrales en la idea misma de gobierno de Felipe II. Esta centralidad explica que en este texto sobre la jornada americana se incluya, en la Segunda Parte, canto XXIV, una descripción de la batalla de Lepanto que sigue muy de cerca el texto de la *Relación...* de Fernando de Herrera a quien, por otra parte, Ercilla había de aprobar las *Anotaciones* a Garcilaso en 1580. Y también explica que la Tercera y última Parte se cierre (y no se cierre) con la explicación de la jornada de Portugal¹²; la posesión más cercana a la Corona se une así a la más remota. Lejos de ser estos Cantos, junto con la descripción del asalto a San Quintín en los cantos XVII y XVIII, meros añadidos, son parte estructural de la idea que el poema genera: la unidad firme de la empresa de Felipe II. Esta visión triunfalista de la epopeya española, por lo demás, influyó sobre la épica posterior. Lepanto y Portugal reaparecerán en un texto que canta las hazañas en México de Hernán Cortés: *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán de 1599¹³. América se transforma así, desde la experiencia personal de Ercilla en el atalaya más apropiado para observar el mundo de Felipe II y, a su vez, las acciones bélicas en Chile con el tributo del poeta a su monarca.

Que son digno tributo, lo literaturiza Ercilla mediante los recursos más ennobecedores del género. Los araucanos adquieren así estatura literaria épica y ella quedará inextricablemente unida al discurso histórico.

Desde el mismo título, que es adaptación al castellano del topónimo indígena Arauco, los antiguos pobladores del centro del actual territorio de Chile, que se llamaban a sí mismos *mapuches* o 'pobladores de la tierra' son, hasta hoy, de alguna manera, la recreación de Ercilla¹⁴.

¹¹ Al Rey se dirige la voz poética numerosas veces directamente, además de las treinta y tres referencias directas que aparecen en el texto. Cf. F. Pierce, *Alonso de Ercilla y Zúñiga*, Amsterdam: Radopi, 1984, p. 56.

¹² En efecto, Ercilla dejó abierta la posibilidad de una continuación en el Canto XXXVI, p. 43.

¹³ Para un análisis agudo y marcadamente ideológico de "la mirada imperial" como elemento unificador del poema, v. Jaime Concha "El otro Nuevo Mundo" en *Homenaje a Ercilla*. Concepción: Universidad de Concepción, 1969, pp. 31-82; para San Quintín, pp. 38 y ss.

¹⁴ V. G. Friederici, *Amerikanistisches Wörterbuch* s.v. *mapuche*; A. Tovar, *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, p. 22 y ss.; T. Buesa, "Americanismos" en *Enciclopedia Lingüística Hispánica* III p. 347.

En efecto, este acto de nominación es, en verdad, un acto de construcción de la realidad de los pobladores de Chile y un modo de estructurarla y autorizarla para sus lectores y, finalmente, para la historia¹⁵.

No debe sorprender, pues, que los apelativos del poema sean también los que califiquen a los araucanos por antonomasia. Así, Ercilla recurre al latinismo *indómito* de estirpe ovidiana (*Metamorphoseon* XIII, 355) sin documentación previa en textos literarios castellanos para calificar a los araucanos; y será éste el adjetivo que los distinguirá a lo largo del poema desde el primer Canto en cuya octava 47 se dice de “esta soberbia gente libertada” que

siempre fue esenta, indómita, temosa
de lengua libre y de cerviz erguida

de esta acumulación adjetiva se distinguirá *indómito* como el epíteto que mejor define a los defensores del territorio de Arauco; y así, *Autoridades* ejemplificará su uso con un texto posterior de la *Historia de Chile* del padre Alonso de Ovalle y ya a fines del XVI Hernando Álvarez de Toledo titulará su poema *El Purén indómito*, en abierto homenaje al autor de *La Araucana*. En el siglo XVIII don Antonio de Alcedo en su memorable *Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América*, en el artículo *araucanos*, los define con fórmulas del discurso literario que tiene su origen en el texto de Ercilla; “son enemigos implacables de los españoles, que no han podido nunca reducirlos ni sujetarlos, para evitar los muchos estragos que han hecho varias veces en todo aquel reino con sus invasiones, sorprendiendo las ciudades, las fortalezas y las campañas sin perdonar la vida a ningún español... sus ejércitos se forman de todas las tribus que convocan con el mayor sigilo y se dividen en caballería e infantería; su primer ataque es terrible... son robustos, hermosos y liberales;...”

En el artículo sobre *Purén* recuerda Alcedo que el valle es “célebre por los combates que en él han tenido los españoles contra los araucanos, haciéndolo teatro de las acciones más gloriosas”.

Esta legendaria resistencia de inicial factura literaria adquiere, sin embargo, valor premonitorio en un caso singular; el topónimo *Elicura* mencionado por Caupolicán en III, 85, 7, pero ausente de los textos de los cronistas Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera, reaparece en el mismo *Diccionario* de Alcedo como testimonio de la resistencia de los lugareños. La tersa definición declara sobriamente que es “Sitio del reino de Chile, al mediodía del fuerte de Paicaví, célebre por la gloriosa muerte que padecieron, a manos de los indios de Purén los venerables padres de la distinguida compañía, Martín de Aranda, natural de Chile, Horacio Vechi de Sena y Diego Montalbán de Méjico, el 14 de diciembre del año 1612”. El enfrentamiento de estos textos con el de Ercilla no puede ser más alec-

¹⁵ Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, París: Fayard, 1982, pp. 99 y ss.

cionador y da, con la perspectiva del tiempo que lo separa del hombre ilustrado que fue Alcedo, un aire profético no intencional a *La Araucana*. De este modo, el discurso literario que Ercilla elige parece corroborar la contundente precisión de los hechos históricos y la adaptación de los modelos clásicos parece la única posible para la visión del vencedor. Por ello, las imágenes son intercambiables, porque el heroísmo tiene dimensiones semejantes. Lo épico de estos encuentros guerreros se reafirma en los recursos formales del género; lejos de ser un molde que obliga a permanentes constricciones expresivas y narrativas, la épica resultaba para Ercilla la convención necesaria, el espacio que le permitía la libertad de lo imaginario para el relato de su experiencia.

Esto explica la inevitable y brillante presencia de Virgilio y Ariosto como los polos entre los que la épica se convierte en marco flexible de dimensiones múltiples. Pero también Garcilaso, quien desde la lírica da al endecasílabo castellano los mecanismos de expresión que Ercilla volverá a trasladar al ámbito épico original.

Nada ilustra mejor esta actitud de Ercilla que el examen pormenorizado de los recursos retóricos. Así, por ejemplo, el símil venatorio sirve para ambas partes del conflicto y en cada ejemplo hay hábiles cambios que merecen especial atención.

En III, 62, comienza una comparación con la caza como parte de la vigorosa y dramática relación de la muerte de Valdivia; la elección de este recurso retórico se justificaba ante el lector competente por la larga y brillante tradición clásica y ciertamente española e italiana. Desde Séneca y Lucano¹⁶ a Ariosto y Garcilaso, esta imagen del lebrél atraillado e impaciente por perseguir la caza o atacarla se rehace con Ercilla en un procedimiento de dinamización que exalta la carrera misma y recrea la ansiedad de la muerte próxima. Ercilla rinde un brillante homenaje a Garcilaso al recordar la Égloga II, 1666-1669

Como lebrél de Irlanda generoso
que al jabalí cerdoso y fiero mira
rebátese, sospira, fuerza y riñe
y apenas le costringe la atadura

Toma de este pasaje los aspectos léxicos fundamentales del símil; *lebrél*, *Irlanda*, *generoso*, *cerdoso*, *fiero*, pero rehace la imagen completamente para dramatizar el intento de huida de Valdivia y un clérigo, que habían quedado solos, además de otros pocos españoles, en medio de araucanos flecheros que habían ido eliminando “de dos en dos y de tres en tres” al resto del contingente:

¹⁶ Para Séneca, A. Vilanova, *Las fuentes y los temas del Polifemo de Góngora*. Madrid: RFE, Anejo LXVI, 1957, I, pp. 245 y ss.; para Lucano, D. Janik “Ercilla lector de Lucano” en *Homenaje a Ercilla* ya citado, pp. 83 y ss. y, ahora, Gareth A. Davies “*La Araucana* en el espejo de Lucano” en A. Gallego Morell ed., *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor E. Orozco Díaz*. Granada, 1979.

Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes jabalís fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros,
de la campestre sangre cudiciosos,
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos,
con no menos cudicia y pies livianos
arrancan tras los míseros cristianos

En el Canto siguiente, en cambio, la imagen se invierte y los españoles pasan a ser los cazadores y los araucanos la presa:

En cazador no entró tanta alegría
cuando más sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la vía
salta de entre los pies alborotada,
cuanto causó la muestra y vocería
del vecino escuadrón de la emboscada
a nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante

(IV, 13)

Las variaciones de la comparación merecerían detenido estudio, aun a riesgo de deformaciones telescópicas, porque el número de ellas es tan abundante en el poema, pero vale la pena mencionar que en los dos casos el propósito expresivo está muy hábilmente ejecutado: la imagen del lebrele y el jabalí en la primera cita anticipa el sangriento fin de Valdivia, que el texto nos hace percibir como inevitable, desde el trágico retrato que de él se da en el poema. Por otra parte, la doméstica imagen de la liebre refuerza la dimensión heroica del episodio por anticipada antítesis, pues los indios, aparentemente indefensos ante los jinetes españoles, serán finalmente los vencedores en este feroz encuentro, el símil adquiere un matiz irónico final y la liebre, unificación de la multitudinaria rebelión araucana, forzará a huir a los sobrevivientes de este ataque.

Pero la capacidad de variación y uso de un mismo recurso en el extenso poema, escrito a lo largo de muchos años, se da en otros textos. En XXI, 38, la comparación se aplica a uno de los personajes indígenas que atraviesa el poema en medio de explosiones de temeridad de carácter mítico. El joven cacique Rengo, rival permanente de Tucapel y personaje suspendido en la historia para volver a aparecer, probablemente, en continuaciones que nunca escribió Ercilla, es el protagonista de este mismo recurso retórico que inmoviliza a Valdivia en su arrojo final.

En Rengo la comparación se renueva con el dinamismo espectacular reservado a los héroes épicos: en la misma ciénaga, los lebreles de Irlanda se transforman en

“animosos sabuesos” y los jabalíes sólo descriptos en el texto anterior, se dinamizan ahora en las típicas acumulaciones verbales que caracterizan las descripciones bélicas. Las repeticiones etimologizantes, las construcciones correlativas y paralelísticas, las hipérbolos y las imágenes de tradición ariostesca dan poderosa fuerza a la escena en la que Rengo intenta inútilmente y con su sola persona, transformar la derrota en triunfo:

Cual cerdoso jabalí herido
al cenagoso estrecho retirado
de animosos sabuesos perseguido
y de diestros monteros rodeado
ronca, bufa y rebufa embravecido
vuelve y revuelve deste y de aquel lado
rompe, encuentra, tropella, hiere y mata
y los espesos tiros desbarata

el bárbaro esforzado de aquel modo
ardiendo en ira y de furor insano
cubierto de sudor, de sangre y lodo,
estaba solo en medio del pantano
resistiendo la furia y golpe todo
de los tiros que de una y otra mano
cubriendo el sol, sin número salían
y como tempestad sobre él llovían

(XXII, 38-39)

Pero hay pasajes que se apoyan en imágenes parciales de este mismo ámbito metafórico. En V, 20, al relatar los hechos valerosos de Diego Cano en la batalla de la cuesta de Andalicán se describe cómo se lanza sobre los araucanos

rompe por ellos y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano
y glorioso del bravo y alto hecho
al caballo picó a la diestra mano

texto que recuerda a Garcilaso, *Égloga I*, 20

que en vano su morir van dilatando

aplicado a los ejercicios cinegéticos del virrey de Nápoles.

La imagen cobra en Ercilla palpitante dimensión humana y, desde esta perspectiva, tiñe de frivolidad, sin duda injusta, el texto de Garcilaso. Pero el diálogo entre los dos textos permite la ecuación Diego Cano es a D. Pedro de Toledo como los

araucanos son a los ciervos; sin embargo, puede invertirse esta ecuación desde el ámbito existencial que Ercilla da a su texto; en efecto, en VI, 30, los ciervos de Garcilaso son los españoles ya vencidos:

mas contrastar a tantos no pudiendo
sin socorro, favor ni ayuda alguna
dilatando el morir les fue forzoso
volver a su camino trabajoso

A medida que avanza el poema, sin embargo, y cuando la voz poética se hace actora y Ercilla asume ambas funciones, el valor indígena adquiere más angustiosa urgencia, los enfrentamientos significan inexorablemente la derrota araucana. Ercilla reserva para sí el testimonio victorioso y nunca será testigo de la derrota española. La violencia se materializa en la crudeza del léxico descriptivo, en las acumulaciones nominales y verbales; el recuerdo garcilasiano se desprende de la inicial comparación cinegética y prestigia el melancólico esfuerzo inútil de batallas que eluden el triunfo aborigen:

Mas aunque de vivir desconfiaban
perdida de vencer ya la esperanza
el punto de la muerte dilataban
por morir con alguna más venganza

(XV, 39, 1-4)

Otro ejemplo lo ofrece el soneto II, en el que Garcilaso encarece la inclemencia de la amada

para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta una espada en un rendido

(vv. 7-8)

La lengua poética del amor visto como batalla, de ilustre tradición en la lírica europea, pasa en Ercilla a su campo semántico original y recupera una dimensión ausente en Garcilaso. La espada metafórica de la lírica se convierte en el vigoroso brazo araucano que practica su violencia sobre los españoles:

Flojos ya los caballos y encalmados
los bárbaros por pies los alcanzaban
y en los rendidos dueños derribados
la fuerza de los brazos ensayaban

(VI, 32, 1-4)

En el Canto X vuelve sobre el motivo de modo más directo y la metáfora bélica adquiere urgente referencialidad. Ya no se trata de la amada que hiere con la espada el desdén al rendido amante. Son las mujeres araucanas las que prueban en los españoles espadas verdaderas

prueban la flaca fuerza en los rendidos
y si cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras
que la mujer cruel, eslo de veras

(X, 7, 5-8)

El texto documenta algo más que las persistencias de un motivo garcilasiano; recuerda el duro encuentro por parte de los habitantes de América de esta arma terrible del conquistador y de su lento aprendizaje, no siempre eficaz¹⁷. Pero el motivo aún halla un último eco en *La Araucana* que, en parte, reescribe de modo dramático la expresión proverbial *a moro muerto, gran lanzada* ya citada por Herrera en sus *Anotaciones* al soneto de Garcilaso. En el Canto XIV, un español derribado por el “peso y movimiento” del cuerpo sin vida de Millapol, se lanza sobre el araucano en inútil lucha:

y encima del cadáver arrojado
de dar la muerte al muerto deseoso
recio por uno y por el otro lado
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso
hasta tanto que, ya desalentado,
se firma recatado y sospechoso,
y vio aquel que aferrado así tenía
vuelos los ojos y la cara fría.

La prueba del valor sobre el rendido adquiere aquí una variante límite que funciona también como antífrasis del proverbio, al tiempo que subraya el absurdo de la lucha mediante la acumulación de procedimientos intensificadores de significado. La paronomasia *muerte-muerto* fuerza la tensión hasta la paradoja y la futilidad de la acción queda destacada en las dos parejas de sinónimos *hiere-ofende* y *recatado-sospechoso*, ambas de valor encarecedor. En medio, *desalentado* 'fatigado' prepara la transición de la acción furiosa marcada por la primera pareja a la cautela y creciente inmovilidad que va de la sospecha al reconocimiento de las señales de la muerte en el rostro enemigo. Finalmente, la expresión adquiere la más alta jerarquía en el poema cuando Caupolicán, ya vencido, la usa en su arenga final, contra la fortuna, que pretende humillarlo con una muerte deshonrosa. Al jefe araucano

¹⁷ Cf. A. Salas, *Las armas de la Conquista*, Buenos Aires: Emecé, 1950, p. 182.

no le puede alcanzar mano del soldado español; sólo la diosa Fortuna puede ensayar sobre este vencido su fuerza¹⁸:

Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
maneras la fortuna en este día
acabar no podrá, que bruta mano
saque al gran general Caupolicano

(XXXIV, 26, 5-8)

Si los hechos bélicos del mundo inédito de América se adecuaban admirablemente a la tradición retórica de larga vigencia en Europa, otros elementos descriptivos exigían, precisamente por su carácter exótico, un proceso de adaptación. La tensión entre veracidad histórica y narración literariamente prestigiosa, debía encontrar un medio expresivo eficaz. No vacila, naturalmente, Ercilla, en el empleo de topónimos y antropónimos araucanos y quechuas, pero también se lanza a la invención fantástica, sobre todo para los nombres de personajes. En un texto que contiene extraordinaria riqueza de cultismos y latinismos: un texto, en verdad, de fundamental importancia para estudiar la evolución del lenguaje poético de los siglos áureos, las novedades del léxico clásico encuentran espacio común sin conflictos, con indigenismos y nuevas acepciones americanas del vocabulario común castellano.

De hecho, *La Araucana* inicia la tradición que recogerán otros poemas épicos de tema americano, de vocabularios al final del texto “porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser indios no se dejan entender”, como señala Ercilla en la *Declaración de algunas cosas de esta obra*.

En los 20.272 versos de la versión más extensa, encuentran cabida una docena y media de indigenismos a lo largo de las tres partes, si no tenemos en cuenta los nombres propios de personas, dioses aborígenes y lugares. Algunos suficientemente arraigados en el léxico como para que no aparezcan explicados en la *Declaración*. Ninguno de ellos es araucano; siete son quechuas y aimaras, lo que se explica porque el léxico del Perú ya tenía cierto arraigo entre los españoles; el resto son de origen caribe, centroamericano y mexicano. Alguno, como *tiburón* (XXXIII, 54, 5) aparece entre los ingredientes mágicos de Fitón, de origen clásico puesto que en su mayoría vienen de Lucano. El resto indica el arraigo del léxico del inicial contacto con América, que los españoles (y los indígenas del Caribe que viajaban con ellos) dispersaron por el continente. Alguno arraigó en el uso general, como *cacique* (el más frecuente en el poema) que halló especial aceptación en el vocabulario político; otro como *arcabuco*, halló recepción en Góngora. Las denominaciones de animales como en muchos casos, se universalizaron, como *alpaca*

¹⁸ Para el comentario sobre esta relación con Garcilaso, v. *Rlb* XL, 86 (1974), 119 y ss.

(XVI, 37, 3), *vicuña* (ibid.) y el mencionado *tiburón*. Esto es todo. En otros casos, Ercilla optó por adaptaciones y sustituyó los indigenismos por palabras del léxico castellano. Naturalmente, esto respondía a necesidades exclusivamente literarias. Desde el *Sumario* de Gonzalo Fernández de Oviedo de 1530, el interés por la realidad americana y la denominación de sus componentes ocupó el interés de los cronistas de Indias quienes, siguiendo el ejemplo de Plinio, mezclaron en sus narraciones lo histórico y lo natural, añadiéndolo al título. La historia era así para el propio Oviedo, “general y natural” o para Joseph de Acosta, “natural y moral”, por ejemplo.

Las necesidades de la épica, que no impedían, por lo demás mezclar palabras extranjeras o nuevas en el texto¹⁹, obligó a dar nombres castellanos, por ejemplo, a las armas indígenas

Las armas de ellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones
con otras puntas largas enastadas
en la facción y forma de punzones;
hachas, martillo, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

En esta enumeración para lectores españoles se intuye, detrás de la *maza barreada*, la temible *macana* y en los versos primeros de la octava las lanzas reciben especial atención porque precisamente el terreno escabroso y desigual hacía menos útil el caballo y la multitud de lanzas araucanas, las más largas que encontraron los conquistadores, impidieron el uso útil de las cabalgaduras²⁰. Precisamente porque las armas están consustanciadas con el género épico, Ercilla se referirá a la “espada” araucana como sinécdoque por *armas* (I, 50, 8), aunque no la conocieron los pobladores de América hasta la llegada de los españoles, como Garcilaso Inca llamará *troneras* a las fortificaciones indígenas desde las cuales se disparaban flechas afuera, aunque la palabra designaba los lugares donde estaba la artillería emplazada en las fortificaciones europeas. En otros casos, junto al nombre de animales de América, Ercilla usa equivalentes castellanos como en XVI, 37, 3:

pacos, vicuñas, tigres y leones

verso en que *jaguar* y *puma* que eran denominaciones sin duda conocidas por Ercilla, han sido remplazados respectivamente por *tigre* y *león*, más afines al léxi-

¹⁹ Cf. B. Weinberg, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance*, Chicago, 1974, I, 206.

²⁰ Ver A. Salas, *o.c.*, pp. 77 y ss.

co épico tradicional. El mismo procedimiento reaparece en la tercera parte, canto XXXVI, 15,7 cuando, entre los presentes que las "sencillas gentes" del Sur ofrecen a los expedicionarios se cuentan:

una lanuda oveja y dos vicuñas

en que la "lanuda oveja" debe referirse a la nativa *llama* que atrajo la atención de dibujantes y grabadores europeos desde muy temprano, y probablemente a ella también se refiera, dos estrofas más adelante, la mención de "la piel del carnero vedijosa" (XXXVI, 18,6).

La flora americana, que generó tantas espléndidas páginas en los cronistas, se desdibuja, necesariamente, en este texto bélico, que sólo admite la mención repetida de bejucos; una sola del *mangle* en contexto náutico y no paisajístico (XV, 75,3) y otra de la "frutilla coronada", que define una escena humorística de la expedición al Sur, hacia el final del poema:

que produce la murta virtuosa
y aunque agreste, montés, no sazónada
fue a tan buena sazón y tan sabrosa
que el celeste maná y ollas de Egipto
no movieran mejor nuestro apetito
(XXXV, 44)

El resto de las descripciones está consagrado a paisajes no referenciales y altamente estilizados que ubican las acciones de guerra (o relacionadas con ella) en el marco literario adecuado²¹. En cambio, una apropiada mención de la constelación del Crucero, la Cruz del Sur, traslada al hemisferio correspondiente el motivo clásico del paso de las horas (XX, 78,3).

El río Nibequetén, tributario del Biobío aparece en dos ocasiones con mención de su violento caudal:

De allí llegó al famoso Biobío
el cual divide a Penco del Estado
que del Nibequetén, copioso río,
y de otros viene el mar acompañado
(I, 62)

En la Segunda Parte vuelve Ercilla a citarlo en XXI, 32:

al gran Nibequetén, que su corriente
no deja a la pasada fuente y río
que todos no los traiga a Biobío.

²¹ Cf. Rosa Perelmuter-Pérez, "El paisaje idealizado en *La Araucana*", *HR* 54, 2 (1986), 129-146, especialmente p. 145.

Estas noticias, escuetas, dan, sin embargo, certera noticia de la aventura chilena al lector avisado. Ya P. de Valdivia en carta del 15 de octubre de 1550 señalaba este río como "de dos tiros de arcabuz en ancho, que iba muy lento y sesgo y daba a los estribos a los caballos" y Mariño de Lobera (l. I, p. 3, cap. 38) advierte en su *Crónica del Reino de Chile* que el cruce de los ríos de Chile se puede tener "por una de las mejores", si se compara con otras "hazañas memorables"..., "porque según vemos en las historias, se cuenta en ellas por gran cosa haber algunos ejércitos pasados tal y cual río, que, en comparación de los que hay en Indias, son pequeños arroyos"²². El paisaje inédito y de variedad inverosímil habrá que buscarlo en otros textos.

Ercilla dedicará a otro paisaje, al paisaje humano, sus mejores esfuerzos literarios y de ellos surgirá, como dijimos al principio, la estampa guerrera que acompaña hasta hoy la imagen de los araucanos, sin duda construida en la intensa experiencia personal, pero también por las exigencias retóricas del poema épico. Cuando se mencionan las exigencias retóricas, no se hace para negar estatura heroica a los araucanos y establecer o reestablecer una supuesta veracidad histórica opuesta a esta imagen. Este tipo de consideración tiene toda la apariencia de una trillada actitud paternalista que hace poca justicia al notable esfuerzo de objetividad que Ercilla trata de transmitir. Se trata, en cambio, de analizar, desde nuestro tiempo, los elementos que exige el género en que este texto se inscribe y su libre recreación en *La Araucana*; en otras palabras, el necesario homenaje a la tradición clásica y renacentista de la épica, recorre todo el poema y la comparten los personajes españoles y araucanos por igual. Si la partida de catorce españoles del fuerte de Penco, bajo las súplicas y las miradas ansiosas de sus mujeres responde al ilustre modelo virgiliano y a una compleja red de cambios y adaptaciones (IV, 87, 5-6) y si Villagrán repite las palabras de César al cruzar el Rubicón (IV, 94, 6), el araucano Rengo se transforma en Heracles, vencedor de Anteo, cuando triunfa sobre su rival Cayegúan alzándolo en el aire (X, 39).

Si hay que comparar a Lautaro con otros héroes por su valor, las figuras de los guerreros romanos invocadas no alcanzan la dimensión del jefe araucano (III, 42-43), y se reescribe la polémica de antiguos y modernos con nuevos casos nunca antes conocidos. El motivo clásico de la descripción de armaduras y revista de las tropas, permite rehacer en tierras americanas, para la coraza de Gualemo (XXI, 38, 8), el célebre mito del delfín enamorado de augusta tradición greco-latina.

Ambos bandos son protagonistas de escenas de punzante realismo que recuerdan las sangrientas imágenes de Lucano. Ambos bandos comparten las crueldades de todas las guerras históricas: el saco de Concepción por los araucanos (Canto VII) recibe el mismo rigor descriptivo que el de San Quintín (Canto XVIII) por las tropas españolas en Francia. Lautaro castiga a sus soldados (VII, 41, 2) con el mismo suplicio con que Caupolicán será ajusticiado.

²² Cf. BAE, t. CXXX, p. 319a.

Pero si los paralelismos parecen tener apoyo documental en la inacabada rebelión de los indígenas, hay recursos expresivos de clara estirpe literaria. La lucha como *juego* (V, 6, 2), como *danza* (II, 22, 2), como *fiesta* (XXVIII, 70, 1), como *partido* (XXIV, 65, 4), entre otros sinónimos festivos, es recurso que viene de Ariosto, y que la voz poética utiliza con ironía (IV, 5, 8); a su vez, la particular óptica del poema dota de especial humor, en medio del peligro, a Lautaro, el jefe araucano, quien se complace en asustar "con una baraúnda y vocería" a su propio bando, al que toma por sorpresa (VIII, 9-10) o con un caballo alborotado al campo español (XI, 48-52).

Finalmente, el propio pasado legendario español permite ilustrar mejor el valor araucano en Millarapué. Cuando los españoles ajustician a doce caciques

quedando por ejemplo y escarmiento
colgados de los árboles al viento.
(XXVI, 22, 7-8)

La escena se cierra con una imagen que asocia y resemantiza hábilmente la popularizada por el romancero de los siete infantes de Lara²³. En efecto, cuando se han ahorcado por su propia mano los caciques, la voz poética comenta:

y los robustos robles desta prueba
llevaron aquel año fruta nueva
(XXVI, 37, 7-8)

que recuerda en los lectores españoles la exclamación "Ay, fruta temprana" de Gustios cuando descubre en una fuente las siete cabezas de sus jóvenes hijos. De esta manera, parece justo concluir que Ercilla completa literariamente el mito araucano. Sabe, sin embargo, que la realidad de los hechos obliga a dejar el poema abierto, pues la rebelión está lejos de haberse acabado (XXXVI, 43). En verdad, a medida que el poema avanza, a medida que los recuerdos de América se hacen más lejanos o el tiempo de la escritura se separa más del de la historia, el rechazo de la violencia de los jefes españoles es más claro y la ambigüedad de la voz narrativa ante la falta de clemencia es más intensa. Precisamente, estos rasgos de solidaridad son los que han llamado más la atención de la crítica contemporánea. Desde nuestro tiempo, que ha visto la desaparición de las últimas formas de los imperios modernos, la voz de Ercilla tiene peculiar atractivo. La polisemia intensa de este texto, con tantas tradiciones literarias ricamente superpuestas, permite explicaciones parciales que si no nos devuelven el poema en su contexto, al menos aclaran

²³ Cf. BAE, t. X, p. 450, n.º 681. "Presenta Almanzor a Gustios las cabezas de sus hijos." No solamente al romancero acude Ercilla para definir a los araucanos; hay, a mi parecer, claras reminiscencias de las novelas de caballerías en la descripción del desafío de Lautaro y Marco Veaz (XII, 20) y en el juramento de Lautaro (XII, 40-41).

por qué sigue interesando. La glorificación de los poderosos ha ido cediendo, en estas postmodernidades culturales, a la exaltación de los indefensos y al redescubrimiento de lo menor o lo secundario; la misión contestataria del intelectual y del artista se inclina a estas orientaciones que no carecen de prestigiosos antecedentes.

Mientras tanto, no está de más recordar, o volver a recordar, que el poema de Ercilla se propuso, y consiguió, dar una indeleble voz poética a la glorificación del poder imperial. En esta tarea no sólo hizo de su monarca un nuevo Augusto y de España una nueva Roma; también elevó a estatura heroica a los habitantes naturales de Chile, les dio factura literaria que determinó su lugar en la historia y los dotó de una gloria que no ha conocido hasta hoy la penumbra del olvido.

ISAÍAS LERNER
Graduate School, CUNY

LA “MARAVILLA” DE LAS INDIAS

El término *maravilla*, unido a *admiración*, es muy frecuente en las primeras descripciones de las Indias Occidentales y suele utilizarse para referirse a lo que sintieron los europeos ante la experiencia de un Mundo Nuevo. Según Cobarrubias, *maravillarse* “es admirarse viendo los efectos e ignorando las causas”, y *admirarse* “es pasmarse y espantarse de algún efecto que ve extraordinario, cuya causa ignora”. Lo primero que se desprende de estas definiciones es que la raíz *mir* (*miror*, *mirari*) implica algo visual.

Las maravillas de las Indias son vistas por testigos oculares, incluso los que escriben por relación, acuden a su testimonio cuando lo relatado pueda juzgarse increíble. Ante la futura América, los primeros viajeros vieron y contaron lo que esperaban: la maravilla de las Indias. Como señala Olschki,

“Scoprire non significaba soltanto trovare delle cose nuove, ma in primo luogo riconoscere nella realtà ciò che l'immaginazione e una fe tradizionale davano per esistente. Veder realizzate queste meraviglie era una conquista dello spirito non meno importante dei successi utilitari delle imprese.”²

Es bien sabido que el Nuevo Mundo fue descrito en términos del Viejo y percibido a través de la literatura y del mito. Las nuevas imágenes fueron adaptadas, alteradas pero no cambiaron fundamentalmente la idea del mundo, como lo demuestran tanto los testimonios escritos como los mapas. Se ha señalado repetidamente la incapacidad para describir y dar cuenta de las características del Nuevo Mundo, a pesar de los esfuerzos y su tardía incorporación al Viejo. Además, como apunta Elliott:

¹ Sebastián de Cobarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Turner, 1977.

² Leonardo Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche. Studi e ricerche*. Firenze, Leo S. Olschki Editore, 1937, p. 21.

"incluso cuando los europeos tenían el deseo de mirar y los ojos bien dispuestos para ver, no existen garantías de que la imagen que se presentaba ante ellos —ya fuera de personas o de lugares— respondiese necesariamente a la realidad. Los determinantes de esta visión eran la tradición, la experiencia y la curiosidad."³

No hay que olvidar la originaria confusión entre América y el fabuloso Catay, visitado por Marco Polo hizo que en un principio las nuevas tierras fueran consideradas a luz de sus observaciones. Como indica Le Goff, el océano Índico era "en la mentalidad medieval un receptáculo de sueños, de mitos, de leyendas. El océano Índico es el mundo encerrado del exotismo onírico del occidente medieval, el *hortus conclusus* de un Paraíso mezclado de arrebatos y pesadillas"⁴. No es necesario insistir en la influencia del libro de Marco Polo en Colón, así como en su búsqueda de Cipango, que cree identificar en Cuba, donde encontrará los pueblos sometidos al Gran Can, llenos de turbadoras riquezas y prodigios. Andrés Bernaldez insistirá en la autoridad de Juan de Mandeville, al hablar del primer viaje colombino y cómo su lectura le llevó en más de una ocasión a modificar sus planes⁵. Hernando Colón hablando de las causas que movieron a su padre al descubrimiento de las Indias, enumera tres: los "fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes". En el capítulo siguiente, al enumerar las autoridades, encontramos a Marco Polo y a Juan de Mandevilla⁶. También Vespucci llegó a la conclusión de que estaba en los confines de Asia, en tierra firme, ya que la tierra descubierta estaba llena de animales que no se encuentran en islas. El primer sueño hindú, lo maravilloso oriental, es el de un mundo de riqueza, vinculado estrechamente a las islas afortunadas y al tema del paraíso; a él se une el de la exuberancia fantástica, que lo poblará de hombres, animales y plantas fantásticos; a la vez que un mundo de habitantes con costumbres diferentes planteará también el problema del "bárbaro", del "salvaje", del otro⁷.

³ John Elliot, *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1984, p. 33. Véase David B. Quinn, "New geographical horizons: Literature", en Fredi Chiapelli, *First Images of America. The impact of New World on the Old*, Berkeley, University of California Press, 1976, II, pp. 635-658.

⁴ Jacques Le Goff, "El Occidente medieval y el Océano Índico: un horizonte onírico", en *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*, Madrid, Taurus, 1983, p. 266.

⁵ Sólo dos ejemplos: "E el almirante quisiera pasar al austro e dexar estas islas a la mano derecha; mas acordándose aver leído toda aquella mar es así llena de islas, e de Mandevilla dize que en las Indias ay más de cinco mill islas, determinó de andar adelante e seguir e non dexar la vista de la tierra firme de la Juana, e día se hizo anotar e contar ciento e setenta e cuatro islas". Hablando de Catay explica que "segund dize Juan de Mandevilla e otros que la vieron, que es la más rica provincia del mundo, e la más abundosa de oro e plata e de todos los metales, e seda e paños e misiones e frutas e ganados; en la cual sabía en todas las artes e caballerías, e della se escriven maravillas, segund cuenta el dicho Juan de Mandevilla, que lo andovo e lo vido, e bivió con el Grand Can algund tiempo". Andrés Bernaldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, ed. y est. de Manuel Gómez y Juan de M. Carriazo, Madrid, Real Academia de la Historia, 1962, pp. 270 y 308.

⁶ Hernando Colón, *Historia del Almirante*, ed. de Luis Arranz, Madrid, Historia 16, 1984, pp. 62 y 65.

⁷ Véase Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París, Seuil, 1982 y J. Moillar de Jourdin, "L'alterité, découverte des découvertes", en *Voyager à la Renaissance*, ed. de Jean Ceard y Jean-Claude Margolin, París, Editions Maisonneuve et Larose, 1987, pp. 305-316.

La cuestión que se plantea es la de la semejanza y la diversidad. Por una parte, a los primeros viajeros se les plantea del problema de la descripción, estudiado por Cioranescu⁸. Un primer acercamiento es asimilarlo a lo conocido, dentro de un implícito europeocentrismo, criticado tempranamente por Montaigne⁹. Así, decir que en una población de los indios de Boriquén había “bellísimas labores de verdura, como en los jardines de Valencia”, comparar las edificaciones en el agua con Venecia, al prefecto del segundo viaje de Colón con Moisés, suponer que la no coincidencia de los nombres antiguos con los oídos se debe a que los han cambiado, las continuas referencias del Almirante a la primavera andaluza, de Cortés y Bernal Díaz a Castilla, el aludir a los grandes caudales de América del Sur como al Danubio, y un largo etcétera, supone un modo de acercamiento a lo desconocido, pero también un intento de asimilación, de forma que lo exótico se hace familiar.

Como indica Gerbi, muy otra es la postura de la diversidad, la extrañeza, que postula un mundo más allá del conocido y por lo tanto, el problema de las posibles relaciones entre ambos. Esta actitud es la decisiva para captar la nueva realidad¹⁰. Es sobre todo de la extrañeza ante lo desconocido de donde procede la maravilla, pero ya Marco Polo había insistido en que en las indias “ay muy estraña gente e más estraños animales¹¹”. Colón insistirá en la admiración que produce la maravillosa diversidad; sólo un ejemplo:

“Y afirma no encareçello la çentéssima parte de lo que es, y que plugo a Nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra, y siempre en lo que hasta allí avía descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas y yerbas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera, y así en un lugar como en otro, o mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dize que, cuando el que lo vee le es tan grande admiración, cuánto más será a quien lo oyere, y que nadie podrá creer si no lo viere¹².”

En Pedro Mártir se convierte en un tópico lo maravillosamente diferente entre lo que es semejante y Walter Raleigh insiste, aun a riesgo de cansar en la maravillosa extrañeza de la naturaleza americana¹³.

⁸ Alejandro Cioranescu, *Colón humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Madrid, Prensa Española, 1967.

⁹ “Or se trouve, pour revenir à mon propos, qu'il n'y a rien de barbare et de sauvage en cette nation, à ce qu'on m'en rapporté, sinon que chacun appelle barbarie ce qui n'est pas de son usage; comme de vray, il semble que nous n'avons autre mire”, Michel de Montaigne, “Des cannibales”, *Essais. Livre I*, París, Garnier-Flammarion, 1969, p. 254.

¹⁰ Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México, FCE, 1978, pp. 17-20.

¹¹ *El libro de Marco Polo de Rodrigo de Santaella*, ed. de Juan Gil, Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 257.

¹² Cristóbal Colón, *Textos y documentos completos*, ed. de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Universidad, 1982, p. 64.

¹³ “Aunque reconozco que la reiteración puede hacer el relato pesado y vulgar, repito que vimos en

Los primeros viajeros y cronistas del Nuevo Mundo acogieron en sus testimonios tanto las maravillas contempladas por sus propios ojos como oídas de labios de supuestos testigos. Ya en el prólogo Marco Polo muestra su intención de dar cuenta de las "cosas grandes e maravillosas del mundo" que contemplo en sus viajes y lo que supo por relación de hombres sabios y dignos de fe. Por ello "lo que vide cuento como de vista, e lo que supe por otros, como de oída, porque toda la narración es fiel y verdadera, ca mi intención es no escrevir cosa que no sea muy cierta". Lo mismo encontramos en Juan de Mandeville, que escribió "como mejor pude aquellas cosas que vi y oí por las tierras por donde anduve"¹⁴. No es necesario insistir en que nuestros viajeros van a repetir lo mismo y se presenta la antigua discusión entre los testigos oculares y los que escriben por relación, puesta claramente de manifiesto en la actitud de un Bernal Díaz o un Gonzalo Fernández de Oviedo, por citar los casos más conocidos¹⁵. La sátira de Rabelais dirigida contra los que escriben de oídas sobre las maravillas de un mundo por el que no han viajado es un episodio bien conocido. Oír decir es una especie de monstruo con siete lenguas, ciego y parálítico que da cuenta de lo que de ningún modo pudo alcanzar a ver. Entre los que escuchan y toman afanosamente notas están Herodoto, Plinio, Estrabón, y otros antiguos, pero también están Marco Polo y Pierre Testemoing, identificado con Pedro Mártir de Anglería, "y no sé cuántos otros historiadores modernos escondidos detrás de una pieza de tapicería, escribiendo en secreto hermosas mentiras; y todo por Oírdecir"¹⁶.

Buena parte de lo que vieron y oyeron Marco Polo y Juan de Mandeville va a ser comprobado en las islas nuevamente descubiertas. No hay que olvidar que a toda la tradición de las islas legendarias del Atlántico se unen las del Índico, y está estrechamente relacionada con la búsqueda del Paraíso Terrenal, tema que obsesionó a Colón¹⁷. Al referirse Hernando Colón a las dudas de su padre sobre las informaciones de Antonio Leme, alude que quizá las islas de las que le hablaban eran las de San Brandán, en las cuales "se refiere haberse visto muchas maravillas"¹⁸.

aquellos parajes unos colores y unas formas tan raras como no se encuentran en ningún otro lugar. Por lo menos, de acuerdo con los conocimientos que yo tengo, proporcionados por lo mucho que he visto y leído". Walter Raleigh, *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guyana...*, en Demetrio Ramos Pérez, *El mito de El Dorado. Su génesis y proceso*. Caracas, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1973, p. 579.

¹⁴ M. Polo, *ob. cit.*, p. 187. Juan de Mandavila, *Libro de las maravillas del mundo*, intr. de Gonzalo Santoja, Madrid, Visor, 1984.

¹⁵ Véase François Hartog, "El ojo del historiador y la voz de la historia", en T. Todorov y otros, *Cruce de culturas y mestizaje cultural*. Madrid, Júcar Universidad, 1988, pp. 71-90; Víctor Frankl, *El "Antijovio" de González Jiménez de Quesada y las concepciones de la realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1963.

¹⁶ François Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel*, en *Maestros franceses*, int. de M.ª del Pilar Palomo, Barcelona, Planeta, 1974, p. 1.034.

¹⁷ Véase Louis-André Vigneras, "La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico", *Cuadernos Colombrinos*, 6 (1976), pp. 9-71.

¹⁸ H. Colón, *ob. cit.*, p. 73.

Los testimonios podrían multiplicarse, baste indicar que habitualmente lo extraordinario va a residir en tierras insulares, no en el continente, aunque a él pasen algunos de los mitos y realidades más persistentes, como los caníbales y las Amazonas.

Las llamadas singularidades de las Indias por Thevet nos llevan a un universo donde importa menos distinguir lo verdadero de lo falso que abrir la imaginación a nuevas posibilidades. Aunque no con tanta frecuencia como parecería a primera vista, encontramos una serie de informaciones inéditas sobre la fauna, la flora, el clima, la hidrografía y los pueblos de estas tierras nuevamente descubiertas.

Los viajeros debían referirse a los aspectos de la naturaleza de las tierras que visitaban, describiendo como pudieran las novedades. Es bien conocido que desde Colón se consideró a América como pobre en fauna pero exuberante en flora, y como la eterna primavera que Colón imagina se relacionará casi inmediatamente con el mito de la búsqueda del Paraíso Terrenal, al igual que ocurre en Vespucci¹⁹.

Si consideramos el paisaje, aunque sea brevemente, vemos que los primeros observadores dan cuenta al lado de su maravillosa amenidad, de algunas cualidades extraordinarias que causan admiración. Uno de los aspectos más ponderados son las aguas, que pueden tener propiedades notables. Hernando Colón habla de que en el segundo viaje, su padre encontró un mar “blanco como la leche, que causó mucho asombro, siendo como era el agua muy espesa”, a cuatro leguas de él, “llegó a otro que era negro como la tinta²⁰”. El mismo Almirante y otros compañeros fidedignos dieron cuenta a Pedro Mártir, de que en el tercer viaje navegaron más de veintiséis leguas siempre por aguas dulces, y cuanto más avanzaban, más dulces eran²¹. Era lógico que uno de los aspectos que más impresionaron fuera, ya en tierra firme, la grandeza de los ríos, incomparablemente mayores a los conocidos. Tanta es su admiración, que Mártir de Anglería se ve obligado a justificarla:

“No faltará, tal vez, quien se admire de que yo me haya admirado tanto, y se burle de mí diciendo ¡Mire lo que cuenta como un portento, que hay en aquellas regiones ríos muy grandes!”. Al hablar del Marañón, mucho mayor que el Danubio, concluye: “¿Quién quitará a la naturaleza que pueda formar este río más grande que aquél?”²²

No hay que dejar de tener presente que el descubrimiento de los grandes ríos americanos contribuyó enormemente a la localización en el Nuevo Mundo del

¹⁹ Amerigo Vespucci, *Cartas de viaje*, int. y notas de Luciano Formisano, Madrid, Alianza, 1986, p. 53. Véase Olschki, *ob. cit.*, pp. 11-21; Gerbi, *ob. cit.*, pp. 24-36; Mary B. Campbell, “The end of the East: Columbus discovers Paradise”, en *The witness and the other world. Exotic european travel writing, 400-1600*, Ithaca & London, Cornell University Press, 1988, pp. 165-209; Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento. 1. Colón y su tiempo*, Madrid, Alianza Universidad, 1989, pp. 24-28.

²⁰ H. Colón, *ob. cit.*, p. 191.

²¹ Pedro Mártir de Anglería: *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944, p. 67.

²² *Ibid.*, pp. 187 y 92.

Paraíso Terrenal, y esta argumentación culminará en el tratado de Antonio de León Pinelo, al identificar los grandes ríos sudamericanos con los del Paraíso, como antes se había hecho con el Indo, el Ganges, el Tigris y el Éufrates.

En cuanto a las fuentes, no es este lugar para tratar de la más famosa, la de la juventud y las noticias que nos dan de ella Pedro Mártir y Antonio de Herrera²³. Pero también existen otros manantiales con aguas de propiedades curativas o de los que brotan aguas que "en la superficie son dulces; las del medio medio dulces, medio saladas; las de lo hondo saladas o amargas" o una fuente en la isla de Cuba de la que mana pez, y de la que da cuenta también Torquemada²⁴.

La flora planteó problemas de identificación al encontrar plantas desconocidas e intentar asimilarlas a las conocidas, en especial los árboles de especiería, o, reconocida la novedad, dar cuenta de la extraordinaria diversidad. Muchas veces en lugar de intentar la descripción se acude simplemente a la maravilla de la grandeza y verdura de la nueva vegetación. Baste un caso. El Dr. Álvarez Chanca, dice de La Marigalante: "En esta isla avía tanta espesura de arboledas que hera maravilla, e tanta diferencia de árboles no conocidos que hera para espantar, d'ellos con fruto, d'ellos con flor, ansí que todo hera verde²⁵."

La exuberancia de la flora sume a los que la contemplan en la "más profunda admiración", que lleva consigo en la mayoría de las ocasiones al silencio admirativo. Pero además, los árboles pueden tener propiedades maravillosas, como el "jaruma" de las Lucayas, que según Pedro Mártir, sus hojas tienen la cualidad de sanar heridas tan graves como miembros cercenados; las manzanas dulces que al comerlas se convierten en gusanos, o el árbol de sombra mortífera²⁶. En líneas generales, en un primer momento se insiste en la fertilidad de las tierras, aspecto que cambiará radicalmente al adentrarse en algunas zonas de tierra firme. Recordemos el hambre pasado por un Alvar Núñez Cabeza de Vaca o un Ulrico Schmidel. A pesar de ello, la imagen que perdurará en la mente de los europeos es la de la cornucopia americana.

En cuanto a la fauna, solamente consideramos los animales monstruosos²⁷. El punto de partida ha de ser necesariamente Colón. En la India es sabido que se crían los mayores animales del mundo (el elefante, el rinoceronte, el tigre) que no aparecen por ninguna parte. El Almirante sólo vio papagayos y perros incapaces de ladrar, y una serpiente extraña, la iguana, en ninguna manera tan pavorosa como

²³ Véase Leonardo Olschki, "Ponce de León's fountain of youth: History of a geographical myth", *The Hispanic American Historical Review*, XXI, 3 (1941), pp. 361-385; Juan Gil, *ob. cit.*, pp. 251-282.

²⁴ P. Mártir, *ob. cit.*, pp. 276 y 539; Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, ed. de G. Allegra, Madrid, Castalia, 1982, p. 200.

²⁵ Juan Gil y Consuelo Varela, eds. *Cartas particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, Alianza Universidad, 1984, p. 157.

²⁶ P. Mártir, *ob. cit.*, pp. 499 y 120-121.

²⁷ Véase Rudolf Wittkower, "Marvels of the East: a study in the history of monsters", en *Allegory and the migration of symbols*, London, Thames and Hudson, 1987, pp. 46-74.

las descritas por Marco Polo. En el cuarto viaje vio a una animalia, que “se parece a un gato paúl, salvo que es mucho más grande y el rostro de hombre”. Fugazmente aparecen los grifos. Hernando Colón al hablar de unos indios vistos en el cuarto viaje colombino, que habitaban en los árboles da dos razones para ello: el miedo a los enemigos o “a los grifos que hay en aquel país”. Andrés Bernáldez cuenta que en una playa “fallaron rastro de bestias grandísimas de cinco uñas, cosa espantable, e juzgaron que fuesen grifos²⁸”. De la existencia de arpías da cuenta Pedro Mártir, en la Década séptima. “Monstruo portentoso” denomina al descrito por unos innominados testigos. Una terrible tempestad llevó a la región de Camará “dos aves, casi iguales a las decantadas arpías de los poetas, como que tenían de doncella la cara, barba, boca, nariz, los dientes, las claras cejas, los venerables ojos y el aspecto”. Con ingenio, lograron librarse de esta plaga los habitantes dabaibenses de Camará²⁹. Antonio de León Pinelo, al hablar de las aves del Nuevo Mundo, recoge íntegro el relato de Pedro Mártir y añade inmediatamente después la Manucodiata, o Ave del Parayso, tanto o más peregrina que las arpías y de no menos conocido abolengo. Como es sabido, la característica más peculiar de esta ave es parece que carece de patas. De ella también hablan Antonio de Herrera y Antonio de Torquemada. Thevet en sus singularidades de las Indias hablará de una bestia que vive del viento.

Mientras la tierra sólo ofrece especies semejantes a las del Viejo Mundo, o se indica simplemente como Marco Polo que “hay muchos e diversos e estraños animales de ver³⁰” insistiendo en la escasez de su fauna, el mar en cambio será receptáculo de mayores prodigios. Tradicionales habitantes de los mares son las sirenas y los tritones. Es muy conocido que Colón fue el primero en hallar tres sirenas “pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara³¹”. Tales “serenas” ya habían sido vistas por el Almirante en la costa de Guinea, así que no se trata de un prodigio. Pedro Mártir en alguna ocasión alude a una de las características clásicas de estos seres mixtos: el canto armonioso que adormece. Para justificar su existencia, además de insistir como es habitual en él en el poder de la naturaleza y en que el testimonio es de “hombres formales”, acude a la presencia secular de sirenas y tritones en los mares; además, si la rana canta debajo del agua, “¿Pues que extraño será que se hallen también otros peces con voz, que nunca se hubiesen oído antes? Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la naturaleza puede hacer cosas admirables³²”. En otro lugar alude a la existencia de estas supuestas sirenas en el Cantábrico que cantan cuando están en celo.

²⁸ H. Colón, *ob. cit.*, p. 310; A. Bernáldez, *ob. cit.*, p. 321.

²⁹ P. Mártir, *ob. cit.*, p. 563.

³⁰ M. Polo, *ob. cit.*, p. 257.

³¹ C. Colón, *ob. cit.*, pp. 111-112.

³² P. Mártir, *ob. cit.*, p. 453. Véase Edmond Faral, “La queue de poisson des sirènes”, *Romania*, LXXIV (1953), pp. 433-506.

Más interesantes, entre los grandes monstruos que crían esos mares, resultan los llamados por Mártir de Anglería tritones. Estos monstruos marinos suelen tener la cara y torso como los hombres, cubiertos de pelo, y la cola de pez. Tienen una fuerza enorme y pueden hacer naufragar los barcos con un solo golpe. Sólo un ejemplo:

"... [los españoles] declararon haber visto una cabeza humana con pelo, barba poblada y brazos. Mientras lo miraban en silencio, el monstruo admirado iba nadando a la vista de la nave. Dando gritos despertaron a sus compañeros, y al oír las voces el monstruo se espantó y se zambulló, dejó ver que la parte del cuerpo cubierta bajo el agua terminaba en pez, habiéndose visto la cola, con cuya sacudida enturbió el agua del sitio aquel estando el mar tranquilo. Nos parece que serán los Tritones que la antigua fábula llama los hijos de Neptuno."

Léry da cuenta de monstruos semejantes, que de igual modo asimila a sirenas y tritones³³. Por otra parte, estos nuevos tritones suelen raptar tanto a los hombres como a mujeres que están en la orilla. El tema es clásico. Antonio de Torquemada, citando a Pedro Mexía, nos cuenta como en el Epiro había un hombre marino que, escondido, esperaba a las mujeres que iban por agua y cuando alguna se encontraba sola, la arrebatada, llevándola al mar, para forzarla³⁴. Un caso semejante recoge León Pinelo. En las costas del Brasil, un singular y peregrino monstruo marino, intentó raptar a una india; después de una gran pelea, fue vencido por un aguerrido mancebo. "Era este fiero Animal de quince palmos de largo, el cuerpo sembrado de pelos, y en el hocico cerdas muy grandes como barbas³⁵". En lugar de describirlo, Pinelo reproduce una estampa. Allí vemos un animal enorme con cuerpo de pez, torso y brazos humanos, manos como garras y cabeza entre humana y bestial. Evidentemente, lo anterior trae el recuerdo de Ercilla. El episodio del padre de Gualemo tiene un evidente origen caballeresco, pero también rinde tributo a las maravillas encontradas en el Nuevo Mundo. Alonso de Ercilla se limita a decir que un caballo marino trató de raptar a la madre de Gualemo y alude a su "gran cuerpo" y "dura cola". La piel con la que irá cubierto Gualemo era "dura y pelosa"³⁶. Igualmente hizo Vicente Espinel en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*. El doctor Sagredo cuenta como un monstruo marino intentó raptarlo. En la terrible pelea que sostuvieron ambos quedaron muertos³⁷.

³³ P. Mártir, *ob. cit.*, p. 605; Jean de Léry, *Historie d'un voyage fait en la terre du Brésil*, intr. de Jean-Claude Morisot, Genève, Droz, 1975, p. 169.

³⁴ A. de Torquemada, *ob. cit.*, p. 174.

³⁵ Antonio de León Pinelo, *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, ed. de Raúl Porras Barrenechea, Lima, Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas, 1943, II, p. 15.

³⁶ Alonso de Ercilla, *La araucana*, ed. de Marcos A. Morfínigo e Isafas Lerner, Madrid, Castalia, 1979, II, pp. 114-115.

³⁷ Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, ed. de M.^a Soledad Carrasco, Madrid, Castalia, 1972, II, p. 242.

Las Indias también estaban pobladas de hombres de naturaleza monstruosa, como lo habían certificado Marco Polo y Juan de Mandeville entre otros. Los monstruos tanto míticos como “reales”, desempeñaron un papel esencial en el pensamiento antiguo, desde los centauros o las sirenas, hasta los hombres con un solo pie o con cabeza de perro, y pasaron sin ninguna dificultad a la Edad Media. Como señala Hale, ningún viajero los veía en realidad, pero los monstruos muy divulgados en la Edad Media, ejercieron una influencia extraordinaria sobre la imaginación de los viajeros³⁸. Todos conocemos la decepción de Colón al no encontrar monstruos en las tierras recién descubiertas. El viajero veneciano había hallado, entre otros, hombres con plumas en la parte secreta, de cinocéfalos antropófagos que tienen la “cabeça como canes mastines grandes e tienen también hombres e mugeres dientes de perro”³⁹, lo mismo que Mandeville, que encontró también gigantes, pigmeos, monóculos, esciápodos, orejones, etc. Colón en su primer viaje oyó decir que lejos de donde se encontraban “avía hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bevían la sangre y le cortaban su natura”. Un poco más adelante, los pacíficos taínos le hablan de los feroces habitantes de Caniba o Canima, “y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro”. El Almirante creía que mentía, que en realidad se estaban refiriendo a los súbditos del Gran Can, como su mismo nombre indicaba⁴⁰. Como podemos comprobar, aquí una vez más Colón está muy cerca de Marco Polo.

En la difundidísima carta a Santángel, Colón notifica que en una isla mayor que La Española, “las personas no tienen ningún cabello” y que en dos provincias que todavía no conoce, en la de Auan “nasen la gente con colas”⁴¹. Andrés Bernáldez duda que se trate de esa provincia, puesto que en un mapamundi que vio no estaban allí. Más adelante, alude a Magón, donde como señaló Mandeville hay hombres con rabo. Aunque dude de la existencia de tales criaturas, un poco más adelante intenta una explicación: estos hombres van vestidos, al contrario que el resto, “porque tienen colas, por cobijar aquella fealdad”⁴². Pedro Mártir da cuenta de lo que creían unos indios acerca de sus antepasados; aquí se mezcla el hombre caudado con el monstruo marino, ya que tenían escamas. La cola era rígida como la de los peces o los cocodrilos, no móvil como la de los cuadrúpedos; por esta razón “cuando querían sentarse, empleaban asientos con agujeros, o a falta de ellos, excavando en el suelo hasta hacer un hoyo de un palmo o poco más, tenían que meter la cola para descansar”⁴³.

³⁸ John Hale, “Un mundo en otra parte: Horizontes geográficos y horizontes intelectuales”, en *La época del Renacimiento*, dirigido por D. Hay, Barcelona, Labor, 1969, pp. 317-343.

³⁹ M. Polo, *ob. cit.*, pp. 252-253.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴⁰ C. Colón, *ob. cit.*, pp. 51 y 65.

⁴² A. Bernáldez, *ob. cit.*, p. 368.

⁴³ P. Mártir, *ob. cit.*, p. 508.

Antes de pasar a enumerar los monstruos de la India Oriental y Occidental, Antonio de Torquemada, insiste en que nadie los ha visto: "no vemos ni que en la India mayor, que los de la nación portuguesa han conquistado, ni en lo de las Indias Occidentales, se hayan hallado monstruos ningunos", aunque lo digan los escritores. A pesar de ello ofrece un buen muestrario de los monstruos de la India, en los que reconocemos a Mandevilla. Más adelante, Torquemada, acude a la autoridad de Antonio Pigaffeta, al hablar de unos pigmeos que vivían en una isla del Pacífico, cercana al Estrecho, que "tenían las orejas tan grandes como todo el cuerpo, y que sobre la una se echaban y con la otra se cubrían, y que eran velocísimos en el correr", aunque el italiano nunca los vio⁴⁴.

El capítulo de "El Paraíso en el Nuevo Mundo" dedicado a "naciones peregrinas y monstruos humanos de las Indias", es un buen muestrario teratológico. León Pinelo recoge diversas noticias sobre las "calidades peregrinas" de algunos de los habitantes. La mayoría de los autores evocando sobre todo a Plinio, han merecido la credibilidad de gente tan notable como con el padre Juan Eusebio Nieremberg. Además de los casos ya vistos, encontramos a los naturales de Nuevo México, que duermen bajo el agua, sobre un pie, sobre árboles, o que se sustentan del aroma de las flores y frutos por carecer de boca, como los descritos por Mandeville, y que recoge también Torquemada. También nos informa de la existencia de hombres con dos caras, siameses, hermafroditas, los que tienen los pies vueltos al revés a veces asimilados a los antípodas, etc. Y no podían faltar los ewaipanomas descritos y nunca vistos por Raleigh. En la Guyana hay hombres "que no tienen cabeza sobre los hombros, sino en el pecho, y la boca más abajo: Los cabellos en los hombres pendientes a las espaldas", descripción que concuerda con la de Mandeville⁴⁵. Al final del capítulo, León Pinelo muestra su escepticismo. Él nunca ha visto tales monstruos en las Indias y todos los que hablan de ellos lo hacen por relación, "y assí pase por curioso lo escripto ya que no por verdadero". A pesar de todas las cautelas, parece que tanto el primer cronista oficial como Pinelo mantienen una postura cercana a la expuesta por Thevet: "Je ne veux du tout nier les monstres qui se font autre le dessein de nature, aprouvez par les philosophes, confirmez par experience, mais bien impugner choses qui en sont si éloignées, et en outre alléguées de mesme"⁴⁶.

Si en los casos anteriores los monstruos sólo son conocidos de oídas, los gigantes, en cambio, son hallados prácticamente en todo el Nuevo Mundo y, junto a las Amazonas, son una de las creencias más persistentes. A ello contribuyó la convicción de que en las regiones frías y cercanas al polo, los hombres eran de mayor tamaño, mientras que los pigmeos, en buena lógica, debían estar en las regiones

⁴⁴ A. de Torquemada, *ob. cit.*, pp. 127 y 139.

⁴⁵ A. de León Pinelo, *ob. cit.*, II, p. 12; Mandavila, *ob. cit.*, p. 131.

⁴⁶ André Thevet, *Les singularitez de la France Antarctique*, ed. de Paul Gaffarel, París, Maisonneuve & Cie, 1878, pp. 112-113.

ecuatoriales. Los gigantes de la mitología grecorromana y de los libros de caballerías formaban parte del universo mental de los europeos. Además, frente a otros extraños hombres, la talla gigantesca ofrece la ventaja de la verosimilitud. También Marco Polo hablaba de la isla de Tanguibar, cerca de los cinocéfalos, donde vivían hombres gigantes y horribles, que van desnudos⁴⁷. El más antiguo testimonio es el de Vespucci, que los halló en dos ocasiones. En la primera, “eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie: en conclusión eran de estatura gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Penteseila y los hombres Anteos”. En la segunda ocasión, se trata de una isla poblada de hombres y mujeres enormes, y por ello fue bautizada “de los Gigantes”. En ambos encuentros quisieron apresar a unas mujeres “y como cosa maravillosa traerlas a Castilla”⁴⁸.

Pero la fama de los gigantes se debe fundamentalmente al relato de Antonio de Pigafetta, que conoció una gran difusión. Los gigantes patagones encontrados en el sur de la Argentina, “no son mostruosos a pesar de su tamaño”. “Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas”. En cuanto a las mujeres, les parecieron muy feas, no eran tan grandes como los hombres, “pero en compensación son más gordas”⁴⁹. Estos gigantes vestidos con pieles son identificados por Pedro Mártir con el hombre salvaje, y los llama “hombres semisilvestres”. “Es gente inculta –dice– sin armas, que sólo se cubren con pieles; errantes, sin asiento fijo, sin ley, de alta estatura; se llaman patagones”⁵⁰.

En general, los gigantes tienen su propio territorio la actual Patagonia, aunque Acuña, por ejemplo, los halló en la región del Amazonas. A Mártir de Anglería, que tuvo en sus propias manos un hueso de gigantes, le debemos la noticia de cómo en las islas Lucayas se hacían reyes a los gigantes y cómo uno de éstos se servía, para sus desplazamientos, de hombres, en lugar de caballos⁵¹. Alvar Núñez

⁴⁷ “Tanguibar es una isla nobilísima que tiene mil millas al derredor. E todos los d'esta isla son idólatras, e son tan grandes e gruesos que parecen gigantes: como d'estos lleva carga por seis de los nuestros; e son todos negros e andan desnudos sin alguna cobertura. Estos hombres son espantables en los rostros. Tienen gran boca, gran nariz bermeja, grandes orejas, gruesos ojos e orribles de ver. Las hembras son suzias e feas. En esta isla ay gran trato de mercaderías. Estos hombres son fuertes en sus personas e grandes combatidores, porque no estiman su vida. Los animales d'esta isla son muy diferentes y estraños de los animales de las otras islas e tierras”. M. Polo, *ob. cit.*, pp. 260-261.

⁴⁸ A. Vespucci, *ob. cit.*, pp. 61 y 125.

⁴⁹ Antonio de Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963, pp. 52-54.

⁵⁰ P. Mártir, *ob. cit.*, p. 427 y 428. Véase, M.^a Rosa Lida de Malkiel, “Para la toponimia argentina: Patagonia”, en *El cuento popular y otros ensayos*, Buenos Aires, Losada, 1976, pp. 93-97; Marcel Bataillon, “Acerca de los patagones: “Retractatio”, *Filología*, VII (1962), pp. 27-45; Jean-Paul Duviols, *L'Amérique espagnole vue et revêue. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville*, París, Promodis, 1985, pp. 55-72.

⁵¹ P. Mártir, *ob. cit.*, pp. 427, 511, 503-504.

muestra sus reservas en los encuentros con estos hombres: los alabamas, "desde lejos parecen gigantes. Es gente a maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza". En otro lugar, es el miedo de los españoles el que hace que los indios se conviertan en gigantes⁵².

La noticia de la existencia de gigantes en el Estrecho de Magallanes dio lugar a la aventura del Dr. Sagredo entre ellos, pero Espinel los describe como los antiguos cíclopes⁵³. Un siglo después, el Padre Feijoo pondrá a los gigantes americanos al lado de los demás monstruos divulgados por los viajeros, de los que el conocimiento del mundo nos ha desengañado.

Las Amazonas, como los caníbales, a diferencia del grupo anterior, causan admiración no por poseer un físico extraordinario, sino por tener costumbres totalmente diferentes. El mito y la búsqueda de estas escurridizas mujeres es uno de los más duraderos y ha dado lugar a diferentes interpretaciones. Además, su resurgir se explica por una larga tradición cultural y pueden representar una antítesis a lo habitualmente considerado como norma, al invertirse los tradicionales papeles de hombres y mujeres. Así, leemos en *Amazonas en las Indias* de Tirso de Molina: "Aquí Naturaleza/el orden ha alterado"⁵⁴. A la tradición antigua se unen las informaciones de Mandeville, que las sitúa más allá de Caldea y las de Marco Polo, que habla de una Masculina, habitada sólo por hombres, y otra Femenina, sólo por mujeres. Colón oyó hablar de una "isla adonde no avía sino solas mujeres", que luego situará en la isla de Matinino "poblada de mujeres sin hombres"⁵⁵. En la relación de Pané, recogida por Hernando Colón, y que aprovechó Mártir de Anglería, se da una explicación "americana" de la isla de Matinino. Después de Colón, las Amazonas fueron buscadas por Grijalva, Jiménez de Quesada y finalmente encontradas, entre otros, por Orellana, Schmidel y Thevet, y se llegó a confundir su busca con la de El Dorado. Por ser un tema muy conocido no es necesario abundar en él. Sólo señalar que la presencia de estas mujeres suele estar relacionada en un principio con la existencia cercana de otras gentes no menos singulares como los caníbales en el caso de Colón, de hombres con orejas grandes y otros con cara de perros, según las instrucciones recibidas por Cortés, o de los pigmeos en la relación de Hernando de Ribera⁵⁶. En la mayoría de los informes son poseedoras de grandes riquezas, por lo que su leyenda se unió a la de la riqueza incomparable del Nuevo Mundo. Resulta curioso en Tirso de Molina que haga antropófagas a sus instruidas Amazonas, característica que no aparece en las relaciones⁵⁷.

⁵² Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y comentarios*, ed. de Roberto Ferrando, Madrid, Historia 16, 1984, p. 58.

⁵³ V. Espinel, *ob. cit.*, II, p. 250.

⁵⁴ Tirso de Molina, *Amazonas en las Indias*, en *Obras dramáticas completas*, II, Madrid, Aguilar, 1968.

⁵⁵ C. Colón, *ob. cit.*, pp. 109, 117-119.

⁵⁶ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1979, pp. 51-77.

⁵⁷ Dice Menalipe: "Pues si contrarios extremos / a los hombres nos comemos, / ¿cómo los queremos bien? / Carne humana es el manjar / que alimenta nuestra vida". Tirso de Molina, *ob. cit.*, p. 715.

Un caso de singularidad monstruosa de las Indias occidentales son los caníbales. Ya en el libro de Marco Polo habían aparecido tanto hombres que practicaban la antropofagia ritual como los que se alimentaban de carne humana⁵⁸, insistiendo en que los ingeridos eran siempre extranjeros. Prácticamente en toda América se daban diversos tipos de antropofagia, que produjeron el natural espanto, a la vez que una enorme curiosidad por conocer sus terribles costumbres. El caso de los caníbales ha sido suficientemente considerado de Montaigne a nuestros días. Lo que podría añadirse es que también encontramos casos de antropofagia entre los europeos, si bien la justifica siempre un hambre extrema. H. Colón cuenta cómo el Almirante tuvo que evitar que unos cristianos se comieran entre ellos como “caribes”, Schmidel relata que cinco cristianos: “se comieron unos a otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese” (p. 75) y que en Buenos Aires tres españoles descuartizaron el cadáver de un ahorcado “para matar el hambre incontenible”⁵⁹. Estos casos de ningún modo servían para aprobar la práctica de los caníbales o igualarse a ellos en la barbarie, ya que se presentan como casos de extrema necesidad.

No es este el lugar para ocuparnos del tema del “buen salvaje”, a pesar de que es la gran maravilla de las Indias, y que está relacionado con el de la *Edad de Oro*. Sólo anotaremos que desde un principio la imagen del indio –dejando de lado las falsas impresiones que lo consideraban como un intermediario entre el hombre y el animal– fue doble y contradictoria, como sucedía en el relato de Marco Polo⁶⁰: el buen salvaje frente al malo. Aunque la visión edénica, unida a la maravillosa naturaleza, no desapareció, ya en Colón hay un cambio en la actitud inicial, como ha mostrado Saint-Lu⁶¹, y de la admiración ante la hermosa gente desnuda y mansa se pasa incluso al desprecio al compararlos con las bestias. A pesar de ello, estos indios color indio, a diferencia de los negros son hermosos. Raleigh habla de una india que era igual a una dama que conocía en Inglaterra, “si no fuera por la diferencia de color”⁶². Para Thevet, siguiendo con testimonios extranjeros, los salvajes

⁵⁸ “Cuando alguno es sentenciado a muerte, luego como muere lo cuezen e comen, pero los que mueren de muerte natural son manjar de sus ídolos”. “Otros moran en los montes e ninguna ley tienen: biven como bestias e adoran la primera cosa que veen a la mañana por su dios. Comen de toda carne muerta, buena e mala, e carne de hombre, no curando cómo sea muerto”. M. Polo, *ob. cit.*, pp. 220 y 250-251.

⁵⁹ H. Colón, *ob. cit.*, p. 233; Ulrico Schmidel, *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, 1534-1554*, ed. de Klaus Wagner, Madrid, Alianza, 1986, pp. 75 y 34.

⁶⁰ “La gente de Necurena biven como bestias y andan desnudos hombre e mugeres, que ninguna cobertura traen. Usan carnalmente en uno como bestias o perros en la calle o doquier se hallen, sin vergüenza alguna, no faziendo más diferencia el padre o la hija ni el fijo a la madre que si fuesse otras, mas cada uno faze como quiere de puede”. Al lado de estos hombres desnudos, pero bestiales, están los brahmanes, “los cuales son los más verdaderos hombres del mundo. Estos por todo el mundo no dirían una mentira ni consintirían falsedad por el oro del mundo. Son gentes muy casta e cada uno se contenta con su muger sola, e jamás beven vino [...] e andan todos desnudos”. M. Polo, *ob. cit.*, pp. 252 y 256-257.

⁶¹ André Saint-Lu, “La perception de la nouveauté chez Christophe Colomb”, en *Etudes sur l'impact culturel du Nouveau Monde*, París, L'Harmattan, 1981, pp. 11-24.

⁶² W. Raleigh, *ob. cit.*, p. 593.

no son peludos ni negritos, como se suponía; al contrario "les Sauvages tante de l'Inde Orientale, que de nostre Amérique, issent du ventre de leur mere aussi beaux et polis, que les enfans de nostre Europe"⁶³. Habitualmente la fealdad supone fiereza y brutalidad.

Para finalizar, se podría añadir que la desnudez no siempre es sinónimo de virtud, ya que se contempla desde la óptica europea: De ahí que muestren mucho interés ante indios vestidos, que se identifican con gente "culta". El tema de la desnudez fue el caballo de batalla del calvinista Léry, que la condenó duramente; pero también los españoles intentaron vestir a los indios, puesto que se interpretaba en algunas ocasiones como deshonestidad. Esta idea se transmitió y la encontramos, por ejemplo, en Lope de Vega. En *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, la supuesta facilidad con la que se entrega la india Palca al español Arana es atribuida a andar desnuda:

No vi tal facilidad.
Por deshonra tienen éstas
el negar la voluntad;
que del no vestirse honestas
les nace la enfermedad⁶⁴.

Los primeros viajeros y cronistas de Indias transmitieron la imagen de la riqueza de oro, especiería, de las cosas preciosas, de una naturaleza diversa y poderosa; la experiencia real y libresca de unas tierras y unos hombres fabulosos. Leemos en la carta de Egidio da Viterbo a Julio II: "Aquello que estaba donde los antípodas, los hombres que viven bajo otro cielo, las islas ignotas, un mundo desconocido, la tierra, el océano, del que se había dudado, todo había sido descubierto, conocido, explorado"⁶⁵. Se produjo la materialización de un largo sueño occidental, la maravilla de las Indias, que tuvo una evidente función compensadora⁶⁶. De este sueño los europeos pronto tuvieron que despertar, al aumentar las discrepancias entre imagen y realidad.

ROSA PELLICER
Universidad de Zaragoza

⁶³ A. Thevet, *ob. cit.*, p. 152.

⁶⁴ Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, ed. de J. Lemartinel y Ch. Minguet, Lille, Presses Universitaires, 1980, p. 35. Góngora alude con burla a este tema: "Que andaban los naturales / desnudos por desiertos, / pero que ya andan vestidos, / si no es el que se anda en cueros", *Romances*, ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 1982, p. 150.

⁶⁵ Eugenio Garín, *El Renacimiento italiano*, Barcelona, Ariel, 1984, pp. 64-65.

⁶⁶ Véase Jacques Le Goff, "Lo maravilloso en el Occidente medieval", en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidental medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985, pp. 9-24.

EL NUEVO MUNDO EN EL DISCURSO NUEVO DEL *LIBRO DE LA VIDA Y COSTUMBRES* DE DON ALONSO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN

1. Entre las novedades que van apareciendo en el campo literario español a lo largo del siglo XVI, la autobiografía es sin duda una de las formaciones discursivas más interesantes y curiosas. La general exaltación renacentista del sujeto entra rápidamente en conflicto con un paradigma institucional contradictorio, acabando por causar el silencio de los *hombres de bien* que existen en la realidad histórica y favorecer en cambio la palabra de los hombres deshonrados que habitan la ficción novelesca. Es sintomático que en el mismo período un personaje tan importante como el emperador Carlos V renuncie por humildad a dar a conocer sus memorias políticas, mientras que un personaje tan insignificante como el pícaro Lazarillo se ponga a contar con gran orgullo la historia de su vida. Sin embargo, antes de que la narración de casos personales se reduzca durante un tiempo a la representación de experiencias inmorales e imaginarias, es decir antes de que pueda contar su historia sobre todo quien no es ni “ejemplar” ni “verdadero”, se escriben en España unas cuantas autobiografías no ficticias, entre las cuales el *Libro de la vida y costumbres de Alonso Enríquez de Guzmán*¹ representa a mi modo de ver uno de los ejemplos más destacados. Es un texto muy desigual y a la vez muy atractivo, donde el desorden de su concepción revela las incongruencias de esa parte de España que quería aprovechar las oportunidades materiales de la edad moderna para reestablecer las condiciones ideales de los tiempos antiguos. Cuando el canon faltaba todavía, cuando aún se ignoraba si el modelo de escritura de las *vidas* (así se llamaban las biografías) ajenas podía adaptarse al proyecto de escritura de la vida de uno mismo, esta obra inacabada, permanentemente *in progress*, es un texto híbrido que

¹ *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*, ed. de H. Keniston, B.A.E., 126. Las citas del texto se refieren a esta edición.

anticipa ciertos elementos triviales de la ficción picaresca² y a la vez guarda memoria de ese otro tipo de autobiografía —así como de ese otro tipo de España— que pudo ser y no fue.

2. Por lo que se refiere al origen de la obra, sabemos que en 1518, a los dieciocho años de edad, el autor, recién casado por interés y “pobre de hazienda y rico de linaje” (p. 7), salía de su ciudad natal, Sevilla, con el propósito de ver el viejo mundo y conquistarse fama y fortuna sirviendo a Carlos V. Ya entonces, sin saber siquiera si iba a tener una vida excepcional y por lo tanto digna de ser contada, Alonso Enríquez, que llevaba consigo tan sólo “un cavallo e una mula e una azémila y una cama y sesenta ducados” (p. 7), empezó a rescatar el dolor de esa despedida forzosa y humillante con el proyecto de una escritura memorialística idealmente vinculada a una conducta virtuosa. Afirma el autor: “propuse de screvir todo lo que me acaesçiese y jurélo para no dexarlo de hazer y no hazer cosa que no deviese” (p. 7).

Sin embargo cumplió sólo con la primera parte de estas intenciones, porque en realidad hizo tantas cosas de las que no debía, que en 1534, aún “pobre de hazienda y no rico de parientes” (p. 106b), tuvo que salir desterrado de la misma ciudad, con la esperanza de encontrar ahora más allá del océano la riqueza necesaria a reconstruir en el lugar de origen su desequilibrado papel social. Antes de abandonar España, Alonso Enríquez tenía al respecto ideas bien claras:

Es menester saver que en estas Yndias ay mucho oro y plata y moneda amonedada, parte pendiente, calenturas y otras enfermedades muchas, pero también es bien que sepáis que *donde está el peligro, allí está la ganancia*, y que *quien no aventura, no ha ventura* [...]

(p. 107 b)

² Esta autobiografía es considerada un precedente de la novela picaresca por Frederick Alexander Kirkpatrick, “The First Picaresque Novel”, *Bulletin of Spanish Studies*, V (1928), pp. 376-378, y por Lesley Byrd Simpson, “A Precursor of the Picaresque Novel in Spain”, *Hispania*, I (1934), pp. 53-63. Sin embargo, aunque la selección y la semantización de ciertas etapas de la historia de Alonso Enríquez son picarescas *ante litteram*, hay que tener en cuenta la finalidad testimonial de la obra, que exige ser leída bajo la convención de veracidad. Sobre la relación intertextual entre autobiografías ficticias y no ficticias de la época, incluyendo a la obra de Enríquez de Guzmán, cf. Elide Pitarello, “Vite da romanzo: modelli di autobiografia mondana nel *Siglo de Oro*”, *Problema delle fonti, intertestualità, memoria dell'autore*, número especial de *Annali di Ca' Foscari* (Venecia), XXVIII (1989), pp. 7-25. Para la historia y la interpretación de la autobiografía en España, cf. Manuel Serrano y Sanz, *Autobiografías y memorias*, N.B.A.E. (1905); Randolph D. Pope, *La autobiografía española hasta Torres Villarroel* (Bern-Frankfurt/M: Herbert Lang-Peter Lang, 1974); Margarita Levisi, *Autobiografías del Siglo de Oro. Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro* (Madrid: S.G.E.L., 1985). Dejando a un lado estudios sueltos, queda el testimonio de un renovado interés por el género en las actas de los tres coloquios celebrados en Aix-en-Provence: *L'autobiographie dans le monde hispanique*, *Etudes Hispaniques*, 1 (Université de Provence, 1980); *L'autobiographie en Espagne*, *Etudes Hispaniques*, 5 (Université de Provence, 1982); *Ecrire sur soi en Espagne: Modèles et Ecarts*, *Etudes Hispaniques*, 14 (Université de Provence, 1988). Además, cf. *La invención de la memoria* (Actas), por J. Narváez (Santiago de Chile: Pehuén, 1988), donde se recogen las intervenciones hechas en el seminario *Autobiografía, Testimonio, Literatura Documental*. Cf. también *Biografías y autobiografías*, número especial de *Revista de Occidente*, 74-75 (1987).

La “ganancia” en cuestión no es nada figurativa. Se mide concretamente según una cantidad de dinero que oscila entre los cuatro mil y los cuarenta mil ducados, es decir entre el presupuesto necesario para arreglar la situación de su economía y la fortuna suficiente para excitar un borroso sueño de grandeza:

Si fueren los quatro, con los mill repararé mis casas y mis ovejas, porque tengo quinientas y diz que éstas han de ser mill, porque tanta costa traen menos y es menos el provecho; otros mill para reparar mis setenta mill maravedís que tengo de por vida de mercede, hazerlos, si mill e quinientos para una veyntiquatría; los quinientos que faltan para quatro mill, para cavallos y calças y camisas. Sy fueren los quarenta mill ducados, será como ellos quisieren, porque a tanta multitud no quiero presumir de forçar e sojuzgar.

(pp. 127b-128a)

Sin eufemismos Alonso Enríquez deja entender, en otro pasaje, que la vía de las Indias es para él un recurso avergonzante, del que pide disculpa (cfr. p. 127b). El centro de sus intereses sigue situado no sólo en el viejo mundo, sino en la propia Sevilla, punto de partida y meta de regreso donde el deseo de una estabilidad buscada más con las intenciones que con las acciones encuentra habitualmente un escenario querido y consolador. Así, sin ser visto todavía, el continente americano pone en marcha un proceso de mitificación no de lo incógnito, sino de lo conocido. En el momento de la salida, que supone un alejamiento de España simbólicamente más desgarrador que el primer alejamiento de Sevilla, Alonso Enríquez refuerza el programa autobiográfico de su primera juventud. En efecto, justo a lo largo del viaje que lo lleva lejos de su tierra, el noble sevillano decide transformar el borrador de lo que había escrito hasta entonces en el concreto proyecto del libro de su vida. Elige por lo tanto a un destinatario importante como Juan Alonso Pérez de Guzmán, redacta la dedicatoria que solicita sus favores (cfr. pp. 5-6), compone en fin el prólogo para el lector potencial, ante quien se presenta en seguida como imitador de César e íntimo de reyes (p. 7). Las convenciones y las instituciones de la literatura historiográfica le permiten inventarse una identidad de triunfador en el momento de mayor desamparo, aunque la urgencia de la emoción acaba imponiéndose luego sobre la norma de la escritura. Así rompe por ejemplo el estilo grandilocuente de la dedicatoria a Juan Alonso Pérez de Guzmán, para revelar temerosamente al final que se ha puesto a escribir ese texto “en el golfo del Mar Océano, sin pensar para más a ver a Vuestra Señoría, porque voy con pensamiento de no le ver más” (p. 6); y también rompe, a mitad del prólogo al lector, la tópica enumeración de sus hazañas caballerescas, para recordar conmovido el estado de necesidad que lo había obligado a ir por el mundo en busca de aventuras, “congoxado de la pobreza y deseoso de la riqueza” (p. 7).

Alonso Enríquez no tiene ánimo de descubridor ni de conquistador, y frente a la perspectiva de un futuro imprevisible retrae la mirada hacia esa parte de su vida

que idealmente ya ha sido moldeada en una narración hecha “no por pompa ni vanagloria, syno porque muchos hijos de buenos hagan y obren lo que a su estirpe y genealogía son obligados” (p. 6). En un trance particularmente difícil de su existencia, el autor se proyecta en la doble imagen del héroe antiguo y del historiógrafo moderno, es decir del artífice de la espada y de la pluma que reúne en sí al hombre que se gana la honra y al hombre que la transmite. Si bien luego los acontecimientos americanos ocuparán una tercera parte de su obra, y otra tanta será dedicada a los sucesivos acontecimientos europeos, la última frase de la dedicatoria escrita *antes* de llegar al nuevo mundo reza lo siguiente: “Dirigióse este libro después de hecho lo más dél” (p. 6). Hasta ese momento Alonso Enríquez no conocía más que el viejo continente, el solo teatro autorizado para las hazañas de un auténtico caballero, el único referente cargado de tradición y por lo tanto digno de ser mencionado con solemnidad en esos “umbrales” de su autobiografía³ que compuso en 1534 y no volvió a retocar jamás, a pesar de haber estado escribiendo hasta 1547.

3. Por otro lado, este viaje a las Indias no deja de incidir profundamente también en los criterios internos de la obra del noble sevillano, alterando su fórmula recién estrenada con nuevos desajustes que afectan tanto al desarrollo de los temas seleccionados como a la proporción de los discursos empleados. El momento de la salida le resulta tan sobrecogedor, que de hecho inserta en medio de su narración, es decir en un lugar textual heterodoxo, otro *incipit*, casi una muestra renovada y concentrada de la dedicatoria a Juan Alonso Pérez de Guzmán y del prólogo al lector. Es como si se tratara no sólo de vivir una nueva vida, sino también de escribir una nueva historia:

Enbárqueme último de septiembre, año de mill e quinientos e treynta e quatro, con dos escuderos y dos pajes, bien abituallado de cosas de comer, bien vastesçido de aderezo de mi persona y todo lo que es menester para mucho tiempo. De aquí para adelante se vos será contado lo que asy me acaesçiere, porque no me faltava por ver syno esta partida. Y si Dios Todopoderoso, a quien me encomiendo, me da su graçia, abré visto las del mundo, —o casy, por dezir verdad—, y vos será contado dellas veramente lo que con mi juyzio y fuerças pudiere y alcançare. Y en lo que faltare, a los leedores encomiendo suplan mis defettos, pues mi efecto es para que se aprovechen y se guarden de algunos trabajos e ynconbinientes y sepan cómo se an de govarnar. Que no me ubiera sydo poco provecho aver escarmentado en cabeça ajena, y que otro ubiera hecho este libro y yo leydo, antes de aver pasado esto.

(p. 124a)

La primera ruptura del anterior proyecto memorialístico se da antes que nada en la anulación de la distancia emotiva que separa al escritor de sus materiales autobiográficos, hasta el punto de que, a lo largo de la travesía, el tiempo de la his-

³ Me refiero a la denominación de Gérard Genette, *Seuils* (París: Seuil, 1987).

toria y el tiempo de la escritura llegan a coincidir mucho más a menudo que en otras ocasiones, como muestra el paso frecuente al paradigma verbal del presente y el uso repetido de defectivos en expresiones del tipo “ahora que estoy en la nao” (p. 127b) o “soy más amigo de la prosa, especialmente ahora en este charco” (p. 128b), etc. Son síntomas lingüísticos de una inquietud indefinida que pronto se transforma en explícito arrepentimiento. Han pasado sólo diez días de navegación y Alonso Enríquez empieza a desahogarse, intentando disimular su terror con el tono solemne del moralista:

Vendittos aquellos que con sus açadas sustentan sus vidas y biven contentos, espeçialmente sy con ellas andan cabe alguna fuente, que en verdad ya nos comiençan a dar por medida el agua y todos los que vamos en esta dicha nao desean más bevella que vertella. Y aun creo que ay algunos que holgaran de bolverse a Castilla y aver pagado el flete sin hazer el viaje.

(pp. 128b-129a)

Pese a sus resistencias, el autor llega en todo caso al otro lado del océano. Aunque en principio quiere vivir casi de espaldas a la nueva realidad que le espera, el territorio americano se le presenta con diferencias geográficas y antropológicas tan sorprendentes, que se siente obligado a introducir en su texto esas descripciones de lugares y gentes que antes no necesitaba, por ser el territorio del viejo mundo conocido de sobra. En este sentido, en los primeros tiempos, Alonso Enríquez es un observador impaciente y apresurado que traza unos bosquejos rigurosos y concisos, faltos de emoción, dirigidos más a establecer el nuevo contexto de sus aventuras, que a informar al público europeo. Así, por ejemplo, despacha rápidamente la isla de Santo Domingo, declarando al final de su presentación sumaria: “Y en esto no hago sino aylvanar, por coser bien mis cosas” (p.132a).

Sin embargo, enfocar coherentemente la narración sólo sobre sí mismo en medio de las muchas situaciones excepcionales de las que llega a ser protagonista o simple testigo —tuvo por ejemplo un papel importante en las luchas entre Diego de Almagro y Hernando Pizarro⁴— resulta mucho más difícil de lo previsto. Aquí la escritura autobiográfica es un discurso tan poco ensayado que necesita inventarse sus normas sobre la marcha, y bajo este punto de vista el nuevo mundo perturba ulteriormente la consecuencialidad inestable de la argumentación. Perennemente incierta sobre el criterio de selección de los acontecimientos pertinentes, esta historia individual, que es pública y laica, no puede prescindir en ningún caso de la his-

⁴ H. Keniston hace un excelente análisis del complicado itinerario de nuestro autor, comparando su testimonio con los testimonios de otros cronistas de la época como Oviedo y Cieza de León, en su “Introducción”, *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*, op. cit., especialmente, pp. 13-40. Para una bibliografía crítica relativa a la obra, cf. *ibidem*, p. 337, y Agustín Redondo, “Une source du *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*: Les *Épistolae familiares* d’Antonio de Guevara”, *Bulletin Hispanique*, 71 (1969), pp. 174-190.

toría colectiva. A la relación siempre conflictiva entre la narración y el documento —véase, por ejemplo, la abrumadora cantidad de cartas reproducidas, no obstante el autor se proponga continuamente unos límites que luego transgrede— se añade así una relación aún más confusa entre la micro-historia y la macro-historia, en virtud de la cual el autor se ve obligado a renovar continuamente el pacto autobiográfico inicial⁵. Lo que en el texto redactado antes de 1534 constituía un fenómeno aislado, tras el paso a las Indias se convierte en un hábito que cobra con el tiempo matices obsesivos. Llegado al Perú, donde espera encontrar “ynfinita cantidad de oro sin quenta ni medida” (p.134b), al temer que su determinación autobiográfica llegue a convertirse en un involuntario servicio de cronista, Alonso Enríquez afirma por ejemplo: “No os contaré tanto de lo que vi como de lo que me pasó, porque como dicho tengo, este libro no es syno de mis acaescimientos” (p. 137a). Pero no consigue mantenerse fiel a este propósito y de forma asistemática introduce aquí y allá noticias sobre el territorio y sus habitantes, que invariablemente acaban por fomentar los mitos acerca de su lugar de origen y la incertidumbre acerca de su propia escritura. Por ejemplo, tras haber hablado despectivamente de los indios de Cuzco, que por comparación le inducen a considerar bajo una luz más favorable hasta a los crueles moros del viejo mundo, concluye: “Después desto, acontesció muchas cosas, lo qual remito al coronista que sobre ello escriviere” (p. 151b).

Para Alonso Enríquez, sin embargo, no son éstas las únicas causas que enturbian la redacción del libro de su vida. Otra forma de trastorno puede llegar también de parte española, especialmente si se trata de personajes principales con los que el autobiógrafo corre el peligro de transformarse a pesar suyo en un biógrafo. Así, por ejemplo, en el caso de Diego de Almagro el autor intenta buscar un equilibrado punto de mediación entre el reconocimiento que debe tributarle a un jefe contando sus empresas y el reconocimiento que quiere atribuirse a sí mismo hablando de lo que cuenta en su propia existencia:

Y porque, como dicho tengo en este mi libro muchas vezes, no se haze para contar vidas ajenas syno la propia mía, solamente tocando en algunas otras a ella anexas e conçernientes que combiene tocar en ellas para más declaraçion de la mía, por daros más claramente a entender lo que me á acaescido en esta vida, ansí conmigo mismo en casos que el propio mundo manda y hordena y la ventura de su propio mundo dispone, como lo que con los hombres y en sus vidas e condisciones me aca-

⁵ Cf. Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (París: Seuil, 1975); id., *Je est un autre* (París: Seuil, 1980); id., *Moi aussi* (Seuil, 1986); entre las monografías y recopilaciones de textos más interesantes sobre el tema, cf. también Elisabeth W. Bruss, *Autobiographical Acts. The changing Situation of a Literary Genre* (Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1976); AA.VV., *Autobiography: Essays Theoretical and Critical* (Princeton University Press, 1980); Michel Beaujour, *Miroirs d'encre. Rethorique de l'autoportrait* (París: Seuil, 1980); Paul John Eakin, *Fictions in Autobiography* (Princeton University Press, 1985); AA.VV., *L'Autobiografia. Il vissuto e il narrato, Quaderni di retorica e poetica* (Padua), I (1986).

esçe. Por lo qual no puedo dexar de tocar en vidas ajenas, aunque, como digo, en lo bueno y en lo malo dellos no puedo dexar de tocar, pues dello susçeden mis obras.

(p. 155a)

En la parte de narración relativa a su estancia en las Indias, Alonso Enríquez irá repitiendo este tipo de observaciones metatextuales con gran insistencia⁶, mostrando como su dudosa carrera de héroe mantiene relaciones cada vez más estrechas con su atormentado papel de escritor. Del mismo modo que en el recorrido de las Indias no se encuentra a gusto ni en tiempo de paz ni en tiempo de guerra, en el trayecto de sus páginas nunca sabe muy bien cómo y cuándo le conviene hablar de sí mismo o bien de los demás. Aprensivo, interesado, soberbio, este noble egocéntrico que por principio reivindica privilegios aristocráticos y por inclinación sueña con comodidades burguesas, escribe así una autobiografía que está a mitad de camino entre lo público y lo privado, entre el documento cortesano y la escritura doméstica, con una gran variedad discursiva tanto en el plano de los contenidos como de las formas. Al lado de las partes epistolares, escritas siempre con el estilo alto que las convenciones literarias y las circunstancias sociales requerían, podemos encontrar tanto la receta de los medicamentos con que se cura alguna enfermedad, como la lista de los precios de bienes y personas que lleva consigo. Sobre su salida de Panamá hacia el Perú, escribe por ejemplo:

Embarqué tres cavallos, —costáronme los fletes dellos quatroçientos e çinquenta castellanos, a çiento e çinquenta cada uno, —los criados a treynta castellanos y los esclavos a veynte,— mi persona, con la cámara del navío, çien castellanos o pesos de oro, qual más quisyéredes, quatro caxas, cada palmo a quatro castellanos, con muy buen matalotaje.

(p. 136a-b)

Con sus argumentaciones intermitentes y su aún más fragmentada textura discursiva, la obra de Alonso Enríquez acaba por no centrarse ni en la exterior apología social para “este” mundo, ni en la íntima confesión espiritual para el mundo del “más allá”, dibujando así una máscara que expresa simultáneamente victoria y fracaso, ambición y modestia, lealtad y rebeldía. El código de la ética caballeresca, donde sólo tendrían cabida las cuestiones públicas de la honra, se contamina con malhumores, decepciones, oportunismos, codicias: móviles anómalos de un comportamiento que avanza con dificultad entre tradición e innovación, buscando a toda costa en el desorden del presente la legitimación del orden del pasado. Alonso Enríquez, que en su mentalidad eurocéntrica aceptaría las Indias sólo si fueran una copia fiel de España (por ejemplo le parece apreciable Puerto Rico, porque “ya está convertida la tierra en Castilla”, p. 131b), va perdiendo así todo punto de refe-

⁶ Cf. pp. 141b-142a, 143a-b, 151b, 155a, 156b, 158a, 162a, 164b, 105a-b, 170b, 173b-174a, 181a, 181b-182a, 185b, 192a, 208b-209a, 243b y *passim*.

rencia seguro. En el terreno institucional, ninguna forma corresponde ya a su sustancia. Los indios le parecen enemigos despreciables y de los españoles que luchan con ellos tampoco tiene mejor opinión, si los propios jefes que representan allí el poder del Rey y de Dios son por ejemplo personajes de origen humilde como Diego de Almagro o Hernando Pizarro, de los cuales afirma que

aunque acá sean casi reyes y pueden dar más que todos los del mundo juntos, porque cada día hazen merçed de diez y veynte y quarenta mill vasallos, con otros tantos ducados de renta, ríos y valles, etc., andan como dos pobres compañeros en sustancia y en aparencia. No saben leer ni escrevir ni firmar.

(p. 139a-b)

Si bien entre la gente incivilizada y la naturaleza salvaje halla la solución adecuada a sus problemas económicos, el noble sevillano se cansa muy pronto de aquella aventura. Desesperado, sin fuerzas ni motivos para seguir adelante, escribe:

Son tan mortales los trabajos destas partes que ay neçesçidad que los hombres que a ellos vinieren, —para no spirar los spiritus, para no falleçer de carnes, para no dessperar de la divina clemencia—, que sean de gran sostén, reços de condiçion, no presurosos, quiero dezir no muy sabios, porque el sabio espeçialmente esmaltado de agudeza a cada paso se salta el esmalte y rompe el saco. No digo que sea de carne e de güeso pero que sea de yerro y de azero, considerando, con ello baçilando, ¡o pecador de mí!, que ya que adquiere bienes, ynchome de pecados, daño la conçiencia, gasto el tiempo, cáenseme las muelas, y si no, derríbanmelas los yndios a pedradas.

(p. 165a)

Tras dos años de estancia el autor escribía: “es mi determinada voluntad de dexar esta tierra e yrme a la do nascí” (p. 152b), añadiendo a continuación: “tengo liado mi oro y platta y ropa para, en plaziendo a Dios, que se abra el camino” (p. 153a). Para realizar este deseo, para abandonar lo que al comienzo le parecía sólo “desastre y mala andanza” (p. 173b), tendrá que esperar cuatro años más. Y entonces no será por voluntad propia, sino por orden del rey.

4. Alonso Enríquez está de vuelta a España en 1540. Le esperan el secuestro de los bienes traídos de Indias, varios juicios, un proceso causado por Hernando Pizarro y algunos meses de cárcel, cosa que por supuesto no deja de tener repercusiones inmediatas en la calidad de su escritura. Esa narración fragmentaria, cuyo hilo argumental se había interrumpido ya tantas veces volviendo sobre sí mismo o tomando de tanto en tanto otras directrices, ahora se hace aún más enrarecida, sirviendo sobre todo de marco para la transcripción de documentos —cartas en su mayoría— que Alonso Enríquez les envía a varias autoridades. El período de vida pasado en el nuevo mundo sigue ocupando así muchas páginas, narrado una y otra vez con las variantes retóricas más oportunas para los numerosos destinatarios de este otro tipo de discurso autobiográfico, donde se duplica sintéticamente lo que ya

había sido contado por extenso con anterioridad. Como muestra por ejemplo la larguísima carta-relación escrita al emperador (cf. pp.189b-208a), la historia, en lugar de desarrollarse cronológicamente, se cristaliza en distintas versiones autógrafas del mismo período americano, transformando el *libro de la vida* en una especie de archivo personal.

Luego, a medida que las dificultades se irán solucionando favorablemente, Alonso Enríquez retomará su anterior manera de escribir, pero de forma aún más desorganizada y sin los muchos paréntesis metatextuales que había insertado mientras estaba en las Indias. Dejando a un lado el viejo conflicto entre su propia historia y las historias de los demás, desde ahora en adelante el autor procede por acumulación azarosa, mezclando de manera cada vez menos homogénea los discursos testimoniales que —dado el cambio de situación— se van enriqueciendo de nuevos lugares y nuevos personajes.

Alonso Enríquez en efecto regresa a su tierra y pronto se vuelve a marchar. Aunque la aventura de las Indias no ha terminado mal del todo, el noble sevillano empieza a descubrir que la reconstitución de la hacienda —el eje de sus peregrinaciones— quizá haya dejado de ser la razón auténtica de su vida. En todo caso, ya no es motivo para quedarse. En 1545, en una carta a Felipe II del que era amigo personal, confiesa haber perdido la ilusión por su ciudad natal, el lugar mítico tantas veces evocado cuando vivía más allá del océano. Escribe el autor:

La gente de Sevilla, que es mi propia naturaleza, o por mi mala condición o por no me entender, no se hallan bien conmigo ny yo con ellos por la mayor parte, que algunos ay suficientes y bastantes que me entienden y me quieren e yo amo.

(p. 257a)

Sin embargo no son suficientes ni bastantes para que él abandone su existencia de moderno “caballero andante”. Con el tiempo, el camino se ha hecho más importante que la meta. Alejado también de su mujer y los ávidos parientes de ésta, Alonso Enríquez añade:

A la postre, porque no se quexe naide, y porque no tengo hijos a quien dar cuenta, o a Dios por ellos, de mi hazienda, ni heredero forçoso, y porque los parientes de mi muger me an salido desobedientes y desconozidos, a la qual no se le á mucha pena dello, tanta quanta deviera y yo quisiera, aunque no le á faltado alguna, determino de gastar mill ducados, que —a Dios graçias— no me harán probe, y ver la dulce Francia y aquel país que no he visto, y de paso como garça, si no me matan o muero, pasaré adelante a la Corte del Emperador, Rey nuestro Señor, que al presente está en Flandes.

(p. 257b)

El hombre que de joven se resistía tanto a ir por el mundo, ahora admite: “Como estoy veçado a la inquietud, hállome malsano en el reposo” (p. 257a); por

eso iba a pedirle al emperador que lo dejase volver al Perú, con el fin —dice— de “poner en cobro la hazienda que dexé por traerme preso, mandando que se me dé el premio conforme a lo que é servido en el repartimiento de la tierra y cargos que he tenido” (p. 257b). Lo que allí le había parecido poco menos que una maldición, se le presenta ahora casi como una vocación o al menos un escape. Al cabo de tantas peripecias, descubre que no sabe gozar el fruto de sus viajes y sobre todo renunciar a la perfección de sus amores. La imagen dulcísima e indistinta de la tierra-ciudad-casa-familia que le ha acompañado toda la vida no soporta averiguaciones ni reajustes. Vista de cerca decepciona, porque de hecho vive sólo en la celebración ritual del abandono, en esa petrificación de la primera y definitiva despedida que hizo necesarias para siempre la ausencia y la escritura. El lugar de origen, con sus habitantes fantasmales, se ha convertido desde entonces en el escenario del pasado al que sólo podrá volver en la muerte, listo ya el monumento funerario que ha ido preparando cuidadosamente a lo largo de su vida. Un monumento de palabras hecho poco sistemáticamente con los fragmentos de memoria enviados desde las distintas partes del mundo —el viejo, el nuevo, el viejo otra vez—, para que vea la luz cuando al autor se le aparte “el ánima de las carnes” (p. 6). En 1547, tras haber tomado parte en la batalla de Mülberg y poco antes de desaparecer sin dejar huella, sin dejar más escritura, Alonso Enríquez le envía una carta a doña María de Mendoza, contándole lo que ha pasado y dándole al final las siguientes instrucciones:

Suplico a Vuestra Señoría que enbíe esta carta, después de avella leydo y mostrando a Su Señoría, con persona que se la dé en su mano a mi señora la duquesa de Alva, vuestra grande amiga, cuyas ilustrísimas manos beso se contente con ella, pues entrambas sois una cosa, y la mande trasladar en el *Libro de mi vida* que su Señoría tiene, y después la embíe a Sevilla a mi muger, que aunque tarde vale más que nunca, porque quando le escrivo, no es tan copiosamente como esto, sino amores, como han de hazer los buenos casados; y también para que me la tenga guardada para quando, plaziendo a Dios, allá vaya, se ponga en el dicho libro que tengo.
(p. 295b)

Cada vez más apegado a esta obra que es el verdadero fin de su vida, el autor construye así, pieza tras pieza, su imagen duradera para la posteridad. Es una imagen discontinua, imperfecta, extraordinaria, heterodoxa, sobre todo después de esa traumática estancia en las Indias que le había proporcionado “nuevo ser y composición” (p. 170b).

Es sintomático, desde este punto de vista, que justo en esa época empiece a referirse a su obra y a su actividad de escritor con expresiones metatextuales que acumulan marcas redundantes de la subjetividad, bajo forma de desinencias gramaticales, deícticos, atributos. Cuando lleva escritos ya tres cuartos de su autobiografía y nadie ignora quién es el escritor y lo que es su obra, Alonso Enríquez empieza

a repetir sintagmas del tipo “este mi libro” (pp. 183b, 190b, 212a, 289b), “este libro es todo mío y de mi vida” (p. 192a), o del tipo “yo el autor screví” (p. 260b), “escreví yo el autor” (p. 264a), hasta fundirlos aún más estrechamente en sintagmas del tipo “a mí que soy el escritor deste libro” (p. 181a), “Alonso Enríquez, autor deste libro” (pp. 237b, 240b), “scriví yo, el auctor deste libro” (p. 245a), “yo el autor del presente libro escreví” (p. 277a), etc.

A medida que pasa el tiempo, a medida que sus andanzas le aparecen faltas de verdadero interés ya que las adquisiciones materiales del presente no acaban de rescatar las pérdidas sentimentales del pasado, Alonso Enríquez se aferra a la sola imagen que le garantiza la continuidad entre lo que ha sido, lo que es y lo que seguirá siendo: la imagen de un hombre que *vive para escribir* la historia de su vida, donde todo puede cambiar menos el nombre que designa al sujeto (“Yo-Alonso-Enríquez”), la voluntad de la creación literaria (“Yo-Alonso-Enríquez, autor”), la ostentación del discurso escrito (“Yo-Alonso-Enríquez-autor-deste-libro-mío”). Pueden variar los referentes exteriores del viejo mundo y del nuevo; asimismo pueden variar los referentes interiores de una conciencia que ha pasado de la juventud a la edad madura. Sin embargo, en la incertidumbre que caracteriza el proyecto de esa vida y el programa de esa historia, sale a flote el núcleo irreducible y literalmente *inenarrable* del *yo* que con sus tautologías pide comprensión más allá de la palabra. Ese *yo*, tanto más próximo a la afasia cuanto más embrollada se le hace la semántica, sigue hablando de sí mismo a través de la “gramática”, con una condensación idiolectal de gran trascendencia simbólica.

Alonso Enríquez elabora así un fetiche donde el lenguaje pierde la función de signo para cargarse de la sustancia vital del que escribe. Es su talismán ritual, su fórmula egolátrica que por obra de magia parece realizar la unión primigenia del verbo y del ser, de la palabra y la cosa, de la escritura y la vida. Estamos en el umbral de la creación artística, en el lugar mítico e inviolado que aquí se manifiesta a través de síntomas lingüísticos obsesivos e inquietantes. Pero —como dice el escritor italiano Giorgio Manganelli— “libros que no producen malestar son libros rehuidos por los dioses, piedras fallecidas a lo largo del sendero”. No es éste el caso del *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*, cuyas novedades y rarezas nos muestran cómo la literatura sigue siendo un mundo nada fácil de descubrir y menos aún de conquistar.

ELIDE PITTARELLO
Universidad de Venecia

⁷ Giorgio Manganelli, “La biblioteca ideale” *Laboriose inezie* (Milán: Garzanti, 1986), p. 17: “libri che non danno disagio sono libri disertati dagli dèi, sassi deceduti lungo il sentiero”.

DEL SILENCIO Y LA CURIOSIDAD SOBRE AMÉRICA EN LAS MISCELÁNEAS

Después de todo lo que se ha discutido en este Seminario la ausencia del tema de América en la literatura áurea, me parecen aún más oportunas las preguntas que suscitaron mi primer interés por este asunto. Se ha dicho aquí que los nuevos descubrimientos y los viajes al Nuevo Continente no tuvieron por qué ser contenido “esperable” en la prosa coetánea, del mismo modo que la llegada del hombre a la luna no ha tenido por qué inspirar a los mejores novelistas de este siglo, según apuntaba Bryce Echenique. Sin embargo, entiendo que en el siglo XVI sí hubo un género literario especialmente propicio para justificar esa expectativa, pues sus características lo convirtieron en vehículo ideal de transmisión de los nuevos conocimientos y de las nuevas intrigas, sobre todo.

Me refiero, claro está, a todos aquellos textos misceláneos que canalizaron la inquietud humanística por reunir las curiosidades más heterogéneas, mezclando temas de la Antigüedad con otros de actualidad para despertar, a su vez, la curiosidad de un amplio público y satisfacer así el ideal de enseñar a través del asombro y la *admiratio*¹. De las características comunes a todas esas desordenadas “silvas” o “florestas” y a los más ordenados “jardines” que circularon como auténticas revistas de ilustración entre los lectores del Renacimiento, nos interesa aquí una particularmente. Se trata del hecho de que en su afán por dar cuenta de la experiencia acumulada por graves autores y, al mismo tiempo, de “cosas nuevas antes no oídas”, el principal mérito del autor consistiera en su selección al combinar erudición y experiencia. Lo que equivale a decir que la principal originalidad de una miscelánea residía en gran medida en su capacidad de actualización y en su toma de partido ante el problema de la confrontación entre lo antiguo y lo moderno². Pues, como

¹ Véase la excelente caracterización del género que hace Asunción Rallo en “Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista” *EdO*, III (1984), pp. 159-180.

² *Ibid.*, p. 177.

muy bien ha explicado la profesora Rallo Gruss, ésta es la razón de las diferencias de organización de unas misceláneas y otras, que resultan reveladoras de las intenciones y actitudes de sus autores. Y es también esta razón, en consecuencia, la que nos obliga a examinar cada texto por separado, según la adecuación entre sus objetivos, sus fuentes y su estructura, antes de cualquier conclusión general sobre los planteamientos ideológicos del género. Tales advertencias previas son necesarias para abordar las dos cuestiones que ahora nos importan: ¿En qué medida aquellos muestrarios de sucesos inexplicables y noticias sorprendentes dieron cabida a las informaciones sobre el Nuevo Mundo? ¿Sirven realmente esos textos para conocer la actitud ideológica de los humanistas españoles ante el tema de América?

Hasta el momento, en el terreno literario se han defendido dos tesis enfrentadas sobre lo que supuso la Conquista y el tener que admitir la existencia de América; dos tipos de teorías sobre ese “desafío” a la tradición y los prejuicios culturales de que hablaba J. H. Elliott³. Por un lado, está la tesis optimista de quienes, como J. A. Maravall, entienden que el reto se resolvió con una decidida defensa de los Modernos y del progreso por parte de “un humanismo tendente hacia el futuro”⁴; así como la idea de que la Conquista favoreció el respeto por la pluralidad en los humanistas, al poner de manifiesto la diversidad humana, y obligar así a relativizar el valor de las costumbres, a ver con objetividad la mentalidad de conquistadores y conquistados y, en definitiva, a liberarse de un escolasticismo obsesionado por los universales⁵. Pero junto a éstas, se da también la tesis contraria, más pesimista, según la cual los humanistas autores de diálogos y misceláneas revelarían las “barreras mentales” que dificultaron la comprensión de América por parte de los europeos. Pues entra esas principales “barreras” destacaría “el peso del saber heredado” (Plinio, Solino, Celio Rodiginio, Macrobio, Plutarco, etc.) que habría impedido divulgar lo nuevo, por seguir la máxima de que “para creer tiene que haber autor de crédito que lo diga”⁶. Sin embargo, aunque esta valoración de la *autoritas* puede justificar, en efecto, el silencio que sobre el tema de América se encuentra en varios textos misceláneos —en concreto, en la mayoría de las compilaciones de *questioni*—, parece un grave error generalizar este criterio y hacerlo tan extensivo a la *Silva de varia lección* como al *Jardín de flores curiosas*. Y ello porque entre la miscelánea de Pedro Mejía y la de Antonio de Torquemada se dan diferencias sustanciales, en las que el paso a la forma dialogada será el cambio más decisivo dentro de la “retórica del saber” propia del género⁷. Pretendo aquí que este hecho se

³ Cfr. *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, pp. 21-22.

⁴ “Un humanisme tourné vers le futur: littérature historique et vision de l’histoire en Espagne au XVI siècle” en *L’Humanisme dans les lettres espagnoles*, París, J. Vrin, 1979, pp. 337-348.

⁵ F. Sánchez Blanco lo ejemplificaba con el caso de Pérez de Oliva. Cfr. “Descubrimiento de la variedad humana y formación del espíritu moderno en la España del XVI: El impacto del Nuevo Mundo”, *Revista de Indias*, XLV (1985), pp. 181-199.

⁶ Cfr. Jacqueline Ferreras-Savoye, “Las barreras mentales de la España del siglo XVI ante el Nuevo Mundo”, *Crisol*, I (1983), pp. 72-84.

aprecie en toda su importancia, a través de una revisión de las noticias sobre América que se encuentran en otras misceláneas de la época que he rastreado recientemente con tal objetivo.

Cuando se lee la *Silva de varia lección* esperando encontrar datos procedentes de las geografías recién descubiertas, uno se encuentra con un silencio casi total, pues la única referencia a Colón se hace a propósito de la biblioteca de su hijo, que se cuenta entre las más admirables del momento:

“... Entre las quales no es de olvidar el cuydado y provisión que, sin ser hombre de grandes rentas ni estado, sino por ser varón docto y de varia lección con mediano patrimonio, tuvo don Hernando Colón, hijo de Don Cristobal Colón, Visorey y Almirante mayor de las Indias occidentales, y el primero que aquella navegación descubrió y dio nuevo mundo al antiguo mundo, de juntar y hazer librería en esta ciudad de Sevilla, para lo qual él por su persona anduvo todo lo más de la Christiandad, buscando y juntando libros de todas facultades, y juntó y dexó aquí más de veynte mil volumines de libros...”⁸.

Este silencio sorprende sobre todo en el caso de los capítulos dedicados a las propiedades milagrosas de fuentes y lagos (Libro II, cap. XXXI), a la sabiduría de algunas especies de animales (Libro II, cap. XLII), o al tema de la redondez de la tierra (Libro III, cap. XIX). Si bien todas esas omisiones se explican perfectamente por el modo en que Mejía utiliza sus fuentes⁹. Sólo conociendo su respeto casi sagrado a la referencia escrita “autorizada” y su concepción del “orden divino de la Historia”, puede entenderse hasta qué punto el autor sigue a los Antiguos y se basa preferentemente en lo dicho por Plinio, Alberto Magno, Aulo Gelio o Tolomeo, mientras que se muestra, en cambio, excesivamente cauteloso ante los temas discutidos por sus contemporáneos¹⁰. El período en el que inició su éxito la pionera *Silva* de Mejía (cuya 1.ª edición de Sevilla, 1540, fue revisada y ampliada en la edición de Venecia, 1553) nos obliga a considerar el apasionante asunto del aprovechamiento literario de las crónicas de Indias. Esto es, el modo en que éstas fueron utilizadas en esos textos de carácter enciclopédico que tuvieron la facultad de popularizar, novelar y hasta convertir en folklore las noticias curiosas divulgadas por los cronistas. Pues aquí es donde nos encontramos con la primera diferencia significativa entre el proceder de Mejía y el de Torquemada.

⁸ Ésta ha sido claramente explicada por M. D. Johnston: “La retórica del saber en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada”, *Journal of Hispanic Philology*, III, 1 (1978), pp. 69-83.

⁹ Cito por la edición, corregida y aumentada, de Venecia, Gabriel Giolito, 1553, libro III, cap. III, fol. 250 v.- 251 r.

¹⁰ I. Lerner ha estudiado exhaustivamente este procedimiento de “vaciado” de lecturas clásicas y medievales que destacan entre las 336 fuentes eruditas usadas por Mejía. Cfr. “Textos canónicos, textos apócrifos y textos patrísticos en la *Silva* de Pero Mexía”, *EdO*, VIII (1989), pp. 143-154.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 144-145.

En principio, no debemos pasar por alto el hecho de que la publicación de misceláneas desde mediados del siglo XVI coincidió con la publicación de crónicas novedosas en algún sentido (la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Sevilla, 1552, de Las Casas, o la *Crónica del Perú*, Sevilla, 1553, de Cieza de León), y con la ampliación de otras crónicas precedentes, como es el caso de la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo (revisada y ampliada notablemente desde la 1.^a edición de Toledo, 1526, hasta la de Sevilla y Salamanca entre 1535 y 1537). Precisamente esta última crónica es un perfecto ejemplo de lo que supuso la valoración de la experiencia personal por parte de aquellos autores que fueron “testigos de vista” de lo que relataban, pues ello les autorizaba a atreverse a contradecir a los Antiguos a pesar de que los siguieran reconociendo como modelos. Así, por ejemplo, Fernández de Oviedo avala con su experiencia personal sus enmiendas a las descripciones de la *Historia natural* de Plinio en varias ocasiones¹¹. Y es significativo que en la segunda edición de su crónica cita ya la *Silva* de su amigo Mejía, quien, sin embargo, prefirió prescindir de los testimonios de Fernández de Oviedo incluso en la renovada edición de su texto en 1553, donde, como se ha dicho, las nuevas experiencias parecen ignoradas. Por el contrario, a Torquemada no sólo le interesaron las historias de seres monstruosos descubiertos en las nuevas islas¹², sino que, según convenía a la materia de su fantástico *Jardín*, se sirvió profusamente de los datos de éste y otros cronistas que habían completado o puesto en tela de juicio los datos de los antiguos cosmógrafos. Y con ello demuestra que aun en su afán por mantenerse dentro de la ortodoxia, reivindica ya la “necesaria libertad para desligarse de lo antiguo e introducir todas las modernas adquisiciones que se refieren a los descubrimientos geográficos”, por lo que resulta sumamente elocuente este comentario de Antonio en el *Jardín de flores curiosas*:

“... Y para que mejor vengáis a caer en la cuenta dello, sabed que los antiguos aunque fueron grandes cosmógrafos o geógrafos, que es lo que más hace a nuestro caso, nunca supieron ni descubrieron tanto de tierra como los modernos lo han hecho, que han visto, andado y caminado y navegado tanto que jamás supieron ni entendieron tantas partidas, regiones y provincias como agora se saben, no solamente en lo que toca a las Indias occidentales, las cuales dexaremos aparte, sino también en las orientales y a la parte del septentrión; y si lo queréis ver, entended que Ptolomeo es el geógrafo más estimado y a quien se da mayor crédito en todo lo que escribió y confiesa ser ignorante de muchas tierras que agora sabemos, a las cuales llama ‘no conocidas ni descubiertas’.”¹³

¹¹ Véase, por ejemplo, cómo corrige lo que Plinio dice de los cocodrilos, después de lo que él ha comprobado en Tierra firme (libro XIII, cap. III).

¹² Como el de las dos niñas que nacieron pegadas en Santo Domingo, que se relata en la *Historia General y Natural de las Indias*, lib. VI, cap. XI. (Ed. de Salamanca, 1547, fol. LXIX r.).

¹³ Ed. de G. Allegra, Madrid, Castalia, 1982, pp. 389-390. La cita y el comentario que la introduce se dan en el citado artículo de Asunción Rallo, p. 179.

Para captar toda la originalidad de las conversaciones de los interlocutores de Torquemada sobre estas tierras, conviene ordenar las referencias que se encuentran en otros textos de la misma época, de alguna forma emparentados genéricamente. Por seguir un orden cronológico, tras la *Silva de varia lección* habría que hablar de la *Silva palentina* del Arcediano del Alcor (finalizada hacia 1555, según los códices conservados), en la que las noticias sobre América se limitan a ser escuetas reseñas de los principales méritos del Descubrimiento, integradas en la relación de sucesos ocurridos durante el pontificado de cada uno de los prelados que fueron obispos de Palencia¹⁴. Curiosamente, el Arcediano remite a la lectura de la *Historia* de Fernández de Oviedo y *Las décadas* de Mártir de Anglería antes de hacer su propia valoración personal de la Conquista, que consiste en felicitar a la religión cristiana por haber combatido la barbarie y la idolatría, y haber acabado con los vicios de los indios, con las “torpezas diabólicas que ante sus dioses hacían en los templos”¹⁵.

Muy diferentes son las escasas referencias que recoge la *Varia historia* de Luis Zapata, el autor del *Carlo famoso* (1566), poema heroico por algunos considerado la primera celebración de la Conquista de América. En esta miscelánea, el Descubrimiento no da pie para comentar sucesos extraños, a excepción de un gran terremoto en el Nuevo Reino de Granada que se atribuye a “hallarse navíos debajo de tierra”, o bien a que “permitido Nuestro Señor, haga el demonio estos juegos, por ver los herrados juicios de los hombres”¹⁶. Salvo las anécdotas de un presidente de Consejo de Indias y de un capitán¹⁷, el resto de las curiosidades se refieren a las riquezas conseguidas en las nuevas tierras: las de las magníficas posesiones del Conde de Niebla, que fue virrey del Perú, y las de Cortés, que justifican que entre “las cosas singulares d’España” se enuncie lo siguiente:

“El mexor y más bien empleado dinero del mundo, y de donde con menos caudal se sacó más provecho, fue un quento de maravedís quel secretario Luis de Santeangel prestó al rei don Fernando Cathólico, con que se despachó Colón a las Indias, y tantas provincias y reinos fueron añadidos a la Corona Real d’España.”¹⁸

El interés por la riqueza de las Indias fue sin duda uno de los principales motivos por los que se habló de América en las misceláneas. Además de inspirar expresiones coloquiales como “necesitar el poseso de unas Indias” para indicar el gran

¹⁴ Así, por ejemplo, en el año 1492 se resume la hazaña de Colón y la riqueza de las especies descubiertas, y se comenta seguidamente la labor de los frailes de todas las órdenes que pasaron a las Indias. Cfr. la edición de la Diputación provincial de Palencia, 1973, pp. 350-354.

¹⁵ *Silva palentina*, ed. cit., pp. 353-354.

¹⁶ *Varia historia*, ed. de G.C. Horsman, Utrech, 1935, p. 4.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 92 y 24.

¹⁸ *Ibid.*, p. 39.

coste de algo¹⁹, la riqueza natural del Nuevo mundo propició comentarios en torno a tres temas, sobre todo. En primer lugar, el de las importaciones varias que influyeron en el desarrollo de algunas ciencias; en concreto, el de las importaciones de especias y plantas medicinales que empezaron a describirse en los tratados farmacológicos de la época²⁰. En segundo lugar, el oro y metales preciosos, dentro de las importaciones que más repercutieron en la economía española, aparece en ocasiones como razón discutida en los textos que tratan el tema de las carestías. Así, en algunos diálogos de la segunda mitad del siglo XVI se comenta el criterio —al parecer bastante generalizado— de que “el mucho dinero que ha entrado de Indias ha encarecido todo”²¹. Sin embargo, por lo que he podido ver, este tema no trasciende tanto a las misceláneas propiamente dichas como la alabanza de las joyas y vajillas que muchos consiguieron en Indias, tal y como aparece en el texto citado de Luis Zapata.

El tercer asunto importante dentro de este mismo campo temático es el del indiano enriquecido y el del dinero mal ganado a los indios. Sobre este tema, que tanta polémica había suscitado en el Consejo de Indias, como es bien sabido, se encuentran algunas referencias en diálogos misceláneos muy posteriores a las crónicas mencionadas. Dos de las más interesantes que he localizado pertenecen a los enciclopédicos *Diálogos familiares* de Juan de Pineda. Allí, bajo el epígrafe: “Indios no pueden ser despojados de sus haciendas”, pone Pineda este diálogo entre el teólogo Philaletes y el viejo caballero Polycronio:

“PHILALETES... Yo he conocido algunos que han estado en Indias y canonizan por santos a muchos conquistadores, porque si mataron y robaron a muchos indios como malos Christianos, se siguió de allí que hizieron a otros recibir la fe Christiana y que sus descendientes biven Christianos, que es mayor bien que fue el mal que hizieron matando y robando a los que no les devían nada, y la respuesta remito al librito que destas cosas escribió el Obispo de Chiapa, porque son razones tan bestiales las de los tales que perdemos tiempo en reparar en ellas.

POLYCRONIO. No sé qué me dezir destos tesoros de Indias, que a más veo perdidos que ganados por ellos: y sé yo que los religiosos que en algún

¹⁹ Así la encontramos en diálogos de la época. Marco Antonio de Camos, por ejemplo, la emplea a propósito de “los gastos excesivos que trae el casar”: “Quanto más que primero que os caséys es necesario el *posse- sso de unas Indias* para arrear y componer la novia de perlas, de joyas, cadenas, collares, axorcas y sortijas. Pues qué de vestidos de sedas y telas de oro que de olanda y cambay para gastar tiempo en vano, en cadene- tas, en muestras y lavores...” *Microcosmia y gobierno universal del hombre cristiano*, Barcelona, Pablo Malo, 1592, parte II, diálogo VII, p. 73.

²⁰ Un buen ejemplo es la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina* (Sevilla, 1574), de Nicolás Monardes. El interés por esas “plantas y hierbas nunca vistas y de gran utilidad” se manifiesta en la *Silva palentina*, por ejemplo. *Vid.* ed. cit., p. 351.

²¹ Así en los *Diálogos de la fertilidad y abundancia de España*, (Madrid, 1578) de Juan de Valverde Arrieta. Cito por su 2.ª ed., más difundida, que se publicó con el título: *Despertador que trata de la gran ferti- lidad, riquezas, baratos, armas y cavallos que España solía tener, y la causa de los daños y falta con el reme- dio suficiente*, Madrid, Guillermo Drouy, 1581, fol. XL1 v.

tiempo residían en las Indias hizieron sus juntas para examinar si los conquistadores procedían bien en aquellos negocios. Y concluyeron que no podían ser absueltos, y a ninguno querían confessar, y los obligavan a restituir quanto de las minas les tomavan, y a satisfazer por los trabajos en que a los indios ponían, que a muchos matavan en las minas y con cargas, y por eso los reyes de Castilla proveyeron en ello, y sin duda pecaran mortalmente más que los conquistadores si se lo consintieran. Y aun yo supe que algunos al principio trahían a los indios por esclavos, y si Dios en las Escrituras amenaza tan bravamente a muchas naciones porque dañaron a otras, aunque adoravan a los ydolos, miren bien los españoles que no son menos de Dios los indios que ellos.”²²

El segundo comentario surge a propósito del interés del ambicioso médico Philótimo en visitar a la hija de un indiano, “que dizen tener cien mil ducados de dote y más de cincuenta mil en joyas y piedras”. El joven Pamphilo rechaza con estas palabras la posibilidad de conquistar tan buen partido:

“No metáis por vuestra vida dineros de Indias en mi casa, porque según oí muchas cosas a mi padre de los negocios de muchos indianos, y según hemos visto venir muchos muy ricos y quitárselo después por ageno, no me tería por seguro en consciencia con tal hazienda.”²³

Este tipo de criterios contrastan fuertemente con la exaltación que hacen otros textos de estos beneficios lucrativos, que llegan a presentar a América como el principal sustento de la grandeza de España. El extremo de tal exaltación puede encontrarse incluso en un tratado sobre la simbología moral y política de los animales, donde América se compara a las virtudes del unicornio. El autor, dominico, explica así el símil después de hablar de Perú:

“Finalmente, estos dos reinos nuevos (Perú y Nueva España) son los dos pezones de España con que se alimenta su poder y grandeza, y los que han hecho imperio la Real corona de nuestros reyes. La diferencia de naciones que la componen tan opuestas en sí me pulsó el discurso a hazer la presentación y símbolo del unicornio, y ser esta fiera de tan estrañas partes compuesta y formada, y por la singular propiedad que tiene de amparar a los demás animales si llegan a alvergarse, perseguidos de alguna fiera, a su sombra, que los favorece, defiende y assegura. *Assí los que de España han passado a este Nuevo Mundo han hallado arrimo, estimación y riqueza que por acá, fácil ni possible les fuera a los más.*”²⁴

²² *Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana*, Salamanca, P. de Adurça, 1589, vol. I, p. 151 (diál. VI, XX).

²³ *Ibíd.*, diál. XXIII, XIX, vol. II, p. 137.

²⁴ Fray Andrés de Valdecebro, *Gobierno general, moral y político hallado en las fieras y animales silvestres, sacado de sus naturales propiedades y virtudes, con particular tabla para sermones varios de tiempo y de santos*, Madrid, Antonio de Zafra, 1680, cap. XXXIV, p. 126. Antes ha reprochado la usurpación de Américo Vespucio de un nombre que debería cambiarse, según él, por el de “Fer-Isabela” o “Carolina”; y ha discutido también el origen de los progenitores de los indios tras el Diluvio.

Pero el interés más importante que debió haberse manifestado en las misceláneas fue el que justificó el éxito de todo un género: los tratados sobre costumbres y caracterizaciones de gentes de diversas geografías. A este género pertenece el famoso *Omnium gentium mores* de Johannes Boemus²⁵, y su paralelo *Mores et ritus gentium* de Juan Teutónico, ambos citados en el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada. Es el caso también del *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandeville (que también tuvo varias ediciones desde la primera, de Valencia, 1515) y las *Observations de plusieurs singularités et choses memorables* (París, 1555) de Pierre Belon du Mans, cuyas noticias sobre los turcos coinciden con algunas de las que se dan en el *Viaje de Turquía*. En todos estos tratados, que resultaron auténticos arsenales de datos curiosos para los humanistas autores de misceláneas, es llamativa la ausencia de un capítulo específico dedicado a las Indias. En el de Mandeville, por ejemplo, sólo se habla de la “India la Mayor” (de sus ritos y vegetación, de sus mujeres) y se alude únicamente al caso de un hombre que sin darse cuenta rodeó el mundo entero llegando hasta las Indias²⁶. Y en el de Belon de Mans la única referencia, mínima, es la que se hace en un “Discurso sobre el oro del Perú y las Indias”²⁷.

Precisamente por esto, puede comprenderse la novedad que supuso la traducción del citado libro de Boemus por parte del bachiller Francisco Thamara, con el título: *Costumbres de todas las gentes* (Amberes, 1556), que fue con toda probabilidad la fuente directa de Torquemada²⁸. En su traducción, Thamara añade una nueva parte original, que coloca como libro III al final, y que titula: *Suma y breve relación de todas las Indias y tierras nuevamente descubiertas por gente de España, assí por la parte de Poniente como de Levante, y de las costumbres y maneras de vivir de los Indios y moradores dellas*. El gran interés de estos nuevos cien folios se advierte ya en el propio “Proemio” de Thamara, pues alude a lo que no pudo ser conocido por Boemus: las conquistas de Méjico (1519) y Perú (1532), y sobre todo, las crónicas de muchos “autores y testigos que lo ayan visto y paseado”²⁹. Pero en relación a lo que aquí se ha dicho, nos interesa especialmente el

²⁵ Desde 1520 tuvo bastantes ediciones, entre las que destaca la de Amberes, de 1537.

²⁶ Hablando de las posibilidades de expedición geográfica que tiene el hombre, comenta: “... se me ha muchas vezes acordado de una cosa que yo quando era pequeño (oí), que un hombre de nuestra tierra *se partió a ver el mundo en un tiempo y se pasó para las Indias* y llegó en más de cinco mil yslas y tanto rodeó el mundo por grandes tiempos que él falló una ysla donde oyó hablar su lenguaje...”, *Libro de las maravillas del mundo*, Valencia, Jorge Costilla, 1524, Libro II, cap. I, fol. XL r.

²⁷ Cfr. *Observations...* ed. de París, Gilles Corrozet, 1555, libro I, cap. LI, fol. 46v.

²⁸ En la Biblioteca del Conde de Benavente figura como: *De las costumbres y ritos de todas las gentes* el libro que cita en el *Jardín*. Cfr. edición de G. Allegra, Madrid, Castalia, 1982, p. 142.

²⁹ “Aviendo yo hablado hasta agora en esta obra De las costumbres de todas las gentes de que se tiene noticia, y los autores antiguos han escrito hasta nuestros tiempos, *fuera de razón me pareciera si no escribiera también alguna cosa de las Indias y tierras nuevamente halladas y descubiertas por nuestros españoles*, pues para hablar desto ni faltan autores y testigos que lo ayan visto y paseado. Assí que tomando esto por addición y cortapisa desta obra, aquí se dirá y tratará de todas las Indias y tierras que han sido halladas, descubiertas y conquistadas por gente de España...” Cito por un ejemplar de la B.N.M. carente de portada y colofón, que se supone perteneciente a la edición citada de Amberes, Martín Nucio, 1556, fol. 249 v.

reconocimiento de Thamara de que las nuevas experiencias obligan a contradecir las conjeturas de los antiguos; pues esta razón le lleva a revelar que su principal fuente de información es la *Historia General y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo:

“... mas las yslas del Nuevo mundo que halló el primer descubridor dellas y primer Almirante Don Christobal Colón, (...) nunca por los antiguos fueron conocidas. En esta misma opinión que estas yslas sean las Hesperidas piensan que está Plinio, y casi lo mismo creen que dizen Tácito y Seboso, pero no los entienden. Y porque todas estas cosas y opiniones están con poca diligencia y curiosidad declaradas y averiguadas en la primera parte de la *Historia general de las Indias* por el Capitán Gonçalo Hernandes de Valdés, y por otros que este negocio han discutido y examinado no muy cumplidamente y con menos prudencia baste lo dicho; y aquí al presente diremos lo que haze al intento y propósito de nuestro tratado, que es demostrar y declarar las costumbres y maneras de vivir que los indios destas yslas tenían al tiempo que fueron conquistadas.”³⁰

Está claro, en principio, cómo quiere servirse Thamara de las crónicas que utiliza como fuente, pues advierte que ya no se ocupará de describir las islas geográficamente, sino que atenderá con detalle a las formas de vida de sus respectivos habitantes. La relación entre Fernández de Oviedo y este texto de Thamara merecería un estudio más detenido porque contribuiría a conocer ese aprovechamiento de las crónicas por parte de los humanistas que afecta a todas las misceláneas renacentistas. Por el momento, cabe adelantar que junto a las habituales y obligadas noticias sobre plantas y animales excepcionales no localizables en la *Historia Natural* de Plinio (“pájaros comuneros”, “azores de agua”, etc.), se encuentran referencias recurrentes en todos los capítulos a esta serie de temas preferentes:

— Las relaciones de hombres y mujeres (poligamia, permisividad, vicios varios) que resaltan la “carnalidad y lujuria” de los indios, en particular de los mejicanos. Esto lleva a atender comparativamente a las legislaciones de cada una de las islas: se comenta el consumo de droga en Santo Domingo, la penalización del adulterio, la pena de muerte con que se castigan a los travestidos en Méjico, etc.

— La alimentación, vivienda, diversiones y enterramientos; también, en algunos casos, con juicios comparativos respecto a los usos castellanos³¹.

— Gustos en placeres varios y gustos estéticos (adornos, fisiología, etc.). Se comenta por ejemplo cómo los de Santo Domingo se ensanchan artificialmente las frentes, o cómo las indias de la costa de Tierra de Fuego se engordan muslos y pantorrillas³².

³⁰ *Ibid.*, fol. 252 v.

³¹ “... y es cosa de maravillar ver cuán diestros y prestos son los indios y aun muchas indias en este juego. Algo parece este juego al de la chueca que usan en Castilla, salvo que en lugar de la chueca es la pelota, y en lugar del cayado es el ombro o cadera del jugador con que la hiere o rechaza.” *Ibid.*, fol. 255 v.

³² “Las donzellas andan del todo desnudas. Tienen por hermosura que los muslos y pantorrillas engorden mucho y assí los aprietan por baxo y encima de las rodillas. No se les da nada por la virginidad.” *Ibid.*, fol. 324 v.

— Las idolatrías y supersticiones; tema siempre unido al de los beneficios de la cristianización y sus primeros recursos (mención del efecto de profecía que produjeron en los indios las cartas leídas por los españoles, etc.) Aquí el cotejo con las crónicas resulta especialmente interesante, pues en algún caso el autor alude a su criterio selectivo³³.

Junto a todos estos comentarios, el discurso básicamente descriptivo de Thamara contenía algunos episodios narrativos cortos (de cómo Hernán Cortés conoció mujeres en la región de Veracruz, o como prendió a Moctezuma), que serían, en cambio, el ingrediente más importante en las misceláneas como la de Torquemada.

Precisamente, el *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570) es el más rico en su género por su acopio de relatos tomados de las crónicas, y ello es lo que le confiere su primera originalidad. En principio, hay que advertir que en esta famosa miscelánea ninguno de sus seis tratados se dedica en particular a curiosidades de las tierras recién descubiertas, mientras que sí se hace esto con las tierras septentrionales de las que había dado noticia Olao Magno, pues a su meteorología, geografía y habitantes se reservan los dos últimos tratados. Recordemos que, en general, de lo que se trata es de mezclar noticias viejas y nuevas en torno a estos grandes temas: las “muchas cosas dignas de admiración que la naturaleza ha hecho y hace en los hombres fuera de la orden común y natural con que suele obrar en ello” (Tratado I); “algunas propiedades y virtudes de fuentes, ríos y lagos, y las opiniones que hay de lo del paraíso terrenal y cómo se verifica lo de los cuatro ríos que de él salen, teniendo sus nacimientos y fuentes en partes tan remotas, y asimismo en qué partes del mundo haya cristiandad” (Tratado II); “qué cosas sean fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos acaecidos” (Tratado III); “Qué cosa sea fortuna, ventura, dicha y felicidad y en qué diferencia caso de fortuna, qué cosa es hado, y cómo influyen los cuerpos celestiales y si son causa de algunos daños que vienen en el mundo” (Tratado IV); “de las tierras septentrionales que están debajo del polo ártico y del crecer y decrecer de los días y las noches, hasta venir a ser de seis meses, y cómo sale el sol y se pone diferentemente que a nosotros” (Tratado V); y por último, y como continuación de lo anterior, “algunas cosas que hay en las tierras septentrionales dignas de admiración, de que en éstas no se tiene noticia” (Tratado VI).

Es fácil comprobar que en este *Jardín* abundan mucho más las referencias y episodios sobre otras partes del mundo que las procedentes de América; y que además los “casos raros” conocidos por el autor pertenecen sobre todo a España e Italia, que es por donde Torquemada había viajado ampliamente, recogiendo testimonios directos sobre tales sucesos. Sin embargo, es evidente también que las alusiones al Descubrimiento y lo nuevamente descubierto en las Indias se reparten por

³³ Como, por ejemplo, cuando trata de las crueldades que hacían en Méjico antes de bautizarse: “No los pongo ni escribo en particular por evitar prolixidad y porque a la verdad escandalizan a los lectores.” *Ibid.*, fol. 289 r.

todo el libro. Y resulta por ello interesante clasificarlas de alguna manera. De mi atenta lectura de todas estas referencias, deduzco que pueden distinguirse tres grandes grupos de noticias o argumentos sobre América, según su participación en la intención polémica que tiene la forma dialogada en Torquemada.

A. ANÉCDOTAS CURIOSAS DE LA CONQUISTA

Aquí se incluyen, por ejemplo, dos menciones muy apropiadas al capítulo de las anomalías corporales. La primera es un hecho narrado por el cronista y navegante Francisco Antonio Pigafetta sobre los pigmeos que vieron los que iban con Magallanes; hecho éste ante el que manifiesta cierto escepticismo el autor:

“Luis. (...) Asimismo, un caballero de la Orden de San Juan, llamado por nombre Pigafeta, el cual fue con Magallanes en la jornada que hizo en Indias, cuando descubrió el Estrecho, y volvió después en la nao Victoria, que fue la que dicen que dio una vuelta al mundo, en una relación que hizo al Papa de las cosas maravillosas que en aquel camino vieron y descubrieron, dice que, estando en el archipiélago que se hace en el mar del Sur y de la otra parte del Estrecho, se hallaron en una isla unos hombres pigmeos, aunque diferentes en la hechura, porque tenían las orejas tan grandes como todo el cuerpo, y que sobre la una se echaban y con la otra se cubrían, y que eran velocísimos en el correr y que, aunque él no los vio, porque era dejar y apartarse de la derrota y viaje que la nao hacía, que esto era público en todas las otras islas, y que los marineros daban testimonio de ello.

ANT. Bien fuera que Pigafeta, para que le diéramos mayor crédito, diera también testimonio de haberlos visto; pero así, cada uno podrá creer lo que le pareciere, sin cometer pecado en ello”³⁴.

La segunda mención es a propósito de los centauros, ya que era bien conocido que ésta fue la apariencia que tuvieron los primeros conquistadores españoles a los ojos de los indios:

“Luis. No me maravillo de que las gentes en aquellos tiempos recibiesen ese engaño, no habiendo antes sabido qué cosa era amansar los caballos ni visto hombres encima de ellos; y era cosa tan nueva que no la entendían; y para poderse creer, es bastante argumento lo que sabemos *que en las Islas e Indias occidentales pensaron los indios cuando vieron a los españoles en los caballos*, teniendo por cierto que el hombre y el caballo eran todos un mismo animal; y así, fue causa el temor que concibieron de rendirse en muchas partes con mayor facilidad que lo hicieran si bien entendieran la verdad;...”³⁵.

³⁴ Ed. cit., pp. 138-139. El italiano Pigafetta (1491-1534) acompañó en 1519 a Magallanes en su viaje a Filipinas, y a su muerte pasó con Elcano a las Molucas. Con éste volvió a España en 1522 después de haber dado la vuelta al mundo, lo que justifica el título de su libro: *Primer viaje en torno al globo*.

³⁵ *Ibíd.*, p. 173.

Lo más interesante de estas noticias es el modo en el que se combinan la transmisión escrita y la oral, pues no siempre Torquemada revela su fuente de información, prefiriendo en algunos casos narrar como si el cuento fuera “vox populi”. Así con la historia del perro sabio de un soldado de Colón, que debió de ser muy conocida en el siglo XVI:

“Luis. (...) Y dejando las cosas antiguas, ¿qué se puede juzgar de *aquel* perro llamado Leoncico que pasó con un soldado cuando Colón comenzó el descubrimiento de las islas occidentales, el cual peleaba de tal manera en las batallas, que confesaban los indios tener muy mayor temor del perro que de veinte cristianos? Y lo más era, si algún indio de los que habían prendido se soltaba y huía, no hacían más que decirlo a Leoncico como si hablaran con otro hombre, y así, luego por el rastro lo seguía; y era cosa maravillosa que, aunque estuviese entre mil indios, lo conocía y se iba derecho a él, y si se dejaba traer, no le hacía daño ninguno; pero si se defendía, no paraba hasta hacerle pedazos, sin que los otros indios fuesen parte para estorbárselo. Y esto era, porque con el gran miedo que habían cobrado todos, que cuando veían venir al perro le dejaban el campo”³⁶.

La difusión del caso de Leoncico se debió a la *Historia General de las Indias* (libro I) de López de Gómara, según lo revela Diego de Yepes en su *Varia historia*, al tratar de capacidades prodigiosas de algunos animales; es decir, en el mismo contexto que Torquemada:

“... Y por tratar de las crónicas castellanas que venga a nuestro propósito, diré la sagacidad y diligencia de un perro que se llamó Leonzico, y pasó con un soldado quando Colón descubrió las Indias Occidentales. *Dize Gómara en su Historia* que peleava el perro de manera que confessavan los indios temerle más que a veynte españoles. Y lo que mayor admiración causava, si algún indio captivo huya, dezíanlo a Leonzico como si hablaran con otro hombre. Él le seguía por el rastro, y aunque estuviera entre mil indios le conocía, yva derecho a él, y si el que avía huydo se dexava traer, no le hazía mal; mas si se defendía, le hazía pedaços, porque quando vían al perro todos los indios procuravan huyr y librarse dél. Aunque esto deste perro es admirable, atrevime a escribirlo *no sólo por la autoridad de quien lo refiere, sino también por ser cosa muy sabida y que se cuenta por tradición entre muchos que tratan de las hazañas y viajes de Colón y de los que fueron con él*”³⁷.

La similitud del relato nos convence, pues, de que fue caso divulgadísimo. En la miscelánea de Yepes, además, se apuntan otras crónicas que sirvieron de fuente

³⁶ *Ibíd.*, p. 345.

³⁷ La *Varia Historia* de Fray Diego de Yepes, confesor de Felipe II, es también una curiosísima miscelánea cuya información debe relacionarse con la de Juan de Pineda, si bien no está escrita en diálogo. Se publicó en Toledo, Pedro Rodríguez, 1592. (Cito el fol. 96 r.).

para alguna anécdota más de perros fieles, como la de la prueba que puso el capitán Diego de Salazar a su perro “Bezerrillo”, cuento amenísimo para cualquier coloquio sobre este tema³⁸.

B. FENÓMENOS GEOGRÁFICOS SORPRENDENTES

En este tipo de informaciones se incluye, por ejemplo, la de una extraña fuente en Cuba que echa una especie de betún, o la de un misterioso lago en la isla de Santo Domingo, en cuya descripción revela Torquemada la ingenuidad de aquellos descubridores ante la naturaleza volcánica:

“ANT(onio). ...digo, que así mismo hay en la *Isla de Cuba* (según dicen muchos que la han visto) una fuente que mana un licor, o betumen que parece pez, el cual es de tanto provecho, que con el se empegan los navíos y les dan carena, de manera que quedan tan firmes para no pasarse ni hacer agua, como si estuviesen con la mejor pez de la que por acá se usa.

BER. En esta misma isla he oído decir que hay un valle muy grande, todo lleno de piedras, las cuales, grandes y pequeñas, son todas tan redondas, como si adrede hubieran estado haciendo una por sí de aquella manera.

[...]

ANT... Solamente os diré de un lago que está en la *Isla Española*, que llaman de *Santo Domingo*, en una montaña muy alta y deshabitada, y fue así: que como los españoles hubiesen conquistado aquella tierra, supieron que alrededor de aquella montaña no había población ninguna, por causa de un estruendo tan grande que ella continuamente sonaba, que ensordecía a los que le oían; y como ninguno hubiese alcanzado lo que era ni entendiese el secreto, tres españoles se determinaron de subir y entender la causa de donde procedía; apercibiéndose de todo lo que les pareció ser necesario, porque el camino que habían de hacer era muy áspero y dificultoso, así por los grandes riscos, como por la mucha espesura de árboles, también se metieron unas pelotas de cera en las orejas con que taparon los oídos, y encima se rebozaron muy bien; y así, llevando el mantenimiento que les bastaba, comenzaron a caminar con muy gran cansancio y trabajo, y el uno de ellos, en el camino, enflaqueció de manera que le fue forzado quedarse; llegando a lo alto, donde hallaron un gran llano sin árboles ningunos, y en el medio de él un lago muy grande de agua, tan oscura y tan negra como tinta, que estaba hirviendo a borbotones, como si tuviera debajo de sí todo el fuego del mundo; y era tan grande el estruendo y ruido que hacía, que con

³⁸ “Dize Gonzalo Fernández de Oviedo en la Historia que escribió de las Indias Occidentales, y refiérelo Francisco López de Gómara en el descubrimiento y cosas notables de la Isla Borinquen [...] Quien más se señaló en esta conquista fue Diego de Salazar por su esfuerzo y valentía y por un perro que tenía que se llamava Bezerrillo. [...] Este peleava contra los indios animosamente. Conocía a los amigos y no les hacía mal aunque le tocassen. Conocía qual era Caribe y qual no, y contra éstos se mostrava muy feroz. Donde los podía aver los despedaçava...” Su amo lo prueba mandándole que persiga a una cautiva suya, india vieja a la que le ha dado una carta. Cuando la va a atacar, se compadece de sus súplicas, pero tiene un gracioso gesto de desprecio hacia ella: “Viendo el perro la carta, se amansó, olióla, y entendiendo que era de su señor, no hizo mal a la vieja, aunque por menospreciarla, alzó la pierna y meola.” *Ibid.*, fol. 96 v.

toda la diligencia que habían hecho para ir bien atapados los oídos, los atronaba de manera que no pudieron sufrir detenerse allí mucho; y así, se volvieron sin poder averiguar ni saber más de lo que cada uno podrá juzgar, conforme a su parecer.”³⁹

En algunas de estas menciones se insiste en lo admirable de tales fenómenos, en la medida en que condicionan o superan los “records” anteriores al Descubrimiento. Así, por ejemplo, en el caso de las longitudes asombrosas de los ríos americanos, que inducen a hacer conjeturas acerca de lo que queda por descubrir:

“ANT... Y tornando al hilo primero de las aguas, no me parece que es justo pasar en silencio la grandeza de los ríos que en otros tiempos se han descubierto, porque hasta aquí teníanse por muy grandes el río Nilo, el Danubio, el Ganges, Borístenes y otros semejantes; *pero ahora los mayores que hay en Asia, África y en Europa son como arroyos muy pequeños en comparación de los que sabemos que se han hallado, visto y navegado en las Indias Occidentales, que si no hubiera tantos testigos de vista, ninguno quisiera creerlo*. Y si no, ved la grandeza del río que se llama de Orellana, por haberle hallado uno que se llamaba de ese nombre, el cual es fama pública tener cincuenta leguas de anchura de boca cuando viene a entrar en el mar, y con la furia que lleva, hiende tanto por la agua salada, que los que navegan llaman a aquella costa mar de agua dulce. El río de la Plata, poblado ya de nuestros españoles, es averiguado tener veinte y cinco leguas de ancho cuando la mar lo recibe en sí; y el río Marañón tiene quince leguas, y así hay otros muchos y muy grandes ríos, *de donde no se puede inferir que debe ser mucha más cantidad de tierra la que está por descubrir que la descubierta*, porque ríos tan poderosos no es posible nacer de una fuente ninguno de ellos, sino que a cada uno se le juntan otros muchos ríos y de diversas regiones; pero esto déjese para otra vez que nos juntaremos, y sea de más espacio que ahora.”⁴⁰

El argumento de que, a juzgar por lo descubierto, cabe esperar muchas más sorpresas geográficas se encuentra repetido en el *Jardín de flores curiosas* en varias ocasiones. Concretamente, es el que mueve el interés por las islas desconocidas y por las proporciones de la tierra, asunto obligado en las misceláneas de la época:

“LUIS. *No tenéis razón, que en sólo el viaje de Magallanes, se engolfaron más que nunca otra nación lo hizo*; y si algunas monstruosidades de estas hubiese en el mundo, entonces hubiera de saber de ellas, como supo Pigafeta lo de los pigmeos, que como sabéis, no sólo descubrieron lo del mar del Sur, pasando un piélago que en cinco o seis meses no vieron tierra firme, pero también por la otra parte han llegado a pocos grados del Polo Antártico.
[...]

ANTONIO. Aunque todo eso sea así como vos decís, *el mundo es tan grande, y hay tanto por descubrir en él que en lo que no sabemos podría*

³⁹ *Jardín de flores curiosas*, ed. cit., pp. 200-201.

⁴⁰ *Ibíd.*, pp. 206-207.

haber tantos y tales monstruos, que nos hiciesen maravillar muy de veras; y por ventura nos parecería entonces que lo que de esta gente se escribe era muy posible y que no teníamos razón de admirarnos tanto de ello.”⁴¹

“LUIS. No sé yo de la manera que los geógrafos modernos miden ni comasan el mundo; pero sé que dicen que en toda la redondez de la tierra y del agua, que es en el mundo, no se montan sino seis mil leguas, y que de éstas están descubiertas cuatro mil trescientas cincuenta leguas, contando desde el puerto de Higueras en el Occidente o Indias Occidentales, hasta El Gatigara, [...] *de manera que quedan por descubrir mil y seiscientas y cincuenta leguas; y que si estas se descubriesen, se entendería así el fin del descubrimiento de las Indias*, como el de la parte de la tierra que nosotros habitamos.”⁴²

Pero al lado de éstos, nos encontramos también temas de mayor trascendencia ideológica en la miscelánea de Torquemada que guardan un justificadísimo orden, como intentaré mostrar. Se trata de un grupo de asuntos que podríamos englobar en este tercer apartado:

C. RELACIÓN ENTRE LA NUEVA COSMOGRAFÍA (REVISIÓN DE LOS COSMÓGRAFOS ANTIGUOS) Y LAS CUESTIONES DE FE

El primer tema polémico parece ser la habitabilidad de las zonas descubiertas, la de la “cuarta parte habitable de la tierra”; pues en los tratados de cosmografía ya se discutía el criterio antiguo de que era inhabitable “la tórrida zona”. Así, por ejemplo, se encuentra esta disquisición en la *Summa de philosophía natural* (Sevilla, 1547) de Alonso de Fuentes⁴³, y en tratados muy posteriores como la *Fisonomía natural y varios efectos de Naturaleza* (Alcalá, 1607) de Jerónimo Cortés⁴⁴. Lo interesante es que en Torquemada, y después de él en muchos otros, esta cuestión se liga a la de la localización del Paraíso Terrenal, a lo que se dedica el tratado II del *Jardín*:

“ANTONIO. (...) y Celio, tratando del Paraíso, lo alega, para decir que era a la parte donde está el Paraíso Terrenal, y que todas estas señales salían del mismo para no dar lugar que pasasen más adelante, conforme a lo del Génesis, donde dice que puso Dios un querubín delante de la puerta, con una espada de fuego que se revolvía a todas partes, para que guardase que ninguno pudiese entrar dentro; pero yo más cierto creería que Hanón con su armada llegó a estar debajo de la tórrida zona y que sería en tiempo que la gran calor de ella causaría aquellos efectos, con que, espantados, se volvieron, y que si

⁴¹ Ed. cit., pp. 148-149.

⁴² *Ibid.*, pp. 413-414.

⁴³ *Apud* J. Ferreras, *op. cit.*, p. 77.

⁴⁴ El Tratado V se dedica a “la quarta parte de la tierra habitable”, y empieza: “Las Indias o Nuevo Mundo, quarta parte de la tierra habitable es mayor y más rica de metales, especialmente de oro y plata que las sobredichas tres partes, cuyo descubrimiento tuvo principio por la bondad y clemencia del Criador, el año de mil y quatrocientos noventa y dos...” Ed. cit., fol. 78 v.

esperaran, no dejaran de hallar lugar y tiempo para poder pasar adelante: *como acaeció a Colón la primera vez que, yendo a descubrir las Indias, conoció estar debajo de la misma zona, adonde, calmándose el viento, estuvieron los navíos dos o tres días detenidos*, sin esperanza de salir de allí ni salvar las vidas; pero, refrescando después el tiempo, la pasaron sin peligro ninguno, y ahora sabemos que la pasan cada día los muchos que por aquellas navegan. Todas estas son cosas e imaginaciones de hombres contemplativos que andan rastreando la verdad...”⁴⁵

El que Antonio, “alter ego del autor”, termine diciendo que se cuentan demasiadas “fábulas” sobre esto, encaja perfectamente en la funcionalidad del coloquio en el *Jardín de flores curiosas*. Y es que, a diferencia de las disertaciones de Pedro Mejía en su *Silva*, los interlocutores del *Jardín* pueden permitirse poner en tela de juicio opiniones varias, y sobre todo dudar, como suele hacer “el maestro” Antonio, de ciertas noticias contradictorias o heterodoxas, según el caso. Me parece especialmente significativo que estos temas enlacen con el que acaparó la mayor polémica entre los cronistas de Indias: el de la extensión de la Cristiandad al Nuevo Mundo. En el tratado II, Antonio empieza por comentar cómo los indios idolatran al demonio:

“... y no para en esto su desatino, sino que en muchas partes adoran al demonio y le hacen templos y sacrificios, y le tienen en toda la veneración posible; esto es en muchas provincias de la India mayor, y *principalmente en las Indias Occidentales* y preguntados si hay un Dios que es el hacedor de todas las criaturas, dicen que sí; y si saben que el diablo es la más mala y abominable criatura de todas, a boca llena confiesan ser verdad; y tornándoles a preguntar por qué causa le adoran, responden que Dios como sea sumamente bueno, que su oficio es hacer siempre bien, y no mal, y que todas las obras malas salen del demonio, y es el que las hace, y que así, a Dios no tienen necesidad de honrarle ni servirle, porque no por esta ha de dejar de hacerles siempre bien; y que sirven y honran al diablo, porque no les haga todo el mal que puede, como si sin la voluntad y permisión divina el diablo pudiese hacer ni deshacer cosa alguna; y con estos desatinos y otros semejantes se van todos ellos condenados al infierno, y dejan de ir a poblar aquellas sillas que los mismos que los traen engañados dejaron vacías en el cielo.”⁴⁶

Pero al final de este mismo tratado explica que la cristianización ha hecho que muchos indios desengañados de su antigua idolatría sean más cristianos que los propios españoles:

“La cristiandad de las Indias Occidentales y Nuevo mundo descubierto todos la sabemos; y *tengo por cosa muy cierta, que en muy poco tiempo todo*

⁴⁵ Ed. cit., pp. 217-218.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 234.

lo que está descubierto y lo que se descubriere ha de ser cristiano: porque aquella gente fácilmente se desengaña del engaño que con sus ídolos y pagos tenían, conociendo ser el mismo demonio, a quien obedecen y sirven. Porque en esto tienen casi la misma opinión que los que en la India mayor (como dije) les hacían templos y los reverenciaban. Y como después que los cristianos están en la tierra entienden que van a la mano al demonio, y que no tiene el mismo poder que antes tenía, ni les habla ni se les aparece tan comunemente como antes lo solía hacer, han venido a caer en la cuenta y a desengañarse; y según he oído a muchos que de aquella tierra han venido, hay indios tan devotos y piadosos cristianos, que hacen muy gran ventaja a los que de acá pasan en aquellas partes."⁴⁷

Para entender la relación de temas que acabo de reseñar hay que recordar la trascendencia que tuvo el hecho de que España dejara de ser considerada un finis-terre, y de que, tras el Descubrimiento, se reforzara la creencia de que el pueblo español había sido elegido por Dios para las más grandes empresas. Ese sentido providencialista hizo que se expresara con frecuencia la idea de que Dios había convertido a los españoles en misioneros de la verdadera Fe para compensar en el Nuevo Mundo "las pérdidas que por efecto de las herejías experimentaba el Antiguo"⁴⁸. Y esto, que se encuentra, por ejemplo, en la dedicatoria de la crónica de López de Gómara a Carlos V, es lo que justifica también los últimos comentarios que Torquemada pone en boca de sus dialogantes, tras la disertación de Antonio:

"LUIS. De una cosa me maravillo yo, y es de que la cristiandad de estas Indias esté tan limpia de herejías, viendo lo que acá pasa, que todo el mundo está infeccionado de ellas, y a osadas que no hayan dejado de pasar allá algunos que no sean tan católicos cuanto convendría; pero parece que Dios ha puesto su mano en guardar aquella tierra para ser en ella conocido y servido; Él lo lleve adelante.

BER. Entendido habemos de la Cristiandad es mayor que pensábamos, si estuviésemos todos los cristianos conformes en conocer y obedecer a la Iglesia Católica, y estar debajo del amparo de ella, y no como muchos que tienen solamente el nombre de cristianos, y son miembros apartados por obedecer a otras iglesias y seguir nuevas opiniones y herejías; plega a Dios que con todo esto veamos cumplida aquella profecía: 'Et erit unum ovile, et unus pastor'."⁴⁹

La coincidencia de las crónicas y el *Jardín de flores curiosas* en este aspecto es sumamente reveladora de hasta qué punto las misceláneas constituyeron un esla-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 243-244. Al margen: "La Cristiandad en las Indias Occidentales."

⁴⁸ Cfr. Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias* (Historia de España Alfaguara III), Madrid, Alianza, 1973, pp. 279-280.

⁴⁹ *Jardín...*, ed. cit., p. 244.

bón fundamental entre los autores renacentistas y los barrocos en el tratamiento del tema de América. El mismo orden en el planteamiento de los asuntos mencionados se encuentra en varios tratados misceláneos del siglo XVII, como, por ejemplo, el llamado *Magia natural o ciencia de filosofía oculta*, del jesuita gaditano Fray Hernando Castrillo⁵⁰. En este singular compendio de saberes esotéricos, geográficos e históricos, de prosa similar a la de Torquemada por su componente narrativo, nos encontramos con un segundo tratado dedicado a la Tierra, dividido en capítulos que siguen exactamente la relación de temas que hemos comentado. Así, el capítulo IX se dedica a “la quarta parte de la Tierra, que es la América”⁵¹, y se describen allí varias islas además de tratar de la jurisdicción de las Indias. En el capítulo X sigue una disertación sobre “las partes y regiones del mundo que se ignoran de los hombres”, a juzgar por lo que se ha descubierto en América⁵², y se pasa en el siguiente a desmentir los consabidos juicios de los antiguos cosmógrafos sobre la inhabitabilidad de la Tórrida zona, tal y como mucho antes había hecho Torquemada⁵³. Pero el paralelismo más interesante se da a partir del capítulo XVII, que trata de “Si la noticia de la Fe ha llegado a los fines de la América”, y donde se plantea la actuación de los apóstoles en el Nuevo Mundo, según los historiadores. También aquí se destaca ese sentido providencialista sobre la cristianización⁵⁴, y lo más curioso son los testimonios que aduce el fraile para convencer de que varios santos, discípulos de Cristo, anduvieron predicando por Perú y Brasil y dejaron su memoria en la tradición oral de aquellos pueblos:

“Por casi inmemorial tradición tienen los naturales del Pirú, especialmente los serranos, que anduvo en él un hombre jamás visto otra vez predicando al verdadero Dios. Y en otra parte dize le quisieron apedrear camino del Callao, seis jornadas del Cuzco en el asiento de Cacha, donde oy se ven ciertas peñas abrasadas de fuego celestial, como se dize, para vengar al Santo y dexarle libre de las sacrílegas manos. [...]

⁵⁰ Se publicó en Trigueros, D. Pérez Estupiñán, 1649, con el subtítulo (en el margen superior de sus páginas) de “Ciencia de la Filosofía secreta de los misterios de la Naturaleza”. Vid. el ejemplar con signatura R-4987 de la B.N. de Madrid.

⁵¹ “Casi todos los antiguos carecieron de la noticia que oy tenemos de la tierra que llamamos Nuevo Mundo, que es la que corresponde y es antípoda al Oriente...”, ed. cit., fol. 68 r.

⁵² “Como los más antiguos de los hombres por muchos siglos no tuvieron noticia de las partes de la Tierra que oy están descubiertas en el Occidente, *assí los que oy vivimos en el presente estamos ignorando lo que con el discurso del tiempo vendrá a descubrirse y conocerse, como en las regiones de la insigne América*, cuyos términos por todas partes se saben, y no ay noticia de la mayor parte, que es de las tierras que caen entre el Pirú y el Brasil...” *Ibid.*, fols. 70 v.-71 r.

⁵³ “... Pero no es maravilla se engañasse tan grave autor, pues en aquel siglo estaban por navegar los mares y por conocer los reynos que en nuestros tiempos se conocen [...] las quales regiones están debajo de la Tórrida Zona, la qual no es tan destemplada como imaginaron los de aquel siglo, y assí está habitada de muchas gentes, como se a experimentado...” *Ibid.*, fol. 73 r.

⁵⁴ “[Dios mandó a los apóstoles] que diessen buelta a todo el mundo universo con su predicación y enseñanza, la qual si es verdad como lo es infalible, *no dexarían a escuras sin la luz del Evangelio a toda la América*, [...] Y juzgó que el que fue señalado para *tan insigne empresa de la conquista espiritual* de aquellos estendidos reinos fue el Apóstol Santo Tomás, lo qual congeturo por algunas razones...” *Ibid.*, fol. 82 r.

Dize más, que en el año de 1600 se hizo averiguación con un indio llamado D. Fernando, de ciento veinte años de edad, que dixo que sus antepassados por tradición antiquíssima supieron que a sus tierras vino un hombre de grande estatura, vestido casi al modo y traje dellos, blanco y çarco que predicava dando voces que adorassen a un solo Dios, y reprehendía los vicios, y que llevaba consigo una cruz, la qual levantó en el pueblo llamado Carabuco, y que a su vista enmudecieron los ídolos y no dieron más respuesta...”⁵⁵

Después de un detenido relato de los datos de la tradición oral que prueban que Santo Tomás anduvo predicando por América, nos encontramos con un Tratado III dedicado al tema del Paraíso Terrenal y su localización, en el que resulta evidentísima la copia de la argumentación de Torquemada:

“... dizen que el sitio del Paraíso está cerca de la Equinocial, y que el Cherubín que puso Dios delante de su puerta, para que nadie entrase en él es la Tórrida Zona. [...] Pero no se convence por semejantes señales lo que pretende esse autor [Celio Rodiginio], porque el gran calor de aquella parte calentíssima del cielo causaría los efectos referidos y defendería el paso, como le aconteció también a Colón la primera vez que yendo a descubrir las Indias, conoció estar debajo de essa parte celeste que es la Tórrida Zona, donde, calmándose el viento estuvieron los navíos dos o tres días detenidos, sin esperanza de salir de allí. Si bien, refrescando el tiempo, la pasó sin peligro, y aora la corren cada día los muchos que por allí navegan...”⁵⁶

La influencia del *Jardín de flores curiosas* sobre otros muchos textos de contenido misceláneo debió de ser muy palpable desde las últimas décadas del siglo XVI, y queda por comprobar en qué medida se ampliaron y modificaron esas noticias sobre América a las que he venido haciendo referencia. Acabo de dar un mínimo ejemplo, encontrado por azar, pero todavía quiero llamar la atención sobre un último texto de título suficientemente sugerente. Se trata de *La Silva curiosa* de Julián Íñiguez de Medrano, que desde 1580 tuvo varias ediciones hasta el siglo XVII⁵⁷. En esta auténtica “silva”, por lo desordenada, y “curiosa” por la mezcla de sus materiales (versos y narraciones, epitafios, recuerdos de viajes, refranes, chistes, etc.) encontramos una prueba muy elocuente del atractivo que ejercieron en la época los episodios narrativos sobre las Indias en este tipo de libros. Julián de Medrano, caballero navarro, tal y como aparece en todas las ediciones, cuenta varias historias fantásticas sobre sus estancias en Castilla y Galicia, y en una de

⁵⁵ *Ibid.*, fols. 82 v-83 r.

⁵⁶ *Ibid.*, fols. 90 v-91 r.

⁵⁷ Nicolás Antonio sólo registra la edición de París de 1608, que debió de ser muy difundida. Pero J. Simón Díaz da noticia de una primera edición de Zaragoza, J. Escartilla, 1580. He manejado un ejemplar de la edición de París, N. Chesneau, 1583 (B.N.M.: R-2307) y otro de la de 1608. La portada de ambas recoge este título completo: “La Silva curiosa, de Julián de Medrano, cavallero navarro, en que se tratan diversas cosas sotilísimas y curiosas, muy convenientes para damas y cavalleros en toda conversación virtuosa y honesta.”

ellas menciona a un indiano convertido en ermitaño, con lo que abre el relato de sus peregrinajes prometiendo reservar sus aventuras en las Indias para otro libro más selecto:

“... y aunque todos no gustarán, podrá ser, desta historia de romeros, yo me contentaré que algunos de mis amigos y otras personas curiosas que an padecido semejantes trabajos en tierras estrannas lean esta mi Silva, en la qual yo no pretiendo poner *el discurso de los viages y peregrinationes que yo he hecho en Italia, Francia, Espanna y las Indias*, ni contarte las aventuras que en estas tierras me an acontecido, *porque yo te las guardo y reservo para ponerlas en mi Vergel Curioso*, en el qual después de averle gustado espero hallarás cosas dignas de tus ojos...”⁵⁸

Está claro que Medrano pretendía escribir varios libros y que en la prosa de los siguientes esperaba concentrar sus aventuras en Indias, que al parecer valoraba especialmente. Por eso volvió a insistir en la curiosidad de las mismas en la Epístola —dedicatoria a la Reina de Navarra:

“... se trabajará a lo venidero de hazer cosa de mayor valor que no esta obra, la qual he dividido en siete libros porque el sugetto d’ellos es diverso. En este primero hallará V^a M^{ad} varias materias muy recreativas, pero aunque los sugettos d’él sean curiosos, suplico a V^a M^{ad} no dexe de passar adelante, y emplear algunos ratos d’espacio en los otros seis libros siguientes, compuestos en prosa. Porque si en este primero V^a M^{ad} goza de las flores, en los otros gustará *el fructo sabroso de los más raros y curiosos secretos de natura que yo he podido aprender y saccar de Espanna y las Indias*, y estando entre italianos y portugueses. Y pues ellos an seido por mí descubiertos y adquisitos con curiosidad y trabajo, no dudo que (conosciendo mi buena voluntad) V^a M^{ad} no les favorezca con sus ojos.”

Lamentablemente, no parece que el *Vergel curioso* llegara a publicarse, o a escribirse tal vez, pues no se encuentran referencias al mismo en las diversas fuentes bibliográficas que he podido manejar. Sin duda, su lectura nos aportaría datos de gran interés sobre el tema de este Seminario, pero en cualquier caso nos deja ahora la sospecha de que son muchas más las curiosidades sobre el Nuevo Mundo que ha silenciado nuestra vieja Historia literaria.

LINA RODRÍGUEZ CACHO
Universidad de Salamanca

⁵⁸ Ed. de París, N. Chesneau, 1583, pp. 268-269.

INTERPRETACIÓN AMERICANA DE TÓPICOS CLÁSICOS EN DOMÍNGUEZ CAMARGO: LA NAVEGACIÓN Y LA CODICIA

A pesar, pues, del indio, cuya frente,
cuya espalda vistió exquisita suma,
de plumas ésta, aquélla del luciente
alfójar que le dio su rica espuma:
la flecha a quien el áspid le dio el diente,
la jara a quien sus aves dieron pluma,
quebrada, violó perlas en la orilla
de esta mi cuna tu obstinada quilla.

San Ignacio de Loyola. Poema Heroico
Libro III, 1, 33¹

Parece que la personalidad de Hernando Domínguez Camargo, el extraordinario poeta colonial nacido en Santa Fe de Bogotá de la Nueva Granada, la Colombia de hoy, no ha podido descargarse del misterio que la rodeó durante su vida. En efecto, su obra sólo fue publicada póstumamente por unos pocos amigos que la conocían y apreciaban. Pasados los tres siglos de su muerte² y a pesar de los esfuerzos realizados por extender su nombre, sus lectores se limitan a un número reducido de devotos. En América, antes de la edición de Caro y Cuervo (véase nota 1), nadie ha hecho más por dar a conocer al poeta neo-granadino que Emilio Carilla. En España, a principios de siglo, Menéndez y Pelayo, a pesar de reconocer

¹ Utilizo el texto de la edición de Domínguez Camargo publicada por Caro y Cuervo (Bogotá, 1960). Conservo los números romanos para los libros y cantos de que se compone el poema; cambio para números arábigos en las estrofas. Los subrayados son nuestros a menos que se advierta lo contrario.

² Para noticias biográficas sobre Domínguez Camargo, véase la sección de Guillermo Hernández de Alba de la edición citada de Caro y Cuervo, XXX-LIX.

las muestras de su ingenio, lo condena como “desaforado versificador, culterano a un tiempo y conceptista” (II, 23), catalogando a su *San Ignacio de Loyola. Poema Heroico* (1666) como “uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo” (22). Fue Gerardo Diego, junto a la Generación del 27, el que llevó adelante la tarea de recuperar las voces gongorinas, esta vez de ultramar, y de destacar a Domínguez Camargo como el más fiel seguidor del cordobés en América. Sin embargo, debemos decir que su reconocimiento de la habilidad poética del colombiano tiene poco de generoso al calificar a su poesía como a veces enojosa, cansona y “servil” (41). Para Lezama Lima, el gongorismo es, por el contrario, un “signo muy americano” que aparece en el colombiano “como una apetencia de frenesí innovador, de rebelión desafiante, de orgullo desatado, que lo lleva a excesos luciferinos, por lograr dentro del canon gongorino un exceso aún más excesivo que los de don Luis” (307).

Esto nos lleva a lo que no está de más señalar: la enorme importancia de la imitación y de la emulación durante el Siglo de Oro. José Antonio Maravall (1966) señala, citando a Toynbee y dentro de esta manifestación de mimesis, las diferencias que existen entre una sociedad estática y una sociedad dinámica que aspira al progreso. Los individuos pertenecientes a esta última imitan a los antiguos mirando hacia el presente y buscando formas nuevas, procurando un adelantamiento en la “perspectiva del acontecer histórico que sitúa los niveles del tiempo a una altura gradual y sucesivamente mayor” (326). Lo que se busca con la emulación es un “sobrepujamiento frente a un modelo clásico” (329) orientado hacia lo ascendente, que Maravall relaciona con el espíritu mercantil de las sociedades pre-capitalistas que pretende, al mismo tiempo, asumir formas ennoblecedoras relacionadas con la antigüedad clásica. Esta actitud lleva, así mismo, a la preferencia por lo propio.

Alicia Colombi Monguió (1989) hace hincapié en la imitación y en sus implicaciones con la intertextualidad, al estudiar el *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* de Bernardo de Balbuena, otro monstruo de la poesía del llamado Nuevo Mundo poco anterior a Domínguez Camargo. En uno y otro poeta se trata no sólo de conocer bien los modelos clásicos griegos y latinos sino de que “en la poética de la *imitatio*, la emulación exige la clara presencia de un modelo bien conocido, para que el nuevo triunfo poético no pueda ser ignorado” (230). La erudición y el orgullo de poeta de Domínguez Camargo, implícitos en el trabajo emulativo, están acreditados por su obra, y de ella en particular por la *Invectiva*, en la cual, entre una enmarañada crítica iracunda de un romance a Cristo que le habían enviado, nos presenta lineamientos de su manual poético. Esto, que hallamos al final de la “Aprobación” que él mismo se hace de esta obrita, nos da idea de la arrogancia de su personalidad y de cómo valoraba su propio quehacer literario: “Yo me entiendo cuando me apruebo; yo me apruebo porque me entiendo; y yo me cierro a dos arneses, porque me apruebe quien me entendiére” (434).

Lía Schwartz Lerner, después de referirse así mismo a la mimesis literaria y a la identificación de “los subtextos integrados en los nuevos mensajes” (313), los

cuales podríamos calificar igualmente con el nombre de palimpsestos, llama la atención sobre el hecho de que, en los estudios actuales y al tratar con textos barrocos, no basta identificar las fuentes clásicas, lo que “constituye sólo una mínima parte de la tarea de descodificación [ya que] la tradición clásica no sobrevive en una dimensión supra-temporal” (ibidem). Estos conceptos remiten a estudios sobre semiótica y a la problemática del receptor/productor en la recreación de los subtextos que traslucen en el nuevo texto³. Lo que se quiere decir, en otras palabras, es que la tradición clásica y el mismo texto que se toma de modelo son modificados no sólo en el nivel formal sino también en el semántico, remitiendo a una nueva lectura creada por el productor del nuevo texto. Esto resulta tanto más así, en el caso de nuestro poeta, cuanto ese productor es un hombre de América, es un “sujeto colonial” (Adorno, 19) en busca de su identidad, y no un peninsular como Garcilaso, Góngora o Quevedo, todo lo cual implica una situación histórico/social diferente y específica. Es decir, que a las muchas características que ha señalado Maravall (1975) para el Barroco —entre ellas: el inconformismo, la preeminencia de lo intelectual, el predominio de lo aparential, el afán de medro— se unen, en Domínguez Camargo, fuertes tensiones, sincretismo en la superposición de formas americanas a las europeas y ambigüedad en el envío de signos dobles y equívocos, paradójicos y compatibles. Todo esto, como si fuera poco y muy especialmente en el caso de Domínguez Camargo, envuelto en la gran dificultad de su verso barroco.

A tenor de lo que decimos, se ha estudiado la inclinación e insistencia obsesiva que presenta Domínguez Camargo por metáforas y símiles relacionados con el agua (Colombí-Monguió, 1986) a través de toda su obra, incluyendo aquéllas que por su composición no nos sugerirían esas imágenes, tal como sucede en el romance “A la Pasión de Cristo”. En el neo-granadino se hallan varios motivos relacionados con lo acuático, de vieja raigambre clásica y medieval, como lo es el conocido de la barquilla —figuración de la vida humana, como en el caso de Lope—, en el alto mar tempestuoso, y también la variedad que apunta a lo amoroso en la concha de Venus, por nombrar sólo éstos (ib., 278-79). Colombí-Monguió concluye que esta característica fundamental es, en Domínguez Camargo, un tropo utilizado en forma eminentemente personal que, por su propia sinuosidad y fluidez, nos ofrece los tenues y escapadizos contornos de lo barroco.

En este trabajo vamos a concentrarnos en el estudio de dos tópicos relacionados que aparecen en su *San Ignacio de Loyola. Poema Heroico*; al final, nos referiremos a su poema “Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España” (391-393). Estos dos tópicos o motivos a que nos referimos, de larga tradición entre los clásicos antiguos y los contemporáneos de nuestro poeta, son el de la navegación y el de la codicia, con sus concomitantes avaricia, ambición e interés.

³ Véase también el artículo que, sobre las implicaciones relacionadas con el ambiente del lector o receptor de una obra, analiza Nancy Vogeley.

Además de encontrarse en la Biblia en el arca de Noé, la navegación⁴, tópico altamente ambivalente, se halla en los catálogos referentes a las artes que los dioses concedieron a los hombres según menciona Schwartz Lerner. La autora señala su insistente presencia a través del tiempo y su “desarrollo diacrónico” (314) a partir de Hesíodo, anotando la dualidad de su significado, que puede ser positivo o negativo. Anota, como ejemplos de este último aspecto, los versos de Eurípides (en *Medea*) y de Calímaco, en los que lamentan la invención de la navegación el primero, y a causa de la pérdida de un hijo (315), el segundo. La visión positiva está representada por Virgilio, Lucrecio y Manilio (314, nota 4), quienes tratan el tópico como ejemplo de audacia y valor ante lo diferente y desconocido e incluso como símbolo de progreso. Desde el mundo griego ya era visto este motivo de modo dual, puesto que todo tipo de naves griegas surcaban la alta mar provocando en el escritor de esos tiempos temor y asombro al mismo tiempo, manifestaciones contradictorias que se hallan así mismo en los escritores latinos como es el caso de Virgilio, y que continuarán después.

Desarrollemos en forma breve el tratamiento negativo que al tópico de la navegación y aledaños le dan en sus versos los tres poetas latinos por excelencia: Virgilio, Horacio y Ovidio.

Comentaremos los versos que tratan motivos que puedan interesarnos en relación con Góngora, tomado como modelo por el neo-granadino Domínguez Camargo⁵, y en relación con él mismo. Virgilio en su égloga IV menciona a Tifis, considerado tradicionalmente como el primer piloto que se echó a rayar los mares a bordo de Argos, la embarcación construida con el fin de salir a la búsqueda del Vello de Oro: “Alter erit tum Tiphys, et altera quae vehat Argo / delectos herosas; erunt etiam altera bella / atque iterum ad Troiam magnus mittetur Achilles” (vv. 34-36). En la *Eneida*, Libro V, al explicar la caída al mar de Palinuro, piloto de Eneas, se mencionan los peligrosos peñascos de las sirenas, de connotación lujuriosa, blanqueados por los huesos de los hombres que han dado contra ellos (vv. 864-865). Horacio, en el Libro I, oda iii, trata el tema de la navegación inventada por el hombre por su impiedad y ambición, que le ha hecho contravenir las leyes divinas de separación de los mares y las tierras: “...si tamen impiae / non tangenda rates transiliunt vada” (vv. 23-24). En *Amores*, II, xi, Ovidio vuelve sobre el tema mencionando específicamente el pino crecido en el monte Pelión (como metáfora

⁴ La navegación como tal tiene orígenes remotos. Rostovtzeff (cap. XII, 177) menciona que el imperio marítimo de Creta había alcanzado su más alto nivel ya para el tercero y segundo milenio antes de Cristo; se había disuelto para el siglo 1400 transfiriéndose su sistema político y cultural hacia los pequeños reinos del mar Egeo que se habían desarrollado en las costas de Grecia y de Asia Menor. Añade más adelante: “The old routes to the sources of this wealth were never forgotten: the Greeks inherited this knowledge from the Aegeans. From the same source they learned the art of navigation, the tradition of which had never died out in that sea” (187). Véanse también a Hammond, la introducción y los capítulos 2 y 3 (1-60); y a Fine: “The Early Aegean World”, 1-25.

⁵ Véanse en la sección “El gongorismo de Domínguez Camargo” de la edición de Meo Zilio, el estudio de varias fuentes gongorinas en las que se basó el colombiano para la elaboración de algunos de sus textos (LXV-XCV).

de barco), que instruyó a los hombres en los malos pasos de andar sobre el mar; más adelante, también en *Amores* (III, viii), en un apóstrofe a la raza humana, le reprocha “quid tibi cum pelago —terra contenta fuisses! / cur non et caelum, tertia regna, petis?” (vv. 49-50), introduciendo el tema de la conquista de mundos aún más altos, celestes. Es, en el aire, la contrapartida de lo que sucede en el mar en los también muy conocidos motivos representados por Ícaro y Faetón, vistos como muestras de acciones réprobas o como ejemplos de rebeldía valerosa contra el orden del universo, que deben o no imitarse según el autor de que se trate. En las *Metamorfosis*, Libro I, vuelve Ovidio a la carga cuando, en el contexto de la Edad de Oro, recuerda nostálgicamente que antes los hombres se imponían límites: “montibus in liquidas pinus descenderat undas, / nullaque mortales praeter sua litora norant” (vv. 95-96)⁶. Maravall (1966) nos da, en relación con “la circunstancia del descubrimiento de América” un resumen de estos topoi que aparecen en la *Medea* de Séneca: la audacia del hombre que el primero se lanzó a las aguas, nostalgia por la edad primitiva en la que el hombre se contentaba con la tierra a su alrededor, y los peligros y castigos a los que “se expone el navegante por quebrantar el orden del universo que los dioses han establecido” (432). Estos tópicos, en su aspecto negativo, los encontraremos en nuestros poetas.

Según mencionamos antes, no hay duda de la erudición latina de Domínguez Camargo; pero en este caso el texto de la *Soledad I* de Góngora, los versos en los que se menciona la navegación y la codicia, sirvió como modelo inmediato para la recreación, *imitatio* y *aemulatio*, de los del santafero. La sociedad dinámica que era la edad barroca, a pesar de sus inseguridades, hace recrear los motivos mencionados.

Tengamos en cuenta que si bien Domínguez Camargo se propone escribir un poema heroico a san Ignacio en el consabido metro de la épica, su obra ha sido considerada más lírica que heroica⁷; en su poema, la fábula-biografía del santo parece ser un pretexto para expresar su exquisita y complicada personalidad poética. Los versos de la silva de Góngora que vamos a tratar comienzan con el discurso del serrano (I, v. 365), quien lamenta las vías marítimas abiertas hacia América por haber perdido un hijo a causa de ellas, y termina con la mención de la llegada de Vasco Núñez de Balboa al Pacífico a través del Istmo de Panamá (v. 442). Son un total de 76 versos que Domínguez Camargo concentrará en 64, agrupados en ocho octavas reales del Libro III, Canto i (estrofas 28 a 35; véase el apéndice

⁶ Para más ejemplos sobre estos temas: codicia, navíos, véase a Pellicer, 448. María Rosa Lida da cuenta de “metáforas náuticas” en la p. 337 aumentando, con referencia a Curtius, el número que éste tiene en su libro. Véanse también el libro de Beverly sobre Góngora y su interpretación de condena al imperio de ultramar, y el artículo de Maurer que trata los temas mencionados en su aspecto moralizante en relación con la obra de Quevedo.

⁷ Véase lo que dice Carilla (1948): “pudiera pensarse a través de su obra más considerable (*Poema heroico de San Ignacio de Loyola*), que Domínguez Camargo es poeta épico. Sin embargo el poema nos muestra, por encima de imprecisas y vagas distinciones de géneros literarios, que su valor es más lírico que épico”, 11.

donde se hallará la transcripción de los versos de uno y otro autor). El colombiano trata estos tópicos en el momento en que el santo, después de haberse despedido de la cueva en la que estuvo en Manresa, llega a Barcelona y parte en una embarcación hacia Italia. La visión del mar lleva al autor a la recreación de los lugares comunes.

Veamos el orden que éstos tienen en los versos señalados: el que siguió Góngora en su poema, teniendo en cuenta las tiradas que Dámaso Alonso estableció. Este orden es: mar/pino/viento, piedra imán utilizada en la navegación, Tifis, la codicia que lleva al descubrimiento de América, llegada al Istmo de Panamá. Domínguez Camargo sigue el mismo orden excepto en un caso: invierte la colocación de la piedra imán y de Tifis. Para abundar en cuanto al modelo básico que el neo-granadino tenía en mente, digamos que los versos que siguen a los que analizamos, se refieren, en ambos poetas, también a la navegación pero ahora dirigida hacia tierras al oriente de Europa.

En los versos estudiados, encontramos las características siguientes en el texto del colombiano: aunque los dos autores mencionan, al principio de estos pasajes, el madero que metonímicamente representa al barco y la lona de las velas hinchadas por el viento que impulsa a las embarcaciones, Góngora pone el énfasis en el “mal nacido pino”, mientras que para el colombiano el madero es el “bien nacido leño en la montaña”; rinde así quizá homenaje a la boscosidad de las tierras andinas, altas y bajas, regadas por ríos caudalosos en particular al que llama en otra parte, “mi patrio Magdaleno”, el río Magdalena, uno de los mayores del mundo. Consecuentemente, así como el cordobés pone el énfasis en el leño de que se construyen los barcos para su rechazo de la navegación, Domínguez Camargo lo pone en el lino de las velas; el mar muestra los residuos de:

tanto cadáver de velero pino,
que a su ruina lo condujo el lino!

Esta idea se repite en las menciones de “quebrantada entena”, “obstinada lona”, “linos segundos” y en la condena de las velas que “las zonas borra con precito lino!”. Con la utilización de la noción de la vela une al mar con el viento y le da más realce a la codicia que hizo salvar las entonces enormes distancias entre un continente y otro. Una vez trata el colombiano al madero, la haya, despectivamente cuando dice: “en bastarda, en plebeya, en torpe haya”. Esto puede demostrar el conocimiento que tenía de los comentarios de Salcedo Coronel (o quizá de la naturaleza del árbol mismo), quien había criticado a Góngora por mencionar la haya ya que es de madera “porosa y [que] se corrompe fácilmente” (Wilson, 4) y, por tanto, inapropiada para una embarcación*.

* Véanse los comentarios sobre la haya que hace Vilanova en pp. 639 a 641.

Si la mención de Tifis se halla en Góngora hacia la mitad de los versos suyos que comentamos, en el texto del colombiano se halla muy pronto, en la segunda estrofa, después de haber dirigido su apóstrofe al mar y, como señalamos, antes de comentar a la piedra imán que ayudó en la conquista de las aguas. Al anticipar este topos, tratado de manera más acuciante en Domínguez Camargo que en Góngora, se hace énfasis, igualmente, en el hecho de que el hombre, encarnado en el primer piloto Tifis, fue, por su ambición, el “conculcador primero [...] del no violado imperio del mar fiero” pues fue su “interés” —es decir su codicia, su avaricia—, al que apostrofa en la tercera estrofa, quien le hizo arrojar al mar selvas de madera, de abeto en este caso, convirtiéndolas en monstruos. Domínguez Camargo va a mencionar a la codicia (“pérfido piloto”) como tal en el orden en que la tiene Góngora pero, con la repulsa al “interés” en esta tercera estrofa, consigue redoblar la condena del descubrimiento de América, pues a eso van encaminados sus versos, a recalcar la ruptura “del no violado imperio del mar fiero, / de la hasta ti temida undosa raya!”, del “en tantos siglos mundo a ti secreto”. La mención de Palinuro no se halla en el santafereño, quizá porque lo que le interesaba destacar era la búsqueda del oro relacionada comúnmente con la avaricia, connotación que se halla en Tifis pero no en el piloto de Eneas.

En la estrofa en la que se dirige a la codicia, aparece específicamente el mundo americano cuando dice:

Tú, pues, codicia, pérfido piloto,
despreciadas de Alcides las Colunas,
con tres quillas rompiste el nunca roto
piélago occidental de otras algunas;
y sobornando al mar náutico voto,
porfiaste hasta las rocas importunas
del Istmo, que cordel son diamantino
del arco de ambos mares cristalino.

En vez del “Abetos suyos tres” conculcando los mares, del cordobés, el colombiano utiliza la metáfora más agresiva de “tres quillas” que porfían hasta el Istmo, punto de arribo a América que, muy convenientemente por estar a la vuelta de la esquina de su tierra, toma del poeta español; la llegada al Istmo es la llegada a su tierra, a la “orilla” de su “cuna” (véase la estrofa 33 que pusimos de epígrafe). Continuando con la comparación de los versos del cordobés y del colombiano, vemos que lo que se viola no es precisamente a Neptuno, es decir, al mar, que

⁹ El Istmo de Panamá queda muy cerca de donde comienza el territorio de lo que es hoy Colombia; seguramente durante la colonia las delimitaciones establecidas posteriormente no existían: llegar al Istmo era llegar a la Nueva Granada, lugar donde desembarcó Colón en 1502 durante su cuarto viaje en el cual reconoció el río Magdalena. Anteriormente, Alonso de Hojeda había llegado, por primera vez, a las costas de Colombia en 1499; dos años más tarde Rodrigo de Bastidas exploró la costa desde el río Hacha hasta el Istmo. En 1533 fue fundada, por el gobernador Pedro de Heredia, la ciudad costera de Cartagena de Indias, a la cual Domínguez Camargo le dedicó un poema que comentaremos después.

menciona Góngora en su texto, sino las “perlas en la orilla”, es decir, el punto mismo de unión del mar y la tierra. Es el arribo de la gente a la playa lo que hace “quebrada” la “espalda” del indio y “viola” el “aljófaro” sacado del mar que adorna su frente. Hay más cambios significativos introducidos por el colombiano en esa estrofa 33; hallamos que: los “áspides volantes” que utilizan los “caribes” y “lestrigones” del Istmo, “aladas fieras”, en el texto de Góngora, se convierten en “flechas” y “jaras” de su “indio”, ese indio a quien se quiebra en su integridad y en su riqueza sólo decorativa, en el texto del americano. En esa estrofa se acumulan tres de los vocablos de acción agresiva que mencionamos a continuación, así como se introduce el autor en el texto cuando menciona a “esta *mi* cuna”, Nueva Granada, como símbolo de América, en contraposición con “*tu* obstinada quilla”, el elemento perturbador venido de Europa.

En ningún momento hallamos en el poeta neo-granadino expresiones ambiguas de alabanza a la codicia que remiten al referente, los españoles del descubrimiento, como cuando Góngora menciona “sus banderas / siempre gloriosas, siempre tremolantes”¹⁰. Este pasaje, que constituye la segunda parte de los versos que comentamos en ambos, se nos aparece bajo una crítica más vigorosa en el santafereño Domínguez Camargo; son más abundantes los vocablos que expresan acciones de imposición y abuso tales como romper (dos veces), sobornar, porfiar, quebrar, violar, rayar (hendir), obstinada (dos veces), murar en vano; al lado de los de Góngora: inculcar, conculcar, violar, romper, hollar, murar. La última parte se dedica a los viajes repetidos, “Segundos leños” en Góngora y “linos segundos” en Domínguez Camargo, según mencionamos antes, que llegan al Pacífico a pesar del camarguiano “muró en vano... / cuanto espumoso monstruo el agua mora” que recrea el “conducir orcas, alistar ballenas / murarse de montañas espumosas” de Góngora al hablar del elemento marino del llamado mar del Norte.

Se ha señalado a la Compañía de Jesús como influencia fundamental en la formación de la identidad criolla¹¹ con respecto al papel inicial que llevaron adelante relacionado con el concepto de alteridad americana dentro del canon aceptado. Recordemos que Domínguez Camargo entró a formar parte de la Compañía de Jesús a los 15 años de edad (Caro y Cuervo, XXXII) y que permaneció con ellos durante unos cuantos años, pasando luego a ser clérigo secular. Los jesuitas fueron

¹⁰ Tampoco aparece en Domínguez Camargo la mención, generalmente de carácter triunfalista, de la nave Victoria, que aparece en Góngora en los versos que siguen los cuales, como hemos dicho antes, son también recreados por el neo-granadino en su poema. Los versos del cordobés (466-480) más o menos corresponden a la estrofa 41 del mismo “libro” que hemos indicado para los últimos versos señalados del colombiano; en ella hallamos una mención al aljófaro, gotas de agua, que le hace pensar en las perlas del cuello de “augusta Coya”. Véase a Maravall sobre la nave Victoria (445-446).

¹¹ Véase a José Juan Arrom en el capítulo “Criollo: definición y matices” (11-26). Sobre el papel de los jesuitas relacionado con el sincretismo y la Nueva España, que puede aplicarse al resto de América, véase a Octavio Paz, 56-64. Trato estos temas, con referencia a Balbuena y a Domínguez Camargo en mi artículo “El barroco de la contraconquista...” (notas 16 y 17) que se publicará en una colección de ensayos titulada: *Relecturas del Barroco de Indias* por Ediciones del Norte; coordina Mabel Moraña.

el elemento aglutinador en la toma de conciencia de los criollos, quienes muy pronto pasaron a discursos anti-hegemónicos expresados en el lenguaje barroco de modo escondido, ambiguo y a veces contradictorio. Esto colocó al hombre criollo en la vía de reclamación de los derechos que llevarían al mestizo, a principios del siglo XIX, a la independencia. Ángel Rama ha señalado el importante papel jugado por los miembros privilegiados de lo que llama “la ciudad letrada” —como es el caso del colombiano—, individuos versados en lenguas clásicas y que dominaban la palabra escrita, los cuales hicieron de la antigua ciudad colonial “la oscura cuna donde se había fraguado la nacionalidad” (92).

Volviendo al esquema mencionado de Maravall, la cadena imitativo-emulativa iría de los clásicos antiguos a Góngora a Domínguez Camargo, cada uno recreando y conscientes de su papel con respecto al presente en que viven. Tomar de modelo a Góngora coloca al santafereño en la clase culta que emplea eminentemente la lengua; tratar de superarlo es un modo de desafiar a esa misma clase especialmente si se trata de un criollo frente a un peninsular por mucha admiración que se le tenga: la admiración se convierte en reto. El triunfo en el terreno poético del colombiano (y por cierto de la mexicana sor Juana Inés de la Cruz) es un avance del triunfo que en el terreno político-social obtendrá más tarde el hombre americano.

Si Góngora había hablado de las riquezas de América (Alonso, 1955, 348-89), Domínguez Camargo no sólo se ocupa de ellas en su obra sino que señala, aunque de modo oscuro y ambiguo, el expolio de que era objeto; hallamos referencia a este motivo cuando menciona el oro del inca que “voló a la Europa”¹². También men-

¹² Véase la gran dificultad de la estrofa en la que Domínguez Camargo se ocupa de estas cosas. Se halla en el contexto de la descripción de flores que adornan el día del bautizo de Ignacio (Libro I, canto i, estrofa 39):

El que América en una y otra mina
hijo engendra del sol, oro luciente,
indiana se vistió la clavellina,
y al pie torcido, su natal serpiente
(talar su mejor hoja) se destina:
Mercurio de los huertos que, elocuente
(si el caduceo, el pie le dio y la copa)
del Inca embajador, voló a la Europa.

Intentemos una prosificación: Del [color] del hijo de América, en una y otra mina, engendra del sol, hijo que es el oro luciente, se vistió la clavellina indiana (siendo talar [larga] su mejor hoja), y a su pie torcido [la forma sinuosa de la raíz de la flor y de las venas de las minas] su natal serpiente se destina [se apunta, por comparación]: [el oro] es el Mercurio de los huertos que, si [el dios] le dio [prestó] el caduceo, el pie y la copa, [como] elocuente embajador del Inca, voló a la Europa.

Es decir, el oro, la clavellina indiana de color amarillo y la serpiente se comparan por su color, forma o movimientos “torcidos”. Esos tres vocablos nombrados se refieren a un metal, una planta y un animal que se hallan en “los huertos” americanos. La palabra “talar” creemos que es adjetivo; hoja talar quiere decir hoja larga, que, como ropa talar, le llega a la flor hasta los pies. (Puede haber contaminación con la acción del verbo talar; era frecuente en el barroco la asimilación de más de un significado.) En los tres últimos versos de la estrofa, se toma aisladamente al oro y se elucubra sobre la posibilidad de que Mercurio, el dios volante y mercader, le haya prestado no sólo su pie volador (Mercurio usa sandalias que tienen alas) sino también sus otros atributos (el caduceo y la copa), y así de esta manera, el oro, como elocuente embajador del inca (Mercurio era

ciona junto a la avaricia, y de modo tangencial, a la lujuria —tan representada en la obra de Guamán Poma¹³— en la siguiente estrofa¹⁴:

No la avaricia, en una y otra vena,
que desata a la América, sedienta,
bebe hidrópica sed; no aquí sirena
los bajeles segundos escarmienta
con la ruina que infamó su arena,
y que a las rocas mismas amedrenta
la lujuria, que blandamente fiera,
Scila de pluma, escollos da de cera.

En su poema a Cartagena de Indias (“Esta, de nuestra América pupila”) hallamos que, además de sugerir implicaciones que abogan por la superimposición de América sobre Europa y niegan la conquista (Sabat-Rivers, “El barroco...”), nos presenta a la ciudad en el papel de madre generosa y rica que convierte a la “Babilonia de pueblos tan sin cuento/[...]/a los que Europa trasladó a sus lares”, en “Níives de plata”.

Para terminar, digamos que con Hernando Domínguez Camargo se prueba, una vez más, que la elección de modelos clásicos, utilizados en la reelaboración poética, no depende únicamente de la retórica y de los códigos culturales, literarios y artísticos a los que el poeta se adscriba sino que, en la misma medida y por muy velados que se nos presenten, reflejan las tensiones, inquietudes y vivencias personales relacionadas con el momento histórico en que se vive.

Si Góngora entrevió a América de lejos, Domínguez Camargo nació y vivió en un pedazo de ella. Si el descubrimiento y la conquista, parece decirnos veladamente el neo-granadino, se debieron a la codicia salpicada con la lujuria, si estuvieron mar-

el mensajero de los dioses del Olimpo), voló a Europa. Tengamos en cuenta la enorme complejidad de Mercurio: dios relacionado con el aire, dios de la riqueza, del comercio, de los viajeros, de la oratoria y de la elocuencia, entre otros, y, —conviene notarlo en este caso—, de los ladrones. De estos atributos de Mercurio, a los que Domínguez Camargo parece referirse en esta estrofa son: la rapidez con la que podía moverse en el aire, la elocuencia, la riqueza y el robo, todo con referencia al oro de América. Señalemos también que el caduceo que lleva en la mano, el símbolo de los médicos, tiene entrelazadas en la vara dos serpientes, que quizá fue lo que llevó al poeta a pensar en su “natal serpiente”. Hemos cambiado la puntuación de esta estrofa de acuerdo con nuestra interpretación.

¹³ Véanse, por ejemplo, en la edición de *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala los grabados y transcripciones que, con referencia a la codicia y la lujuria, se hallan en el tomo I, páginas 266-69, 289, 373; en el tomo II, sobre el amancebamiento de los “padres y curas”, 47; sobre las negras que “se cabalgan con españoles”, 134; sobre los alcaldes, regidores y alguaciles que “fornica [sic] de fuerza a las casadas y doncellas y viudas”, 201, y el cuadro de la p. 262. Véase también a López Baralt, pp. 299-304: “Guamán Poma y la emblemática política” donde habla de estas cuestiones.

¹⁴ Esta estrofa se halla en el contexto de la salida de la cueva de Manresa donde pasó san Ignacio un tiempo (Libro III, canto i, 9). El poeta utiliza “salves” apostroficos en alabanza de ella y de ahí pasa a enumerar los vicios que *no* se hallan en, para él, tan santo lugar: la adulación, la mentira, la avaricia, la lujuria. Los “bajeles segundos” se refieren a los repetidos viajes a América. Aquí también hemos cambiado la puntuación: “sedienta” se refiere a avaricia, no a América como se lee en el texto de Caro y Cuervo; “sirena” lo escribimos con minúscula.

cados por el abuso y la agresión, América, en cambio, se muestra acogedora y dádiva para los españoles, y los absorbe. Su revancha es que, al llegar a sus costas:

Estos su patrio ya no extrañan suelo
en esta que es común patria del orbe.

GEORGINA SABAT-RIVERS
SUNY, Stony Brook

BIBLIOGRAFIA

- ADORNO, Rolena: "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad". *Revista de crítica literaria hispanoamericana*, Año XIV, 28, Lima, 1988, 13-28.
- ALONSO, Damaso: "Góngora y América", *Estudios y ensayos gongorinos*. Madrid: Gredos, 1955.
- ARROM, José Juan: "Criollo: definición y matices de un concepto". *Certidumbre de América*. Madrid: Gredos, 1971, 11-26.
- BEVERLY, John R.: *Aspects of Góngora's Soledades*. Purdue University Monographs in Romance Languages, Volume I. Amsterdam: John Benjamins B. V., 1980.
- CARILLA, Emilio: "Nueva Granada", *El gongorismo en América*. Buenos Aires: Coni, 1946, 108-122.
- , *Hernando Domínguez Camargo*. Buenos Aires: Medina, 1948.
- , "Domínguez Camargo y su 'Romance al arroyo de Chillo'". *Estudios de literatura hispanoamericana*. Bogotá: Caro y Cuervo, 1977, 15-31.
- COLOMBÍ-MONGUIÓ, Alicia: "Piélagos de voz: sobre la poesía de Domínguez Camargo". *Revista de Filología Española*, Tomo LXVI, Madrid, 1986, 273-296.
- , "Estrategias imitativas en el Siglo de Oro de Bernardo de Balbuena". *Bulletin of Hispanic Studies*, Volume LXVI, 3, 1989, 227-239.
- DIEGO, Gerardo: *Antología poética en honor de Góngora*. Madrid: Alianza Editorial, 1979.
- DOMÍNGUEZ CAMARGO, Hernando: *Obras*. Bogotá: Caro y Cuervo, 1960.
- , *Obras* (edición de Giovanni Meo Zilio). Caracas: Ayacucho, 1986.
- FINE, John V.A.: *The Ancient Greeks. A Critical History*. Cambridge, Massachusetts, and London, England: Harvard University Press, 1983.
- GÓNGORA, Luis de: *Las Soledades* (edición de Dámaso Alonso). Madrid: Sociedad de estudios y publicaciones, 1956.
- POMA DE AYALA, Felipe Guamán: *Nueva coronica y buen gobierno*, I y II (edición de Franklin Pease). Caracas: Ayacucho, 1980.
- HAMMOND, N.G.L.: *A History of Greece*. Oxford: Clarendon Press, 1967.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo: (Véase la edición de Caro y Cuervo).
- HORACIO: *The Odes and Epodes*. Cambridge, and London: Harvard University Press, 1964.
- LEZAMA LIMA, José: "La curiosidad barroca". *Obras completas*, tomo II. Aguilar: México, 1977.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa: *La tradición clásica de España*. Barcelona: Ariel, 1975.
- LÓPEZ BARALT, Mercedes: *Icono y conquista: Guamán Poma de Ayala*. Madrid: Hiperión, 1988.
- MARAVALL, José Antonio: *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid: Sociedad de estudios y publicaciones, 1966.
- , *La cultura del barroco*. Barcelona: Ariel, 1975.
- MAURER, Christopher. "Don Francisco de Quevedo: al mar 'La voluntad de Dios por grillos tienes'." *Hispanic Journal*, Vol. 3 N° 1, 1981, 45-56.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Historia de la poesía hispanoamericana*, I. Madrid: Victoriano Suárez, 1911.
- OVIDIO: *Metamorphoses*, I. Cambridge, and London, 1956; *Heroides and Amores*. London and Cambridge: Harvard University Press, 1963.
- PAZ, Octavio: *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- PELLICER DE SALAS Y TOVAR, José: *Lecciones solemnes a las obras de Don Luis de Góngora y Argote*. Hildesheim, New York: Georg Olms Verlag, 1971.
- RAMA, Ángel: *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.

- ROSTOVTZEFF, M.: *The Orient and Greece*, I. Oxford: Clarendon Press, 1928.
- SABAT-RIVERS, Georgina: "El barroco de la contra conquista: primicias de conciencia criolla en Balbuena y Domínguez Camargo". *Relecturas del Barroco de Indias* (que será publicado próximamente por Ediciones del Norte).
- SCHWARTZ LERNER, Lía: "Quevedo junto a Góngora: recepción de un motivo clásico". *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Madrid: Castalia, 1984, 313-325.
- VILANOVA, Antonio: *Las fuentes y los temas del "Polifemo" de Góngora*, II. Madrid: Escelicer, 1957.
- VOGELEY, Nancy: "Defining the 'Colonial Reader': *El Periquillo Sarmiento*". *PMLA*, Vol. 102, Nº 5, 1987, 784-800.
- VIRGILIO: *Eclogues Georgics Aeneid I-VI*, I. Cambridge: Harvard University Press, London: William Heinemann, 1986.
- WILSON, Eduard M.: "La estética de don García Salcedo Coronel y la poesía española del s. XVII". *Revista de Filología Española*, tomo XLIV, enero-junio 1961, 1-27.

LAS HAZAÑAS ARAUCANAS DE GARCÍA HURTADO DE MENDOZA EN UNA COMEDIA DE NUEVE INGENIOS. EL MOLDE DRAMÁTICO DE UN MEMORIAL

En 1622, las prensas madrileñas de Diego Flamenco sacan a la luz la comedia titulada *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*¹. Su representación en Palacio, entre el mes de octubre de ese mismo año y febrero del siguiente, se consigna en los papeles contables dados a conocer por J. E. Varey y N. D. Shergold². El impreso y la exhibición, únicos testimonios conocidos, configuran un interesante episodio, donde el teatro y la vida real enredan sus hebras.

La referencia última en lo literario y, más aún, en lo extraliterario, hay que buscarla en una de las obras más fecundas suscitadas por el descubrimiento y colonización de América: *La Araucana*. La dilatada descendencia del poema ercillano tiene que ver con su calidad artística, por supuesto, pero también con otros factores de su gestación, en los que la vida y la literatura se implican y complican. Desde sus primeros estudiosos, se ha concebido *La Araucana* como una suerte de *memorial*, es decir, como una “probanza de méritos, para llamar la atención del rey sobre servicios y obtener recompensas en forma de cargos o empleos en la corte”³. Es

¹ Existen dos ediciones modernas de la pieza: *Obras de Guillén de Castro y Bellvis* (Madrid: Tip. de la Rev. de Archivos, 1927), III, 593-639; *Comedias de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, BAE, XX (Madrid: Atlas, 1946), 487-508. Las citas se harán por esta última edición.

² “Some Palace Performances of Seventeenth Century Plays”, *Bulletin of Spanish Studies*, XL (1963), 212-244. En la documentación palatina la comedia recibe los títulos de *Las victorias del Marqués de Cañete* y *Las hazañas del Marqués de Cañete*. Ver también de los mismos autores *Comedias en Madrid: 1603-1709. Repertorio y estudio bibliográfico* (London: Tamesis Books, 1989), 128; y Rosita Subirats, “Contribution a l’établissement du répertoire théâtral a la Cour de Philippe IV et de Charles II”, *Bulletin Hispanique*, LXXIX, 3-4 (1977), 401-479.

³ Alonso de Ercilla, *La Araucana*, edición, introducción y notas de Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner (Madrid, Castalia, 1979), I, 42.

claro que su condición de parte interesada pesa sobremanera a la hora de seleccionar y manipular los materiales. Pero, a la vez, la vida es vista —o, tal vez, vivida— desde la literatura. Hay una serie de trabajos centrados en las fuentes literarias que así lo confirman⁴. A pesar de todo lo que predica el autor de su función de reportero, hay tanta literatura como vida en su poema. Ercilla —al igual que muchos otros que se dicen testigos reales de la aventura americana— escribe más desde la literatura que desde América.

De una forma o de otra, el arte de aquel escritor testigo consiguió transfigurar o crear los parajes, los personajes, los episodios de un mundo poético. Y estos, a su vez, se erigieron en raíz y estímulo de muy diversas manifestaciones de dentro y fuera de la literatura.

Una rama significada de la herencia tiene que ver con el que es, tal vez, el aspecto más llamativo del poema en relación con otros especímenes de su secuencia genérica y geográfica: la ausencia de un héroe central al que se ensalce como vertebrador de las victorias cristianas.

Sin querer entrar en una consideración detenida del proceso artístico que conduce a este planteamiento tan original, no cabe duda de que en él intervino mucho la vida. Si Ercilla escribió su poema, entre otras cosas, para probar sus méritos, también dió en él cauce a sus rencores, a sus deseos de venganza. Estos proyectarían una parte importante de las sombras con que se oculta al gobernador y general español, reponsable de las campañas guerreras en las que el escritor participa: Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete.

Son de sobra conocidos los motivos del rencor. Pocos son los autores de crónicas o poemas que omiten el episodio culminante de esta enemistad: por una cuestión baladí —y no deja de presentarse como tal sea cual sea el bando desde el se lo considere y las justificaciones que se busquen—, Alonso de Ercilla fue condenado a muerte por Don García. A punto de la ejecución los intercesores consiguen que la pena sea conmutada por la del destierro.

El capitán Alonso de Góngora Marmolejo, testigo y agente de aquellos sucesos, parece pensar en nuestro autor cuando escribe en su *Historia de Chile* el siguiente comentario sentencioso, como remate de uno de los episodios en los que el joven Marqués pone de manifiesto su comportamiento arbitrario e intempestivo: “Ninguno, por poderoso que sea, trate mal a ningún pequeño ni a otro ninguno, porque si es de ánimo noble tiene tino a vengarse por su persona, y si es bajo, de la manera que puede”⁵.

Efectivamente, Alonso de Ercilla hizo lo que pudo por la venganza y, a la postre, pienso que nadie consiguió un medio tan eficaz de llevarla a cabo: una venganza a través de la literatura.

⁴ Ver August J. Aquila, *Alonso de Ercilla y Zúñiga: a basic bibliography* (London: Grant & Cutler, 1975); Frank Pierce, *Alonso de Ercilla y Zúñiga* (Amsterdam: Rodopi 1984).

⁵ *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en *Crónicas del Reino de Chile*, ed. de F. Esteve Barba. BAE, CXXXI, 75-224 (Madrid: Atlas, 1960), 133.

Y a pocos como a Don García y a su sucesor, Don Juan Andrés Hurtado de Mendoza, les dolió tanto la literatura. Aquella multiplicación de versos en las veintitrés ediciones de *La Araucana*, que flanquearon y testimoniaron su enorme éxito de 1569 a 1632, no podía dejarles impertérritos, y decidieron que los males de la literatura había que afrontarlos con literatura. Los intentos de reclamar el protagonismo del Marqués de Cañete, que Alonso de Ercilla escamotea, provocan durante años una notable secuencia de escritos instigados por el afectado y sus sucesores: La mancha de literatura con literatura se quita. Y así, Bartolomé de Escobar, Pedro de Oña, Lope de Vega, Cristóbal Suárez de Figueroa, Gaspar de Ávila, Luis Belmonte Bermúdez, Juan Ruiz de Alarcón, Antonio Mira de Amescua, Guillén de Castro, Luis Vélez de Guevara, y otros, al tiempo o en distintos momentos, se vieron impelidos a usar su pluma en la empresa. La comedia que nos ocupa cerraría la cadena, en un momento muy significativo.

Dicha serie presenta dos fases delimitadas por el tiempo y el espacio. La primera tiene como marco Lima y como límite cronológico el año 1596, cuando Don García cesa en su cargo de Virrey del Perú y regresa a España. Sus pretensiones de reivindicación literaria se expresan en dos géneros diferentes: la crónica histórica y la poesía heroica.

Como resultado primero está, en 1589, la *Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán D. Pedro Mariño de Lobera... reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús*⁶. La segunda intenciona de contrarrestar *La Araucana* se produce en su mismo terreno, el de la poesía heroica. Hurtado de Mendoza encuentra en el joven Pedro de Oña un fiel servidor, con unas aceptables dotes literarias. Su *Arauco domado*, publicado en Lima en 1596, el mismo año en que D. García finaliza su virreinato, deja bien a las claras cuál ha sido su estímulo primero: que Ercilla, tan “buen autor apasionado/os haya de propósito callado”⁷.

Estas dos obras de la primera etapa porporcionarán las referencias sobre el Marqués que van a utilizar, directa o indirectamente todas las de la segunda. Sin que debamos olvidar el influjo de *La Araucana* en el resto de las piezas contendientes: el tono épico, la imagen del indio, el protagonismo de Caupolicán, etc., son deudas que con mayor o menor evidencia todas tienen contraídas con Ercilla.

⁶ *Crónicas del Reyno de Chile*, cit. BAE, CXXXI, 225-562. La base de esta obra son los escritos de un testigo, el capitán Lobera Mariño, con lo que se pretende dar garantía de fidelidad histórica. Me temo que es bien poco lo que queda de estos primeros materiales. En el prólogo hay una sospechosa insistencia en la veracidad de lo que se cuenta, por parte de Bartolomé de Escobar, a quien el guerrero antes de morir (1584) le encarga “ponerlos en estilo”. A Escobar le sobra estilo —en palabras de F. Esteve Barba en la Introducción a la susodicha edición, es un predicador de “gerundianismo prematuro” (Op. cit., XXXV)— y le falta objetividad. Su obra se convierte en una descarada apología de los hechos del virrey, que es quien la inspira y, al parecer, la documenta, con lo que se podría considerar como sus “memorias” (Ibíd, XXXV).

⁷ *Poemas épicos*, t. II, ed. de Cayetano Rosell. BAE, XXIX, 351-456 (Madrid: Atlas, 1948), 354. No obstante, Pedro de Oña admira a Ercilla y le considera superior (Ibíd. 352). El reconocimiento de los méritos literarios de Ercilla es una constante en toda esta guerra.

La segunda fase se enmarca en España, tras el regreso en 1596. La reivindicación de los méritos, para amparar peticiones, se convierte en acuciante necesidad⁸. La obsesión por servirse de la literatura da con una solución audaz: la Comedia. Los Hurtado de Mendoza se encuentran con el arrollador éxito del teatro en los corrales y salones de España, y a Lope de Vega, como su más prestigioso autor. Nadie como Lope, y nada como la Comedia son capaces de llegar a todo tipo de gentes, desde los bajos a los encumbrados.

Y Lope en la etapa decisiva de los comienzos del reinado de Felipe III escribe el *Arauco domado*. A pesar de la insistencia con que la gran mayoría de sus preclaros estudiosos, desde M. Menéndez Pelayo⁹, J. Toribio Medina¹⁰, Marcos A. Morínigo¹¹, hasta Juan A. Corominas¹², consideran que la comedia fue compuesta en una fecha cercana a 1625, en que aparece publicada por primera vez dentro de la *Parte veinte de las Comedias de Lope de Vega Carpio*¹³, creo que hay argumentos sólidos para una datación bastante más temprana: entre 1599 y 1604.

El afán de situar la obra de Lope en el broche de la sarta de comedias sobre D. García, como punto culminante y vencedor de la misma, lleva a los estudiosos citados a silenciar una realidad incontrovertible: el *Arauco domado* ocupa el puesto 288 entre las 448 comedias de la segunda lista del *Peregrino en su patria*; lista que tiene fehacientemente demostrada una existencia anterior a 1618, en que se fecha la edición sevillana de Clemente Hidalgo. Este dato basta para demostrar un aspecto importante en la secuencia de piezas teatrales en loor de Hurtado de Mendoza, como es el de la posterioridad de la comedia de los nueve ingenios. Pero es que además hay indicios serios de que la lista de 448 títulos ya constaba en alguna edición perdida de 1.604, como razonablemente ha argumentado Óscar M. Villarejo.¹⁴ Según esto, la obra se escribiría entre 1599, fecha en que se publica por primera vez la lista de 219 títulos del *Peregrino* —donde no consta *El Arauco domado*— y 1604, en que aparecería la segunda, donde sí figura. Esto casa ajustadamente con otros datos de dentro y fuera de la comedia. Entre los primeros estaría el de su textura estrófica¹⁵. Entre los segundos, el hecho de que en febrero de 1602 Don

⁸ Ver F. Campos Harriet, *D. García Hurtado de Mendoza en la historia americana* (Santiago: Andrés Bello, 1969), 190 y ss.

⁹ *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, vol. VI, en *Obras completas* (Santander: CSIC, 1949), XXXIV, 194.

¹⁰ *Dos comedias famosas y un auto sacramental. Basados principalmente en la Araucana de Ercilla, anotados y precedidos de un Prólogo sobre la historia de América como fuente del teatro antiguo español* (Santiago: Soc. Imprenta-Litografía Barcelona, 1917), 87-98.

¹¹ *América en el teatro de Lope de Vega* (Buenos Aires: Instituto de Filología, 1946), 235.

¹² "Las fuentes literarias del *Arauco domado* de Lope de Vega", *Lope de Vega y los orígenes del Teatro Español. Actas del I Congreso Internacional sobre Lope de Vega* (Madrid: Edi-6, 1981), 161-170.

¹³ Para las distintas ediciones de esta *Parte*, ver M. G. Profeti, *La collezione "Diferentes autores"*, Kassel, Ed. Reichenberger, 1988, 200-201.

¹⁴ "Revisión de las listas de *El Peregrino* de Lope de Vega", *Revista de Filología Española*, XLVI (1963), 343-349. "Lista II de *El Peregrino*: La lista maestra del año 1604 de los 448 títulos de las comedias de Lope de Vega", *Segismundo*, 3 (1966), 55-89.

¹⁵ La aplicación del método de Morley-Bruerton —generalmente eficaz— sitúa su composición entre 1598 y 1603, probablemente 1599 (*Cronología de las comedias de Lope de Vega*. Versión española de M. R. Cartes, Madrid: Gredos 1968, 282-285).

Hurtado de Mendoza (Juan Andrés) actúe de padrino en el bautizo del hijo del poeta y de María de Luján, Lope Félix¹⁶. Por otra parte, no parece que existan obstáculos a esta cronología. Aunque M. Menéndez y Pelayo¹⁷, J. Toribio Medina¹⁸, F. Campos Harriet¹⁹ o Juan M. Corominas²⁰ apuntan que Lope leyó y aprovechó para su obra los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza* de Cristóbal Suárez de Figueroa, editada en 1613, pienso que esta comedia no requiere otras fuentes que los dos panegíricos peruanos de Lobera-Escobar y Pedro de Oña. Otro presunto estorbo para adelantar la fecha podría ser el talante de competencia con los nueve ingenios de 1622 que aprecian en Lope los susodichos estudiosos²¹. A mi parecer, tal afán de contraste sólo podría fundamentarse, con mayor o menor claridad en la dedicatoria —asaz comedida, para ser de Lope— a D. Juan Andrés que precede al texto de la comedia en la *Parte veinte* de 1625. Pero en ella no hay nada que permita asociar su tiempo de escritura al de la comedia. Al contrario; tal proximidad es objetada explícitamente: “V. S. la reciba como prenda que restituyo a su dueño, y mi cuidado en estamparla, por censo del tiempo que la he tenido, si ya no se me tiene a grave culpa no haber comunicado al mundo cosas tan admirables...”²²

En resumidas cuentas: la obra de Lope no supone el cierre de la serie de comedias sobre el Marqués de Cañete, sino que es, precisamente, la que la abre. Dada la coincidencia en el tema y el prestigio del Fénix las siguientes piezas la tendrán en cuenta²³.

Un nuevo intento de reivindicación de la figura de D. García Hurtado de Mendoza se produce ya tras su muerte en 1609. Se encargará del mismo Cristóbal Suárez de Figueroa, cuya novela pastoril *La constante Amarilis* (1609) había transfigurado literariamente los amores de su hijo Juan Andrés con doña María de Cárdenas²⁴. Lo hace desde los moldes del tratado histórico²⁵. Los *Hechos de D.*

¹⁶ Ver A. Castro y H. A. Rennert, *Vida de Lope de Vega (1562-1635)* (Salamanca: Anaya, 1968), 102-103.

¹⁷ Op. cit., XXXIV, 195.

¹⁸ Op. cit., 51.

¹⁹ Op. cit., 242.

²⁰ Art. cit., 168-169.

²¹ El aire de contienda se siente. Este viene motivado por las tensas relaciones personales y artísticas que algunos de los ingenios tienen con el Fénix. También se entrevé la valoración negativa que a Lope le merece la moda de la comedia en colaboración. Ver J. M. Rozas López, *Lope de Vega y Felipe IV en el “ciclo de senectute”* (Badajoz-Cáceres: Universidad de Extremadura, 1982), 17.

²² *Obras de Lope de Vega*, t. I, XXVII, ed. de M. Menéndez Pelayo, BAE, CCXXV, 233-289 (Madrid: Atlas, 1969), 236.

²³ A partir de este momento la herencia de *La Araucana* tendrá en el teatro un campo fundamental de expansión. Las comedias o autos que pueden entroncarse con el poema ercillano, con independencia de que reivindiquen o no la figura del Virrey, son las siguientes: *La Araucana* y *El Arauco domado* de Lope de Vega; *La beliger española* de Ricardo de Turia; *El gobernador prudente* de Gaspar de Ávila; la obra de nueve ingenios que centra nuestra atención; *Los españoles en Chile* de Francisco González de Bustos; y alguna otra hoy ilocalizable, como *Los hechos de Juan Gómez* —mencionada en la lista de Medel del Castillo—, que, según J. Toribio Medina, “se refiere al mismo soldado cuyo testimonio invocó Ercilla en aprobación de la verdad histórica de su poema”. (op. cit., 4).

²⁴ Ver J. P. W. Crawford, *The life and works of Cristóbal Suárez de Figueroa* (Philadelphia, 1907). Traducción española de N. Alonso Cortés, *Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa* (Valladolid, 1911); M. I. López Bascuñana, “Un escritor del barroco español: Cristóbal Suárez de Figueroa”, *Canente*, 4 (1988), 49-64.

²⁵ Ver E. D. Pittarello, “Il discorso storiografico di Cristóbal Suárez de Figueroa in *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marqués de Cañete*”, *Studi di letteratura iberoamericana offerti a Guiseppe Bellini* (Roma: Bulzoni Editore, 1984), 121-151.

García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marqués de Cañete aparecen en Madrid en 1613. Se trata de una obra exaltadamente panegírica en siete libros. Es la obra en la que más se nota un talante antiercillano. Es muy significativo de las posibles pretensiones del heredero el que se dedique al todopoderoso Duque de Lerma. También son diáfanas algunas palabras del final:

Sólo apuntarè, auer fenecido, aunque sin el premio que tan justamente se le deuia, no poco satisfecho con la certeza de auerle merecido. Con su pronto, y agudo ingenio, supo disimular disfavores y valerse en las ocasiones de quejas, de modestia singular, con que confundió a muchos malignos que le acometieron con calumnias.²⁶

Poco más tarde y aprovechando el texto de Suárez de Figueroa, Gaspar de Ávila escribiría *El gobernador prudente*²⁷.

En 1621 llega al trono Felipe IV. El momento es decisivo para insistir en la vieja reivindicación. Los gustos del nuevo Rey marcan una vez más al teatro como el cauce ideal para hacerlo. También nos consta que la afición teatral de los Hurtado de Mendoza va más allá de su consideración como vocero de méritos y pretensiones. En documentos algo posteriores, el Marqués de Cañete aparecerá como arrendatario de aposentos en los corrales madrileños²⁸. Aficiones e intereses confluirán para que, tras el suspenso de la actividad teatral que marca el luto, se represente en Palacio uno de los más aparatosos memoriales que se haya presentado a monarca alguno.

Todas las informaciones recogidas sobre el evento nos hablan de un despliegue de medios espectacular en los diferentes niveles. La ocasión lo merece.

Nueve dramaturgos —tres por acto— afrontarán el encargo. Este sería su orden de intervención: Mira de Amescua, el Conde de Basto, Belmonte, Ruiz de Alarcón, Luis Vélez de Guevara, Fernando de Ludeña, Jacinto de Herrera, Diego de Villegas y Guillén de Castro. De una buena parte de ellos consta su participación y su galardón en las justas poéticas celebradas ese año en Madrid en honor de la canonización de San Isidro²⁹. En estos ambientes debió de surgir el encargo, del que se responsabiliza como coordinador Luis de Belmonte Bermúdez.

El afán de esplendor también preside su encarnación en los escenarios y en las prensas. Las condiciones en que el producto circula por ambos canales se salen de lo común. Los escasos datos que se conservan de la única representación conocida son de tipo contable y se encuentran en el Archivo del Palacio Real (legajo nº

²⁶ Biblioteca Nacional, Usoz-3792, p. 323.

²⁷ Ver J. T. Medina, op. cit., 164 y ss. La comedia se publica en la *Parte veinte y una de comedias nuevas, escogidas de los mejores ingenios de España* (Madrid: J. Fernández Buendía-Agustín Berges, 1663), 138-172.

²⁸ Tales testimonios corresponden a los años 1632 y 1633, y hacen referencia a las deudas contraídas por los arrendamientos. Han sido publicados por J. E. Varey y N. D. Shergold, *Teatros y comedias en Madrid: 1600-1650. Estudio y documentos* (London: Tamesis Books, 1971), 69, 70 y 77.

²⁹ *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de su bienaventurado hijo y patrón San Isidro, con las comedias que se presentaron y los versos que en la justa poética se escribieron...* (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1622). Ver A. Castro y H. A. Rennert, op. cit., 264 y ss.

666)³⁰. Según estos, la obra se exhibiría entre el 5 de octubre de 1622 y el 8 de febrero de 1623 en la primera temporada teatral palaciega del reinado de Felipe IV³¹. A pesar de la parquedad de la noticia, hay suficiente información para darnos una idea del realce con que se intentó montar la pieza en Palacio. Son dos las compañías que se juntan para la representación: la de Cristóbal de Avendaño y la de Pedro de Valdés³². Es la única vez que esto ocurre en dicha temporada y es rarísimo que vuelva a suceder en los años de los que tenemos documentación palaciega. La asociación de las dos compañías que durante esos meses representan en Madrid y también en Palacio, separadamente, parece estar motivada tan sólo por el brillo de la exhibición. El número de “dramatis personae” no lo exige. Se trataría de engrosar los ejércitos castellano y araucano en aras de una mayor espectacularidad.

Como parte integrante del trabajo encomendado está la susodicha edición del texto. También sus condiciones son poco habituales. La existencia de portada, con el pie de imprenta, las cuatro hojas de preliminares y las setenta del texto, la sitúan fuera de los moldes restrictivos de las partes adocenadas y de las sueltas³³.

Belmonte corre con la principal responsabilidad. En la edición, el dramaturgo sevillano se encarga de escribir la dedicatoria a Don Juan Andrés y el prólogo al lector. Dentro del texto encontramos más indicios de su preeminencia: es el único poeta al que se le atribuyen dos tramos. Uno extenso en la primera jornada (vv. 405-1218, pp. 491 b-496 b) y otro breve, pero harto significado en relación con el sentido de la comedia: Los 150 versos finales que rematan el panegírico-memorial (vv. 3040-3189, pp. 507 c-508 c).

Ignoro si en el encargo ha tenido algo que ver su pasado de aventurero y escritor en Nueva España y en el Perú³⁴. En todo caso, nada refleja esta circunstancia³⁵. Belmonte, al igual que los demás escritores contemporáneos, escribe desde los tópicos literarios circulantes sobre América, ese cúmulo de ideas mezcladas y, sobre todo, simplificadas³⁶, más que desde los testimonios vitales de su contacto directo con América. A los autores áureos parece inspirarles más los libros que han leído que los episodios que han vivido.

³⁰ Ver nota 2

³¹ Como el impreso lleva fecha de 1622 y es práctica habitual que la edición del texto siga a su representación, podría restringirse a los tres últimos meses de ese año la franja temporal en que ésta tuvo lugar.

³² Ver H. A. Rennert, *The Spanish stage in the Time of Lope de Vega* (New York, 1909), 426-427, 612-613.

³³ Para la descripción del impreso y la localización de ejemplares en las distintas bibliotecas, véase A. Rubio San Román, “Aproximación a la bibliografía dramática de Luis de Belmonte Bermúdez”, *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, IX (1988), 103-163; 104-106.

³⁴ Participó como secretario y cronista en el último de los viajes australes de Fernández de Quirós (de diciembre de 1605 a noviembre de 1606). Ver William A. Kincaid, “Life and Works of Luis de Belmonte Bermúdez (1587?-1650?)”, *Revue Hispanique*, LXXIV (1928), 1-260; 2-8.

³⁵ Hay un detalle significativo en las palabras que encabezan la edición de nuestra obra (p. 488). La única vez que el dramaturgo alude a su estancia limeña de 1605 es para participarnos un caso que le han contado donde se pone de manifiesto el arrojo de los araucanos.

³⁶ Ver M. A. Morínigo, op. cit.

La pieza en cuestión es la única de asunto americano³⁷ y la primera fechable de las atribuidas con seguridad al poeta³⁸. Su participación en ella marca ya uno de los aspectos por el que es conocido entre sus contemporáneos: la comedia en colaboración. Más de la cuarta parte de las dos docenas de obras que se encabezan con su nombre fueron escritas con este procedimiento³⁹.

Apunta William A. Kincaid, el principal estudioso de Belmonte, que su teatro adolece de cohesión y peca de precipitación⁴⁰. Pues bien, este autor con pocas virtudes en la estructuración de sus textos propios, es el encargado de organizar y armar las piezas de este raro ingenio de 3.189 versos.

La comedia no sólo es la culminación de ese empeño de mitificación interesada de Don García, también marca el extremo al que llega la deformación de unos hechos ocurridos tres cuartos de siglo antes.

El principal filón de datos —y de espíritu y tono también— lo proporciona la obra panegírica de Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marqués de Cañete*. De la deuda contraída parece quedar constancia en el título: el “algunas de las muchas hazañas”, además de etiquetar la indeterminación y el desorden que señorean la comedia, reflejaría la labor de selección de la parte chilena de los “hechos” que relata el escritor vallisoletano. En un segundo plano se situaría *El Arauco domado* de Pedro de Oña. Y más a lo lejos habría que contar con la comedia de Lope: la canción de Caupolicán, la inclusión de algunos episodios, sobre todo los que tienen que ver con el personaje Rebolledo, están inducidos por la pieza lopista.

Naturalmente, es imposible prescindir de la impronta ercillana, por más que no siempre sea fácil distinguir la influencia directa de la ejercida a través de las fuentes intermedias. Y es que *La Araucana* marca inexorablemente —para bien o para mal— todo lo que después se escribió, aunque fuera con la más decidida intención de enmendarle la plana. Es responsable de la mitificación del indio, del aliento épico; pero también del desbarajuste de acciones, del frenético fluir de idas y venidas, de las prolijas enumeraciones.

En relación con estos aspectos intertextuales, hay que subrayar la libertad en el manejo de los datos. La figura de Don García está ligada a una serie de episodios,

³⁷ Aunque A. de Castillo Solórzano en *Las aventuras del bachiller Trapaza* atribuye a Belmonte *La Monja Alférez*, persistentemente adjudicada a J. Pérez de Montalbán en las ediciones antiguas (Ver A. Rubio San Román, art. cit., 135-137).

³⁸ Sin embargo, había escrito teatro con anterioridad. En la dedicatoria de *La Aurora de Cristo* (1616), se presta para seguir ofreciendo poemas al lector, pero no comedias: “que te prometo estoy enfadado de comedias, porque tú los has visto, parecen bien las de todo punto desatinadas.”

³⁹ Además de nuestra comedia, Belmonte comparte con otros poetas *A un tiempo rey y vasallo*, *Fiar de Dios*, *El Hamete de Toledo*, *El mejor amigo el muerto*, *El Príncipe perseguido* y *La mejor luna africana*. Esta última congrega también el trabajo de nueve ingenios (Ver S. Carrasco Urgoiti, “En torno a *La luna africana*, comedia de nueve ingenios”, *Papeles de Son Armadans*, XCVI (1964), 255-298). Su más asiduo compañero en este esfuerzo es A. Martínez de Meneses. Al menos tres comedias les asocian. Ver W. A. Kincaid, art. cit., 92-115 y A. Rubio San Román, art. cit.

⁴⁰ Art. cit., 41.

gestos, palabras, que tienen un orden, más o menos respetado en las obras anteriores, aunque se pueden mencionar unos y callar otros. En nuestra comedia se selecciona y se trastueca la secuencia con total desparpajo. Cada autor parece gozar de más autonomía de la conveniente, para la coherencia del producto final, a la hora de escoger del plantel de episodios los que considera más oportunos⁴¹.

La coordinación de los distintos ingenios se esmeraría tan sólo en los insoslayables compromisos panegíricos. El único instrumento para llevarlos a cabo son las palabras, las muchas palabras enhebradas en interminables parlamentos. No ponen otro recurso cabal sobre el escenario. Hay una confianza sin límites en la fuerza de las palabras, tanto en las dichas como en las escritas. Al comienzo de la obra existe un episodio muy expresivo al respecto: Los araucanos, con toda su aureola de valientes e indómitos guerreros, se vienen abajo rápidamente y deciden suspender todo ataque hasta no analizar la situación, cuando uno de ellos, Colocolo —nunca comprenderemos cómo se las ha arreglado para leer tantas crónicas españolas—, les relata las hazañas de los antepasados de Don García (vv. 261-366, pp. 490 c-491 a). Por contra, la acción, sustancia específica de lo dramático, no va a ningún lado. Aunque la obra pretende conducirse intermitentemente por los cauces habituales del género de la comedia “histórica”, es decir, la guerra y el amor, son pocos los pasos que logran darse en la maraña de intervenciones desorganizadas. Más pendientes de hablar que de actuar, los guerreros andan huidizos⁴² y los enamorados se despistan⁴³. Toda la acción se resuelve en conatos de enfrentamiento, en idas y venidas de espías, traidores, desertores y amantes.

El planteamiento de estos nueve plumíferos aduladores no ha sido el de erigir a D. García en protagonista de acciones virtuosas, como le correspondería al género dramático, sino, más bien, el de sacar a escena gente, de variada condición, que proclame una y otra vez que es virtuoso. Y aquí sí que se ha empleado a fondo el coordinador, para conseguir una meditada concatenación de argumentos a esgrimir por los diferentes panegiristas. Estos nos llevan gradualmente desde los tiempos de Lope Manso —“tan gran restaurador como Pelayo” (v. 274, p. 490 c)— en que arranca la prosapia del héroe hasta la situación de D. Juan Andrés a la espera quejosa de beneficiarse de que le reconozcan los méritos a su padre y se los premien.

⁴¹ Puede llegarse, incluso, a repeticiones. Así, Diego de Villegas y Guillén de Castro coinciden en sacar a escena a Gualéva para quejarse de la cobardía de Caupolicán.

⁴² La acción bélica está en idéntica situación a los cien versos del comienzo que cuando faltan cuarenta. La “valentía” que con tanta insistencia se predica de los araucanos, y que es imprescindible para la magnificación de las “hazañas”, queda anclada en las palabras. Se rinden en la primera ocasión, como antes lo había hecho el fiero Caupolicán, sin otra explicación que comportarse cortésmente. Un detalle significativo: Tan arriesgados lances se saldan con las únicas muertes del jefe indio, su hijo y Orompello.

⁴³ El espectador se desconcierta mucho con los asuntos amorosos. Así, por ejemplo, Fernando de Ludeña pinta muy enamorados a Guacolda y Rebolledo al término de la segunda jornada (vv. 2011-2049, pp. 500 c-501 a), sin que ningún otro ingenio vuelva a retomar el asunto. Al final, el Marqués casa a la india con el cacique Rengo (vv. 3170-3175, p. 508 c).

La secuencia de intervenciones cobra sentido a la luz de esta intención apolo-gética:

Primera jornada:

—Tras la colaboración de Mira de Amescua (vv. 1-260, pp. 489 a-490 c) que inicia la comedia con la presentación de los fieros araucanos y la llegada de los españoles, el Conde del Basto (vv. 261-404, pp. 490 c-491 b) se encarga de hacer relación de los antepasados de D. García.

—Belmonte (vv. 405-1218, pp. 491 b-496 b) reseña sus méritos guerreros en Europa, previos a los que va a realizar en tierras chilenas.

Segunda jornada:

—Ruiz de Alarcón (vv. 1219-1581, pp. 496 b- 498 b) encomia el afán de D. García por acrecentar el honor adquirido que redundará en sus descendientes⁴⁴.

—Luis Vélez de Guevara (vv. 1582-1952, pp. 498 c-500 b) busca el marchamo de historicidad para lo dramatizado con la enumeración de los participantes en los hechos. Con la intervención de Fernando de Ludeña (vv. 1953-2115, pp. 500 b-501 b) finaliza el acto.

Tercera jornada:

—Jacinto de Herrera (vv. 2116-2466, pp. 501 a-503 c) sigue avanzando hacia el futuro. Lo tiene difícil por cauces naturales porque el presente no da más de sí, pero no se arredra ante los sobrenaturales. Cuando aún quedan mil versos de comedia, hace comparecer al brujo Leocatán para que prediga lo que vendrá. No hay planteamiento dramático que soporte tal destripamiento, pero está en consonancia con lo ya apuntado sobre las características de la acción. El Marqués de Cañete vencerá en nueve batallas, fundará nueve ciudades... De repente, el discurso del mágico deja todo impudicamente claro y a los poetas desnudos: Mientras las hazañas ocurren en Chile, en España se cría su hijo Juan —es Don Juan Andrés, claro está, el principal beneficiario de aquellas “hazañas” emprendidas sesenta años atrás—, del que Leocatán no puede contar hazaña alguna, sino es la de soportar las mudanzas del tiempo que no respetan la verdad ni los méritos de su abuelo y de su padre:

Mientras entre tanto España
le estará criando un hijo,
en su primera mujer
engendrado, y conocido
por el nombre de Don Juan,
que honrará los apellidos
de Hurtado y de Mendoza,
de un mayorazgo tan rico
heredero. Y aunque viendo

⁴⁴ Aquí tenemos ya el primer índice señalado con nitidez hacia D. Juan Andrés, el principal beneficiario en 1622 de los méritos de Don García.

(vv. 2327-2348, p. 502 c)

—Belmonte (vv. 3040-3189, pp. 507 c-508 c) retoma el verso para rematar la obra con D. García en plena apoteosis. Su inocencia en el acontecimiento cenital de la muerte del cacique queda salvaguardada cuando se la recrimina a Reinoso con severidad. Pero, por si acaso algo aún pudiera salpicarle, se insiste en el final cristiano de Caupolicán, que lo transmuta en un supremo beneficio. El rebuscado juego cuaja en las hipérboles cruzadas entre el jefe indio y el hermano de Don García:

Envidio
más tu muerte, que pudiera

tu padre, aunque fuera vivo,
envidiar hazañas mías.
(vv. 3124-3129, p. 508 b)

De repente, cuando quedan cuarenta versos, los indios se rinden sin saber por qué. Sobre el retrato del Marqués ya sólo queda por dar una pincelada decisiva: la del encendido color de su generosidad al premiar servicios. Desde luego, no es difícil leerle el pensamiento a este gesto último, que desde el teatro, y la vida, reclama la atención del monarca novel en aquel salón palaciego.

En resumidas cuentas, esta historia que rematan los nueve, ha sido una empresa de todos contra Ercilla, pero con Ercilla, con sus armas y con su admiración. A pesar del sólido prestigio de tantos espadones en lucha decidieron el triunfo final los méritos literarios. Y es que Alonso de Ercilla cantó *pro domo sua*, con el calor de las cosas cordiales, mientras que Lope, Mira, Belmonte, y tantos otros asalariados de los Hurtado, lo hicieron por la casa y por la causa de los demás. El Marqués de Cañete nunca consiguió desplazar, ni siquiera acompañar a Caupolicán en la galería de los mitos áureos.

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS
Universidad de Valladolid

Aurora Egido (coord.), *La escenografía del teatro barroco*, estudios coordinados por Aurora Egido, Salamanca: Universidad UIMP, 1989, 184 p.

Es evidente que asistimos a un profundo cambio de orientación en los estudios sobre el teatro clásico español, sobre la *comedia nueva*, como decían los contemporáneos. La parte “descubierta” es la de los estudios sobre escenografía, representación y quizá todavía sobre público; la parte agotada puede que haya sido la de los estudios temáticos a partir de ese nervio agotador que han sido los análisis del conflicto del honor y toda su secuela. Esperemos que todo se vaya conjugando sabiamente, y que aun nuevos sabores —el “estilo” continúa siendo uno de los aspectos descuidados— vengan a suministrarnos esa imagen histórica de uno de los fenómenos más apasionantes de nuestra historia cultural: el nacimiento, auge, diversificación y aletargamiento de un teatro.

El volumen del que me ocupo es el producto de un seminario en la UIMP de Santander, dirigido y coordinado por Aurora Egido, quien desde hace unos años había entrado en el tema a través de esa mina que fue *La fiera, el rayo y la piedra*, de Calderón, obra que suministraba, a la par que un texto cambiante en razón de su puesta en escena, la documentación ilustradora de su representación en el Palacio Real de Valencia. Justo en el momento que se celebraba este Seminario, el Ministerio de Cultura editaba lujosamente la obra, transcribiendo el ms. 14.614 de la Biblioteca Nacional de Madrid, con introducción de Manuel Sánchez Mariana, y reproducción de los veinticinco dibujos. El estudio de la puesta en escena puede recrearse, por tanto, con un lujo de detalles que quisiéramos para otras muchas obras. Desgraciadamente estamos ante la excepción. En efecto, el volumen que reseño es un volumen para estudiar las excepciones y deducir, desde ellas, ese inmenso continente sin posibilidades de exploración fácil, la escenografía del teatro español de los siglos XVI-XVII, a pesar de las pacientes exhumaciones documentales de Varey.

En el caso de las representaciones palaciegas es más fácil entrar en este mundo. De hecho, el archivo de Palacio, en donde se encuentra un inmenso material, en su mayoría inédito, es de los mejor ordenados que conozco. Lamentablemente no todo el material se encuentra allí; y una vez localizada alguna fuente importante para el estudio del campo, resulta ser de difícilísima lectura e interpretación (se puede hacer la prueba consultando el ms 7.797 de la BNM, en donde se hallan cuentas y papeles relativos al

Buen Retiro), porque aquellos empleados de Palacio no pensaron nunca que íbamos a leer con tanto cuidado las hojas volanderas en donde anotaban a la buena de Dios sus cuentas, contratos, etc.

Es un libro de excepciones, pero valiosísimo. Las dos primeras contribuciones, la de John J. Allen ("Estado presente de los estudios de la escenografía en los corrales de comedias", p. 13-23) y la de John E. Varey ("La escenografía de los autos sacramentales: El estado de la cuestión", p. 25-32), además de ser lo que dicen, por las dos mayores autoridades de cada campo, muestran, sobremanera en el caso Allen, la efervescencia investigadora en el terreno local, que va a cambiar previsiblemente todo lo que sabíamos sobre corrales en los años inmediatos: Alcalá de Henares, Pamplona, Zamora, Córdoba, Lisboa, etc., están siendo objeto en estos momentos de monografías casi arqueológicas que deberán terminar en un panorama de conjunto sobre lo que fue el fenómeno del teatro de corrales desde finales del siglo XVI.

Las dos siguientes contribuciones saben a "fruta nueva" en el terreno de la crítica literaria, ya que de mano de dos reputados historiadores del arte se nos expone la "Escenografía y tramoya en el teatro español del siglo XVII" (p. 33-60), por Alfonso Rodríguez G. de Ceballos, y se nos habla de "Los pintores escenógrafos en el Madrid del siglo XVII", trabajo de Alfonso E. Pérez Sánchez. En el primero de los casos, lo más llamativo es que tenga que acudir a dos teóricos italianos, el del boloñés Sebastiano Serlio (*Segundo libro de la arquitectura*; París, 1545), y la *Prattica di fabricar scene e machine ne' Teatri* (1637, la primera parte) de Nicolás Sabatini, para referir las innovaciones escénicas —telón de boca, bastidores, pescante, tramoya...— a una teoría anterior, de la que no conozco muestras directas en España. El análisis que hace Cevallos es convincente, y si el libro de Sabatini —por ejemplo— no se conoció directamente en España, lo que en él se dice era la moneda común en los espectáculos teatrales posteriores a la segunda prohibición (1651). Para el periodo anterior, todo resulta bastante más confuso en tanto no se dirima con claridad qué obras fueron escritas para corrales y cuáles para palacio, y en qué medida funcionó este resorte productivo en los autores. Bien es verdad que ha de ser tarea de los historiadores de la literatura utilizar los datos que se nos brindan en trabajos venidos de fuera, como estos dos, y que no han hilvanado bien con lo que nosotros ya sabemos. Por poner un solo ejemplo, Serlio y la teoría escénica de su época deberían de haber entrado en contacto con el gran libro de Canavaggio sobre el teatro de Cervantes.

En el caso del artículo de Pérez Sánchez, recogiendo sistemáticamente todas las referencias documentales sobre pintores relacionados con la farándula, la fecha más temprana es la de 1627, y las referencias posteriores son prácticamente las mismas que Valbuena, Shergold, Massar, etc., nos habían legado, más la de una decena de pintores de segunda fila o prácticamente desconocidos, lo que nos lleva a confirmar que la actividad teatral de todos estos artesanos era secundaria y marginal. Eso sí, el engrosamiento de noticias en la última mitad de siglo, muestra bien a las claras el proceso de refinamiento aristocrático del teatro.

A ese refinamiento alude el trabajo de Sebastián Neumeister ("Escenografía cortesana y orden estético-político del mundo", p. 141-159), que es, muy en línea de los suyos, el más atrevido desde el punto de vista crítico, al deducir de las condiciones escenográficas del espectáculo palaciego del barroco —no sólo de las escenográficas—

un reflejo artístico de la ideología dominante. Es una suposición que ha estado siempre en los estudios sobre el Barroco, que se veía venir desde los dos articulitos de Varcy sobre las etiquetas de Palacio, que estaba en el amplio desarrollo de E. Orozco sobre la “teatralidad del Barroco” y que ya —después del libro mayor de Neumeister— ha sido proyectada en otros trabajos sobre otros aspectos, por ejemplo por Amadeo Pulice. Pero Neumeister —que cita frecuentemente a Maravall— ha tenido tiempo de refinar la teoría algo radical del llorado profesor español, y por eso quizá comienza su trabajo estableciendo una división tajante entre comedia de corrales (que “jamás ha sido el teatro de los reyes”) y comedia de corte.

También Luciano García Lorenzo tiene que basarse en las excepciones para su concisa puesta a punto de “La escenografía de los géneros dramáticos menores” (p. 127-39), que, en definitiva, considera como una prolongación de los mayores.

En fin, José Lara Garrido, en un trabajo (p. 91-126) —que suponemos no fue el expuesto— denso y bien documentado, estudia a satisfacción el “Texto y espacio escénico en Lope de Vega (la primera comedia: 1579-1597)”, que termina, como las novelas y tratados de aquella época, prometiendo otras páginas sobre simbología espacial y otras hierbas.

El volumen resulta, en consecuencia, hartó útil; tiene homogeneidad, actualidad y está lleno de sugerencias. También está lleno de erratas. La más hermosa, quizá, aquella en la que se habla de don Enrico Orozco, probablemente como en alguna ocasión le hubiera gustado llamarse —para arrepentirse— a aquel gran profesor barroco sobre cuyas páginas todavía tanto aprendemos.

PABLO JAURALDE POU

Marc Vitse, *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII^e siècle*, France-Iberie Recherche: Université de Toulouse le Mirail, 1988, 719 págs., 192 francos. ISBN 2-904087-09-5.

La suma de elementos para una teoría del teatro español del seiscientos, elaborada por el profesor Marc Vitse, se presenta en forma de ensayo de interpretación del complejo conjunto de fenómenos literarios que configuran el panorama del teatro español de la época. Su propósito es obtener una percepción analítica de la función social de dicha experiencia dramática, sin eliminar lo específico del hecho estético e histórico, a través de una doble óptica metodológica de la sociología y de la teoría social de la literatura (no del hecho teatral). La estructura bipartita del libro plantea, en primer lugar, un análisis de la literatura como institución a partir de los discursos metateatrales que configuran la doble controversia ético-estética sobre el teatro. Este panorama detallado sirve a modo de prolegómeno teórico-co/n/textual para el estudio posterior sobre la constitución de conjuntos significativos de personajes y de modelos ideológicos del imaginario colectivo, en la línea, en cierto modo excéntrica, del sociólogo de la literatura Duvigné. La clave de ordenación del fenómeno teatral es el de “generación”, y consecuentemente propone cuatro períodos (“provisionales”), que responderían a cuatro sucesivos universos imaginarios del género “comedia”, correspondientes a los cuartos del siglo XVII.

La autonomía de la primera parte del ensayo permite que ésta sea leída, independientemente de la obra en sí, como un doble análisis sobre la cuestión ética y estética respectivamente. Situando en la base de la cuestión ético-moral el “*Ludus est necessarius ad conservationem vitae humanae*” de la filosofía tomista, el bisturí del autor recupera textos ignorados o datados erróneamente por Cotarelo, anotando y deteniéndose en las desviaciones de la propuesta de Santo Tomás, patentes en los autores teatrófobos de la época (P. de Rivadeneira, Fray José de Jesús María, P. Juan Ferrer). La “eutrapelia” aristotélica u honesta recreación del teatro no es nunca refutada en sí, nos dice Vitse, sino la ilegitimidad práctica de la forma “comedia nueva”. La retórica de la argumentación teatrófoba incide siempre, con pocas variantes, sobre la “deshonestidad” y “provocación” (“imitación”) de las “palabras lascivas”, los “hombres infames” y las “mujercillas perdidas”, y sobre la desatención a los ejercicios de paz y de guerra que conllevan. Insiste Vitse en la incapacidad de estos críticos para analizar políticamente

el fenómeno teatral y transformarlo en un elemento de poder, producida por una visión opaca del teatro no como objeto de ficción, sino de imitación, que niega a los espectadores la libertad de interpretación de la “mimesis”. Para los teatrófilos, observa Vitse, la comedia es en sí indiferente y depende del tipo de público, o tiene utilidad moral (Cascales), o es medio de difusión cultural (Anónimo de 1649).

Según el profesor francés, la posición maniquea de cierta crítica actual (García Berrio, Sanchis Sinisterra) ha dado lugar a simplificaciones absurdas como es la de dividir la disputa entre “clérigos” y “laicos” —imposible, puesto que se va produciendo, según el autor, una laicización progresiva a lo largo del siglo—; o como lo es la idea de que la ideología dominante es monolítica —¿no es la misma controversia, dice Vitse, expresión de un conflicto que opone a diversas fracciones de la “clase dominante”, en un período de polémica abierta (1600-1625), de posterior reforma (1625-1650) y de ulterior predominio de la línea moralizadora de función pedagógica a partir de 1650?

Mas no todo es ética en la controversia, y al problema estético-literario dedica Vitse la segunda de su primera parte. Partiendo de la bibliografía sobre la cuestión (M. Newels, J. de José, Rozas, Orozco, Frolidi, Porqueras/Sánchez-Escribano), pero siguiendo con su método fiable de cotejo de fuentes y corrección del clásico *Preceptiva dramática*, se asiste a “la evolución del sutil neoaristotelicismo sui generis de la comedia nueva”, a través de un triple ángulo de visión diacrónica. En primer lugar, de un Aristóteles usado contra Aristóteles en las diferentes acepciones del “gusto” y lo “justo”, o del “vulgo”, se va sutilmente a una re-semantización del concepto aristotélico de “naturaleza”, que se historiza como “costumbres o modos de la época”, y a la que el erudito francés califica de “desaristotelización”. Esta “actualización” del término (Frolidi), en Lope, Cascales o Ricardo del Turia, va conduciendo a nuevas formas de representación. En este segundo momento, primero del “arte nuevo”, son dos conceptos horacianos los que moldean la controversia: la utilidad y/o el deleite (por ejemplo en Pinciano, 1596), y la verosimilitud con su correspondiente decoro. Sería en la 2ª generación (Polo de Medina, 1630. J. Pellicer de Tovar, 1635, etc.) donde deleitar aprovechando y/o enseñar deleitando se uniría al tema de la “dama indecorosa” en una clara confusión entre códigos éticos y estéticos. Sólo Cascales, según Vitse, mantiene un concepto de verosimilitud en relación con la lógica de lo imaginario o con la coherencia de lo ordinario. Pero habrá que llegar a la segunda mitad del siglo XVII, para que el decoro cristiano se imponga y expurgue un arte que deja así de ser teorización de la experiencia y observación de la naturaleza, es decir, que ya no es ciencia (arte), sino programa educativo. Para Bances Candamo, 1689-1694, el maestro ya no es Lope, sino Calderón, apunta Vitse.

La contribución de este capítulo es, pues, fundamental para el estudio historicista de las categorías aristotélicas utilizadas por la crítica teatral del siglo de Oro, en especial, de la de “naturaleza”. Quizás los intentos de recuperación de Aristóteles por parte de cierta crítica hayan sido, como piensa el autor, abusivos, y hayan contribuido a ignorar la auténtica originalidad de un teatro “dont l'invention s'est faite avec une ignorance pleinement consciente des préceptes du Stagirite”.

En la segunda parte de este denso libro, se nos propone una comedia auditiva analizable, como texto dramático y no espectacular, desde una perspectiva histórica con tres focos de análisis: geografía, cronología y topografía teatral. Como género auditivo, sos-

tiene Vitse, la división estructural no estaría organizada por el espacio, ni tampoco por la polimetría (Williamson, Marín), sino por la temporalidad dramática. Dicha hipótesis, en contradicción con análisis temáticos como el de Parker, sirve para estructurar el universo de los “dramatis personae” o “macroestructura familiar” de la comedia nueva, mediante la oposición juventud/vejez (homologable a la de señor/vasallo), que Vitse ve como interrogación sobre el tiempo histórico y actualización del debate entre lo antiguo y lo moderno. Por otra parte, son las coordenadas espacio-temporales las que, unidas a la perspectiva onírica y a la existencia de un riesgo trágico, podrían delimitar una tipología del género trágico (pág. 323). Pero, el problema taxonómico, vuelve a presentarse en el género cómico, en el que Vitse plantea una división tripartita entre comedia seria, comedia cómica y comedia burlesca junto a teatro menor, con una subordinación de los dos primeros tipos en comedias de palacio y comedias domésticas respectivamente. El propósito del autor es establecer las cláusulas “objetivas” del contrato de lectura o representación que subyacen en los receptores del teatro del siglo de Oro. Leer/recibir la comedia significa, para Vitse, reinscribir la trayectoria dramática en una dinámica temporal que sigue el ritmo de los cambios métricos; reinsertar a los personajes en el orden de la macrofamilia de los “dramatis personae”; y localizar cada género o subgénero en el marco de la topografía teatral.

Nos encontramos, en este momento progresivo de la lectura, con un cambio fundamental en la perspectiva y escritura de la tesis. El análisis se centrará, a partir de ahora, en el “teatro de la Modernización” de las dos primeras generaciones de dramaturgos en una España en la que domina una organización ideológica que Vitse denomina “aristocratismo cristiano”. La visión de la Historia de esta ideología delimitaría los géneros trágico y cómico. Así, la Historia es vista por los personajes-héroes trágicos, bien como valor, bien como re-invencción o re-escritura o bien como entrada en la Historia, desde la óptica dualista del binomio “antiguos y modernos”. Último de estos ejemplos sería *El Burlador de Sevilla*, mitificación de la Historia, geografía de su tiempo y lugar privilegiado “pour l'invention d'une des plus remarquables figurations de l'idéal de modernisation promu par les dramaturgues du premier quart du XVII^e siècle” (Pág. 369). Los héroes de estas historias, como el caballero de Olmedo, se verían afligidos por una tristeza y melancolía existencial constitutiva. A este tipo de personaje, llamado Héctor, como el guerrero, sucedería David, el tipo paternal, que representa imaginariamente la bondad ante la desobediencia de los hijos, con la consiguiente liberación de éstos, incluso en alianzas inesperadas y formas de colaboración con hijos adoptivos o bastardos (Aurora en *El castigo sin venganza*).

Con dos interesantes excursos sobre la interferencia genérica entre tragedia y comedia producida por las llamadas “soluciones cómicas a los dramas de honor conyugal” y sobre el tratamiento del amor en los dramas de villanos de Lope y Tirso, se concluye un capítulo, y se abre paso a un quinto y último sobre el teatro de la Modernización. Partiendo de las premisas psicocríticas de Mauron, se propone la doble dicotomía juego/comedia-sueño/tragedia como instrumento de aproximación y categorización de las tendencias teatrales. La tragedia, de acuerdo con la teoría del psicoanálisis, representaría las angustias profundas de la sociedad aristocrática cristiana y la comedia los mecanismos de defensa contra ellas. Interesado por las estrategias y mecanismos que nos protegen del miedo a la muerte por medio de lo cómico y lo lúdico, M. Vitse reali-

za un análisis comparado de las comedias domésticas y palatinas de Tirso y de Lope. En las primeras será la presencia de la pareja formada por Alejandro y Apeles la que planterá, en ambos autores, las nociones de “cupiditas” y de “generositas” (nobleza), atribuyendo la primera a la tiranía paterna y las diferentes formas de generositas (de nacimiento noble, de crianza en las armas, de imaginación amorosa) a la victoria final de los hijos. La frecuente ocultación de la nobleza de los personajes por parte de la crítica moderna ha llevado, según Vitse, a la aceptación de un teatro moderno y aburguesado donde el amor se subordinaría siempre al dinero. La modernidad está en presentar un Madrid espejo enciclopédico del mundo, no en ofrecernos la imagen de una sociedad materialista y decadente (Salomón), cristiana (Maurer) o arcádica (Wardropper). Los héroes de estas comedias son modelos de la aristocracia cristiana: conquistadores, liberales, enamorados incluso sólo por medio de la imaginación. Y es a la imaginación amorosa a la que Vitse se dirige en unas interesantes páginas sobre las diferentes poéticas de la visión (del “ojo interior”) en Tirso y en Lope. Visión retrospectiva del primero en *Amar sin saber a quien* y prospectiva del segundo en *La celosa de sí misma*. Es en este “laberinto de signos” (pág. 510), interpretados y/o creados por la imaginación amorosa, cuando quizás la ayuda del semiótico y su reflexión sobre el signo escénico nos podría ayudar a desenmarañar el laberinto. La indiferencia ante los códigos escénicos que regulan el espectáculo teatral impide, en cierta medida, entender el valor de esas manos, mantos y ojos que permiten al personaje explorar el imaginario amoroso.

La vergüenza, según Vitse, será la noción central que explorará la comedia palatina, esa comedia de espacios escénicos exóticos o fantásticos, caracterizada por la diversificación social de sus personajes y por una atmósfera lúdica. El análisis de *El perro del hortelano*, *El vergonzoso en palacio* y *El villano en su rincón* plantea muchas cuestiones polémicas. El “complejo de Diana” en los personajes femeninos de *El perro* y *El vergonzoso* nos presenta la primera figura de la “vergüenza”, el pudor/honor: “le champ inconnu que la comédie palatine va donc se permettre sera celui du rapport sans précédents que devra entretenir l'héroïne entre les exigences de l'honneur qui s'attache à sa haute condition et les impulsions d'une pressante aspiration au bonheur” (pág. 547). Vitse contradice, de nuevo, las teorías de Wardropper sobre el significado final de esa rebelión y se acerca al problema del feminismo en sus comentarios sobre la relación de estos personajes femeninos con el silencio y en los subterfugios que emplean para crear una palabra de doble sentido, un discurso “a dos luces”. Acepta el cuerpo como signo de sensualidad y erotismo, pero rechaza violentamente los comentarios de J. Herrera, “lubrique chimère, née de la plume sans vergogne d'un commentateur délirant”, para proponer una desocialización en la comedia de los problemas entre damas nobles y secretarios galanes, mayor en Tirso que en Lope. “Angoisse d'abandon... fantaisie, prioritairement, des expériences thérapeutiques et non des tentatives anticonformistes” (p. 592). Los personajes son sometidos a una violencia pasional que les provoca angustia porque les exige un cambio fundamental: una salida de su “rincón”. Para probar esta tesis, Vitse analiza la doble dimensión cómica y crítica de *El villano en su rincón* mediante una minuciosa disección de Juan Labrador. Para el crítico francés, la obra lopesca constituye una respuesta positiva a la cuestión del compromiso amoroso, presentándose no sólo como síntesis de los géneros trágico y cómico, sino, y sobre todo, como síntesis ideológica que desarrolla todas las implicaciones del aristocratismo cris-

tiano. *Omnia vincit amor* en la *civitas honoris* de este rústico y feliz Diógenes llamado Juan Labrador.

Habría que someter a reflexión si el rechazo del amor de este personaje lo haría aparecer “comme une version masculine et passablement comique, du complexe de Diana” (pp. 613-614). Hombre, de edad anciana, padre y villano, ¿podría explorar el imaginario colectivo como una mujer, joven, doncella y noble? Pero, quizás sean estas cuestiones menos elaboradas, que el propio Vitse deja a un lado (como “le problème non résolu du “feminisme” de la Comedia, pág. 288) las que convierten el volumen en una obra no sólo de consulta como historia y teoría del teatro de la primera mitad del siglo, sino en una lectura reflexiva y metalingüística de la crítica teatral del siglo de Oro. El autor concluye su diseño de las dimensiones ético-estéticas y de las modalidades dramáticas con la afirmación de un teatro convertido en espacio privilegiado para los poderes de la imaginación, y cuya modernidad consistiría esencialmente en la importancia concedida a la imaginación, superando así a los Antiguos y a los defensores de la mimesis y no de la exploración del imaginario. Pero, atención, se nos advierte, “Autonomie... n'est pas indépendence, et liberté ne vaut pas licence” (pág. 656). Las firmes estructuras que sostienen el orden de este mundo poético condicionan la interpretación de esta producción dramática, especialmente en las relaciones complejas con la ideología de su tiempo. Para Vitse, la primera comedia profundiza con novedad y audacia en los valores aristocráticos de la época, mientras que durante el segundo período se produce una reinvención creadora. Pero nunca es contestataria o subversiva, y este modo de reivindicación de una determinada modernidad del teatro español es rechazado frontalmente. A la “Modernidad” de Europa, heredera de la *Encyclopédie* de d'Alembert y Diderot, España ha contribuido bien poco, parece decirnos el profesor francés.

La polémica es múltiple y los llamados a la causa o sus defensores (desde Cotarelo a Herrera, pasando por García Berrio, Aubrun o Wardropper entre otros), tendrán que aportar junto a la rigurosidad metodológica y a la erudición del autor, la capacidad retórica y metalingüística de la crítica en su interminable reescritura del objeto. La ambición del proyecto de Vitse radica en esta premisa de origen sociológico y psicoanalítico: reescribir la historia de la institución sin olvidar la naturaleza simbólica e imaginaria de la obra literaria. Una reescritura que transgrede los criterios mantenedores de la asimbolía del lenguaje crítico y que hace al crítico convertirse en escritor. En una época de “Crisis general del comentario” (Barthes), se glosan versos, referencias bibliográficas, documentos, suprimiendo las notas y sustituyendo el texto por el sentido. A los lectores a los que se dirige se les presenta la tarea de comprobar si esta red crítica de sentido crea un sistema donde todas las palabras puedan colocarse en un lugar inteligible. Quizás la mayor dificultad radique en la extensión discursiva que aminora el ritmo de lectura, perdiendo así, montáneamente, el sistema de relaciones que estructuran el libro. Y, por otra parte, en este mismo se halla una de sus virtudes, la autonomía de las partes interrelacionadas progresivamente entre sí, pero susceptibles de ser leídas autónomamente. Como un cuento de *Las Mil y Una Noches* en que la voz del narrador principal, siempre presente en la estructura, se aleje en el juego progresivo y minucioso de, en este caso, el análisis. La eliminación de las notas, la bibliografía con 160 autores y más de doscientas referencias a obras, y el índice lexicográfico de nombres y títulos de

comedias constituyen elementos esenciales de una obra de consulta, suma de más de veinte años de trabajos sobre el teatro del Siglo de Oro, donde encontramos al co-autor con Díez-Borque de la *Historia del teatro español* junto al profesor que en Salamanca planteaba la cuestión-ética y la libertad del autor en el siglo XVII, al acuñador del “complejo de Diana”, o al estudioso de las burlas de Don Juan.

LOLA LUNA

ÍNDICES DE LA REVISTA “EDAD DE ORO”

I. ÍNDICE DE NÚMEROS

EDAD DE ORO I

- Domingo Ynduráin: La invención de una lengua clásica. (Literatura vulgar y Renacimiento en España), 13-34.
- Joseph Pérez: La crisis del siglo XVII, 35-42.
- Jaime Moll: El libro en el Siglo de Oro, 43-54.
- Pablo Jauralde Pou: El público y la realidad histórica de la Literatura Española de los siglos XVI y XVII, 55-64.
- Antonio Rey Hazas: Introducción a la novela del Siglo de Oro, I. (Formas de narrativa idealista), 65-105.

EDAD DE ORO II

- Eugenio Asensio: Un Quevedo incógnito. Las “*Silvas*”, 13-48.
- Carlos Blanco Aguinaga: Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género, 49-65.
- Cristóbal Cuevas García: Quevedo y la sátira de errores comunes, 67-82.
- Maxime Chevalier: Notas sobre la fábula, 83-7.
- Antonio García Berrio: Las letrillas de Góngora. (Estructura pragmática y liricidad del género), 89-97.
- Robert Jammes: Elementos burlescos en las “*Soledades*” de Góngora, 99-117.
- Pablo Jauralde Pou: Circunstancias literarias de los “*Sueños*” de Quevedo, 119-26.
- Maurice Molho: ¿Qué es el picaresmo?, 127-35.
- Antonio Rey Hazas: Novela picaresca y novela cortesana: “*La hija de Celestina*”, de Salas Barbadillo, 137-56.
- José Rico Verdú: Sobre algunos problemas planteados por la teoría de los géneros literarios del Renacimiento, 157-78.

- Alberto Sánchez: Arquitectura y teoría narrativa en el "*Quijote*" de 1605, 179-200.
- José Simón Díaz: El problema de los impresos literarios perdidos del Siglo de Oro, 201-15.

EDAD DE ORO III

- Alberto Blecua: Un nuevo manuscrito de la "*República literaria*", 11-27.
- Joaquín Casaldueño: La sensualidad del Renacimiento y la sexualidad del Barroco. (Por qué Cervantes rechaza la pastoril y no acepta la picaresca), 29-31.
- Daniel Devoto: Prosa con faldas, prosa encadenada, 33-65.
- Aurora Egido: Las fronteras de la poesía en prosa en el Siglo de Oro, 67-95.
- Pablo Jauralde Pou: La prosa de Quevedo: "*El chitón de las Tarabillas*", 97-122.
- José Lara Garrido: La estructura del romance griego en "*El peregrino en su patria*", 123-42.
- María Grazia Profeti: Función referencial, connotación y emisor en "*La culta latiniparla*", 143-58.
- Asunción Rallo Gruss: Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista, 159-80.
- Agustín Redondo: De don Clavijo a Clavileño: algunos aspectos de la tradición carnavalesca y cazorra en el "*Quijote*", 181-99.
- Antonio Rey Hazas: Parodia de la retórica y visión crítica del mundo en "*La Pícaro Justina*", 201-25.
- Francisco Rico: Puntos de vista. Posdata a unos ensayos sobre la novela picaresca, 227-40.
- Leonardo Romero Tobar: El arte del diálogo en los "*Coloquios satíricos*" de Torquemada, 241-56.
- Florencio Sevilla: Sobre el desarrollo dialogístico de "*Alonso, mozo de muchos amos*", 257-74.
- Dorothy Sherman Severin: La parodia del amor cortés en "*La Celestina*", 275-9.
- Enrique Tierno Galván: El pensamiento científico en el Siglo de Oro, 281-7.
- Jorge Urrutia: Paralelismo formal en "*El Licenciado Vidriera*", 289-97.
- Domingo Ynduráin: Las cartas de Laureola (Beber cenizas), 299-309.

EDAD DE ORO IV

- Eugenio Asensio: Fray Luis de León y la Biblia, 5-31.
- Camilo José Cela: Pícaros, clérigos, caballeros y otras falacias, y su reflejo literario en los siglos XVI y XVII, 33-45.
- Jean Pierre Etievre: El juego como lenguaje en la poesía de la Edad de Oro, 47-69.
- Jaime Moll: Transmisión y público de la obra poética, 71-85.
- Frank Pierce: La poesía épica española del Siglo de Oro, 87-105.
- Elías L. Rivers: Fray Luis de León: traducción e imitación, 107-15.
- Evangelina Rodríguez: Los versos fuerzan la materia: algunas notas sobre métrica y rítmica en el Siglo de Oro, 117-37.

- Juan Manuel Rozas: Burguillos como heterónimo de Lope, 139-63.
- Pedro Ruiz Pérez: El manierismo en la poesía de Cervantes, 165-77.
- Ricardo Senabre: Los textos “*emendados*” de Herrera, 179-93.
- Bruce W. Wardropper: La poesía religiosa del Siglo de Oro, 195-210.
- Francisco Ynduráin: La poesía de Cervantes: aproximaciones, 211-35.

EDAD DE ORO V

- J. J. Allen: Los corrales de comedias y los teatros coetáneos ingleses, 5-19.
- Gregory Peter Andrachuk: El “*auto sacramental*” y la herejía, 21-33.
- Víctor D. Dixon: La comedia de corral de Lope como género visual, 35-58.
- Agustín de la Granja: ¿Otros dos autos de Lope? 59-71.
- Mercedes Higuera Sánchez-Pardo, Juan Sanz Ballesteros, Miguel Ángel Coso Marín: Alcalá de Henares: un nuevo corral de comedias, Apéndice documental, 73-106.
- Pablo Jauralde Pou: Introducción al estudio del teatro clásico español, Bibliografía, 107-47.
- Juan Oleza: La corte, el amor, el teatro y la guerra, 149-82.
- Antonio Rey Hazas: Algunas precisiones sobre la interpretación de “*El Caballero de Olmedo*”, 183-202.
- Evangelina Rodríguez Cuadros: La gran dramaturgia de un mundo abreviado, 203-16.
- Florencio Sevilla: *Del “Quijote” al “Rufián dichoso”*: capítulos de teoría dramática cervantina, 217-45.
- Josep Lluís Sirera: Espectáculo y teatralidad en la Valencia del Renacimiento, 247-70.
- John E. Varey: Valores visuales de la comedia española en la época de Calderón, 271-97.
- Domingo Ynduráin: “*El alcalde de Zalamea*”. Historia, ideología, literatura, 300-11.

EDAD DE ORO VI

- Rafael Alberti: Góngora o el primor de lo barroco, 5-18.
- Gregorio Cabello: Apolo y Dafne en el “*Desengaño*” de Soto de Rojas. De la eternidad del amor a la “*Defensa contra el rayo ardiente*”, 19-34.
- Angelina Costa: *Las “Décimas a Pedro Ragis”* de Carrillo y Sotomayor. (Un ejemplo temprano de la aplicación de la fórmula horaciana “*Ut pictura poesis*”), 35-49.
- Trevor J. Dadson: El amor en la poesía de Bocángel: análisis de algunos de sus sonetos a Filis, 51-65.
- Elsa Dehenin: Poesía culterana. Góngora frente a Soto de Rojas, 67-77.
- Aurora Egido: *La “Hidra bocal”*. Sobre la palabra poética en el barroco, 79-113.
- José Luis Fernández de la Torre: Historia y poesía: algunos ejemplos de lírica “pública” en Cervantes, 115-31.

- José Lara Garrido: *Los retratos de Prometeo*. (Crisis de la demiurgia pictórica en Paravicino y Góngora), 133-47.
- María Teresa González de Garay: Conexiones de Francisco López de Zárate con el neosenequismo, 149-63.
- Pablo Jauralde Pou: “*Miré los muros de la patria mía*” y el “*Heráclito cristiano*”, 165-87.
- Maurice Molho: *El soplo y la letra*. Gabriel Bocángel ante sus escritos, 189-99.
- Manuel Sánchez Mariana: Los manuscritos poéticos del Siglo de Oro, 201-13.
- Lía Schwartz Lerner: Formas de la poesía satírica en el siglo XVII: sobre las convenciones del género, 215-34.
- Alfonso Rey: Tradición y originalidad en el “*Sermón estoico de censura moral*”, 235-51.
- Melchora Romanos: La poesía de Juan de Jáuregui en el fiel de la balanza, 253-65.
- Simón A. Vosters: Lope de Vega y la pintura como imitación de la naturaleza, 267-85.

EDAD DE ORO VII

- José Domínguez Caparrós: Literatura, actos del lenguaje y oralidad, 5-13.
- Elías L. Rivers: La oralidad y el discurso poético, 15-20.
- Alan Deyermónd: La literatura oral en la transición de la Edad Media al Renacimiento, 21-32.
- Mercedes Blanco: La oralidad en las Justas Poéticas, 33-47.
- María Soledad Carrasco Urgoiti: La oralidad del vejamen de Academia, 49-57.
- Francis Cerdan: El sermón barroco: un caso de literatura oral, 59-68.
- Aurora Egido: Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y academias de los siglos de oro, 69-87.
- María Cruz García de Enterría: Romancero: ¿Cantado-recitado-leído? 89-104.
- Javier Huerta Calvo: Formas de la oralidad en el teatro breve, 105-17.
- Michel Moner: Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos, 119-27.
- Alan K. Paterson: ¿Quién esta canción te ha dado/que tristemente has cantado? 129-42.
- Carmen Valcárcel: La realización musical de la poesía renacentista.
- Luis Vázquez: La expresión oral en el teatro de Tirso de Molina, 161-71.
- Ana Vian: La ficción conversacional en el diálogo renacentista, 173-86.

Bibliografías y reseñas

- Julia Barella: Bibliografía sobre Academias, 189-95.
- Juan Delgado: Bibliografía sobre justas poéticas, 197-207.
- Dolores Noguera: La oralidad en el teatro. Ensayo de una bibliografía actual, 209-21.

- Óscar Barrero: Reseña a E.C. Riley, *Don Quixote* (Londres, 1986), 223-30.
- Inés Fernández Ordóñez: Reseña a A. Blecua, *Manual de Crítica textual* (Madrid, 1983), 231-40.
- Jesús Gómez: Reseña a Jacqueline Ferreras, *Les Dialogues espagnols du XVI siècle ou l'expresion litteraire d'une nouvelle conscience* (París, 1985), 241-6.
- Pablo Jauralde: Reseña a D. G. Walters, *Francisco de Quevedo, Love Poet* (Cardiff, 1985), 247-51.
- Lina Rodríguez Cacho: Reseña a Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento* (Valencia, 1987), 253-8.

EDAD DE ORO VIII

- Melquíades Andrés Martín: Núcleos de propagación del pensamiento eclesiástico, 9-25.
- José María Balcells: El Símbolo, de Luis de Granada, como texto hexaemeral, 27-39.
- Miguel Ángel de Bunes Ibarra: El enfrentamiento con el Islam en el Siglo de Oro: los Antialcoranes, 41-58.
- Cristóbal Cuevas: Para la historia del “*exemplum*” en el Barroco español. (El “*Itinerario*” de Andrade), 59-75.
- José García Oro: Los frailes del Santo Evangelio. El eremitismo franciscano en Extremadura, 77-96.
- José Jurado: El “*Fray Gerundio*” y la oratoria sagrada barroca, 97-105.
- Margit Frenk: Lírica popular a lo divino, 107-16.
- Jesús Gómez: Catecismos dialogados españoles (Siglo XVI), 117-28.
- Giuseppina Ledda: Predicar a los ojos, 129-42.
- Isaías Lerner: Textos canónicos, textos apócrifos y textos patrísticos en la “*Silva*” de Pedro Mexía, 143-54.
- Ciriaco Morón Arroyo: Grandes corrientes espirituales, 155-66.
- Dimas Pérez Ramírez: *El Doctor Fontano* y su “*Beatus vir*”, 167-79.
- Virgilio Pinto: Pensamiento, vida intelectual y censura en la España de los siglos XVI y XVII, 181-92.
- Lina Rodríguez Cacho: Pecar en el vestir: del púlpito a la sátira, 193-205.

Reseñas

- Óscar Barrero: Reseña a José Antonio Maravall, *La Literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*. Madrid, Taurus, 1986, 209-13.
- Carmen Valcárcel: Reseña a Margit Frenk, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*. Madrid, Castalia, 1988, 215-9.
- José Luis Fernández: Reseña a la edición de Quevedo, “*El buscón*”, ed. de Edmon Cros. Madrid, Taurus, 1988, 221-3.

EDAD DE ORO IX

- José Luis Alonso: Claves para la formación del Léxico erótico, 7-17.
- Francisco Javier Blasco: Entre la magia del amor y la magia de la memoria. Hermetismo y literatura de la “*Arcadia*” de Lope, 19-37.
- Pierre Civil: Erotismo y pintura mitológica en la España del Siglo de Oro, 39-49.
- Teresa Ferrer Valls: El erotismo en el teatro del primer Renacimiento, 51-67.
- Ángel Gabilondo: El Eros como conversación, 68-80.
- Jesús Gómez: La tradición literaria del galán de monjas, 81-91.
- George Haley: La triple invasión: la “*Profecía del Tajo*” de Fray Luis de León, 93-111.
- Javier Huerta Calvo: Risa y Eros. Del erotismo de los entremeses, 113-23.
- Carroll B. Johnson: La sexualidad en el “*Quijote*”, 125-36.
- Monique Joly: El erotismo en el “*Quijote*”: La voz femenina, 137-47.
- Christopher Maurer: “*Soñé que te... ¿dímelo?*”. El soneto del sueño erótico en los siglos XVI y XVII, 149-67.
- Remedios Morales: Las procacidades de un romance quevediano, 169-79.
- Antonia Morel D’Arleux: Obscenidad y desengaño en la poesía de Quevedo, 181-94.
- Gabriele Morelli: Galantería y moda en Alfonso D’Avalos, literato y gobernador de Milán, 195-202.
- Juan Oleza: La comedia: el juego de la ficción y del amor, 203-20.
- Pilar Palomo: El estímulo erótico de la dama dormida (un tema recurrente en la obra de Tirso de Molina), 221-30.
- James A. Parr: Erotismo y alimentación en “*El Burlador de Sevilla*”: el mundo al revés, 231-9.
- Inés Rada: Expresión del erotismo en la poesía de Diego Hurtado de Mendoza, 241-50.
- Agustín Redondo: Las dos caras del erotismo en la primera parte del “*Quijote*”, 251-69.
- Antonio Rey Hazas: El erotismo en la novela cortesana, 271-88.
- Carmen Simón Palmer: El erotismo en los libros científicos, 289-95.
- Andrés Soria Olmedo: Saber de amores: erotismo y filosofía en el Renacimiento, 297-309.
- Miguel A. Teijeiro: Narrativa áurea, erotismo contenido. El caso de los peregrinos enamorados, 311-21.
- Milagros Torres: Algunos aspectos del erotismo en el primer teatro de Lope, 323-33.

Reseñas

- Óscar Barrero: Reseña a Michel Moner, *Cervantès conteur, Ecrits et paroles*. Madrid, Casa de Velázquez, 1989, 335-8.
- Milagros Torres: Reseña a Francisco Márquez Villanueva, *Lope: vida y valores*. Puerto Rico, Universidad, 1988, 339-42.

II. ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- Alberti, Rafael: Don Luis de Góngora o el primor de lo barroco, VI, 5-18.
- Alonso, José Luis: Claves para la formación del léxico erótico, IX, 7-17.
- Allen, J. J.: Los corrales de comedias y los teatros coetáneos ingleses, V, 5-19.
- Andrachuk, Gregory Peter: El auto sacramental y la herejía, V, 21-33.
- Andrés Martín, Melquíades: Núcleos de propagación del pensamiento eclesiástico, VII, 9-25.
- Asensio, Eugenio: Un Quevedo incógnito: *Las "Silvas"*, II, 13-48.
- Fray Luis de León y *la Biblia*, IV, 5-31.
- Balcells, José María: El símbolo, de Luis de Granada, como texto hexaemeral, VIII, 27-39.
- Barcia, Pedro Luis: *El "Romance"* de Luis de Miranda: imagen de la tierra americana. Poesía e historia, X.
- Barella, Julia: Bibliografía: academias literarias, VII, 189-95.
- Barrero, Óscar: Reseña a E. C. Riley, *Don Quixote*, Londres, 1986, VII, 223-30.
- —: Reseña a José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, Madrid, 1986, VIII, 209-13.
- —: Reseña a Michel Moner, *Cervantès conteur, écrits et paroles*, Madrid, Casa de Velázquez, 1989, IX, 335-8.
- Blanco, Mercedes: La oralidad en las justas poéticas. VII, 33-47.
- Blanco Aguinaga, Carlos: Picaresca española, picaresca inglesa: sobre las determinaciones del género, II, 49-65.
- Blasco, Francisco Javier: Entre la "magia" del autor y la "magia" de la memoria. Hermetismo y literatura en la "Arcadia" de Lope, IX, 19-37.
- Blecua, Alberto: Un nuevo manuscrito de la "República literaria", III, 11-27.
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de: El enfrentamiento con el Islam en el Siglo de Oro: los antialcoranes, VIII, 41-58.
- Cabello, Gregorio: Apolo y Dafne en el "Desengaño" de Soto de Rojas. De la eternidad del amor a la "Defensa contra el rayo ardiente", VI, 19-34.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad: La oralidad del vejamen de Academia, VII, 49-57.
- Casaldueiro, Joaquín: La sensualidad del Renacimiento y la sexualidad del Barroco, III, 19-31.
- Cela, Camilo José: Pícaros, clérigos, caballeros y otras falacias y su reflejo literario en los siglos XVI y XVII, IV, 33-45.
- Cerdan, Francis: El sermón barroco: un caso de literatura oral, VII, 59-68.
- Cerrón Puga, María Luisa: Fernán Pérez de Oliva, traductor de Pedro Mártir de Anglería: "La historia de la invención de las yndias", X.
- Civil, Pierre: Erotismo y pintura mitológica en la España del Siglo de Oro, IX, 39-49.
- Costa, Angelina: *Las "Décimas"* a Pedro Ragis de Carrillo y Sotomayor (un ejemplo temprano de la aplicación de la fórmula horaciana "ut pictura poesis"), VI, 35-49.

- Cuesta Domingo, Mariano: La obra de Pedro Simón, de la Parrilla, en la historia y las letras hispanoamericanas del siglo áureo, X.
- Cuevas García, Cristóbal: Quevedo y la sátira de errores comunes, II, 67-82.
- : Para la historia del "*exemplum*" en el barroco español (*el "itinerario"* de Andrade), VIII, 59-75.
- Chevalier, Maxime: Notas sobre la fábula, II, 83-7.
- Dadson, Trevor J.: El amor en la poesía de Bocángel: análisis de sus sonetos a Filis, VI, 51-65.
- Dehennin, Elsa: Poesía culterana. Góngora frente a Soto de Rojas, VI, 67-77.
- Delgado, Juan: Bibliografía sobre justas poéticas, VII, 197-207.
- Devoto, Daniel: Prosa con faldas, prosa encadenada, III, 33-65.
- Deyermont, Alan: La literatura oral en la transición de la Edad Media al Renacimiento, VII, 21-32.
- Dixon, Víctor D.: *La comedia de corral* de Lope como género visual, V, 35-58.
- Domínguez Caparrós, José: Literatura, actos del lenguaje y oralidad, VII, 5-13.
- Egado, Aurora: Las fronteras de la poesía en prosa en el Siglo de Oro, III, 67-95.
- : *La "Hidra bocal"* sobre la palabra poética en el Barroco, VI, 79-113.
- : Literatura efímera: oralidad y escritura en los certámenes y academias del Siglo de Oro, VII, 69-87.
- : Perfil humanístico de Don Pedro Porter de Casanate, "*descubridor*" de California, X.
- Etievre, Jean Pierre: El juego como lenguaje en la poesía de la Edad de Oro, IV, 47-69.
- Fernández, Teodosio: La imaginación americana en el teatro de Tirso de Molina, X.
- Fernández de la Torre, José Luis: Historia y poesía: algunos ejemplos de lírica "pública" en Cervantes, VI, 115-31.
- : Reseña a la edición de Quevedo, "*El Buscón*", ed. de Edmon Cros, Madrid, Taurus, 1988, VIII, 221-3.
- Fernández Ordóñez, Inés: Reseña a A. Bleuca, *Manual de crítica textual*, Madrid, 1983, VII, 231-40.
- Ferrer Valls, Teresa: El erotismo en el teatro del primer Renacimiento, IX, 51-67.
- Florit Durán, Francisco: América en la "*Historia general de la orden de la merced*" de Tirso de Molina, X.
- Forgues, Roland: Nueva visión hispánica de los mitos americanos: el caso de Viracocha, X.
- Frenk, Margit: Lírica popular a lo divino, VIII, 107-16.
- Gabilondo, Ángel: El Eros como conversación, IX, 69-80.
- García Berrio, Antonio: Las letrillas de Góngora (Estructura pragmática y liricidad del género), II, 89-97.
- García de Enterría, María Cruz: Romancero: ¿cantado-recitado-leído?, VII, 89-104.
- García Oro, José: Los frailes del santo evangelio. El eremitismo franciscano en Extremadura, VIII, 77-96.
- Gómez, Jesús: Reseña a Jacqueline Ferreras, *Les dialogues espagnols du XVI siècle ou l'expression littéraire d'une nouvelle conscience*, París, 1985, VII, 241-6.
- : Catecismos dialogados españoles (siglo XVI), VIII, 117-28.

-
- : La tradición literaria del galán de monjas, IX, 81-91.
- González Boixo, José Carlos: El siglo de Oro en "*Las selvas de Erilife*", de Bernardo de Balbuena: su posición en la novelística pastoril hispánica, X.
- González de Garay, María Teresa: Conexiones de Francisco López de Zárate con el neosenequismo, VI, 149-63.
- Granja, Agustín de la: ¿Otros dos autos de Lope?, V, 59-71.
- Haley, George: La triple invasión: la "*Profecía del Tajo*" de Fray Luis de León, IX, 93-112.
- Higuera Sánchez Pardo, Mercedes; Sanz Ballesteros, Juan; Coso Marín, Miguel Ángel: Alcalá de Henares: un nuevo corral de comedias. Apéndice documental, V, 73-106.
- Huerta Calvo, Javier: Risa y Eros. Del erotismo de los entremeses, IX, 113-23.
- : Formas de la oralidad en el teatro breve, VII, 105-117.
- Jammes, Robert: Elementos burlescos en las "*Soledades*" de Góngora, II, 99-117.
- Jauralde Pou, Pablo: El público y la realidad histórica de la Literatura Española en los siglos XVI y XVII, I, 55-64.
- : Circunstancias literarias de los "*Sueños*" de Quevedo, II, 119-26.
- : Prosa de Quevedo: "*El chitón de las Tarabillas*", III, 97-122.
- : Introducción al estudio del teatro clásico español, bibliografía, V, 107-47.
- : "*Miré los muros de la patria mía*" y el "*Heráclito Cristiano*", VI, 165-87.
- : Reseña a D. G. Walters, *Francisco de Quevedo, Love Poet* (Cardiff, 1985), VII, 247-51.
- : Reseña a Aurora Egido, *La escenografía del teatro barroco* (Salamanca, 1989), X.
- Johnson, Carroll B.: La sexualidad en el "*Quijote*", IX, 125-36.
- Joly, Monique: El erotismo en el "*Quijote*": la voz femenina, IX, 137-48.
- Jurado, José: *El "Fray Gerundio"* y la oratoria sagrada barroca, VIII, 97-105.
- Lara Garrido, José: La estructura del romance griego en "*El Peregrino en su Patria*", III, 123-42.
- : Los retratos de Prometeo. (Crisis de la demiurgia pictórica en Paravicino y Góngora), VI, 133-47.
- Ledda, Guiseppina: *Predicar a los ojos*, VIII, 129-42.
- Lerner, Isaías: Textos canónicos, textos apócrifos y textos patrísticos en la "*Silva*" de Pedro Mexía, VIII, 143-54.
- : América y la poesía épica áurea: la versión de Ercilla, X.
- Luna, Lola: Reseña a Marc Vitse: *Éléments pour une Théorie du Théâtre espagnol du XVII siècle* (Toulouse, 1986).
- Maurer, Christopher: "*Soñé que te... ¿dizelo?*". El soneto del sueño erótico en los siglos XVI y XVII, IX, 149-67.
- Molho, Maurice: ¿Qué es picaresco?, II, 127-35.
- : El soplo y la letra. Gabriel Bocángel ante sus escritos, VI, 189-99.
- Moll, Jaime: El libro en el Siglo de Oro, I, 43-54.
- : Transmisión y público de la obra poética, IV, 71-85.
- Moner, Michel: Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos, VII, 119-27.
- Morales, Remedios: Las procacidades de un romance quevediano, IX, 169-79.

- Morel D'Arleux, Antonia: Obscenidad y desengaño en la poesía de Quevedo, IX, 181-94.
- Morelli, Gabriele: Galantería y moda en Alfonso d'Avalos, literato y gobernador de Milán, IX, 195-202.
- Morón Arroyo, Ciriaco: Grandes corrientes espirituales, VIII, 155-66.
- Noguera, Dolores: La oralidad en el teatro. Ensayo de una bibliografía actual, VII, 209-21.
- Oleza, Juan: La corte, el amor, el teatro y la guerra, V, 149-82.
- : La comedia: el juego de la ficción y del amor, IX, 203-20.
- Palomo, Pilar: El estímulo erótico de la dama dormida (un tema recurrente en la obra de Tirso de Molina), IX, 221-30.
- Parr, James A.: Erotismo y alimentación en "*El Burlador de Sevilla*": El mundo al revés, IX, 231-9.
- Paterson, Alan K.: *¿Quién esta canción te ha dado / que tristemente has cantado?*, VII, 129-42.
- Pellicer, Rosa: La "*maravilla*" de las Indias, X.
- Pérez, Joseph: La crisis del siglo XVII, I, 35-44.
- Pérez Ramírez, Dimas: El Doctor Fontano y su "*Beatus vir*", VIII, 167-79.
- Pierce, Franck: La poesía épica española del Siglo de Oro, IV, 87-105.
- Pinto, Virgilio: Pensamiento, vida intelectual y censura en la España de los siglos XVI y XVII, VIII, 181-92.
- Pittarello, Elide: El nuevo mundo en el discurso nuevo del "*Libro de la vida y costumbres de Don Alfonso Enríquez de Guzmán*", X.
- Profeti, María Grazia: Función referencial, connotación y emisor en "*La Culta Latiniparla*", III, 143-58.
- Rada, Inés: Expresión del erotismo en la poesía de Diego Hurtado de Mendoza, IX, 241-50.
- Rallo Gruss, Asunción: Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista, III, 143-58.
- Redondo, Agustín: De don Clavijo a Clavileño: algunos aspectos de la tradición carnavalesca y cazorra en el "*Quijote*", III, 181-99.
- : Las dos caras del erotismo en la primera parte del "*Quijote*", IX, 251-69.
- Rey, Alfonso: Tradición y originalidad en el "*Sermón estoico de censura moral*", VI, 235-51.
- Rey Hazas, Antonio: "*Introducción*" a la novela del Siglo de Oro. (Formas de narrativa idealista), I, 65-105.
- : Novela picaresca y novela cortesana: "*La hija de Celestina*", de Salas Barbadillo, II, 137-56.
- : La parodia de la retórica y visión crítica del mundo en "*La Pícara Justina*", III, 201-25.
- : Algunas precisiones sobre la interpretación de "*El Caballero de Olmedo*", V, 183-202.
- : El erotismo en la novela cortesana, IX, 271-88.
- Rico, Francisco: Puntos de vista. Posdata de unos ensayos sobre la novela picaresca, III, 227-40.
- Rico Verdú, José: Sobre algunos problemas planteados por la teoría de los géneros literarios del Renacimiento, II, 157-78.

-
- Rivers, Elías L.: Fray Luis de León: traducción e imitación, IV, 107-15.
 - : La oralidad y el discurso poético, VII, 15-20.
 - Rodríguez Cacho, Lina: Reseña a Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento* (Valencia, 1987), VII, 253-8.
 - : Pecar en el vestir: del púlpito a la sátira, VIII, 193-205.
 - : Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas, X.
 - Rodríguez Cuadros, Evangelina: Los versos fuerzan la materia: algunas notas sobre métrica y rítmica en el Siglo de Oro, IV, 117-37.
 - : La gran dramaturgia de un mundo abreviado, V, 203-16.
 - Romanos, Melchora: La poesía de Juan de Jáuregui en el fiel de la balanza, VI, 253-65.
 - Romero Tobar, Leonardo: El arte del diálogo en los “*Coloquios satíricos de Torquemada*”, III, 241-56.
 - Rozas, Juan Manuel: *Burquillos como heterónimo de Lope*, IV, 139-63.
 - Ruiz Pérez, Pedro: El manierismo en la poesía de Cervantes, IV, 165-77.
 - Sabat-Rivers, Georgina: Interpretación americana de tópicos clásicos en Domínguez Camargo: la navegación y la codicia, X.
 - Sánchez, Alberto: Arquitectura y teoría narrativa en el “*Quijote*” de 1605, II, 179-200.
 - Sánchez Mariana, Manuel: Los manuscritos poéticos del Siglo de Oro, VI, 201-13.
 - Schwartz Lerner, Lía: Formas de la poesía satírica en el siglo XVII: sobre las convenciones del género, VI, 215-34.
 - Senabre, Ricardo: Los textos “emendados” de Herrera, IV, 179-93.
 - Sevilla, Florencio: Sobre el desarrollo dialogístico de “*Alonso mozo de muchos amos*”, III, 257-74.
 - : Del “*Quijote*” al “*Rufián dichoso*”: capítulos de teoría dramática cervantina, V, 217-45.
 - Sherman Severin, Dorothy: La parodia del amor cortés en “*La Celestina*”, III, 275-9.
 - Simón Díaz, José: El problema de los impresos literarios perdidos del Siglo de Oro, II, 201-15.
 - Simón Palmer, Carmen: El erotismo en los libros científicos, IX, 289-95.
 - Sirera, Josep Lluís: Espectáculo y teatralidad en la Valencia del Renacimiento, V, 247-70.
 - Soria Olmedo, Andrés: Saber de amores: erotismo y filosofía en el Renacimiento, IX, 297-309.
 - Teijeiro, Miguel A.: Narrativa áurea, erotismo contenido. El caso de los peregrinos enamorados, IX, 311-21.
 - Tierno Galván, Enrique: El pensamiento científico en el Siglo de Oro, III, 281-87.
 - Torres, Milagros: Algunos aspectos del erotismo en el primer teatro de Lope, IX, 323-33.
 - : Reseña a Francisco Márquez Villanueva, *Lope: vida y valores*. Puerto Rico, Universidad, 1988, IX, 339-42.
 - Urrutia, Jorge: Paralelismo formal en “*El Licenciado Vidriera*”, III, 289-97.
 - Valcárcel, Carmen: La realización musical de la poesía renacentista, VII, 143-59.

- : Reseña a Margit Frenk, *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*. Madrid, Castalia, 1988, VIII, 215-9.
- Varey, John E.: Valores visuales de la comedia española en la época de Calderón, V, 271-97.
- Vázquez, Luis: La expresión oral en el teatro de Tirso de Molina, VII, 161-71.
- Vega García-Luengos, Germán: Las hazañas araucanas de García Hurtado de Mendoza en una comedia de nueve ingenios. El molde dramático de un memorial, X.
- Vian, Ana: La ficción conversacional en el diálogo renacentista, VII, 173-86.
- Vosters, Simón A.: Lope de Vega y la pintura como imitación de la naturaleza, VI, 267-85.
- Wardropper, Bruce W.: La poesía religiosa del Siglo de Oro, IV, 195-210.
- Ynduráin, Domingo: La invención de una lengua clásica. (Literatura vulgar y Renacimiento en España), I, 13-34.
- : Las cartas de Laureola “*Beber cenizas*”, III, 299-309.
- : “*El alcalde de Zalamea*”. Historia, ideología, literatura, V, 299-311.
- Ynduráin, Francisco: La poesía de Cervantes: aproximaciones, IV, 211-35.

ÍNDICES DE COLABORADORES DE “EDAD DE ORO”

ÍNDICE ALFABÉTICO DE COMISIÓN ORGANIZADORA

- Abós Álvarez-Buiza, Elena (IX y X).
- Agudo Madrigal, Alberto (VI y VII).
- Almela Lumbreras, M.^a Paloma (IV y V).
- Alonso Maeso, Cristina (III).
- Belair, Paul (VIII).
- Cadenas de la Vega, Yolanda (III y IV).
- Calvo, Patricia (VI y VII).
- Calvo Roy, Mercedes (I y II).
- Callejo, Alfonso (I).
- Camino Luzón, Caridad (I).
- Carmona González, Vicente (IV y V).
- Carrascón Garrido, Guillermo (III y IV).
- Casas Notario, Javier (VI y VII).
- Castaño Torrero, Antonia (X).
- Cervera Martín-Artajo, Mercedes (X).
- Conde López, Juan Carlos (III).
- Crespo Arce, Juan Bautista (III).
- Díez Orzas, Pedro Luis (V y VI).
- Dubeau, Julie (VII).
- Dunn Decker, Cathy (III).
- Enríquez, Ana (VII, VIII y IX).
- Fernández Fernández, M.^a del Carmen (IV).
- Flores Canoura, Ángeles (V y VI).
- Frutos Alonso, Olga de (III y IV).
- Fuente Ibáñez, María del Carmen de la (III).

- Gago Rodó, Antonio (X).
- Gallego San José, Almudena (IV y V).
- Garayo Orbe, Natividad (I).
- Garcés, Elena (VIII y IX).
- García López, María Jesús (I y II).
- García-Madrid Sáez, M.^a Cruz (X).
- Giménez Fernández, Clara (VII y VIII).
- González Docavo, Rocío (IV y V).
- Gutiérrez Muñoz, Cruz (VII y VIII).
- Hernández de Felipe, Mar (IX).
- Hernández Echevarría, Jesús María (II y III).
- Herrero Pérez Gámir, Macarena (III).
- Leal Santiago, Fuencisla (IX y X).
- López de la Riva, Begoña (I).
- López Díaz, Enrique (X).
- López San Miguel, Ana (IX).
- Manzano Moreno, Lourdes (IV y V).
- Marañón Ripoll, Miguel (X).
- Martín, Ian (VII).
- Martín Jiménez, M.^a del Carmen (IV y V).
- Maseda Garrido, Teresa (VI y VII).
- Miguel Aparicio, Elena de (III).
- Molina García, Carlos (X).
- Montero Reguera, José (VII y VIII).
- Muñoz de Diego, Reinaldo (VII y VIII).
- Muñoz Diezma, Esteban (IV y V).
- Nouvilas Larrad, Pilar (I y II).
- Núñez-Cortés Contreras, Maravillas (I y II).
- Ortega Antón, Antonio (IV y V).
- Palomero Álvarez-Claro, María Josefa (II).
- Pastor Vázquez, Paloma (V y VI).
- Pérez Cantó, Cristina (I y II).
- Pérez Tapia, María Teresa (III y IV).
- Pérez Urbano, María Soledad (I).
- Piera Delgado, Lorenzo (I).
- Pinilla Gómez, Raquel (VIII, IX y X).
- Piñel Vallejo, Santiago (III y IV).
- Ramos Motilla, Maravillas (I y II).
- Revuelta Puigdollers, Antonio (VI).
- Rivero Sanz, Tatiana (IX y X).
- Rodríguez Alonso, Carlos (IV).
- Romero Morales, Juan (VI).
- Romero Polo, Rosa (VIII y IX).
- Romo Fernández, Leonor (II y III).
- Ruiz Díaz, Ana (VI).
- Sáez Pombo, María del Carmen (I).

- Saint-Supery, Adriana (VII y VIII).
- Sales Pardo, María (VI y VII).
- Sánchez Ferrer, José Luis (I y II).
- Sánchez Gatell, Miguel (VI).
- Sánchez Ramos, Elena (V y VI).
- Sánchez Sánchez, Mercedes (VIII y IX).
- Sears-Carter, Camila (VIII).
- Sedano Arce, Ana (I y II).
- Torres Carrasco, Sonia (VI).
- Valcárcel Rivera, M.^a del Carmen (II y III).
- Valverde Ferrer, Concepción (I).
- Vázquez Cagiao, Pablo (IX).
- Vázquez de Castro, Carmen (VII).
- Yraola Burgos, Ana (VI y VII)

ÍNDICE ALFABÉTICO DE COLABORADORES

- Abad Nebot, Francisco (VII).
- Abós, Elena (X).
- Albadalejo, Tomás (VII).
- Alonso de Santos, José Luis (II).
- Alvarado, R. (IV).
- Amorós, Andrés (I y III).
- Arellano, Ignacio (VI).
- Armisen, Antonio (VII).
- Asensio, Eugenio (V).
- Baciero, Antonio (I).
- Barambio, Ismael (VII).
- Barrera, Trinidad (X).
- Benet, Juan (I).
- Berriatúa, Luciano (I).
- Blanco Aguinaga, Carlos (I).
- Blecua, Alberto (II, IV y VI).
- Bryce Echenique, Alfredo (X).
- Caballero Bonald, José Manuel (I).
- Cacho, María Teresa (IX).
- Cano, Pablo (III).
- Carreira, Antonio (VI).
- Carvajal, Antonio (VI).
- Castellanos, Rafael (I).
- Catalán, Diego (IX).
- Caudet, Francisco (I).
- Cerrón, María Luisa (IV, VIII y IX).
- Cid, Antonio (VII).
- Contreras, Jaime (VIII).

- Costa, Angelina (IV y VIII).
- Cros, Edmon (II).
- Crosby, James O. (I).
- Cuenca, Luis Alberto de (VI).
- Dadson, Trevor John (VIII).
- Davies, Charles A. (V y IX).
- Delgado, Álvaro (III).
- Delpéch, François (VII).
- Devoto, Daniel (V).
- Díez de Revenga, Francisco Javier (IV).
- Díez Orzas, Pedro Luis (X).
- Duviols, Pierre (X).
- Egido, Aurora (I, II, IV y IX).
- Escolar, Hipólito (II).
- Fernández, Teodosio (IX y X).
- Fernández Albadalejo, Pablo (II).
- Fernández Nieto, J. M. (V).
- Flores, Ramiro (I).
- Fusí, Juan Pablo (IX).
- Gallardo, Carmen (IX).
- Gallego Morell, Antonio (I).
- García, Josune (X).
- García Arenal, Mercedes (VIII).
- García Berrio, Antonio (III, IV y V).
- García de la Concha, Víctor (I y VIII).
- García Lorenzo, Luciano (I, II, III, V y IX).
- García Valdés, Celsa Carmen (V).
- Garrido Gallardo, Miguel Ángel (II).
- Geisler, E. (I).
- Gil, Luis (VIII).
- Gil Ribes, Ana María (IV).
- Giménez, Clara (VIII, IX y X).
- Gómez, José Luis (II).
- Gómez Moreno, Ángel (VII).
- González Cuenca, J. (VII).
- Grande, Félix (I).
- Guelbenzu, José María (I).
- Guerra Campos, Monseñor (VIII).
- Guillén, Claudio (II).
- Gutiérrez Vega, Hugo (I).
- Hassán, Jacobo M. (VIII).
- Hernández, Francisco Javier (III, V, VIII y IX).
- Hernández, Mar (IX).
- Hernández, Mario (I, II, III, V, VI, VIII, IX).
- Ibáñez Soler, Federico (II).
- Irizar, J. Luis (X).

-
- Jammes, Robert (IV y IX).
 - Jauralde Pou, Pablo (IV, VIII y IX).
 - Jiménez Monteserín, Miguel (VIII).
 - Lapesa, Rafael (I y V).
 - Lázaro Carreter, Fernando (I y III).
 - Leal, Fuencisla (X).
 - López, Ángel (VII).
 - López, José María (VIII).
 - López Aranguren, José Luis (I).
 - López Bueno, Begoña (VI).
 - López Estrada, Francisco (III y VIII).
 - Mansberger, Roberto (VIII).
 - Maravall, José Antonio (V).
 - Marcos Marín, Francisco (I).
 - Marín, Guillermo (III).
 - Marín Ezed, Teresa (IX).
 - Martín Abad, Julián (X).
 - Martínez, Juan “Tito el alfarero” (VI).
 - Martínez Domene, Pedro Ginés (IV).
 - Martínez Millán, José A. (VIII).
 - Martínez Montávez, Pedro (I).
 - Marzoa, Ana (II).
 - Matamoro, Blas (X).
 - Maurer, Christopher (III).
 - Merino, José María (X).
 - Meseguer, Juan (II y III).
 - Miguel, Emilio de (IX).
 - Miralles, Alberto (II).
 - Miras, Domingo (II).
 - Miras, Ricardo (III).
 - Moll, Jaime (VI y VIII).
 - Moner, Michel (I).
 - Monleón, José (II y III).
 - Montero Reguera, José (VII y X).
 - Moraleda, María del Pilar (IV).
 - Muelas, Martín (IX).
 - Nieto, L. (I).
 - Nieva, Francisco (II).
 - Oleza, Juan (I y V).
 - Oliva, César (V).
 - Orozco Díaz, Emilio (I y IV).
 - París, Carlos (I).
 - Pérez Priego, M. A. (IV).
 - Pérez Prieto, María Remedios (IV).
 - Pérez Villanueva, J. (I).
 - Peris, Maestro D. (I).

- Piera, Carlos (VI).
- Redondo, Agustín (VII, VIII y X).
- Redondo, Alicia (VIII).
- Rey, Alfonso (IV).
- Rey Hazas, Antonio (VIII).
- Rico, Francisco (I, II, IV, V y VI).
- Rincón, María Eugenia (I, II y III).
- Rodríguez, Juan Carlos (I y IV).
- Rodríguez Puértolas, Julio (I, II, VIII y IX).
- Roubaud, Silvy (IX).
- Rozas, Juan Manuel (I y II).
- Rubio, Fanny (III y VI).
- Ruffinatto, Aldo (IX).
- Ruiz Albretch, Erich (II).
- Ruiz Silva, Carlos (II, IV y IX).
- Sádaba, Javier (IX).
- Sáinz Rodríguez, Pedro (II).
- Salvador, Nicasio (III y IV).
- Sánchez, A. (I).
- Sánchez Mariana, Manuel (VIII).
- Senabre, Ricardo (VI).
- Sevilla, Florencio (VII).
- Sieber, Harry (VIII).
- Strosetzki, C. (IX).
- Taléns, Jenaro (V).
- Tallante, Miguel Ángel (IV y V).
- Tellechea Idígoras, José Ignacio (VIII).
- Vázquez, Luis (VIII).
- Vilanova, Antonio (II).
- Villar Amador, Pablo (IV).
- Vitse, Marc (V, VIII, IX y X).
- Ynduráin, Domingo (II, IV, V, VI, VIII, IX y X).
- Ynduráin, Francisco (II y IX).
- Zahareas, A. T. (I).
- Zamora Vicente, Alonso (I y V).

ÍNDICE ALFABÉTICO DE INSTITUCIONES

- Aguilar, VIII.
- Aguilar-Taurus, IX.
- Akal, II.
- Alfaguara, II y III.
- Alhambra (Editorial) I, II, III y IV.
- Alianza Editorial, I, II, III y IV.
- Ariel, IV y V.

-
- Ariel / Seix-Barral (Editorial), I y II.
 - Ariel / Seix-Barral / Planeta, VI, VII y VIII.
 - Aula de Teatro de la U.A.M., V.
 - Biblioteca Nacional, IV.
 - British Council, IV, V, VI, VII y VIII.
 - Caja de Ahorros de Cuenca y Ciudad Real, VI y VIII.
 - Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, IV.
 - Carleton University, Ottawa (Departamento de Español), VIII.
 - Casa de Velázquez, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Castalia, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Cátedra (Editorial), I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Círculo de Bellas Artes, VI.
 - Codorníu, X.
 - Colegio Universitario Domingo de Soto, de Segovia, IV.
 - Comisión V Centenario, IX.
 - Comunidad Autónoma de Madrid, IV, V, VI, VII y VIII.
 - Coro de Filología Clásica de la Universidad Autónoma de Madrid, IV.
 - Coro de la U.A.M., VI.
 - Coro del Club de Amigos de la Unesco, X.
 - Coro del Conservatorio de Música de Cuenca, VI y VIII.
 - Crítica, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - C.S.I.C., Instituto Cervantes del, III.
 - Departamento de Literatura Española (UAM), I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Diputación de Cuenca, VI, VIII y X.
 - Editora Nacional, I, II, III, IV y V.
 - El Corte Inglés, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Embajada Francesa, en España, IV, V, VI, VII y VIII.
 - Espasa-Calpe (Editorial), I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII y IX.
 - Excelentísimo Ayuntamiento de Cuenca, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, II, III, IV, V, VI, VII y VIII.
 - Fin de Siglo, III.
 - Fundación Banco Exterior de España, V.
 - Fundación Ortega y Gasset, I y III.
 - Gremio de Editores de Madrid, IV y V.
 - Grijalbo, IV y V.
 - Grijalbo / Crítica, II.
 - Instituto de Cooperación Iberoamericana, I, V, VI, VII, VIII y X.
 - LCLE, III.
 - Librería de la Universidad Autónoma de Madrid, I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX y X.
 - Ministerio de Cultura (Dirección General de Música y Teatro), I, IV, V, VI, VII, VIII y IX.
 - Ministerio de Educación y Ciencia (Fondo Nacional de Ayuda para la investigación [Científica y Técnica]), IV, V, VI, VII, VIII y IX.
 - Pirámide, I, II y III.
 - Planeta, II, III, IV, V, VI, VII, VIII y IX.

- Playor, IV, V, VI, VII, VIII y IX.
- Plaza-Janés, V, VI, VII, VIII y IX.
- Pro Música Antica, IV.
- Salvat, V, VI, VII y VIII.
- S. M., IV.
- Taurus (Editorial), I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII y X.
- UNED de Cuenca, VI.
- Universidad de Castilla-La Mancha, IX.
- Universidad Internacional Menéndez Pelayo, VI, VII, VIII, IX y X.
- Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III. Centre de Recherche sur l'Espagne des XVI et XVII siècles), VIII.
- Vicedecanato de extensión cultural (Universitaria) de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.M., VI, VII, VIII, IX y X.
- Vicerrectorado de extensión universitaria (Cultural) de la Facultad de Letras de la U.A.M., VI, VII, VIII, IX y X.

ÍNDICES DE LA REVISTA “MANUSCRT. CAO.”

I. ÍNDICE DE NÚMEROS

MANUSCRT. cao I

- Carmen Valcárcel: *La “Sátira contra la mala poesía”*, de Francisco Pacheco (ms. 4.256), 9-30.
- Dolores Noguera: *Poesías de Juan de Jáuregui* (ms. 2.244), 31-5.
- Juan Antonio Martínez Comeche: Índice de primeros versos atribuidos a Lope (ms. 1-3.000), 37-9.
- Isabel Pérez Cuenca: El ms. de la “*Vida de San Pablo*”, de Quevedo, 41-8.
- Mariano de la Campa: “*Fábula de Acteón y Diana*”, de Mira de Amescua, 49-61.
- Mercedes Baquero: Otro texto manuscrito del “*Diálogo del autor con su peño-la*”, de Castillejo, 63-79.

MANUSCRT. cao II

- Pablo Jauralde: Noticias sobre el proceso de catalogación, 3-6.
- Juan Bautista Crespo: Una disputada traducción renacentista de Ovidio: *La “Epístola de Dido a Eneas”*, 7-20.
- Manuel Sánchez Mariana: Un manuscrito fragmentario de “*La Dragontea*” y un soneto poco conocido de Lope, 21-3.
- Isabel Pérez Cuenca: Manuscritos quevedianos (Mss. 1-3.000), 25-32.
- Carmen Valcárcel: *El “Cantariloquio”* de Pedro Calderón de la Barca, 33-8.
- Dolores Noguera: Textos dramáticos dispersos, 39-45.
- Clara Giménez: Poesía de academias (Mss. 1-4.000), 47-55.
- M.^a Antonia Ortiz: Parodias religiosas, 57-66.

MANUSCRIPT. cao III

- Clara Giménez: Modelo de descripción del "*Catálogo de manuscritos*", 3-6.
- Pablo Jauralde: Repertorio cronológico de estudios críticos y ediciones de manuscritos áureos, 7-15.
- Antonio Carreira: El verdadero autor del "*Cancionero amoroso*" atribuido a Pedro de Soria, 17-20.
- Pablo Jauralde: Una carta autógrafa e inédita de Quevedo, 21-5.
- Juan Antonio Martínez Comeche: Índice de primeros versos atribuidos a Lope de Vega: ms. 3.000-5.000, 27-32.
- Antonia M.^a Ortiz: Noticias breves sobre la poesía del Conde de Salinas, 33-9.
- Luis Peinador Marín: *Los "Fragmentos del ocio"*, de Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, 41-58.
- Isabel Pérez Cuenca: Manuscritos de Francisco de Quevedo en la Biblioteca Nacional de Madrid, 59-60.
- Mercedes Sánchez Sánchez: *Etiquetas de Corte*: estado actual de la cuestión, 61-77.
- Carmen Valcárcel: Cancionero Musical de Onteniente: "*Tonos a lo divino*", 79-99.

MANUSCRIPT. cao IV

- S. Arata: Loyola y Cepeda: dos dramaturgos del Siglo de Oro en la Biblioteca de Palacio.
- C. Giménez: La elaboración de un repertorio de primeros versos.
- P. Jauralde: Selva de silvas.
- P. Jauralde: Desbarajustes en la biografía de Quevedo y nuevas estampas de su vida, con una larga referencia a documentos inéditos.
- J. Martínez Comeche: Índice de primeros versos atribuidos a Lope de Vega: mss. 5.000-22.000.
- J. Montero: Notas sobre la *Sátira contra la mala poesía* de Francisco Pacheco.
- A. Ortiz: Cinco documentos biográficos desconocidos de Diego de Silva y Mendoza, Conde de Salinas.
- I. Pérez Cuenca y C. Valcárcel: Para el conocimiento y utilización del material poético manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: manuscritos sin encuadernar.

II. ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- Arata, S: Loyola y Cepeda: dos dramaturgos del Siglo de Oro en la Biblioteca de Palacio, IV.
- Baquero, Mercedes: Otro texto manuscrito del "*Diálogo del autor con su péñola*", de Castillejo, I, 63-79.

-
- Campa, Mariano de la: “*Fábula de Acteón y Diana*”, de Mira de Amescua, I, 49-61.
 - Carreira, Antonio: El verdadero autor del “*Cancionero amoroso*” atribuido a Pedro de Soria, III, 17-20.
 - Crespo Arce, Juan Bautista: Una disputada traducción renacentista de Ovidio: *La “Epístola de Dido a Eneas”*, II, 7-20.
 - Giménez, Clara: Poesía de academias, II, 47-55.
 - : Modelo de descripción del “*Catálogo de manuscritos*”, III, 3-6.
 - : La elaboración de un repertorio de primeros versos, IV.
 - Jauralde, Pablo: Noticias sobre el proceso de catalogación, II, 3-6.
 - : Repertorio cronológico de estudios críticos y ediciones de manuscritos áureos, III, 7-15.
 - : Una carta autógrafa e inédita de Quevedo, III, 21-5.
 - : Selva de silvas, IV.
 - : Desbarajustes en la biografía de Quevedo y nuevas estampas de su vida, con una larga referencia a documentos inéditos, IV.
 - Martínez Comeche, Juan Antonio: Índice de primeros versos atribuidos a Lope (ms. 1-3.000), I, 37-9.
 - : Índice de primeros versos atribuidos a Lope de Vega: ms. 3.000-5.000, III, 27-32.
 - : Índice de primeros versos atribuidos a Lope de Vega: mss. 5.000-22.000, IV.
 - Montero, J.: Notas sobre la *Sátira contra la mala poesía* de Francisco Pacheco, IV.
 - Noguera, Dolores: Poesías de Juan de Jáuregui (ms. 2.244), I, 31-5.
 - : Textos dramáticos dispersos, II, 39-45.
 - Ortiz, M.^a Antonia: Parodias religiosas, II, 57-66.
 - : Noticias breves sobre la poesía del Conde de Salinas, III, 33-9.
 - : Cinco documentos biográficos desconocidos de Diego de Silva y Mendoza, Conde de Salinas, IV.
 - Peinador Marín, Luis: *Los “Fragmentos del ocio”*, de Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, III, 41-58.
 - Pérez Cuenca, Isabel: El ms. de la “*Vida de San Pablo*”, de Quevedo, I, 41-8.
 - : Manuscritos quevedianos (Mss. 1-3.000), II, 25-32.
 - : Manuscritos de Francisco de Quevedo en la Biblioteca Nacional de Madrid, III, 59-60.
 - y Valcárcel, C.: Para el conocimiento y utilización del material poético manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid: manuscritos sin encuadernar, IV.
 - Sánchez Mariana, Manuel: Un manuscrito fragmentario de “*La Dragontea*” y un soneto poco conocido de Lope, II, 21-3.
 - Sánchez Sánchez, Mercedes: Etiquetas de corte: estado actual de la cuestión, III, 61-76.
 - Valcárcel, Carmen: *La “Sátira contra la mala poesía”*, de Francisco Pacheco (ms. 4.256), I, 9-30.
 - : “*El Cantariloquio*” de Pedro Calderón de la Barca, II, 33-8.
 - : Cancionero musical de Onteniente: “*Tonos a lo divino*”, III, 79-99.

FRANCISCO RICO

HISTORIA Y CRÍTICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

SUPLEMENTOS

1. EDAD MEDIA
PRIMER SUPLEMENTO, por Alan Deyermond
2. SIGLOS DE ORO: RENACIMIENTO
PRIMER SUPLEMENTO, por Francisco López Estrada y otros

En prensa:

3. SIGLOS DE ORO: BARROCO
PRIMER SUPLEMENTO, por Aurora Egido y otros
4. ILUSTRACIÓN Y NEOCLASICISMO
PRIMER SUPLEMENTO, por Russell P. Sebold y D. T. Gies

En preparación:

5. ROMANTICISMO Y REALISMO
6. MODERNISMO Y 98
7. ÉPOCA CONTEMPORÁNEA: 1914-1939
8. ÉPOCA CONTEMPORÁNEA: 1939-1980

EDITORIAL CRÍTICA

Aragó, 385 - 5.ª planta. 08013 BARCELONA



EDITORIAL CASTALIA

Zurbano, 39 - Tels.: 319 89 40 - 319 58 57 - 28010 MADRID

clásicos castalia

- Pedro Calderón de la Barca
82/ **EL ALCALDE DE ZALAMEA**
Edición de José M. Díez Borque
322 págs. 720 ptas.
- 116/ **ENTREMESES, JACARAS Y MOJIGANGAS**
Edición de A. Tordera y E. Rodríguez
452 págs. 1.060 ptas.
- 112/ **EL MÉDICO DE SU HONRA**
Edición de D.W. Cruickshank
224 págs. 800 ptas.
- Miguel de Cervantes
29/ **ENTREMESES**
Tercera edición
Edición de Eugenio Asensio
228 págs. 580 ptas.
- 120/ **NOVELAS EJEMPLARES I**
Edición J. B. Avallé-Arce
318 págs. 640 ptas.
- 121/ **NOVELAS EJEMPLARES II**
270 págs. 640 ptas.
- 122/ **NOVELAS EJEMPLARES III**
410 págs. 640 ptas.
- 57/ **VIAJE DEL PARNASO**
Poesías completas I
Edición de Vicente Gao
216 págs. 790 ptas.
- 105/ **POESÍAS COMPLETAS TOMO II**
Edición de Vicente Gao
432 págs. 1.060 ptas.
- 77/ **DON QUIJOTE DE LA MANCHA I**
Tercera edición corregida
Edición de Luis Andrés Murillo
640 págs. 790 ptas.
- 78/ **DON QUIJOTE DE LA MANCHA II**
Tercera edición corregida
Edición de Luis Andrés Murillo
624 págs. 790 ptas.
- 12/ **LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA**
Edición J. B. Avallé-Arce
484 págs. 1.100 ptas.
- 136/ **POESÍA DE LA EDAD DE ORO II BARROCO**
Edición de José Manuel Blecua
454 págs. 850 ptas.
- Gonzalo de Céspedes y Meneses
23/ **HISTORIAS PEREGRINAS Y EJEMPLARES**
Edición de Ives-René Fonquernie
428 págs. 1.100 ptas.

- San Juan de la Cruz
181/ **POESÍAS**
Edición de Paola Elia
169 págs. 495 ptas.
- Diego Duque de Estrada
109/ **COMENTARIOS**
Edición de Henry Ettinghausen
536 págs. 1.100 ptas.
- Luis de Góngora
101/ **LETRILLAS**
Edición de Robert Jammes
320 págs. 750 ptas.
- 1/ **SONETOS COMPLETOS**
Quinta edición
Edición de Bruté Cipliauskaitė
380 págs. 890 ptas.
- 137/ **LAS FIRMEZAS DE ISABELA**
Edición de Robert Jammes
308 págs. 930 ptas.
- Lope de Vega
63/ **ARCADIA**
Edición de Edwin S. Morby
472 págs. 1.100 ptas.
- 19/ **EL CABALLERO DE OLMEDO**
Edición de Joseph Pérez
168 págs. 470 ptas.
- 143/ **CARTAS**
Edición de Nicolás Marín
312 págs. 1.000 ptas.
- 102/ **LA DOROTEA**
Edición de Edwin S. Morby
612 págs. 1.060 ptas.
- 10/ **FUENTE OVEJUNA**
Cuarta edición
Edición de F. López Estrada
360 págs. 790 ptas.
- 131/ **LA GATOMAQUIA**
Edición de C. Sabor de Cortázar
234 págs. 900 ptas.
- 25/ **EL PERRO DEL HORTELANO**
EL CASTIGO SIN VENGANZA
Edición de David Kossoff
376 págs. 950 ptas.
- Francisco de Quevedo
177/ **EL BUSCÓN**
Edición de Pablo Jauralde Pou
273 págs. 590 ptas.
- 113/ **OBRAS FESTIVAS**
Edición de Pablo Jauralde
232 págs. 860 ptas.
- 60/ **POEMAS ESCOGIDOS**
Segunda edición
Selección y edición de José Manuel Blecua
396 págs. 800 ptas.

- Rojas Zorrilla
38/ **DEL REY ABAJO, NINGUNO**
Edición de Jean Testas
196 págs. 850 ptas.
- Tirso de Molina
187/ **DON GIL DE LAS CALZAS VERDES ***
Edición de Alonso Zamora Vicente
316 págs. 850 ptas.
- 128/ **LA HUERTA DE JUAN FERNÁNDEZ**
Edición de Berta Pallares
258 págs. 890 ptas.
- 17/ **POESÍAS LÍRICAS**
Edición de Ernesto Jareño
232 págs. 800 ptas.
- 135/ **LA VILLANA DE LA SAGRA**
EL COLMENERO DIVINO
Edición de Berta Pallares
315 págs. 950 ptas.
- 155/ **Varios**
NOVELAS AMOROSAS DE DIVERSOS INGENIOS DEL SIGLO XVII
Edición de Evangelina Rodríguez
360 págs. 950 ptas.
- Juan de Salinas
164/ **POESÍAS HUMANAS**
Edición de Henry Bonneville
540 págs. 1.100 ptas.
- Luis Vélez de Guevara
170/ **EL DIABLO COJUELO**
Edición de Ángel R. Fernández e Ignacio Arellano
252 págs. 790 ptas.
- ESTUDIOS**
Robert Jammes
LA OBRA POÉTICA DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE
584 págs. 6.300 ptas.
- Margit Frank
CORPUS DE LA ANTIGUA LÍRICA POPULAR HISPÁNICA (Siglos XV a XVII)
1.321 págs. 9.500 ptas.
- John E. Varey
COSMOVISIÓN Y ESCENOGRAFÍA: EL TEATRO ESPAÑOL EN EL SIGLO DE ORO
384 págs. 8.000 ptas.
- A. Rodríguez Moñino
DICCIONARIO DE PLIEGOS SUELTOS POÉTICOS
7.000 págs. 8.500 ptas.

NOVEDADES

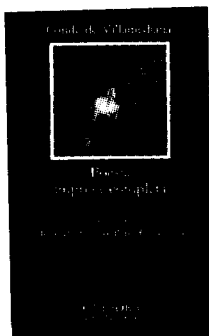


CATEDRA

Telémaco, 43. 28027 Madrid.

LETRAS
HISPANICAS

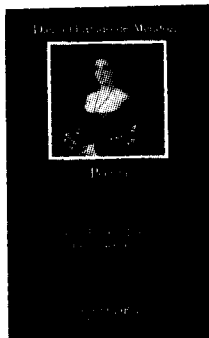
POESÍA IMPRESA COMPLETA



Conde de Villamediana
Edición de José Francisco Ruiz Casanova

Juan de Tarsis, segundo Conde de Villamediana, pertenece a una generación y a un tiempo poético de gran fecundidad en España. Autor celebrado en su época y rescatado por la crítica decimonónica, elevó a categoría artística el mismo transitar por el tiempo: su vida fue una dicotomía entre vida artística y vida vivida

POESÍA



Diego Hurtado de Mendoza
Edición de Luis F. Díaz Larios y Olga Geste Carpio

Con Boscán como adelantado, en los primeros años del siglo XVI nacen Garcilaso, Hurtado de Mendoza, Acuña, Cetina, entre otros. Iguales en el tiempo, rasgos comunes y coincidencias vitales permiten reunirlos bajo el manto de «primera generación petrarquista». El *grave* Hurtado de Mendoza —como es tópico llamarle desde su primer editor hasta Unamuno— cultivó la poesía amorosa, las burlas y prociacidades desmitificadoras, la poesía reflexivo-moral, desde una expresión de modernidad, de gusto por el experimento, de espíritu renacentista.

LA VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ (I y II)

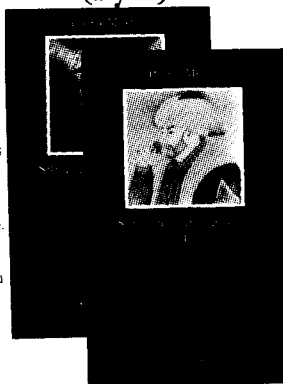


Edición de Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid

La vida y hechos de Estebanillo González (1646), último descendiente legítimo de la picaresca española, es también la única biografía de un pícaro real, cuya existencia se documenta ahora por extenso. La elaboración literaria de esa biografía se atribuye, sin embargo, a un oscuro escritor, Gabriel de la Vega. En opinión de Juan Goytisolo es «la mejor novela española escrita en el siglo XVII (si exceptuamos, claro está, el *Quijote*)».

(2 volúmenes.)

SILVA DE VARIA LECCIÓN (I y II)



Pedro Mexía
Edición de Antonio Castro

Pedro Mexía poseía un espíritu fuertemente imbuido del ambiente humanista imperante en la Europa inquieta y vitalista de la primera mitad del siglo XVI. Esta obra pretendía instruir y entretener sin necesidad de inventar mundos y personajes fantásticos. La *Silva* no fue sólo un canal de divulgación de la cultura de la Antigüedad, sino también una pieza sobre la que ir fundando la ciencia y el conocimiento modernos que superaran a los antiguos.

(2 volúmenes.)

De venta en las principales librerías. Si desea recibir información, solicítela al Apartado 14632, Ref. D, de C. 28090 Madrid. Comercializa GRUPO DISTRIBUIDOR EDITORIAL S. A. Ferrer del Río, 35. 28026 Madrid. Teléfono: (91) 361 08 09.

ANAYA

NOVEDADES

COLECCION ESTUDIOS

20. BENAVIDES LUCAS, Manuel: De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset.
370 págs. 3.600 ptas.
21. ROSA, Alberto; QUINTANA, José, y LAFUENTE, Enrique (ed.): Psicología e Historia. Contribución a la investigación en Historia de la Psicología. I. Simposio de Historia de la Psicología.
284 págs. 3.500 ptas.
22. RAMOS SAINA, María Luisa: Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica.
320 págs. 3.000 ptas.
24. RODRIGUEZ CACHO, Lina: Pecados sociales y Literatura satírica en el siglo X-VI. Los coloquios de Torquemada.
280 págs. 2.800 ptas.
27. MADRAZO, Santos, y PINTO, Virgilio: Madrid en la época moderna: espacio, sociedad y cultura. Coloquio celebrado los días 14 y 15 de diciembre de 1989. Editado por UAM y Casa de Velázquez. Próxima aparición.
32. LOLO, Begoña: La música en la Real Capilla de Madrid: José de Torres y Martínez Bravo (h. 1670-1738).
300 págs. 3.500 ptas.

COLECCION DE BOLSILLO

16. BROENS, Nicolás: Monarquía y capital mercantil: Felipe IV y las redes comerciales portuguesas (1627-1635).
94 págs. 1.000 ptas.

CUADERNO DE APOYO

1. ELENA, Alberto, y MARTINEZ ALBERTOS, Ana: Bibliografía española de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.
62 págs. 700 ptas.
4. UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID: Biblioteca Universitaria. Listado

de autoridades: Encabezamientos de materia.

- 355 págs. 2.000 ptas.
5. ELENA, Alberto y MARTINEZ ALBERTOS, Ana: Bibliografía española de Historia de la Ciencia y de la Tecnología. (Adenda 88).
34 págs. 400 ptas.
6. ELENA, Alberto y MARTINEZ ALBERTOS, Ana: Bibliografía española de Historia de la Ciencia y de la Tecnología. 1989.
39 págs. 400 ptas.

PUBLICACIONES DE ESTUDIOS DE LA MUJER

14. AMOROS, Celia; FERNANDEZ VILLANUEVA, Concepción; RODRIGUEZ DE LECEA, Teresa; SANCHEZ, Cristina, y VARA, María Jesús (ed.): Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental. Tomo I: Filosofía Política, Economía, Teología y Psicología. (Actas de las Séptimas Jornadas de Investigación interdisciplinaria).
495 págs. 2.200 ptas.
15. GOMEZ FERRER, Guadalupe; MAQUIERIA, Virginia, y ORTEGA LOPEZ, Margarita (ed.): Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental. Tomo II: Historia y Antropología (Actas de las Séptimas Jornadas de Investigación interdisciplinaria).
408 págs. 2.200 ptas.

NARRIA: Revista de estudios de artes y costumbres populares

- 45-46: Navarra.
500 ptas.
- 47-48: Gerona.
500 ptas.
- 49-50: Murcia.
500 ptas.
- 51-52: Zaragoza.
500 ptas.

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

Teléfono 397 42 33

Cantoblanco. 28049 Madrid

La décimosegunda edición de EDAD DE ORO se celebrará en la primavera de 1992 en la Universidad Autónoma de Madrid y en la de Darmouth (USA) bajo el título general de *Creación, transmisión y público*.

PABLO JAURALDE POU
Edad de Oro: X aniversario.

PEDRO LUIS BARCIA
El "romance" de Luis de Miranda: imagen de la tierra americana. Poesía e historia.

M.^a LUISA CERRÓN PUGA
Fernán Pérez de Oliva traductor de Pedro Martín de Anglería: la "Historia de la invención de las Yndias."

MARIANO CUESTA DOMINGO
La obra de Pedro Simón, de la Parrilla, en la historia y en las letras hispanoamericanas del siglo áureo.

AURORA EGIDO
Descubrimientos y humanismo: el almirante aragonés don Pedro Porter y Casanate.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
La imaginación americana en el teatro de Tirso de Molina.

FRANCISCO FLORIT DURÁN
América en la "Historia General de la Orden de la Merced" de Tirso de Molina.

ROLAND FORGUES
Nueva visión hispánica de los mitos americanos: el caso de Viracocha.

J. C. GONZÁLEZ BOIXO
El "Siglo de Oro en las selvas de Erilife" de Bernardo de Balbuena: su posición en la novelística pastoril hispánica.

ISAÍAS LERNER
América y la poesía épica áurea: la versión de Ercilla.

ROSA PELLICER
La "maravilla" de las Indias.

E. PITARELLO
El nuevo mundo en el discurso nuevo del "libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán".

LINA RODRÍGUEZ CACHO
Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas.

GEORGINA SABAT-RIVERS
Interpretación americana de tópicos clásicos en Domínguez Camargo: la navegación y la codicia.

GERMÁN VEGA-GARCÍA-LUENGOS
Las hazañas araucanas de García Hurtado de Mendoza en una comedia de nueve ingenios. El molde dramático de un memorial.

RESEÑAS

De PABLO JAURALDE POU a AURORA EGIDO (coord.), *La escenografía del teatro barroco*, estudios coordinados por Aurora Egido. Salamanca: Universidad-UIMP, 1989.

De LOLA LUNA a MARC VITSE, *Éléments pour une théorie du théâtre espagnol du XVII siècle*. France-Iberie Recherche: Université de Toulouse le Mirail, 1988.

ÍNDICES